

LETRAS

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN MARCOS

ORGANO DE LA
FACULTAD DE FILOSOFIA,
HISTORIA Y LETRAS.



TERCER CUATRIMESTRE
DE 1938

Facultad de Letras

CUERPO DIRECTIVO Y DOCENTE

DECANO

Dr. Dn. Horacio H. Urteaga.

CONSEJO DIRECTIVO

Dr. Dn. Horacio H. Urteaga.
" " Luis Miró Quesada.
" " Mariano Iberico Rodríguez.
" " Ricardo Bustamante Cisneros.
" " Pedro Dulanto.
" " Guillermo Salinas Cossío.
" " Jorge Basadre.

CATEDRATICOS

Dr. Dn. Luis Miró Quesada.	Dr. Dn. Roberto Mac Lean Estenós.
" " Horacio H. Urteaga.	" " Alfonso Villanueva Pinillos.
" " José de la Riva Agüero.	" " Aurelio Miró Quesada Sosa.
" " José Gálvez.	" " Julio C. Tello.
" " Mariano Iberico Rodríguez.	" " Manuel Beltroy.
" " Ricardo Bustamante Cisneros.	" " Elías Ponce Rodríguez.
" " Pedro Dulanto.	" " Julio A. Chiriboga.
" " Guillermo Salinas Cossío.	" " Luis E. Valcárcel.
" " Jorge Basadre.	" " José M. Valega.
" " Juan Manuel Peña Prado.	" " César E. Patrón.
" " Enrique Barboza.	" " Enrique Peña Barrenechea.
" " José Jiménez Borja.	" " Teodosio Cabada.

Catedrático Auxiliar Sr. Dn. Luis F. Xammar.

SECCION DE PEDAGOGIA

Dr. Dn. Horacio H. Urteaga	Dr. Dn. César E. Patrón
" " José Jiménez Borja	" " Oswaldo Hecelles García
" " Roberto Mac Lean Estenós	" " Francisco J. Cadenillas
" " Alfonso Villanueva Pinillos	" " Nicandro Pareja
" " Julio A. Chiriboga	

SECRETARIO

Dr. Dn. Héctor Lazo Torres.

ADMINISTRADOR DE LA REVISTA

Dr. Dn. Jorge Patrón Irigoyen.

00001

SUMARIO

- Ceremonia en conmemoración del cincuentenario de la muerte del prócer argentino Domingo Faustino Sarmiento.
Discurso del Decano de la Facultad Dr. Horacio H. Urteaga.
Discurso de orden del Dr. Pedro Dulanto, Catedrático de Historia de América.
Discurso del Excelentísimo señor Eduardo Colombres Mármol, Embajador de la República Argentina.
Discurso del Dr. Manuel Beltroy.
Don Felipe Santiago Estenós, por Roberto Mac-Lean Estenós.
Fenomenología y Naturalismo, por Carlos Cueto Fernandini.

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

- Características de la Literatura Inglesa, por Guillermo J. Entwistle.

SEMINARIO DE LETRAS

- Breve Ensayo sobre el sentido de la Poesía Peruana, por Emilio Champion.
Andrés Chenier, por Augusto Tamayo Vargas.
Estudio de las Categorías de Aristóteles, por W. E. Peñaloza (alumno).
Conversando acerca del Perú, un reportaje a la señora Faupel, por Augusto Tamayo Vargas.
Relación de los libros donados a la Biblioteca del Seminario de Letras.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

«REVISTA DE REVISTAS»

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

- Homenaje a Marcos Jiménez de la Espada en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, el Día de la Raza.
Carta respuesta del Dr. Alejandro O. Deustua, a la invitación que le hiciera nuestro Decano para asistir a la ceremonia en homenaje a Sarmiento.
Un Catedrático de la Facultad de Letras en Colombia.
Informe elevado al Decanato por los ex-alumnos de la Facultad, de su gira por Italia y Alemania.
Conferencias.
Grados de Doctor

Indice Onomástico del Tomo IV (Nos. 9, 10 y 11.—1938).

Ilustraciones de Arturo Jiménez Borja.

Actuaciones en conmemoración del Cincuentenario de la muerte de Domingo Faustino Sarmiento.

A iniciativa del Instituto Cultural Peruano-Argentino, recientemente fundado en nuestra Capital, se realizaron, tanto en Lima como en el resto de la República, diversas actuaciones cívicas y culturales, conmemorando el cincuentenario de la muerte del ilustre educador y hombre público argentino, don Domingo Faustino Sarmiento.

Nuestra Facultad se unió fervorosamente a este homenaje al insigne argentino, figura prócer cuya fama ha rebasado las fronteras del país natal y cuya gloria honra y enaltece a todo el Continente Americano.

En el Perú, país que se halla vinculado a la Argentina además de por los lazos de historia, raza, idioma y tradición, por una auténtica, recíproca y siempre creciente simpatía, esa conmemoración tenía que adquirir los magníficos caracteres que tuvo.

“Letras” como un homenaje al gran educador, a quien siempre hemos sentido como nuestro, publica en este número los discursos pronunciados por el doctor Horacio H. Urteaga, Decano de la Facultad, por el doctor Pedro Dulanto, Catedrático de Historia de América, y por el Excelen-

tísimo señor doctor Eduardo Colombres Mármol, Embajador de la República Argentina, en la brillante e inolvidable actuación que se llevara a cabo el 12 de setiembre del presente, en el Salón de Actos de la Facultad, actuación a la cual asistieron: el representante del señor Presidente de la República, General de División Oscar R. Benavides, el señor Ministro de Educación, General Ernesto Montagne, el señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Carlos Concha, el señor Ministro de Justicia, doctor Diómedes Arias Schreiber, los representantes diplomáticos de las naciones americanas, el Rector de la Universidad de San Marcos, doctor Alfredo Solf y Muro, los Decanos y profesores de las distintas Facultades y numerosísima y selecta concurrencia que ocupó totalmente el salón.

Insertamos también, en este número, el discurso pronunciado por el doctor Manuel Beltroy, catedrático de nuestra Facultad, y uno de los fundadores del Instituto Cultural Peruano-Argentino, en la ceremonia y desfile escolar que se realizara ante la estatua de Sarmiento, erigida en una hermosa plaza de esta ciudad.

DISCURSO DEL Dr. HORACIO H. URTEAGA

Abierta la actuación por el Rector de la Universidad, doctor Alfredo Solf y Muro, hizo uso de la palabra, el Decano de la Facultad de Letras y Presidente del Instituto Cultural Peruano Argentino, doctor Horacio H. Urteaga, quien se expresó en los siguientes términos:

Proyectado por el Instituto Peruano-Argentino este homenaje al genial educador Domingo Faustino Sarmiento, en el aniversario de su muerte, la Facultad de Filosofía, Historia y Letras de esta vieja Casa de San Marcos, se ha asociado al recuerdo de esta memorable efemérides con el más austero fervor.

No hay todavía suficiente perspectiva histórica para juzgar al genial argentino; recién comienza América a incorporarse al movimiento universal, y los originales índices de su cultura recién se esbozan en el vasto panorama del proceso humano. Pero no está lejano el día en que la gran figura del autor de "Facundo" adquiera su relieve máximo y aparezca en la historia con la talla indo-latina y el sello de uno de los más grandes educadores y forjadores de pueblos libres.

La vida del grande hombre es ya una enseñanza, como que fué vida de apóstol, con su acción perseverante en educar y en instruir. Enseñó que la vida noble, la vida provechosa, la verdadera vida plena, debe ser como pensaba Guyau: una educación incesante y que hay que aprender, desde hablar hasta morir.

Fué Sarmiento un tipo representativo en la más grande aceptación; encarnando las fuerzas telúricas y así mismo las aspiraciones de su pueblo, que lleno de vigor al emanciparse, quizo conocer, quizo comprender y dominar la ciencia humana, tesoro común que debe ser aprovechado por todos los hombres. Quizo más, hacer a su pueblo digno de la libertad conquistada, enseñándole a ser libre.

Sarmiento es el fruto sazonado de la conjunción del medio y de la raza y el más grande representativo del espíritu de una época. Las fuerzas teuléricas y las potencias espirituales han forjado el alma de este argentino genial que se alza en el escenario agitado de su patria, para predecirle con su ejemplo y con su acción, cómo se puede defender la libertad y cómo se puede asegurar la nobleza del porvenir.

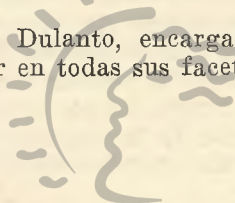
Pedagogo de acción, iluminado por su ideal, fuerte y recio; en ocasiones extravagante o iluminado como es el genio; es, como dice uno de sus biógrafos: "hijo de la roca y del desierto, como aque-

lla ave simbólica”, de altísimos destinos comunes en América. Pero batallador y combativo, fué, sin embargo, un gran corazón; un filántropo insaciable de amor y de felicidad para sus hermanos de raza y de destino.

No fué como quería Marco Aurelio, un emperador filósofo; pero fué un maestro, guía de su pueblo. Desde su sitial de gobernante enseñó a todos, directores y dirigidos a mandar, a conducir, sentando esta doctrina que será eterna: Que lo único sólido y perdurable en la acción del que manda es la elevación del espíritu nacional, por la obra lenta del educador, y que la mejor lección de democracia y liberalismo está cimentada en la educación e instrucción del pueblo.

La Facultad de Letras, la más alta cátedra de educación nacional, evoca el espíritu de Domingo Faustino Sarmiento en esta fecha memorable para proclamar, que el genial maestro argentino, ha comprometido, por sus enseñanzas y su ejemplo, la gratitud de América.

El doctor Pedro Dulanto, encargado del discurso de orden, os va a hacer conocer en todas sus facetas la grande y noble figura del maestro.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

**DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR EL
CATEDRÁTICO DE LA HISTORIA DE AMÉRICA Dr. PEDRO
DULANTO**

Señor Representante del Presidente de la República.

Señor Ministro de Educación Pública y señores Ministros de Estado.

Señor Rector.

Señor Embajador de la República Argentina y señores miembros del Cuerpo Diplomático.

Señor Presidente del Instituto de Cultura Peruano-Argentino.

Señoras y señores:

La Universidad Mayor de San Marcos se asocia al homenaje que tributa la República Argentina a la memoria de uno de sus más extraordinarios hijos, Domingo Faustino Sarmiento, en el cincuentenario de su muerte, acaecida el 11 de setiembre de 1888 en Asunción del Paraguay, para continuar desde la inmortalidad, señalando rumbos a su patria y a América, por su pensamiento genial, por la fecundidad de su obra intelectual y política y, principalmente, por su apostolado educativo, sostenido con admirable constancia, por medio de su voluntad vigorosa desde su juventud hasta el fin de su prolongada, combatida y gloriosa vida.

El ambiente familiar y el de la provincia argentina de San Juan donde naciera Sarmiento el 15 de febrero de 1811, influyeron decisivamente en su porvenir. El mismo Sarmiento en "Recuerdos de Provincia", la más castiza y humana de sus obras, en la que exigentes críticos encuentran reminiscencias del propio Cervantes, en la relación de las anécdotas, cuenta de la pobreza de los suyos, abrumado el padre por rudo trabajo material, pero siempre pendiente de la educación de su hijo; ocupada la madre en confeccionar para la venta primorosas obras de mano para así adquirir el derecho de poder decir, cumplidos los 65 años de edad, cierto día de fiesta en Aconcagua: "es la primera vez en mi vida que me paso mano sobre mano".

Fué Sarmiento desde niño gran aficionado a la lectura, haciendo sus estudios preliminares bajo la dirección de dos parientes suyos, clérigos ambos, pero de liberal espíritu, para seguir por cuenta propia, sin maestros ni colegios, adquiriendo variados conocimientos en ciencias exactas, historia, filosofía y literatura. Hacía Sarmiento sus estudios sin orden y sin método pero justamente,

de esa misma dispersión surgían merced a su poderosa inteligencia, el pensamiento independiente, la facultad de observación, la voluntad pronta, la radical seguridad de sí mismo que caracterizó en todo tiempo la obra y la vida del grande hombre argentino.

Pero no fué solo afán por aprender el suyo, sino, también, grande afán por enseñar. A los 15 años, niño por la edad, pero hombre por la afirmación del carácter es ya maestro de escuela, restando tiempo a las atenciones que le requería su empleo en un pequeño comercio de telas. Únicamente los libros consolaban a Sarmiento y le hacían pensar que no estaba solo en el mundo, entre fardos de tocuyo y otros parecidos artículos.

Por las mañanas, luego de barrer la tienda, este niño sufrido pero no vencido, se sentaba a la puerta con un libro en las manos, escandalizando a una conocida señora de San Juan, que al verlo así, inmóvil, mientras ella iba y venía de la Iglesia, decía después en su casa: “El mocito no debe ser bueno, si fueran buenos los libros no los leería con tanto ahínco”.

Los libros que con más avidez leía Sarmiento eran de Historia Antigua, la de Grecia y la de Roma, preferentemente.

Otra lectura que le causaba hondas meditaciones era la de la Biblia que practicaba en las noches para discutir al siguiente día con su tío el clérigo Albarracín, haciéndole diversas observaciones. Los enciclopedistas fueron predilectos suyos. Libros de matemáticas y de agrimensura no le faltaban, aficionado a obras de ingeniería reparó un puente, aficionado al dibujo levantó el plano de la Catedral y de varias calles de su provincia.

Un gran hombre americano, Benjamín Franklin ejemplo de perseverancia y de fe, fué el modelo adoptado por Sarmiento. “Nada más edificante escribe, que ese joven que sin otro apoyo que su razón, pobre y destituido, trabaja con sus manos para vivir, estudia bajo su propia dirección, se da cuenta de sus acciones para ser más perfecto, ilustra su nombre, sirve a su patria ayudándola a desligarse de sus opresores, y un día presenta a la humanidad entera un instrumento sencillo para someter los rayos del cielo, y puede vanagloriarse de redimir millones de vidas con el invento con que dotó a los hombres, debiendo estar en los altares de la Humanidad y ser mejor que Santa Bárbara, abogada contra rayos y llamarse el Santo del pueblo”.

Por paradoja de su espíritu, declaraba Sarmiento su aversión por los versos y alguna vez, en sus días de triunfo, sostuvo reñida polémica con Mitre sobre la inutilidad de los poetas y de la poesía, dando a su caprichosa opinión una justificación política, afirmando que los pueblos americanos cultivaban el verso como sumisión y por resabio de la cultura de España, con la que él, injustamente, nunca simpatizara.

Pero si no poesía rimada, poesía del corazón y poesía de la acción habría de sentir el adolescente Sarmiento, cuando en su pobre provincia vagaba por los bosques y trepaba por los cerros aspirando el aire libre del campo, enseñando en las escuelas y conversando en las cabañas de sus paisanos y el color y la forma y el alma del paisaje penetraban en su propia alma, cuando éste recogía en el silencio de las noches los rumores vagos o lejanos diluïdos las estrellas en el azul puro del cielo, uniéndose en su espíritu multiforme la suprema emoción de lo infinito y el inmenso acorde de la libertad y de la gloria.

Recordemos que Sarmiento nació cuando iba a cumplirse un año del 25 de mayo de 1810, fecha en la cual fué depuesta en Buenos Aires la autoridad virreinal de Baltasar Cisneros, inaugurándose el primer gobierno nacional argentino denominado “Junta Provincial Gubernativa”. De esa fecha a la época en que comienza a manifestarse la inteligencia natural y la voluntad recia de Sarmiento ha pasado la revolución argentina por las más duras pruebas, acreditando la existencia de un firme propósito, hasta alcanzar, más tarde la conciencia de una causa de independencia y de libre gobierno. “Los nacidos en indias cuyos espíritus no tienen hermandad con el abatimiento, no son inferiores a los españoles europeos y a nadie ceden en valor” había dicho desde 1807, Cornelio Saavedra jefe del batallón de los Patricios y Presidente de aquel primer gobierno nacional en Buenos Aires, que con su audaz golpe político, radicó allí el pensamiento de la revolución argentina, convirtiendo a la ciudad en depositaria de los recursos que habrían de distribuirse por todos los ámbitos del Río de la Plata.

Sarmiento en su provincia y por su juventud no podía valer todavía como orientador en este período convulso y dramático de la nacionalidad argentina, pero en comunicación consigo mismo adquirirá una idea viva del servicio público, arraigada en su alma y compendiada en la acción, porque pensamiento y vida fueron siempre en él la misma cosa.

Su razón y sus estudios le sugieren ideales, pero estos se resuelven, sin intervalo de tiempo en acciones. El impulso y la transición y el cumplimiento inmediato de sus propósitos eran el fuego de su vida y en gran parte, la causa de sus defectos, que le deparran posteriormente tremendas enemistades.

Convencido de sí mismo, dice: “Yo he creído desde niño en mis talentos, como un propietario en su dinero o un militar en sus actos de guerra”, pero también son suyas las siguientes pala-



bras reveladoras de una tierna realidad, que está en el fondo de todas sus apariencias. “He evocado mis reminiscencias, he resuscitado, por decirlo así, la memoria de mis deudos que merecieron bien de la patria, y honraron con sus trabajos las letras americanas, he querido apegarme a mi provincia, al humilde hogar en que he nacido, débiles tablas, sin duda, como aquellas flotantes en que en su desesperación se asen los náufragos, pero que me dejan advertir a mí mismo que los sentimientos morales nobles y delicados existen en mí, por lo que gozo en encontrarlos en torno mío, en los que me precedieron, en mi madre, en mis maestros, y en mis amigos”.

Por la violencia de su carácter y por su amor a la libertad, emprende Sarmiento el camino del destierro rumbo a Chile, antes de cumplir 20 años de edad.

En la Historia de la Revolución Americana, figura la Alianza Argentino-Chilena como la primera en el Nuevo Mundo, llevada a cabo por naciones que a pesar de su distinta índole, unen sus fuerzas en un común propósito emancipador, acreditando de esta manera la existencia de un fuerte vínculo moral y social.

Posteriormente fué Chile el generoso refugio de los desterrados argentinos, y en uno de sus pueblos se estableció Sarmiento dirigiendo una escuela oficial, para volver pocos años después a su provincia de San Juan y volver también a sufrir, esta vez por prolongado tiempo, nuevo destierro, regresando siempre a Chile donde conoció a Manuel Montt, ministro entonces, que se convirtiera en generoso protector suyo, sin que Sarmiento le hubiera olvidado jamás, admirando y elogiando el talento y la dignidad cívica de este ilustre estadista chileno, que no obstante su moderado espíritu, le dice, al serle presentado Sarmiento, dándole ánimo “las ideas, señor, no tienen patria” y que como él, creyó y tuvo fé en la educación popular como programa de gobierno. El espíritu combativo de Sarmiento le llevó en Chile, directamente a las filas del periodismo, publicando en “El Mercurio” de Santiago, sensacionales artículos contra el gobierno de Juan Manuel de Rosas, imponente entonces en la República Argentina.

Finalizada la etapa heroica de la independencia, tuvieron que emprender las antiguas colonias de España sin preparación alguna, la difícil obra del gobierno propio en una sociedad que arrastraba consigo antiguos vicios, inconforme, perturbada, desviada en sus fuerzas, propicia, por consiguiente, a la anarquía que sucedió al proceso de la emancipación. Y es por eso que cuando Bernardino Rivadavia, “el primer hombre civil argentino” al decir de Mitre, el que sólo vió la superficie pero no el fondo, al decir de Alberdi, cerró los ojos a la crisis que se presentaba y dijo: “Soy la razón y no quiero ser la fuerza”, abrió, sin quererlo, las puer-

tas de gobierno al estanciero Juan Manuel de Rosas, exageradamente execrado por unos, exageradamente rehabilitado por otros, sin lugar seguro todavía en la historia de la República Argentina.

Sarmiento combate implacablemente al "Restaurador" a su "Mazorca" y a su "Reglamento". El espectáculo sangriento y su ardiente amor a la justicia no le permiten advertir como, por causas sociales profundas, un realismo oportunista y feroz, puesto al servicio de una administración sólidamente organizada y a un activo nacionalismo, será el caro precio de la unidad política de la República Argentina. En Chile el año 1841, en folletín que va apareciendo en "El Progreso" de Santiago, improvisó Sarmiento día a día, para no desmentir su falta de orden, "Facundo" su inmortal obra de combate y de subido valor literario, traducida a cinco idiomas, anatema contra el materialismo y canto épico al valor de la cultura intelectual, sin ser "Facundo" un libro de historia si se le juzga con arreglo a la verdad histórica y a lo que el mismo Sarmiento confiesa sobre su afamada producción, recomendándola, "como un fruto de la improvisación del momento", como un "mito", a la manera de su "héroe".

"Facundo" es la vida de Facundo Quiroga, el caudillo de los llanos, gaucho, tapiador en sus orígenes, imperioso, rudo, sombrío y valiente, rebelde a la autoridad dado de alta ocasionalmente en las milicias de los llanos y en carrera vertiginosa, convertido de simple Facundo en el Sr. Brigadier General don Juan Facundo Quiroga.

Infunde pavor este primitivo producto de la pampa.

Un día, después de haber prohibido que nadie beneficiara reses, para que así el negocio fuera solo suyo encuentra a un paisano que ha violado la orden y que solo al ver a Facundo, aterrorizado, cae muerto.

Pero no le falta inteligencia y le sobra astucia.

Otra vez descubre un robo en el cuartel, hace formar la tropa y le da a cada soldado una vara de madera para poder reconocer al día siguiente al ladrón, en el que tenga la vara que ha crecido. El culpable, temiendo que esto ocurra, ha recortado la suya, y Facundo, la descubre, con parecida sabiduría a la que empleó Salomón para descubrir a la verdadera madre, ordenando partir al niño en dos.

Plantea Sarmiento en "Facundo" una irreductible oposición entre los caracteres de la tierra genuina y las costumbres de Europa, entre el campo y la ciudad, que constituyeron, sin duda, en los albores de la nacionalidad argentina pero no ahora, en que entran como elementos integrantes de la misma, dos factores disímiles, por obra de la naturaleza y de los hombres.

Sarmiento describe con maestría de artista, aquellos inmen-

tidos, de su fe en sí mismo, que era la respiración de su alma primitiva, pero sin embargo, abierta a la contemplación poética de la vida, fuera de los arreglos y convenciones de los hombres, en las profundidades de la tierra, en las soledades del desierto o en la ruda majestad de la selva.

Planteada la lucha entre la ciudad y el campo, se origina la guerra civil, la terrible guerra civil argentina entre unitarios y federales, sostenedores los unos de la hegemonía política de Buenos Aires, del gobierno central en la gran ciudad de Mayo; propulsores los otros de la unidad política del país, dentro de la necesaria autonomía de sus provincias.

Sarmiento ve únicamente, ya lo dijimos, el espectáculo espeluznante y cruel que deja el paso de esos caudillos bárbaros, Facundo Quiroga uno de ellos, que llevan, no obstante en la punta de sus lanzas homicidas el porvenir político de la nacionalidad argentina, derribando las tendencias aristocráticas y las oligarquías que asomaron a raíz de la revolución de Mayo y abriendo paso para lo futuro, precisamente a la clase sin privilegios a que pertenecía Sarmiento, ufano siempre de su nobleza democrática, sustentada en trabajo y en su genio.

Pero si Sarmiento fué unitario por las razones que quedan expuestas, fué federal por los principios que sustentó y por los actos que practicó, porque como escribe Ricardo Rojas "no puede ser considerado sino como federal quien prohió la Constitución de 1853; quien defendió como gobernador de San Juan, más tarde, los derechos autónomos de los gobiernos provinciales; quien ratificó después como ministro en los Estados Unidos su vocación federal; y quien, en la versión inglesa de "Facundo" (1867-1873), sugirió a mister Mann el prólogo en que explica esta génesis de sus ideas, Así resulta en nuestra historia, agrega Rojas, este aparente absurdo; que los caudillos "federales" dominados por Rosas, rehicieron la "unidad argentina", rota por los unitarios quiméricos de 1826; y que los emigrados "unitarios" promulgaron la "federación" al regresar al país después de Caseros".

Mas no se limitó Sarmiento en estos años de su vida en Chile a abrir solamente campaña escrita por las ideas y por la cultura, puesto que "Facundo", llamado en sus primeras ediciones "Civilización y Barbarie" es en suma rotunda condenación a la ignorancia y un himno ardiente al saber, sino que, además, fué Sarmiento, consecuente con su vocación de maestro, fundador y director de la primera escuela normal establecida en Chile, en donde acaba

de conmemorarse el Centenario de tan importante acontecimiento intelectual.

El ansia de cultura de Sarmiento le capacita excepcionalmente para perfeccionarse en medios superiores, partiendo a Europa y a los Estados Unidos de Norte América, en misión que le encomendara su ilustrado amigo el ya nombrado estadista chileno Manuel Montt, a fin de estudiar en esos grandes centros el estado de la instrucción pública. Sarmiento correspondió con exceso al honroso encarga conferido, y como producto de sus estudios, de sus investigaciones y de sus meditaciones sobre unos y otras, escribió para el Gobierno de Chile su famosa obra "Educación Popular", testimonio irrecusable de su amor ilimitado a la enseñanza y de su fe creciente en la educación pública. La obra que por sí sola sería suficiente para ilustrar el nombre de Sarmiento, si no estuviese dignificado y glorificado por mil motivos más, representó en la historia de la pedagogía americana, en la fecha en que fué escrita, el año 1849, el más audaz y a la vez concienzudo proyecto de educación popular, por sus anticipaciones, por sus ensayos, por sus verdades, vivas aún muchas de ellas, por sus propósitos liberales y por su sed, en fin, de sincera justicia social.

Apóstol de la democracia inspirado en el ideario político de Lincoln, conocedor por experiencia, de la vida de los desheredados, sustenta Sarmiento el derecho de todos los hombres a los bienes de la instrucción y el deber de todos los gobiernos de procurarla y difundirla, supliendo las desventajas propias de los que nacen sin recursos suficientes. Acentúa el concepto cabal de que el poderío de los Estados radica en la aptitud industrial, moral e intelectual de sus habitantes y propugna en la educación popular, la superior finalidad de desarrollar y perfeccionar tales imponderables fuerzas.

A este propósito, escribe: "la dignidad del Estado, la gloria de una nación no puede cifrarse sino en la dignidad de condición de sus súbditos, y esta dignidad no puede obtenerse sino elevando el carácter moral, desarrollando la inteligencia y predisponiéndola a la acción ordenada y legítima de todos las facultades del hombre". Y luego preocupándose del orden, como que en su ánimo influyó sensiblemente el medio equilibrado de Chile, continúa: "Hay, además, objetos de previsión que tener a la vista al ocuparse de la educación pública y es que las masas están más dispuestas al respeto de la propiedad y de la vida a medida que su razón y sus sentimientos morales están más cultivados. Por egoísmo, pues, de los que gozan mayores ventajas en la asociación debe tratarse cuanto antes de embutir el instinto de destrucción que duerme ahora y que habrán de despertar la vida política y la influencia de las ideas".

El inmortal libro abarca en sus páginas, claras y didácticas, todos los problemas de la época sobre la enseñanza primaria, informando acerca de los adelantos europeos al respecto, especialmente, en Suiza, Francia e Inglaterra y en los Estados Unidos de Norte América, dentro de una inteligente adaptación al medio sudamericano y en especial al de Chile, en cuyo ambiente educativo brillaba su docta Facultad de Humanidades.

La implantación de las escuelas normales para la formación de los maestros ocupa capítulo central en la obra "Educación Popular" y en el programa de acción educativa de Sarmiento, a fin de evitar "que cada maestro invente el arte de enseñar y lo deje morir con él para renacer de nuevo en el que le sucede". Los reglamentos de enseñanza primaria, la inspección de las escuelas, la disciplina escolar, los elementos precisos para la salud y el desarrollo físico de los escolares, el empleo del tiempo, las lecciones de cosas, por costumbres y por contrastes, la clasificación de los alumnos según su capacidad en los diferentes ramos de la enseñanza, las Cunas Públicas, las Salas de Asilo, las Beneficencias encomendadas a mujeres, las Escuelas de Artes y Oficios y hasta la preparación de cursos para la adquisición de ideas prácticas de agricultura y horticultura, todo ello está incluido en la magistral obra escrita por Sarmiento.

La educación de la mujer y su bienhechora influencia en el medio social las destaca Sarmiento con vivos caracteres, consecuente con las ideas y las fundaciones, expuestas y realizadas en la República Argentina por Bernardino Rivadavia durante su gestión ministerial y su período de mando presidencial. Sarmiento hace justicia al espíritu creador de Rivadavia y a su feliz intuición del papel social de la mujer, al establecer en Buenos Aires, en el año 1823, una Sociedad de damas, bajo la denominación de Sociedad de Beneficencia, para la dirección e inspección de las escuelas de niñas, de las casas de expósitos, de las de partos públicos y ocultos, hospitales de mujeres, colegios de huérfanos y de todo establecimiento público dirigido al bien de los individuos de ese sexo, consigna el artículo 2.º del decreto de creación, habiendo mostrado las beneficiadas, debemos decirlo, una dulce gratitud para la memoria de su benefactor, al reclamar sus cenizas ausentes de la patria y hoy yacentes en la urna funeraria que, en la plaza pública del Once, parece dar a conocer que el pueblo argentino ha querido sustraer a Rivadavia del amoroso recogimiento de la Recoleta, para colocarlo frente al esplendor opulento de Buenos Aires, donde nacieron y donde su mente forjó perdurables instituciones y bellas obras.

Tampoco omitió Sarmiento preocupación alguna por la educación de los niños, solicitando la fundación de instituciones pro-

tectoras de la infancia, que ya he enumerado, ocupándose en tierno tono, en contraste con su natural impetuoso, de la vida infantil, dando útiles consejos y fijando reglas pedagógicas, que superviven.

Y es por eso que nuestros escolares han rodeado en la mañana de hoy, la estatua del gran educador argentino, levantada entre jardines, para que su delicada visión ponga saludable tregua en su ardiente espíritu de combatiente, y cercana a la plaza de Jorge Wáshington, quien condensó en una época, en su alma superior, las vitales ideas políticas y sociales del poderoso pueblo que tanto admiró y amó Sarmiento.

El castizo escritor de "Recuerdos de Provincia" el glorioso panfletario de "Facundo", el eximio autor de "Educación Popular", trabajó, también, empeñosamente, por la paz de América, escribiendo, con concepto imaginativo, "Argirópolis" o "Ciudad del Plata", quimérico proyecto de confederación de la República Argentina, Uruguay y Paraguay, que anteriormente formaran con el Alto Perú, las provincias unidas del Río de la Plata, separadas después, y empeñadas en fratricida guerra.

Si la América hispánica no reconoció fronteras durante el proceso de la emancipación, confundiendo sus ejércitos en los campos de batalla y sus hombres representativos en las labores del gobierno, prontamente aparece la tendencia separatista, obrando contra otras fuerzas de cohesión, el error político de España de realizar agrupaciones heterogéneas, diferentes geográficas, las costumbres diversas de las localidades, el orgullo de las ciudades, la emulación de gobernantes y caudillos. La gran Colombia se divide en tres repúblicas y en cuatro las provincias unidas del Río de la Plata, como corolario de esta descomposición, sobrevinieron las guerras entre los mismos pueblos que se unieron en la gesta liberadora.

Sarmiento se duele, con espíritu americano, de estas disputas y de estas separaciones, auspicia y reclama terminar con las enemistades, conciliar intereses, concluir la guerra que ensangrienta las márgenes del Plata y dedicarse en paz a la reconstrucción de la patria vigorosa y unida.

"Militan, dice, en favor de la fusión de los tres Estados del Plata en un solo cuerpo el espíritu de la época y las necesidades de las naciones modernas. La especie humana marcha a reunirse en grandes grupos por razas, por lenguas, por civilizaciones idénticas y análogas". "Los Estados del Plata están llamados por los vínculos con que la naturaleza los ha estrechado entre sí, a formar una

sola nación. La dignidad y posición futura de la raza española del Atlántico, exigen que se presente ante las naciones en un cuerpo de nación que un día rivalice en poder y progreso con la raza sajona del Norte, ya que el espacio del país que ocupa en el estuario del Plata, es tan extenso, rico y favorecido como el que ocupan los Estados Unidos del Norte”.

Propone Sarmiento a la isla de Martín García como capital del nuevo estado, debiendo votarse una constitución liberal e instalarse un gobierno protector de todos los intereses.

Abandonado Sarmiento a sus sueños de una nueva América, ya ensayada sin resultado favorable, deja que su fantasía forje en “Argirópolis” el porvenir de la gran nación futura. “Una plataforma culminante servirá de base al territorio argentino, donde habrá de reunirse el congreso de la unión”.

Pierde Sarmiento, por amor al organismo americano, en estas aureolas de sueño, el sentido cabal de la realidad de América que apartada, sin duda, del pensamiento de unidad política que él señala en “Argirópolis”, condensa, sin embargo, las etapas de un destino solidario y común.

Treinta y ocho años después de haber escrito “Facundo” y a los setenta y tres años de edad, después de ejercer los más altos cargos públicos, inclusive la presidencia de la Nación Argentina, escribe Sarmiento “Conflicto y armonías entre las razas de América”, su última grande obra, en la que volviendo sobre problemas tratados en forma local, abarca con visión de conjunto y criterio de sociólogo, el panorama político y social de América hispánica, proponiendo los remedios más urgentes para una necesaria regeneración.

Ha observado Sarmiento que el mal de la ignorancia señalado en “Facundo”, no ha desaparecido con el ambiente de régimen político y que en toda la América española, el caso es, más o menos idéntico sin que puedan los pueblos salir fácilmente de un estado inorgánico, en que fuerzas latentes de descomposición actúan contrariando los medios de cultura y de progreso.

Frente a esta desfavorable condición, están los Estados Unidos de Norte América, ofreciendo el espectáculo sugerente de un sólido organismo político, de una composición social segura, de una supremacía económica evidente sobre los demás pueblos de América.

El mal para Sarmiento, tiene su origen en la política y en la organización social anteriores a la emancipación, y dejándose llevar de su prejuicio por España, pinta, con subido color, sus erro-

res, exaltando las aptitudes y méritos de Inglaterra, país que admira en su carácter y en sus instituciones.

No hubo, sin embargo, como observa Mitre, que vió las cosas con criterio desapasionado, menos restricciones en la política comercial de Inglaterra con sus colonias que la tenía por España con las suyas, llegando la metrópoli inglesa hasta establecer compañías privilegiadas, como la de la India Oriental “en las cuales entregaba el territorio como propiedad feudal, a título de conquista, reservándose el monarca la absoluta potestad de reglamentar en su comercio”. “La libertad de Inglaterra, dice Adam Smith, de cuyo testimonio no puede dudarse, con respecto al comercio de sus colonias, se ha reducido al expendio de su producción al estado bruto, y a lo más, después de recibir su primera modificación, reservando el producto para los fabricantes de la Gran Bretaña. La legislación impedía el establecimiento de manufacturas en las colonias recargaba sus artefactos con altos derechos y hasta les cerraba el acceso a la metrópoli.

Este lado adverso se compone, es cierto, con un monopolio de recursos superiores y de ventajas marítimas evidentes, pero administrado con inteligencia y tolerancia, sin comprometer las fuentes de producción y con un pueblo heredero de una verdadera educación política, lo que no ocurriera con España, que no obstante de no haber tenido propósito deliberado de depresión, sumisión o esclavitud con sus colonias, tampoco supo enseñar nada de administración ni de gobierno propio.

Sarmiento olvida que si los conquistadores españoles no resisten comparación con los peregrinos de Nueva Inglaterra, los Quakeros de Pensilvania y hasta con los caballeros monárquistas de Inglaterra que llegaron a Virginia, importaron, sin embargo, aquellos un principio individualista, que fué el germen de emancipación de las colonias hispánicas con ideas nacidas en la misma España, revertidas después en contra suya; y que si la mestización, origen del mayor número de males, según Sarmiento, creó un problema social, evitó indudablemente la crueldad del exterminio, sin perjuicio de que la Argentina, conforme a la tesis sustentada por el eminente historiador Levene, doctor honoris causa de nuestra Facultad de Letras, viene realizando un ensayo sin precedentes, racial y social con la fusión de razas desde los orígenes coloniales y un experimento político de nacionalización, de proyecciones desde 1810.

El cuadro inorgánico queda descrito, señalando Sarmiento, consecuente con la unidad de su pensamiento y de su vida, el remedio, en la educación, añadida a la inmigración.

“Educar al soberano” fué su lema y en este concepto “hizo tanto como predicó: legislador y ejecutor de una nueva cultura”.

“¿Qué le queda a esta América, dice, para seguir los destinos libres y prósperos de la otra?”. Nivelarse; y ya lo hace con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la Edad Media”, y arrebatado de admiración exclama: “La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha; que es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seámos la América, como el mar es el Océano, y en seguida, olvidando un imposible material, por la composición distinta de las razas y el deber de nuestra América latina de conservar la autonomía de su civilización y hasta la autonomía de sus costumbres, concluye: “seámos Estados Unidos”.

El gran escritor fué también hombre de palabra, que ocupó todas las tribunas públicas, leyendo generalmente, sus discursos, sin giros retóricos, sin artificios, sin técnica consumada del orador, pero imponiendo su autoridad, dominando al auditorio con la energía de la palabra, rotunda como su pensamiento, por la pasión del alma, por la convicción profunda, por la dramática batalla, que exhibe su frase, entre la realidad que se opone y la fé que vence.

Académico, concejal, periodista, gobernador político, diplomático, senador, ministro, presidente de la Nación Argentina, inspector de escuelas, cargo que desempeñara teniéndolo a mucha honra, inmediatamente después de rescindido el mando supremo, en todas estas funciones públicas, encuentra Sarmiento ocasión para exponer su pensamiento sobre la realidad argentina, abriendo nuevas rutas, fiel a su conocida máxima de “hacer, así sea mal, pero siempre hacer”, y consecuente con su idea fija de educar a las masas, difundiendo por todas partes, incansablemente, sin siquiera concebir inconvenientes, su afanoso programa educativo. “Necesitamos hacer de toda la República una escuela! Sí, una escuela donde todos aprendan, donde todos se ilustren y constituir así un núcleo sólido que pueda sostener la verdadera democracia que hace la felicidad de las naciones”.

La historia argentina de esta época de transición de lo inorgánico a la consolidación interna y a la seguridad exterior del país, habrá de fijar para la posteridad, como dos elementos básicos de su progreso, el lema de Sarmiento “Gobernar es educar” y el de Alberdi “Gobernar es poblar”, encontrando en la fé de ambos dos grandes y esenciales componentes de la superación nacional; y la pasión política separó al autor de “Cartas quillotanas” del au-

tor de "Las Ciento y Una", empeñados en durísima polémica y convertidos en implacables enemigos, hoy se encuentran unidos bajo el amparo igualmente amoroso de la inmortalidad.

Como legislador intervino Sarmiento en todos los debates de importancia del Congreso Argentino de su tiempo. La reforma del Código de Comercio, los antecedentes del Banco Nacional, la reforma de las contribuciones, las leyes de ferrocarriles, de inmigración y distribución de tierras, las facultades del Ejecutivo, las atribuciones ministeriales, la libertad de prensa, el voto secreto que fué el primero en patrocinar, el servicio militar, la composición del Poder Judicial, la representación diplomática e innumerables intervenciones en materia de enseñanza primaria, secundaria y superior, representan un sustantivo aporte de Sarmiento a la obra legislativa de su patria.

Llegó Sarmiento al Perú como ministro plenipotenciario el año 1864 mientras se realizaba en Lima el Congreso Americano de la misma fecha, fiel nuestro país a una honrosa tradición de derecho público expuesta, en elevada nota, por Juan Antonio Ribeyro, ministro de relaciones exteriores, también rector de esta Universidad, figura ilustre de la diplomacia, de la actividad universitaria y de la magistratura judicial del Perú, que aspira a establecer—dice así la nota de Ribeyro—el arbitraje como el único medio de transigir todas las faltas de inteligencia y motivos de desacuerdo de algunas repúblicas sudamericanas, añadiendo, que si alguna vez, lo que no es creíble, se amagase la independencia de alguna de nuestras repúblicas, seremos unidos en la guerra, como lo somos en la paz, y en tan dura extremidad, trataremos de distinguirnos siempre por la templanza de nuestros actos, por la pureza de los principios, por lo humanitario de los medios bélicos que necesitamos emplear.

Sarmiento en unión del doctor Arosemena, representante de la república de El Salvador, define en el aludido certamen internacional, en su alcance jurídico, el enojoso asunto de Talambo desde un punto de vista americano.

No fué esta la única relación amistosa de Sarmiento para con el Perú, pues en el orden literario escribió páginas de cariñosa recuerdo aunque a veces de amable advertencia para nuestro país, mostrando especial preferencia por Lima a la que llama Sevilla Americana, elogiando la gracia de las tapadas, el buen decir de nuestras gentes, incluso las del pueblo, que "hablan el castellano más correcto de América, como se conservó puro o se formó el italiano en Florencia que era la corte de los Médicis", y dedicando palabras de admiración a la que denomina gran biblioteca de Lima.

Ejerció también Sarmiento la representación diplomática de

su país en los Estados Unidos de Norte América, su predilecta nación, como ya he dicho, a la que llega por segunda vez en su vida, en época de su mayor plenitud intelectual sorprendiéndole en ese cargo diplomático su elección de presidente constitucional de la Nación Argentina, sucediendo al ilustre general Bartolomé Mitre, gran estadista y gran hombre de letras, el creador en la República Argentina, de los modernos estudios históricos. El 12 de octubre del año 1868 asumió Sarmiento el mando supremo de su patria, renovando en ese día, como su primer acto público, su concepto y su vocación por la educación popular. “Si no la promoviera, dijo Sarmiento, los antecedentes de mi vida quedarían como vana ostentación de aspiraciones, que la posesión del poder y la ocasión de realizarla dejó al descubierto. Quedaría establecido que en nuestro país el influjo del gobierno es impotente para romper con la tradición de ignorancia que nos ha legado la colonización”.

Cumplió Sarmiento su palabra y durante su período de gobierno se reformaron todos los ramos de la enseñanza y se llevó a la práctica las más importantes creaciones en materia de educación pública.

Cierto es que hubo ensayos infructuosos y que la reforma sufrió el recargo propio del temperamento de su autor, empeñado en que nada faltara, pero pese a este y otros defectos, rectificados después, la obra educativa de Sarmiento de 1868 a 1874, continuación de la empezada en 1840 y antecedentes de la que siguiera hasta el mismo día de su muerte, obra profundamente argentina—él lo dijo al pie de la estatua de Mazzini—“Asociándome a vosotros yo no salgo del terreno de mi país”. “Soy argentino y vosotros lo sabéis”; la obra educativa de Sarmiento, vuelvo a decir, condensa una evocación y una misión, un destino que sobrevive, hecho conciencia en la nacionalidad argentina, un mensaje que recoge América de un carácter verdaderamente heroico, o la correspondencia entre los actos y la conciencia, que es la primera condición exigida por Carlyle, a sus héroes con fuerzas de reacción, de resistencia y de persistencia que desafían toda imitación, que es lo que realmente constituye el verdadero carácter, según Emerson.

Y en cuanto respecta al desorden que se advierte en la obra de Sarmiento, juzga acertadamente Octavio Amadeo en sus “Vidas argentinas”, cuando dice que el desarreglo de sus gestos y de sus palabras era un desorden meramente exterior, toda vez que en el conjunto de su obra no se percibe ese desequilibrio, al revés de lo que sucede con otros hombres políticos, perfectamente equilibrados en la apariencia y cuya obra lleva el sello de un desequilibrio esencial.

Concluyó durante el período gubernativo de Sarmiento la guerra con el Paraguay, pero sobrevinieron intensas luchas intestinas,

siendo su epílogo el asesinato de Urquiza y un atentado contra la vida del Presidente en las calles de Buenos Aires.

Pese a la gran actividad propia del gobierno, no abandonó Sarmiento un solo día su histórica función de pensador y publicista, escribiendo artículos de combate en la prensa diaria, consecuente con su afición y extraordinaria habilidad periodística.

El patriotismo de Sarmiento lo arrebató de elocuencia el 24 de setiembre de 1873, descubriendo en la Plaza Mayo de Buenos Aires, la estatua ecuestre del insigne y virtuoso general Manuel Belgrano, pronunciando en ese día su inmortal oración a la Bandera:

“Que la bandera que sostiene su brazo flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, a lo alto de los mástiles de nuestras naves, y a la cabeza de nuestras legiones; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa”.

Y en otro lugar de la célebre oración muestra Sarmiento, con palabras de amor, los caracteres sociales, el sentido democrático, el germen profundo de humanidad de la nueva promisorá nación, diciendo de la siguiente manera:

“Y a todas las nacionalidades de la tierra cuyos hijos tocan estas playas en busca de un lugar para hacerse un domicilio y una patria, ofrézcoles a nombre del pueblo que esta bandera representa, la protección que ella da gratuitamente, recordándoles sólo que el hombre es familia, tribu, nación, con deberes para con los demás, y que los sentimientos más generosos, el heroísmo la gloria, el amor de la patria se amortiguan no ejercitándolos y que la elevación del alma humana descende y desaparece con la satisfacción exclusiva de las necesidades”.

La voz siempre firme de Sarmiento se vuelve trémula de emoción un día, en la Recoleta, al pie de la tumba de su maestro de primeras letras. En el silencio del campo santo, invadida, sin duda, su alma por la memoria de su niñez, pliega sus alas victoriosas el presidente de la Nación Argentina, ante los despojos del humilde maestro de escuela convertido en símbolo del deber y del honor, pronunciando el glorioso discípulo estas perdurables palabras:

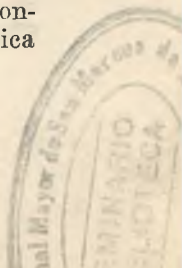
“Si hoy soy honrado con un título que no a todos honra en definitiva, y que por pomposo que sea entre nosotros, no es por sí solo suficiente para llevar un nombre propio cien leguas más allá de nuestra tierra, ni conservar su recuerdo diez años después de haberlo usado, esta manifestación hecha por sus discípulos al maestro Peña y mi participación en ella, mostrarán a la juventud ambiciosa de gloria duradera, que hay caminos escabrosos que conducen a ella haciendo el bien y difundiendo la instrucción”.

Debo ya dar a conocer mi último juicio sobre la obra del insigne argentino.

No puede dudarse, señores y señoras, del genio de Sarmiento que vió realidades que los demás tardaron en percibir, que anticipó acontecimientos que los demás negaron, que anunció como verdades extraídas, algunas de ellas, no de su inteligencia sino del fondo misterioso de su ser, las que sólo lo fueron después por la acción tardía del tiempo; que hizo de la luz una fuerza por la riqueza de su sensibilidad y el vigor sorprendente de su carácter; que aprovechó de todas las posibilidades desde la más alta hasta la más pequeñas, que en intensa lucha contra el medio logró, en momentos culminantes de su creación, derribar el egoísmo y el rencor, haciendo que convergieran todas las energías hacia la unidad que necesitaba su pensamiento; que llegó hasta las raíces vivas y profundas de la nacionalidad argentina, infundiendo temor o despertando amor; que abominó de la inercia y de la indiferencia, que no quiso saber si alumbraba el sol o era oscura la noche para llevar a todos los hombres el pan sublime del espíritu; que sólo se entristeció como medio de dar más brío a su pensamiento y más alas a su espíritu, que en la victoria o en la adversidad mostró igual grandeza de ánimo, que vertió su sangre por las ideas, con la pasión que es también atributo del genio, que tuvo fe en que la justicia disipa al cabo todas las tinieblas, que sintió profundamente la fraternidad humana, la fecundidad de la belleza y el beneficio de la legítima libertad que consecuente, en fin, con su idea fija de educar dijo su palabra en todas las formas y bajo todas las frondas para que la América entera la respire como el aire que da la vida.

Sus contemporáneos lo creyeron algunas veces loco pero la posteridad, borradas las sombras de sus intemperancias, de su desconsiderada franqueza, de su imprudente sinceridad, restañadas las heridas que la lucha produce, le proclama genio, apagadas las ideas pueriles y sólo brillante la luz que iluminaba su extraordinario espíritu.

Un nobilísimo sentimiento paternal deshizo su vida con la muerte de su hijo "sin saber donde arrojar este pedazo de vida que me queda" y no le faltó nunca afectuosa tolerancia para el verdadero mérito, guardando siempre, sin abdicar de su liberalismo, un recuerdo reverente para sus primeros maestros clérigos y para la memoria del dean Funes, el gran rector de la Universidad de Córdoba. Y no fué tampoco, me parece, subalterno sentimiento la ostentación que siempre hiciera de su valor, sino resentida protesta contra el daño de la burla, el olvido, el abandono y el vacío. Hubo espacio en su alma para el mismo candor. Sin tener con que vivir al dejar la presidencia, solo le pide a su sucesor Avellaneda un secretario que le escriba y una franquicia de correos para poder difundir sus pensamientos, pero cuando se le ultraja, cuando se conflagran los odios en su camino y el estallido de la pasión política



pretende apagar su estrella, entonces, sacudida su naturaleza por la profunda conmoción de su gran destino, demuele y truena, se empuja sobre lo temporal, distingue lo definitivo y en el Congreso Argentino apostrofa su palabra con la claridad de un relámpago. “Yo soy don yo”. “Todos los malvados llevan mi marca”, y embellecida la fea figura, la tosca planta, “que parece brotada de alguna rajadura de la tierra”, arrastrándolo todo, el humilde nacimiento, la soledad, la tristeza, el honor y la gloria de la muerte” dice: “He querido, señor Presidente, que la barra me oiga una vez por todas, para que vea toda la libertad de que soy capaz. Y es una pérdida para el país que ustedes encadenen y humillen y vejen este espíritu que ha vivido sesenta años, duro contra todas las dificultades de la vida; que ha sufrido la tiranía, que ha sufrido la miseria que ustedes no conocen, y las aflicciones que puede pasar un hombre que no sabía en la escuela sino leer y que desde entonces viene abriéndose camino con su trabajo, su honradez y su coraje”. “El día en que me echen mi última retreta podrán decir en justicia: acompañad a ese cadáver; no volveréis a tributar iguales honores a un argentino más ilustre”.

Ya enfermo salió Sarmiento de su patria para buscar salud en Asunción del Paraguay, la amada ciudad, fundadora de ciudades y allí plantó su última tienda y allí pronunció, en una escuela su último discurso y expiró, fuera del lecho sentado en una silla, sobre una tierra heroica, contemplantando en una aurora la diáfana claridad de un cielo amigo.

Pienso que fué agitada su agonía, que vio la América sin la conciencia todavía de su destino, que sus ojos quisieron deslumbrar aun con una nueva verdad, mientras en su mano repentinamente firme levantaba por vez postrera la antorcha de la civilización que llevó siempre consigo.

Habéis hecho bien, señor Rector, en auspiciar la iniciativa del Instituto Cultural Peruano-Argentino, de conmemorar en esta Universidad, destinada a enaltecer la obra del pensamiento humano, la fecha cincuentenaria de la muerte de Sarmiento, sintiendo sin duda, el claustro que dolencias del cuerpo que en nada amenigua el vigor de una mente extraordinariamente lúcida, no hayan permitido asistir a este acto público, que siendo homenaje a Sarmiento es también homenaje a la idea educativa que encarnó y predicó, al más llamado a estar aquí, al maestro de maestros de esta Universidad, al doctor Alejandro O. Deustua catedrático, decano, rector, eminente personificación del saber y del amor a la ciencia, reformador de estudios, la más cabal vocación a la enseñanza que puede con orgullo ostentar el Perú, en este anciano y venerable maestro que a los 89 años de edad y 69 de labor magisterial piensa y produce, y a quien pueden serle

aplicadas con justicia las palabras que, en cierta ocasión, dijo Sarmiento de sí: “No soy como algunos viejos que suelen sobrevivir a su propio destino, pues, tengo todavía en la mano el buril y la pluma que fijan las ideas”.

Disculpad, excelentísimo señor Embajador de la República Argentina que mis palabras no hayan podido responder a la alta significación de este homenaje al genial educador y hombre de estado, cuya memoria no dejará morir América.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EMBAJADOR DE LA
ARGENTINA Dr. EDUARDO COLOMBES MARMOL**

Señor representante del Excmo. Señor Presidente de la República,
Señores Ministros Secretarios de Estado,
Señor Rector de la Universidad,
Señores Embajadores y Ministros,
Señores Decanos y Catedráticos,
Señoras y Señores:

Bajo los auspicios del Excmo. Gobierno Peruano e intermedio del Ministerio de Educación Nacional y por iniciativa del Instituto Cultural Peruano Argentino, esta ilustre Universidad Mayor de San Marcos, de tan altos blasones intelectuales, cuna y foco de nuestra cultura indo-española, cuatro veces centenaria, rinde un solemne homenaje en memoria del ilustre americano y ciudadano de mi patria: DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

Este patricio de recia y varonil contextura física, como lo veis en su efigie que luce en este salón, y de la formidable envergadura moral descrita por el Sr. Catedrático, Dr. Pedro Dulanto, era como si hubiera sido amasado por la Cordillera y los Ríos paternos con la arcilla pampeana en que se infunde el genio americano; en ese hombre del Ande y de la Pampa, que recibió en su ser el pujante soplo anímico de las dos regiones fundamentales de su tierra, se sintetizan y hermanan las notas características de la índole de la grandeza humana. Su mente clara y lúcida, su visión amplia y profunda, que abarca y escudriña todo el ámbito de nuestro panorama social y espiritual; su juicio serio y grave, su sensibilidad honda y vibrante, que se desborda en torrentes pasionales y se exalta en frenesíes casi místicos; su voluntad tozuda y tesonera, que infatigablemente se abre paso hacia su meta, salvando o destruyendo obstáculos y tropiezos, como las aguas andinas; su realismo y positivismo, que en nada menguan los vuelos de sus ideales, nos componen, en su retrato moral, la imagen del prócer americano, entre andino y pampeano.

La curva que señala la vida de Sarmiento, recuerda en sus sinuosidades y asperezas, en sus zigzagüeos y en su línea quebrada y tormentosa, el perfil de las sierras andinas con sus aristas y sus dentelladuras de piedra, labradas por los ventarrones y desgarradas por los rayos, a cuyo amparo naciera el hijo ilustre de la Provincia de San Juan; pero en su vida, como en esas montañas tutelares, encontramos, al lado del paisaje hozco y ceñudo, de la implacable adustez del páramo y de la solemne majestad de los picos nevados

y los ventisqueros, la dulzura idílica de los valles y el encanto de otras suaves curvas de las quebradas cordilleranas. Así como allí alterna la tempestad con la mansedumbre y la dicha de la vida ordinaria, es como se diferencian dos de los libros de Sarmiento: FACUNDO, la grandiosa gesta de la Pampa, y RECUERDOS DE PROVINCIA, la crónica sencilla e íntima de sus mocedades en el hogar provinciano. Un tercer libro, de carácter científico, EDUCACION POPULAR, viene a ser como la síntesis de ese antagonismo.

Como todo escritor se revela en sus escritos, por objetivos e impersonales que sean, Sarmiento, cuya obra literaria es fundamentalmente autobiográfica, se muestra de cuerpo entero en esos tres de sus principales libros, que nos relatan los momentos y puntos cardinales de la parábola de su vida y de su carrera: al adolescente estudioso y autodidacto; la juventud del periodista y polemista político, demoleedor de la tiranía y del obscurantismo; y la madurez del maestro, que asienta sobre sus cimientos de la educación popular, el edificio de la grandeza nacional.

Al través de sus páginas esenciales podemos seguir el agitado curso de esa vida, que, a semejanza de los grandes ríos de su territorio, baja torrentoso de las sierras nativas a fecundar, pacíficamente, las pampas y a enriquecer con su aflujo el caudal cultural del Plata.

Sarmiento vivió emigrado durante gran parte del segundo período de su existencia, regresando a la patria cuando el Pronunciamiento de Urquiza, que dió término al estado político y social reinantes hasta 1852.

Después de Caseros y de luchar con éxito por la unidad nacional, fué elegido Presidente de la República, en 1868 y en circunstancia de encontrarse ausente del país, desde hacía cuatro años, en Lima y en Washington, desempeñando el cargo de ministro diplomático, lo que equivale a decir que fué llevado a la primera magistratura de la nación, por imperio de la voluntad popular y sin haber hecho mayor programa de gobierno, del que "estaba en el ambiente", como él mismo lo dijera cuando aceptó la designación de su candidatura.

Sus primeros discursos-mensajes al pueblo, desde la presidencia, llevaban la rareza, para aquella época, de que formulaba "no el viejo y enardecido mensaje de la asamblea, en la plaza o en el cuartel, sino el tranquilo emplazamiento a la escuela y al colegio".

Su obra de gobierno fué amplísima: primeramente se ocupó de niños y de hombres; de colegios y escuelas primarias y secundarias; de planes de estudio para éstos y para la enseñanza superior del derecho, en la Universidad de San Carlos; fundó la Escuela Naval y el Colegio Militar; organizó el observatorio astronómico y el primer censo nacional; luego las comunicaciones de correos y telégrafos, en las ciudades del interior entre sí y el extranjero. Cuidó la defensa

nacional; organizó la inmigración, la colonización, la navegación de los ríos y la construcción de puertos; veló por el crédito financiero del país; la construcción de ferrocarriles; organizó exposiciones de artes y productos nacionales; aseguró la moral administrativa; y, mientras tanto y sobre todo, fundando escuelas, siempre escuelas y colegios en las ciudades y en la campaña; escuelas en toda la República, para formar maestros y profesores, hasta que se llegó a tener el actual plantel, de dos maestros por cada soldado que sostiene el Estado para custodia de la República; y, para terminar esta relación: Sarmiento, como se ha dicho, coronó su obra “dejando asentado el gobierno nacional, sobre alto e incommovible pedestal, al abrigo del alzamiento disolvente del caudillo”, que tanto anatematizara en Facundo!

Refiriéndose a Sarmiento, el Dr. Pellegrini hizo el siguiente bosquejo:

“Tocóle por patria inmensa heredad inculta, y aplicó todo el vigor de su alma a abrir, en la espesa selva, anchas vías a la civilización. Lo hemos visto sudoroso, apasionado, febril, empuñar el hacha del “pionnier”, abrirse paso al través del espeso matorral de la ignorancia, destrozando errores, preocupaciones, y al encontrarse en su camino con el árbol colosal de la tiranía, que cubría a su patria toda, con sombra letal, atacar su tronco, herirlo sin tregua y sin reposo hasta verlo caer con estrépito, abriendo en el bosque inmenso claro, que permitió a un pueblo contemplar el cielo luminoso y aspirar las puras brisás de un porvenir libre”.

El acervo anecdótico de la vida de Sarmiento, es riquísimo. Para amenizar esta exposición y enriquecerla objetivamente, en cuanto a que traduzca su inquieto y enérgico carácter, voy a citar algunas:

Respecto de su obra FACUNDO, debo recordar que fué improvisada y escrita en folletín, en mayo de 1845. Mandaba a la imprenta las carillas a medida que se iban llenando, febrilmente, bajo su pluma.

Este libro sin asunto, cuyo interés vive aún, fué traducido entonces al inglés, italiano, francés y alemán. “Era un libro extraño sin piés ni cabeza, informe, verdadero fragmento de peñasco que se lanza a la cabeza de los titanes”, según decía el mismo Sarmiento y poniendo en práctica su máxima de toda la vida: “hacer las cosas en el momento oportuno, hacerlas mal, pero hacerlas”.

Un relato de Sarmiento:

“Llegaba de Europa y tomaba yo asiento en una mesa de huéspedes. Estaba allí un personaje, de espíritu travieso, y que no había hecho buenas migas antes con el recién llegado.

“Comían poco menos que en silencio, cuando el taimado, con voz autoritativa y afectando superioridad, dijo:

—Domingo Sarmiento, pásame un plato.

“El al parecer aludido, tuvo sin embargo, la presencia de ánimo de no mover un músculo y como si nada hubiese oído, volver la vista maquinalmente, cuando vió, en efecto, un sirviente traer un plato.

—Mozo! ¿Es Vd. de San Juan?—Sí, señor.—De Puyuta?—Sí señor.—Hijo de D. Rafael o de D. Domingo,—De D. Rafael, señor.—Vengan acá esos cinco, que es Vd. mi primo; alcance aquella botella del tinto....

En 1849 estaba tan convencido Sarmiento de la próxima caída de Rosas, por un levantamiento de pretorianos, que preparaba una expedición por el lado de Cuyo, haciéndose de recursos en todas las formas imaginables.

Tenemos de labios del Sr. Holmberg, entonces director del jardín botánico de Santiago de Chile, el extraño suceso que sigue.

Como Holmberg oyese un día una algazara de músicas discordantes y gritería de chiclelos, salió a la calle en momentos que se detenía una mascarada con un carro, y un turco de mamarracho, pidiendo limosna para derrocar la tiranía de Rosas.

El turco se bajó del carro, entró en la quinta para descansar, y sacándose la careta, mostró a los ojos atónitos de su amigo, la cara de Don Domingo Faustino Sarmiento.

El anciano Holmberg no podía contener las lágrimas, cuando esto relataba, y agregaba que nunca le pareció más grande aquel hombre, a quien consideraba el más grande entre todos, como cuando lo vió de turco de mamarracho.

Eduardo Dimet, editor de EL NACIONAL, era grande amigo y sostenedor de la administración y era tal su deseo de no incurrir en pecado venial, siquiera bajo el estado de sitio, que vió al Presidente para que le permitiese enviarle, de antemano, las pruebas de cada número, para no sufrir quebranto ni retardo.

El Presidente contestó que el Gobierno no estaba a medias con nadie, en la responsabilidad de sus actos; que las pruebas de imprenta no constituyen delito, sino la edición y publicación de escri-

tos sediciosos; que en estado de sitio suprimiría un diario delincuente, pero que para proceder era indispensable que hubiese acto consumado y definido no conato de intención.

Con tales advertencia, EL NACIONAL se miraba a dos lados y mascaba sus palabras antes de lanzarlas; pero un día, el demonio de la publicidad, le hace mandar al traste toda su cautela, y publica una noticia de orden subversivo, llegada por telégrafo y que era falsa.

Sarmiento mandó cerrar la imprenta, hallando, el editor, muy ajustado el castigo a la culpa. Pero pasaban los días sin que se levantara la suspensión y sin encontrar quién se atreviese a abordar al Presidente.

Confiado en sus servicios y amistad, fué a casa de Sarmiento. No bien se hizo anunciar, cuando lejos de admitir sus razones, oyó de labios del severo magistrado, la orden de ponerlo preso, inmediatamente, lo que le proporcionó la ocasión de meditar sobre la inutilidad de las amistades, cuando están en pugna con la seguridad social.

Ardían las pasiones suscitadas por la cuestión San Juan y al trasladarse las cenizas del maestro Peña, el Presidente iba a encontrarse rodeado de sus opositores, entre semblantes hostiles y acaso, tales eran las costumbres, sufrir algún vejámen; pero fué tan imponente la actitud de Sarmiento, descendiendo de su alto magisterio para invocar su título de maestro de escuela, que logró impresionar a sus iracundos oyentes, pudiendo, al levantar la vista a cada período, ver desarrugarse un ceño y cambiarse, lentamente, en expresión de ternura, y asomarse una lágrima en los ojos de gran número.

“Los discípulos son la biografía del maestro y la de Peña está aquí representando sus virtudes:.... Cualesquiera que sean los modos de apreciar mis actos como Presidente, en un punto estoy seguro que están de acuerdo; es que estoy bien al borde de esta tumba, y que mi presencia en este acto ayuda a honrar la memoria de un maestro.... Acaso la eminencia a que el voto de mis conciudadanos me ha elevado, sea sólo para que sienta más el embate de los vientos y el vano tronar del rayo.....!

En los establecimientos de educación tendía a que fuese absoluta la autoridad del rector, desechando por decreto una petición de alumnos porque la intervención del gobierno relaja la disciplina. Y otra vez telegrafía al Inspector de Colegios: “Las órdenes

dictadas por el Rector no se revocan. Por regla general los Directores de Colegios tienen razón. Debe Vd. hacer cumplir la orden y después se proveerá lo conveniente, salvando la autoridad moral”.

En el Senado, Sarmiento, interrumpe una discusión para una moción de privilegio, a fin de que se investigase un cargo que se le había formulado cuando era Presidente, y que pudiese término a la intervención peligrosa de la barra en las discusiones parlamentarias.

Fué un memorable discurso, variado, profundo y elocuente, que le reconquistó el respeto que se merecía, y cuando una intentona de aplausos se produjo, el orador declaró que hacía tanto caso de los aplausos como de los vituperios.

Para construir un ferrocarril se discutía una ley que garantizaba el interés del 7 % sobre 800.000 pesos que costaría la obra, y cuya cantidad espeluznaba a los legisladores.

No fué aprobada porque se consideraba exorbitante el eventual desembolso.

Sarmiento entonces, le responde a sus colegas del Senado: “—No he de morirme sin ver empleados en ferrocarriles en este país, no digo 800.000 sino 800 millones de duros!

Los senadores y la barra se echaron a reír, tan insensata les parecía la suma, y Sarmiento pide que conste esa hilaridad en el acta.

No se equivocó Sarmiento: veinticinco años, después de su muerte, habían 300 millones de libras esterlinas, EL DOBLE de su vaticinio.

Mucho antes de surgir los candidatos para el período presidencial de 1880, el Gobernador de Santa Fé, Dr. Simón de Iriondo, escribió a Sarmiento ofreciendo su concurso para elevarlo a la presidencia.

Sarmiento no le contestó.

Pasaron los años y en un día que se encontraron, Iriondo le manifiesta que necesitaba una franca explicación de su silencio. Sarmiento lo lleva a su casa. Llama a su nieto y le dice: “Busca en el “Antonio y Cleopatra”, de Shakespeare, la escena del barco y tradúcela al Dr. Iriondo. Era aquella en que banquetaban los

tribunos rivales Lepidus, Sextus Pompeyo, Marcos Antonio y Octavio, y en medio de la orgía, cuando el esclavo que carga a uno de los borrachos “lleva el tercio del mundo en sus hombros”, se acerca Menas a Antonio y le ofrece hacerlo el único dueño del mundo.

—“Déjame hundir en el mar a esos tres borrachos y entonces todo será tuyo”.

—“¡Podías hacerlo y no decírmelo! Contesta noblemente el tribuno. En mí sería una infamia, mientras en tí hubiera sido un buen servicio. Lo hubiera aceptado, pero sabiéndolo, debo condenarlo”.

No fué dada otra explicación al Dr. Iriondo.

El que fuera Presidente, en un pueblecito del tránsito a Tucumán, sentado sobre los raigones de un algarrobo atormentado, se vió rodeado de párvulos que lo contemplaban con ojazos confiantes y candorosos. A una niñita sentada tranquilamente a su lado, que se apoyaba sobre sus rodillas, le preguntó:—¿Quién soy yo, señorita?—Es Vd. el padre de los niños argentinos. ¡Es Sarmiento!

Después de enjugar una lágrima silenciosa, prorrumpió en razones sencillamente expresadas:

—He sido mucho más pobre que Vds. y he luchado con dificultades mucho más terribles que las que nunca conocerán Vds. He combatido mucho y muchos años; pero parece que las tempestades se hicieron para que el piloto avanzara más camino; las resistencias, para vencerlas; la envidia, la detracción, para dar testimonio de la verdad honrosa; y sin desviarme de la obra de hacer bien a mis semejantes, he llegado a la cima de la montaña, en la penumbra de esa zona de gloria a que se han encaminado mis pasos. Esto lo comprenderán Vds. más tarde.....!

La obra de Sarmiento como maestro, periodista y gobernante, ha sido brillantemente analizada por el señor Catedrático de Historia de América, de esta Universidad, Doctor Don Pedro Dulante. De mi parte, me he limitado a enunciarla y a bosquejar su temperamento a la luz de algunos pasajes de su vida y a lo que podríamos llamar la trilogía de los libros más substanciosos que escribiera.

En mi carácter de Embajador y ciudadano argentino, presento mi más profundo y cordial agradecimiento al Excmo. Gobierno Peruano, a los Señores Rector, Decano y Catedrático de

Historia por su participación en el homenaje a Sarmiento, al cual también lo considero como reiteración de la recíproca simpatía que unen al Perú y Argentina; y a los Exemos. Señores Embajadores y Ministros Diplomáticos, a los Señores Decano y Catedráticos de esta ilustre Universidad, a los señores y las señoras que se han dignado dar realce y adorno a este acto.

He dicho.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL Dr. MANUEL BELTROY
EN LA ACTUACION ESCOLAR REALIZADA ANTE
EL MONUMENTO DE SARMIENTO**

Señor Ministro de Educación Pública:

Señor Embajador de la República Argentina:

Señor Director General de Educación:

Señor Presidente del Instituto Cultural Peruano-argentino:

Señores Maestros:

Queridos Escolares:

El Instituto Cultural Peruano-Argentino, recientemente fundado por un grupo de peruanos y argentinos, deseosos de estrechar los vínculos fraternales que, feliz e ininterrumpidamente, unen al Perú con la Argentina, como sus Andes paternos, al través de las tres épocas de su historia, desde tiempos inmemoriales, y que fueron sellados indeleblemente por el genio de San Martín y el generoso espíritu humanista de Sáenz Peña; inicia, jubiloso, el Homenaje que ha organizado y que nuestro país rinde hoy a la personalidad y la obra egregias de uno de los hijos más preclaros de la Gran República del Plata, "hombre representativo" y héroe de América y acabado tipo de nobleza y superioridad humanas, y se acerca reverente ante su imagen, con ocasión de conmemorarse el quincuagésimo aniversario de su muerte, a exornar el bronce que la perpetúa con el lauro y el olivo que se deben a los grandes salvadores, a los pacificadores de la tierra.

Nuestro Instituto, cuya voz traigo aquí, no ha podido empear su misión de acercamiento fraternal y de americanismo bajo más altos ni más significativos auspicios que deponiendo el tributo de gloria que el Perú rinde en el cincuentenario de su desaparición material al Prohombre latinoamericano Domingo Faustino Sarmiento, honra y prez de nuestra comunidad continental, al pie del bronce que lo immortaliza; que mostrando por guía y por ejemplo a la juventud peruana,—en momentos de desquicio y de extravío universales, en que parecen vacilar y estar a punto de arruinarse los cimientos mismos de nuestra sociedad y nuestra cultura,—al Grande Hombre, que con sus manos de titán andino y con su corazón de volcán cordillerano, amasó y mezcló la tierra y los peñascos de su país con la sustancia de los principios educativos de Europa y de Estados Unidos, convirtiéndolos, al calor de su celo apostólico y merced a su heroica constancia, en instrumentos magníficos de civilización.

Los grandes hombres—se ha repetido incansablemente—surgen en las grandes crisis de la historia y de la vida de sus pueblos, cual misteriosos custodios de su seguridad y de su progreso; preséntanse como esos fantásticos caballeros niveos de las leyendas himalayas, que, en las encrucijadas y al borde de los precipicios acuden, oportunos enviados, a orientar a los viajeros perdidos y a apartarlos de las simas horrendas. En tales momentos históricos se revelan; pero nó como nuncios y salvadores providenciales, sino como exponentes y productos de las fuerzas morales que organizan y modelan la sociedad y la encaminan a su meta, que es el bienestar de cada uno de sus miembros en armonía con el de todos, mientras las fuerzas de la destrucción y del desorden, que retienen, hacen retroceder y precipitan a los hombres a los abismos de la ignorancia, la barbarie y el crimen, como las fieras a Dante en la tenebrosa selva, encarnan, por su parte en los enemigos de la verdadera sociabilidad.

El insinto de conservación, la conciencia social, las energías culturales acumuladas y decantadas en su filtro, suscitan en los momentos críticos de las naciones, hombres capaces de contrarrestar y anular la obra maléfica de las fuerzas retardatarias, retrogradantes y obscurantistas y les hacen—nutriéndoles con su savia e inflamándoles con su fuego—triunfar de ellas, organizando y creando instituciones e instrumentos de defensa y fomento de la civilización.

Los caudillos y conductores del Mal, con arrestos falsamente heroicos, arrastrando huestes numerosas y combativas, que alucinadas o maliciosas, siguen sus engañosas banderas, podrán lograr momentánea victoria, poniendo en juego la violencia sorpresiva y la astucia; pero a la postre caerán vencidos, no por influjo de deidad alguna, sino en virtud de la vida organizadora, del espíritu civilizador, merced al esfuerzo de los paladines y defensores de la cultura, respaldados y sostenidos por el corazón y el brazo de los pueblos.

En el soberbio marco de una contienda épica semejante y en el panorama de la Argentina de los años de la Anarquía, yérguese con toda su estatura, no apolínea ni dionisiaca sino americana, Domingo Faustino Sarmiento, el Héroe civilizador, el Paladín de la Cultura, el Soldado de la Democracia, frente al caudillo bárbaro, al Conductor de la Ignorancia, al sanguinario autócrata Juan Manuel Rosas.

Pueden historiadores y sociólogos, más atentos al juego de los factores superficiales de la Historia que a la urdimbre profunda de las leyes que rigen la vida social, intentar la rehabilitación de los déspotas, como el Gran Mazorquero; pueden teorizar acerca de que su obra antisocial e inhumana sirvió de instrumento al proceso social, quebrantando oligarquías y levantando masas, mediante su

barbarie y su demagogia; o, por reacción, despertando y represando el anhelo de libertad y de justicia; limpiando con sus brutalidades la tierra de débiles y menguados; fraguando y soflamando los caracteres heroicos y libertadores; con su obscurantismo y su sensualidad fomentando anhelos de ilustración y de heroísmo; la verdad es que el saldo de sus regímenes de opresión y de injusticia grava muy onerosamente la cuenta de los pueblos que los padecieron; y que, en cambio de los dudosos beneficios que, voluntariamente o no, rindieron, agostaron o derrocharon innúmeras energías que, aprovechadas habrían enriquecido el caudal cultural dilapidado por aquellos tiranos.

Frente a frente al Gran Bárbaro, personificación y figura de los instintos primitivos y antisociales, de las tendencias regresivas, de los apetitos salvajes, de los egoísmos y concupiscencias de un cardillismo clánico y feudal, que se desatan a favor de la anarquía que sobreviene en la República Argentina, a raíz de la Revolución de Mayo, a causa de la desorientación política, fruto del desgobierno colonial y de la consiguiente falta de educación cívica del pueblo argentino; álzase, pues, la personalidad eximia y representativa de nuestro Héroe, digno hijo de su tierra natal, que en su sangre aduna el vigor y el temple de la raza hispana y el ímpetu bravío, el sentido de libertad y la hombría de los indios del sur, y que en su cerebro acumula, fortifica y decanta las ideas y los gérmenes de cultura, asimilados de las naciones civilizadoras, en todas las fuentes accesibles.

Es el Constructor magno que emprende la lucha contra el Tremendo Destructor, en un campo de batalla de trágica grandiosidad, con sus pampas infinitas como mares, sus sierras encrespadas y gravitantes cual gigantescas olas petrificadas, sus vertiginosos galopes de centauros ávidos de sangre y de cacería humana, sus ciudades entenebrecidas y ensangrentadas por el terror y las matanzas, bajo el ámbito inmenso de los cielos y el haz inmensurable de las tierras platenses, en medio de los aullidos feroces de los verdugos, de los gritos y gemidos de las víctimas que sólo cesan para hacer más solemne y sobrecogedor el silencio mortal en que se apagan. Es un duelo sobrehumano, digno de una saga antigua, de un cantar de gesta medieval: se diría Sigfrido luchando con el Dragón; Beowulfo, pugnando brazo a brazo con el monstruo asolador.

Acerquémonos al Héroe y veamos cómo nace de la tierra, a la manera de los árboles cordilleranos, que se alzan de sus vertientes con tallos endebles; sigámosle en su desarrollo, cuando, robustecido por los jugos de la tierra y por los vientos de ultramar, empieza a crecer y a echar raíces y ramas; acompañémosle cuando, a punto de florecer y dar sus primeros frutos, es azotado por las ráfagas de la tormenta que se desencadena sobre su país y, arrancado de su suelo por la fuerza mortífera, vése trasplantado a la otra

vertiente extranjera, donde arraigará y se nutrirá con la savia generosa de esa tierra; y admirémosle, por último, replantado ya, no en su terruño nativo sino en el rico solar platense, desplegando en el azul magnífico de su bóveda, como el cedro majestuoso, sus vastos ramajes, bajo cuya sombra protectora y materna han de vivir y prosperar no sólo los hombres que nacen y se crían entre los Andes, el Plata y el Atlántico, sino todos los hijos del Continente de Colón.

Acerquémonos a este Héroe civil nuestro, en quien encontramos todos los caracteres distintivos del verdadero heroísmo, al par que todas las virtudes más altas de nuestra estirpe—como los semidioses mostraban a la veneración de los helenos su magnífica humanidad embellecida y divinizada en sus propias efigies; acerquémonos al altar ideal que le está alzando, nó de madera ni de piedra; a la estatua que le erige, nó de bronce ni de mármol, sino de cumplimiento de sus doctrinas y realización de sus preceptos, nuestra América; con la actitud reverente del devoto que viene a rendir culto, pero también a acusarse de infidelidades y a prometer enmienda.

Cuando aún resuenan los clamores jubilosos de la libertad y brillan en todo su esplendor los fulgores del Sol de Mayo, nace en un oscuro rincón de San Juan de Cuyo un humilde muchacho, de un hogar más humilde aún. Sus padres son menestrales que deben ganarse la vida y la de sus hijos con el trabajo diario de sus manos: la madre, tejiendo en la pobre casuca; el padre, de peón y arriero. Es, pues, hijo del pueblo y, como los grandes libertadores, crece en la pobreza y en la necesidad.

El mozo lugareño recibe la educación rudimentaria que le puede dar su aldea; educación rudimentaria pero fundamental en aquella **Escuela de la Patria**, obra de la Revolución de Mayo, completada y sostenida por la de un ambiente hogareño, sencillo y sano. Aprenderá luego, al lado de un clérigo pariente su latín y su Biblia; pero habrá de escalar las demás gradas del saber primario con penoso esfuerzo. La suerte le frustra la prosecución de esos estudios en Buenos Aires, y desde entonces habrá de ser, a la vez que el de los otros, el maestro de sí mismo, sin escuela, colegio ni universidad; sin títulos ni grados, conquistando a puñados y a briznas, a saltos y tropezones, en el camino real y en la encrucijada, furtivamente y a cara descubierta, en el triste albergue del exilio, detrás del mostrador del tendero, en las breves o largas paradas del viandante, en el campamento del minero, sentado en el bufete del redactor, al calor del vivac del soldado, en el pupitre del maestro primario y normal, la ciencia y la experiencia, el arte y la técnica del educador, del periodista, del escritor y del hombre de Estado, oficios todos que aprendió y ejerció a conciencia y eminentemente.

¡Cuántos dolores y amarguras, cuántas tragedias íntimas, qué cúmulo de privaciones y alternativas de exaltación y de abatimiento, de despecho y odio, de desesperanza y rebelión, de desdén y de impotencia no debieron sacudir y estremecer esa existencia juvenil, como vendabales inclementes, en esos días de miseria y trashumancia, cuando lo asaeteaban la altanería de los poderosos, la barbarie de los mandones, la cobardía y la inercia de los subyugados, la malevolencia cínica e insolente, la necedad servil y taimada, la aplastante enormidad de los vicios políticos y sociales que abrumbaban a su patria!

Imaginémoslo, con un esfuerzo de comprensión y de amor, recorriendo los pasos de esa **vía crucis** que, empezando en el destierro de San Juan sólo terminará en el retiro de la senectud, un simbólico amanecer de primavera, allá en Asunción del Paraguay. Acompañémosle, con pía imaginación, en ese duro peregrinaje, tan semejante al de Alighiero, antes del retorno a la patria; y veámosle luchar valientemente contra el caudillaje y la tiranía nacientes en su lugarejo de San Juan; transponer los Andes con los suyos para escapar a las iras del caudillo local; retornar al terruño, desafiando al sicario y al verdugo; desterrado y asilado en la tierra chilena.

En la mesa del redactor y en la cátedra del maestro, al amparo de sus grandes amigos de Chile, crecen y se agigantan a nuestros ojos el periodista y el educador, los dos grandes ejes de su personalidad, los dos polos sobre los cuales giró su febril y fecunda existencia, los dos brazos con que cumplió su campaña de demolidor y constructor. El luchador intrépido ataca al Tirano y a sus secuaces, con una ofensiva ideológica que debía aislarlo y asediario en el campo de las conciencias, preparando la cruzada que lo derribaría políticamente en Caseros.

Escribió esta hazañosa lucha en su gesta magna que es el **Facundo**, cuyo protagonista visible es su adversario, el Gran Caudillo Gaucho, que señorea la amplitud y riqueza de la tierra platense, donde se mueven con altiva gracia de pastores bíblicos los hombres de campo, con elegancia y garbo los hidalgos de las ciudades, con ímpetu feroz los mazorqueros, con imperiosa arrogancia de condotieros Juan Manuel y Facundo, cuyo invisible adalid es el autor, que blande en cada línea y desde cada párrafo su flamígera pluma, que es lanza y es mosquete.

Para defenderse contra la maledicencia y la calumnia escribirá en Santiago sus **Recuerdos de Provincia**, diáfana pastoral autobiográfica, que dora el sol y crea el viento de las sierras; pero su pluma será entonces el pincel de Millet, no la espada de fuego del Arcángel.

Si el proscrito ha de mostrar su vida limpia e inmaculada, ante propios y extraños, para ser digno un día de guiar a sus com-

patriotas desde el solio supremo; si ha de combatir al tirano, para libertar a su país; deberá preparar también el plan de la reconstrucción de su patria sobre cimientos que no pueden ser otros que los postulados de la educación democrática. Habrá, pues, de estudiarlos, en su teoría y en su práctica. Y emprende viaje—viaje de inventor y comerciante del espíritu—a las naciones de América y Europa, donde se labora esa teoría y se cumple esa práctica. Hélo de vuelta ya, tras años laboriosos, con un cargamento inestimable de normas, de experiencias, de sistemas educativos, que ordenará en arquitectura propia, que pondrá al servicio del Gobierno protector y amigo y que transportará luego al territorio nacional. Ese nuevo mecanismo, que con ciencia de experto y cuidado de artífice, monta y pone en marcha, y que es la Escuela Primaria argentina, fuente de la salud y la pujanza de la nación platense, quedó expuesto a la admiración y al amor de la posteridad en su tercer libro capital: **De la Educación popular.**

Este bloque andino hecho hombre—tal como lo esculpió el cincel poderoso de Rodin—ha mostrado ya sus tres caras principales de periodista, escritor y maestro. Transportado a la patria, después de la caída del tirano y de la organización constitucional del 53, mostrará la faceta culminante del Estadista; del hombre de Estado, que pondrá la máquina administrativa al servicio de la Escuela Popular y la instalará para siempre en la estructura fundamental de la nación argentina.

Y el oscuro provinciano que, desde el toco pupitre lugareño, subió, orgulloso de su función de maestro y desdendiendo todo otro título, peldaño a peldaño, al bufete del periodista, y a la Escuela Normal, y de allí a Coronel del Ejército Libertador, y luego a la Gobernación de su provincia, y después a una Senaduría nacional, y más tarde a un Ministerio y, por último, a investir la Suprema Magistratura del Estado, sin sufrir el vértigo de las alturas, como los débiles y los fatuos, pondrá en juego todos los recursos y las fuerzas del gobierno para hacer de esa Escuela Primaria que concibiera e implantara, el instrumento de la Democracia de su país y de América.

Cuando baje de la cima del Poder, todavía le quedarán fuerzas y entusiasmos para seguir velando, por la consolidación y el ensanche de esa su amada Escuela. Sólo la Muerte, como a Lincoln su par, le aflojará la mano en el timón de la nave que, piloto tan bueno como el Capitán de Whitman, construyó leño a leño, armó y lanzó a las aguas, guió impávido a través de las tormentas y condujo a seguro puerto.

Ahora, la Escuela de Sarmiento es carne y sangre de nuestro régimen educativo, sus geniales anticipaciones son realidades comunes y sus pretendidas utopías—puesto que las utopías de los civilizadores son las conquistas del mañana—están a punto de ser los

moldes en que se vaciará y recibirá su nueva forma nuestra vida política y social; pero ¡cuánto hubo de sufrir y luchar el Maestro para realizar, proteger y difundir esa maravillosa herramienta de progreso y de perfección social! ¡Qué caudal de pasión y de idealismo; qué torrente de energía; qué constancia infinita; qué suma de esfuerzos espirituales y físicos debió aplicar al logro de tan alto ideal!

Jóvenes escolares:

Ahí le tenéis, macizo y recio, vigoroso y corpulento, redivivo por la magia del arte, tal como era en sus días de luchador y de apóstol, que fueron todos los de su larga existencia. Aferrado a la tierra como un titán, recibiendo de ella, al través de sus fibras y sus nervios, sus poderosas fuerzas y vibraciones, que en su cerebro de creador se transforman en ideas luminosas, en inspiraciones fértiles, en hechos trascendentales. Su apostura dinámica delata al constructor; la expresión de su rostro, contraído en una mueca sublime, al varón de profundas y nobles pasiones que confluyeron en una sola: la de enseñar; su gesto es del polemista que desmenuza los sofismas del bizantino, las argucias del cortesano, las calumnias del perverso; es, más aún, el del Maestro que persuade y que inculca; pero es, sobre todo, la del escultor espiritual, que, con sus cinco dedos crispados amasa la arcilla nueva de la humanidad, la juventud, para imprimir en ella indeleblemente con los principios civilizadores que predicó, la inconfundible marca de su genio de libertador y re-
dentor.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»



Próceres civiles de la República.

Felipe Santiago Estenós, Secretario General del Libertador Bolívar.

Medio siglo de nuestra historia, en la que tuvo tan destacada actuación, se confunde con la vida prócer de Felipe Santiago Estenós, primero Secretario del ejército patriota expedicionario en el Centro, luego Secretario General del Libertador Bolívar, después Vocal fundador de la Corte Superior de Arequipa, miembro del Consejo de Estado, Vocal de la Corte Suprema de Justicia, Ministro del Interior durante el primer gobierno del Mariscal Castilla y finalmente Fiscal de la Nación.

Nació Estenós en Arequipa en 1797. Fué hijo legítimo de don Pedro Estenós y de doña María del Carmen Corrales y León radicados en esa ciudad. Gobernaba entonces al Perú don Ambrosio de O'Higgins, Marqués de Osorno, y atravesaba el Virreinato la inquieta etapa de transición entre el fidelismo colonial y la efervescencia doctrinaria, alentada por la propaganda clandestina de las ideas liberales. La infancia de Estenós coincide con las perspectivas promisoras, altibajos de angustias y esperanzas para la causa de la libertad. Todavía se recordaba con horror, en Arequipa, la ferocidad con que algunos lustros antes había sido trágicamente reprimida la sublevación indígena de José Ga-

briel Condorcanqui, extendida por casi toda la región del sur. Con el retraso consiguiente a la dificultad de las comunicaciones, llegaban a Arequipa, ya en tiempos del Virrey Abascal, las noticias de las conspiraciones que se descubrían y debeleban en Lima por la sagacidad, a veces enérgica y a veces ingeniosa, de la primera autoridad. Comentábase en casa de las familias arequipeñas distinguidas la forma como, en 1809, había sido descubierta la conspiración limeña de los hermanos Mateo y Remigio Silva. Elogiábase la prudencia del Virrey para conjurar la conspiración que se tramaba en la Escuela de Medicina, bajo la dirección de Hipólito Unánue y con la complicidad de los profesores, todos ellos amigos personales de Abascal, a cada uno de los cuales llamó a su despacho, limitándose a informarles de que estaba enterado, en detalle, de sus actividades subversivas. Motivo de agudas glosas era la táctica empleada por Abascal para desbaratar otra conspiración planeada en la celda del padre Segundo Antonio Carrión, en el convento de San Pedro. El Virrey envió a sus agentes para que, en las primeras horas de la madrugada, esperaran a los conspiradores en la portería del convento y conforme iban saliendo, uno a uno, los saludaran en su nombre, iluminándoles la cara con una linterna de mano para conocerlos. Y se elogiaba también, sin reservas, la prudencia de Abascal, para no intervenir, en forma alguna, en el Convictorio Carolino, dirigido entonces por Toribio Rodríguez de Mendoza y convertido en un epifoco de la acción liberal. En ese ambiente, vivido por Lima, y reflejado en Arequipa, transcurrió la infancia de Felipe Santiago Estenós.

Catorce años tenía Estenós cuando sintió en su espíritu la primera gran emoción patriótica: la noticia de la sulevación de Tacna, en 1811, acaudillada por el prócer Zela. Se había tramado un movimiento general en Arequipa, Mo-

quegua, Tacna y Tarapacá que debía estallar en el momento en que los ejércitos argentinos que venían avanzando por el Alto Perú hicieran su aparición por el Desaguadero. Pero los argentinos fueron derrotados en Huaqui. Arequipa, Moquegua y Tarapacá no secundaron el movimiento. Fracasó, por eso, la revolución de Tacna. Condenado a muerte, Zela obtuvo, mediante activas influencias de sus familiares y amigos, que se le conmutara la pena por diez años de presidio en Chagres, Panamá, donde murió antes de cumplir la condena.

Estenós, todavía adolescente, vivió también en Arequipa las horas de inquietud revolucionaria. En 1813 Tacna vuelve a sublevarse con los hermanos Pallardelli y José Gómez, en conexión con los patriotas del Alto Perú y los conspiradores de Arequipa. En la ciudad del Misti, el Intendente Moscoso envió a combatir a los revolucionarios a las tropas al mando de don José García de Santiago y apresó, entre otros, a don Manuel José de Rivero, sindicado como jefe de los conspiradores arequipeños. La derrota de los argentinos en Vilcapuquio frustró este movimiento.

Contaba Estenós 17 años cuando ingresaron a Arequipa las tropas del cacique indio y brigadier don Mateo Pumacahua que se había sublevado en 1814. La revolución adquirió vastas proyecciones. En el Cusco, donde estalló el movimiento el 3 de agosto de ese año, se formó una Junta de Gobierno, presidida por Pumacahua e integrada por el coronel don Domingo Astete y Tomás Moscoso. Al frente de un improvisado ejército Pinelo y el cura Ildefonso Muñecas habían llegado hasta La Paz y capturado la ciudad. Los hermanos Angulo y Hurtado de Mendoza avanzaron hasta Huamanga. Y Pumacahua con el grueso de su ejército entró triunfalmente en Arequipa. La juventud arequipeña, plena de fervor patriótico se plegó a la causa revolucionaria.

La mayor parte de los jóvenes, entre ellos el poeta Melgar, se alistaron en el ejército patriota y quienes no podían hacerlo, en razón de su menor edad, como Estenós, fueron activos propagandistas de las ideas liberales con una decisión que no lograron amenguar ni la derrota de la revolución, ni el fusilamiento de Melgar en el mismo campo de batalla de Umachiri, ni el descuartizamiento, ni la decapitación del anciano Pumacahua en la plaza de Sicuaní.

Terminados sus estudios escolares, Felipe Santiago Estenós se dirigió a Lima, matriculándose en la Universidad Mayor de San Marcos, para seguir su carrera de abogado. Todavía Arequipa no tenía Universidad, la que sólo se estableció el 12 de setiembre de 1845. En 1821 terminó, con éxito, sus estudios profesionales, obteniendo su grado e incorporándose al H. Colegio de Abogados el 27 de agosto de ese mismo año. Un mes antes se habían realizado, en esta capital, sucesos trascendentales: la evacuación de la ciudad por las tropas realistas al mando del Virrey La Serna, el ingreso del ejército libertador con San Martín, la convocatoria del ejército argentino a una Asamblea de Notables para que decidiera la situación y la solemne proclamación de la independencia, ante el Cabildo Abierto, el 28 de julio de 1821.

Desde entonces Estenós presta utilísimos servicios a la causa de la libertad. Se enrola en el ejército patriota que actuaba en el centro y es nombrado Secretario del General en Jefe, don Juan Antonio Alvarez de Arenales, que había venido al Perú junto con la expedición libertadora de San Martín; que luego había marchado desde Pisco hasta Junín, sublevando a los pueblos del tránsito; que en Cerro de Pasco logró derrotar a las tropas españolas, capturando a su jefe el brigadier O'Reilly, junto con tres banderas y cinco estandartes; y luego se encargó de mantener la autoridad del Protectorado, tanto en la sierra como en la costa del centro

del Perú. Jefe del Estado Mayor era el Coronel de Artillería don José N. Borgoño (1). La permanencia de Estenós en el ejército del centro va a trazar, en parte, el destino de su vida. Acompaña al General Arenales en sus visitas periódicas por la región. En una de ellas se detiene en la Hacienda de Loreto Humaya, en la villa de Huaura, cuyo acaudalado dueño era el español don Benito Cerreño, casado con doña Francisca Mares, natural de Lima. De ese ejemplar matrimonio nacieron en Lima, Vicenta y en esa hacienda, la niña María Juana el 25 de marzo de 1812, bautizada dos días después, en la Capilla del fundo, por el doctor don Gregorio Mier, Cura Vicario del pueblo de San Bartolomé de Huacho. Fué su padrino don Pedro Espejo y testificaron el acto don Domingo Cerreño y don José Vargas. Veinticinco años tenía Estenós y diez María Juana Cerreño cuando conoció a Vicenta, en la hacienda Humaya, en 1822. Ocho años más tarde unirían sus destinos para siempre.

Después de la Conferencia de Guayaquil, en la que no pudieron armonizarse los espíritus dispares de Bolívar y San Martín, este último regresó decepcionado a Lima, y convocó a elecciones para el Congreso Constituyente, realizadas en agosto de 1822, mediante el tema indirecto de los colegios electorales. Estenós fué elegido entonces Diputado por la Provincia de Arequipa, su tierra natal, por haber obtenido la pluralidad absoluta de sufragios, expidiéndole la respectiva credencial el 2 de agosto de 1822 en Lima, (2) los persone-

(1) Tenemos a la vista el original del documento histórico que dice así: "En el presupuesto de los SS. Jefes, Oficiales y demás individuos que componen el Estado Mayor del Ejército del Centro, se halla comprendido el S. D. D. Felipe S. Estenós como Secretario del Sr. Gral. en Jefe D. Juan Anto. Alvares de Arenales y como tal pasó revista de presente en Lurín el día 11 de noviembre de 1822. (firmado) Jefe de Estado Mayor, Coronel de Artillería don José M. Vurgoño".

(2) "Al S. D. Felipe Santiago Estenós.—Tenemos el honor de poner en manos de V. S. el poder que la Mesa Preparatoria pa las elecciones de Diputado por la Prv. de Arequipa ha extendido a favor de V. S., en virtud

ros de la Mesa Preparatoria del Congreso don Benito Lasso y don Pedro de la Torre. El Congreso se instaló el 20 de setiembre de 1822. Cuarentiseis representantes —entre ellos 26 eclesiásticos y 13 extranjeros— lo integraban. El Protector San Martín les tomó juramento en la Iglesia Metropolitana y luego dimitió sus poderes, embarcándose en el buque de guerra Belgrano, con rumbo a la Argentina. El Congreso designó de su seno, para que se encargara del Poder Ejecutivo, a una Junta, presidida por el General José de la Mar, diputado por Puno, que fué derribada por el motín militar del Balconcillo, a raíz del desastre de la primera campaña de intermedios. Estenós compartió entonces sus funciones legislativas con sus deberes patrióticos en el Ejército del Centro.

El 4 de marzo de 1823, siendo Presidente de la República el General Riva Agüero, fué nombrado Estenós Asesor Jurídico de la Presidencia del Departamento de Lima.

Atravesaba el país entonces una crítica situación. Los patriotas no supieron aprovechar sus éxitos militares en la segunda campaña de intermedios. Los realistas, con Canterac, recapturaron Lima, en la que permanecieron los meses de junio y julio de 1823, abandonándole luego, por su propia voluntad, no sin antes dejar huella imborrable de su crueldad en el callejón de Petateros fusilando, después de haberlo torturado inicuaamente, al pescador José Olaya por haberse negado heroicamente a revelar la misión que los patriotas le habían confiado. Destituído Riva Agüero por el Congreso, pretendió dualizar en Trujillo el Poder Legislativo y fracasó en ese empeño. Surgió entonces en el país una corriente de opinión favorable a la venida de Bolívar al

de haber recaído en su persona la pluralidad absoluta de sufragios pa Diputado provisional, en clase de suplente por ntra. prova.—Dios gue a V. S. Lima y agto. 2 de 1822. (firmado) Benito Laso.—Pedro de La Torre”.

Perú. La patrocinaban, entre otros destacados elementos, José Joaquín Olmedo, Felipe Santiago Estenós y José Faustino Sánchez Carrión.

Estenós comprendió la magnitud de la obra histórica del Libertador Bolívar y fué, desde entonces, el más decidido defensor de su política. Bolívar, a su vez, supo apreciar en Estenós a uno de sus más eficientes, capaces y leales colaboradores. El 22 de enero de 1825, el Libertador lo nombró Asesor del Tribunal del Consulado, y el 1.º de abril de ese mismo año le otorgó un cargo de excepcional confianza: lo designó su propio Asesor en la campaña del Alto Perú. Ese mismo día, en el apogeo de su gloria, aureoleada con los signos epónimos de Junín y Ayacucho, Bolívar inició su gira triunfal por el sur del Perú. Estenós lo acompañó en todo su recorrido. Partiendo de Lima, la comitiva siguió por Lurín, Cañete, Pisco, Ica y Arequipa siendo colmada de homenajes. Renuncia, en esta última ciudad, el cargo de Secretario del Libertador, el coronel José Gabriel Pérez, y entonces Bolívar nombra en su reemplazo, con el título de Secretario General al doctor Felipe Santiago Estenós, especificando en el decreto de nombramiento, firmado por el Libertador el 9 de junio de 1825, que Estenós "será el órgano, de todas sus comunicaciones con todas las autoridades de la República y gozará de las mismas atribuciones que tenía quien venía ejerciendo tan importantes funciones" (3). Estenós resulta entonces un Ministro sin cartera. Nexo entre el Libertador y la República, es, después del propio Bolívar, el hombre que concentra en sus manos el mayor poder político.

Días antes, el 2 de junio, el Libertador había creado la

(3) El decreto del nombramiento del doctor Estenós como Secretario General del Libertador Bolívar, se publicó en "La Gaceta de Lima", N.º 9, Tomo VIII.

Corte Superior de Arequipa y nombró a Estenós uno de sus Vocales fundadores, en unión de los doctores José Sánchez de la Barra, Felipe Antonio de la Torre, J. Cuadros, Mariano Luna, Mariano Blas de la Fuente y Mariano Esteban de la Llosa. Estenós asistió a la instalación de la Corte, asumió su cargo, pero en seguida solicitó y obtuvo la licencia correspondiente para proseguir, acompañando a Bolívar, en calidad de Secretario General en su gira por el sur del Perú. Continuó el viaje por Cangallo, Oropesa y llegó al Cusco. Los homenajes que la sociedad cusqueña tributó al Libertador fueron tan extraordinarios como los que había recibido en Arequipa. Quiso Bolívar dejar en el Cusco una huella perdurable de su paso y por eso encargó a Estenós la redacción de los decretos correspondientes, firmados por el Libertador y refrendados por su Secretario General, creando allí el Colegio de Ciencias y Artes, el Colegio de Educandas, reorganizando la Universidad y fundando el Hospital del Cusco. De la antigua capital imperial de los Incas pasaron el Libertador y su comitiva a Puno, a orillas del lago legendario y prosiguieron hasta la ciudad de La Paz. Allí nació Bolivia, la nueva república que debía perpetuar el nombre del Libertador y cristalizar, en efímero ensayo, sus ideales políticos. De la Paz la comitiva prosiguió por la fabulosa región minera de Potosí, Chuquisaca que más tarde llevaría el nombre del apostólico Sucre y Cochabamba. Descendió luego hacia la costa, siguiendo el mismo camino de las recuas cargadas de los minerales que se exportaban para la Península Ibérica, en los días del coloniaje, y, llegando el 20 de setiembre a la ciudad de Tacna en donde, años atrás, había lanzado Zela el primer grito de libertad, secundado después, allí mismo, por los hermanos Pallardelli. De Tacna, Bolívar y Estenós se dirigieron a Arica, puerto principal en el corregimiento del mismo nombre y allí se em-

barcaron a bordo del “Chimborazo” que los condujo a Chorrillos. Lima tributó entonces al Libertador un recibimiento apoteósico. Gobernaba al país el Consejo de Gobierno, nombrado por el propio Bolívar, presidido por el General don José de la Mar e integrado por don Hipólito Unánue, y don José Sánchez Carrión. Dos días después de la llegada de Bolívar a Lima, renunció La Mar y fué reemplazado en la Presidencia del Consejo por el Mariscal Santa Cruz, nombrándose a Pando, Ministro de Relaciones Exteriores, a don José de Larrea, Ministro de Hacienda y continuando Unánue al frente de la Cartera de Justicia y de Asuntos Eclesiásticos. Bajo la aparente autoridad de este Consejo, Bolívar era, en realidad, el gobernante del Perú.

La gira triunfal de Bolívar, por el sur del Perú, había servido para unirlo aún más estrechamente con Estenós. “Entre ambos personajes—afirma acertadamente el Dr. Oscar Barrenechea y Raygada, en un estudio recientemente publicado—se estableció esa compenetración espiritual que sólo nace del continuo trato y la comunidad de aspiraciones, cuando las alienta un mismo y noble ideal. Estenós fué el más fiel colaborador y consejero de Bolívar y el depositario de sus más íntimos secretos y de la grandiosidad de sus vastos planes. De nadie puede decirse, con más justo título, que fué un auténtico prócer bolivariano” (4).

El 17 de febrero de 1826 el doctor Felipe Santiago Estenós fué nombrado Vocal titular de la Corte Suprema de Justicia de la República, expidiéndole el título el Consejo de Gobierno. Contaba entonces 29 años de edad y fué el más joven de los magistrados que integró el tribunal supremo, que había sido creado por decreto de Bolívar del 19 de di-

(4) Oscar Barrenechea y Raygada, “Los Estadistas Peruanos, herederos de la tradición bolivariana y los Congresos Internacionales Americanos reunidos en Lima”.—“El Comercio”, 8 de mayo de 1938.

ciembre de 1824 —diez días después del triunfo de Ayacucho— nombrando el 22 del mismo mes, como Vocales fundadores a los doctores Manuel Lorenzo Vidaurre y Encalada, Francisco Valdivieso, José Caveró y Salazar, Fernando López Aldana e Ignacio Felomeque, y Fiscal, al doctor José María Galdeano. La Corte Suprema de la República se instaló solemnemente el 8 de febrero de 1825. El doctor Estenós prestó el juramento de estilo el 20 de febrero de 1826 (5).

Empieza a opacarse entonces la estrella política del Libertador. Arrecia en el Perú y en la Gran Colombia la oposición contra sus ideas y sus métodos de gobierno. Ese temperamento se marca en las elecciones realizadas en 1826 para estructurar el Parlamento. Se incrementa día a día la legión de prosélitos en el movimiento antibolivariano que acaudilla Luna Pizarro, diputado por Arequipa, a quien se le ofreció nuestra Plenipotencia en México y, al no aceptarla se le desterró en julio de ese mismo año. Las actitudes subversivas de Tacna, Ica y Camaná provocaron medidas gubernativas de singular energía para mantener el orden público. Necochea y Guisse fueron desterrados. Y el fusilamiento del teniente Manuel Aristizábal vino a enconar aún más las pasiones políticas. La reacción antibolivariana estalló, también en la Gran Colombia. El patriota Arismendi, uno de los próceres de la independencia venezolana, provocaba allí asambleas populares contra Bolívar. El General Córdova, uno de los héroes de Ayacucho, se sublevaba contra el Libertador, quien, contrariando las súplicas de sus adic-

(5) República Peruana.—Sello tercero para los años de 1825 y 1826.—Certifico que el día 20 del presente mes y año el S. D. D. Felipe Santiago Estenós prestó el juramento de estilo en esta Suprema Corte de Justicia por Vocal de ella, en virtud del Título expedido por el Excmo. Consejo de Gobierno y fué admitido al uso y ejercicio de su Empleo en dicho día; y mediante a haber autorizado el acto por enfermedad del Secret^o doy la presente en Lima y febrero 25 de 1826. (firmado) Luis Salazar”.

tos peruanos, se vió precisado a abandonar nuestro país para dirigirse a Colombia, embarcándose en el bergantín "Chimborazo" que lo condujo a Guayaquil. Se le separaban los amigos en cuya lealtad había confiado y muy pocos entonces le permanecen fieles. Sólo Sucre, Santa Cruz, Estenós y unos cuantos más siguen rindiendo culto a su credo bolivarista, en sus horas más críticas, en sus últimos meses de la estada del Libertador en el Perú y cuando, después de su alejamiento de nuestra patria todas las pasiones políticas vuelcan su baba venenosa contra Bolívar. Sucre, para evitar mayores derramamientos de sangre, dimite la Presidencia vitalicia de Bolivia y se destierra, decepcionado, a la Gran Colombia. Santa Cruz, desligado de sus compromisos políticos por el propio Bolívar, quien le anuncia en una carta su decisión de no volver más al Perú, acepta la presidencia de nuestro país y colabora con los enemigos del Libertador. Estenós se mantiene irreductible. Su lealtad hacia Bolívar no conoce límites ni en el espacio ni en el tiempo.

En 1830, el doctor Felipe Santiago Estenós contrajo matrimonio con doña Vicenta Cerreño. La ceremonia se llevó a cabo con excepcional solemnidad en la Iglesia Catedral de Lima. Era la primera vez, en la República, que la Catedral se usaba para ceremonias nupciales. Otorgó la licencia respectiva, en mérito de la elevada posición social de ambos contrayentes, el Dean de la iglesia metropolitana y gobernador eclesiástico del Arzobispado, doctor Francisco Javier Echague. Bendijo la unión el canónigo penitenciario de la misma iglesia, doctor Jorge Benavente. Testificaron el acto, los señores José de Larrea, Ministro de Hacienda y doctor Manuel Dávila, y las señoras doña Ignacia Novoa y doña Antonia Noriega (6). Ninguno de los padres de los

(6) En el Libro de Partidas Matrimoniales de la Parroquia del Sagrario de la Catedral—hoy Basílica—de Lima, correspondiente al período com-

país y nombrando por Lima al doctor Manuel Lorenzo Vidaurre, por La Libertad al doctor Justo Figuerola, por Arequipa, al doctor Nicolás de Aranibar, por Ayacucho al Dr. Mariano Alejo Alvarez, por Puno al Dr. Santiago Corbalán y por Junín al Dr. Evaristo Gómez Sánchez. Quedaron entonces cancelados los nombramientos de los Vocales doctores Felipe Santiago Estenós, José María Galdeano, Fernando López Aldana y Manuel Vicente Villarán, quienes se reunieron en sesión plenaria el 23 de agosto, al día siguiente de la trascripción del decreto, y acordaron dejar constancia de su protesta en guarda de sus derechos.

La oposición implacable contra el gobierno de Gamarra lo acusó de haber atentado contra el Poder Judicial para despojar de sus cargos a los miembros de la Corte Suprema que no eran adictos a su gobierno. Alguien creyó ver, en esa medida, una expresión antibolivarista, ya que todos los magistrados cancelados habían sido nombrados por el Libertador. No es admisible esta opinión porque precisamente el gobierno de Gamarra, comprendiendo los altos merecimientos jurídicos del doctor Estenós, y por decreto firmado el 1.º de febrero de 1832 lo restituyó a la Corte Suprema, nombrándolo su Fiscal interino (8). El 12 de abril de ese mismo año, era nombrado Prefecto del Departamento de Junín, uno de los cargos más importantes de la República, en ese entonces (9).

Los acontecimientos políticos se precipitaron en el país.

(8) "República Peruana.—Casa del Gobierno, en Lima, a 1.º de Febrero de 1832.—Decreto: Estando completo en la Spma. Corte de Jtea. el número de Vocales que señala la Constitución y deviendo nombrarse por separado un Fiscal que sustituya al Dr. D. Manuel Pérez de Tudela, mientras desempeñe el Ministerio de Hacienda se confiere provisionalmente dicho cargo al D. D. Felipe Santiago Estenós, por concurrir en él las calidades necesarias pa su ejercicio.—Comuníquese a quienes corresponda. Una rúbrica del Presidente de la República".

(9) "República Peruana.—Casa del Gobierno, en Lima, a 12 de abril de 1832. Teniendo en consideración S. E. las recomendables circunstancias

A Gamarra sucedió Orbegoso en el gobierno. Las conspiraciones contra él eran continuas, a tal punto que el Presidente, incapaz de contenerlas, presentó ante la Convención su renuncia del mando supremo, la cual no fué aceptada. Una virulenta campaña periodística, amparada por la libertad de la prensa, la crisis financiera que mantenía impagos a los servidores de la Nación y los ascensos militares prodigados fuera de la ley, aumentaron la impopularidad de Orbegoso. Mientras tanto Gamarra, desterrado en el Altiplano, alentaba las ambiciones políticas de Santa Cruz para formar la Confederación Perú-Boliviana. Una revolución gamarrista, estallada en Puno y propagada en Arequipa, obligó al Presidente Orbegoso a ponerse al frente de sus tropas y marchar al sur a combatirla, dejando el gobierno en manos del Conde de Vista Florida. Poco después Salaverry, que se había proclamado en el norte Jefe Supremo del Perú entraba triunfalmente a Lima.

La situación del país era gravísima. Deseoso Salaverry de proceder con acierto en sus resoluciones gubernativas, aprovechando las luces y la experiencia de los ciudadanos que, por su saber y versación en los negocios públicos, podían prestársela, y con el propósito de suplir la falta de Poder Legislativo, creó el 15 de junio de 1835, un Consejo

que reúne U. de probidad, ilustración y amor al país, se ha servido nombrarle Prefecto del Departamento de Junín por renuncia del que obtenía este destino.

S. E. cree que no denegará Ud. sus servicios a la Nación, cuando se los exige estimándolos necesarios en beneficio de un departamento digno de tener a su cabeza a un ciudadano como V. Tengo la satisfacción de comunicarle a U. suscribiéndome su atento servidor. (firmado) M. L. Vidaurre.

Al S. D. D. Felipe Santiago Estenós.

Certifico: que a fjs. 222 del Libro en que se sientan los Juramentos. de los señores vocales, prefectos y demás jueces, consta que el Sr. Dr. Dn. Felipe Santiago Estenós, Prefecto interino del Departamento de Junín, prestó el juramento de estilo, en esta Corte Superior de Justicia para el servicio de este empleo hoy día de la fha.—Lima, abril veinte y seis de mil ochocientos treinta y dos. (firmado) Luis Salazar.

Tomóse razón en esa admón. gral. del Departamento de Junín.—Cerro, mayo 26 de 1832. (Firmado) Parra. (Otra firma) Onergué?.

de Estado. Se componía de 24 Vocales y Estenós fué designado uno de ellos. “El gobierno—afirmaba su personero don M. Ferreyros al doctor Estenós, en la nota trascrptoria de su nombramiento—ha concebido grandes esperanzas con la institución de esta Asamblea y que ninguno de los electos le rehusará sus servicios siendo incapaces de traicionar su patriotismo, especialmente en unas circunstancias en que la Nación se los exige con imperio”. El Consejo de Estado se instaló a las 10 de la mañana del 28 de julio de ese mismo año, en el Salón de Recibo del Palacio de Gobierno, bajo la presidencia del Jefe Supremo General Salaverry y con asistencia de todos sus miembros. Ellos eran el Arzobispo de Lima, el Presidente de la Corte Suprema, Contador General de Valores, Director General de Aduanas, Administrador General de Correos, Director de Minería, Administrador del Consulado, Dean de la Catedral y doctores José Ignacio Moreno, Francisco Javier de Luna Pizarro, Manuel Salazar y Baquíjano, Felipe Santiago Estenós, Francisco Moreyra, Ignacio Ortiz de Zevallos, Manuel Vicente Villarán, Francisco López Aldana, Juan M. Galdeano, Juan Raymundes, Lucío Villanivar, Lucas Pallicer y Juan Pablo Fernandini. En octubre de ese mismo año, por haber pasado don Juan Bautista de Lavalle a ocupar la Presidencia del Consejo de Gobierno, el doctor Estenós fué nombrado Prefecto del Departamento de Lima (10). Meses atrás, en

(10) “R. P. Palacio de Gobierno, en Lima, a 13 de octubre de 1835. Sr. Habiendo el señor don Juan Bautista de Lavalle pasado a ocupar la Presidencia del Consejo de Gob.^o se ha servido nombrar este a V. Prefecto del Departamento de Lima, por concurrir en la persona de V. S. los requisitos necesarios para desempeñar satisfactoriamente ese destino.—Tengo el honor de repetirme de V. S. muy atento servidor (firmado) M. Ferreyros.

Al Sr. D. D. Felipe Santiago Estenós.

“Lima, oct. 14 de 1836.—Circúlese a los sub-prefectos de las provincias y contéstese.—Estenós.—Mariano Ant^o Zevallos, Secretario”.

mayo de 1835, había culminado en esta capital la audaz aventura de la cuadrilla de bandoleros que, encabezada por el negro León Escobar, se apoderaron de la ciudad, tomaron Palacio de Gobierno y le impusieron un cupo de 5.000 pesos al vecindario, reduciéndolo luego, ante la súplica de los vecinos, a 2,500 pesos que fueron pagados de inmediato, retirándose entonces los forajidos satisfechos de su botín. Urgido por las contingencias y necesidades de la campaña, Salaverry había abandonado Lima, instalando su cuartel general en Ica y dejando encargado del Ejecutivo al Coronel Angel Bujanda.

Arequipa es el escenario donde termina la resistencia salaverrista contra el proyecto de la Confederación Perú-Boliviana. El efímero triunfo de Uchumayo se liquida tres días más tarde, el 7 de febrero de 1836, en Socabaya. Y una segunda descarga del pelotón de fusilamiento, en la plaza de Armas de Arequipa, apaga la vida fervorosa del más joven de los Presidentes del Perú.

Establecida la Confederación Perú-Boliviana, el mariscal Santa Cruz entra triunfalmente a Lima el 23 de agosto de 1836 y asume el poder con el título de Protector Supremo. Una antigua amistad, cimentada en los días gloriosos de Bolívar, vinculaba estrechamente a Santa Cruz con Estenós. El Mariscal sentía por Estenós la misma predilección afectuosa que le tuvo el Libertador. Ambos reconocían los méritos, la capacidad jurídica y la austeridad irreductible del ilustre arequipeño. Por eso el Protector Santa Cruz, una vez después de haber asumido el Gobierno Federal nombra al doctor Felipe Santiago Estenós, Vocal titular de la Corte Suprema de Justicia. Refrenda este nombramiento el Ministro del Interior doctor José María Galdeano, uno de los

antiguos compañeros de Estenós en el más alto tribunal de justicia, así como en el fervor bolivariano (II).

Dos expediciones chilenas atacan la Confederación, con la ayuda de destacados militares peruanos. La primera de ellas fracasa en Paucarpata, pero la segunda tiene rotundo éxito en Yungay. Disuelta la organización federal, Gamarra asume el mando supremo del Perú e inicia su gobierno ejerciendo represalias contra todos aquellos que hubieren prestado servicios al régimen fenecido aun cuando no hubieran tenido ninguna actuación política. Santa Cruz y Orbegoso fueron declarados traidores a la Patria por el Congreso de Huancayo. Se borró del escalafón del ejército a cuantos jefes y oficiales hubieren servido al sistema federal. Se destituyó de sus cargos a los servidores civiles, privándoles de sus goces y derechos. El Poder Judicial fué totalmente reorganizado en 1839, año de la Convención de Huancayo. El doctor Estenós cesó entonces en el titularato de su Vocalía en la Corte Suprema, cargo que volvió a ocupar, interinamente, en múltiples oportunidades posteriores; a partir del 20 de febrero de 1845, en reemplazo del doctor Matías León; a partir del 27 de agosto de 1849, por nombramiento expedido por el Mariscal Castilla, en reemplazo

(II) "Estado Nor-Peruano.—Palacio Protectoral, en Lima, a 4 de octubre de 1836.—Ministerio del Interior.

Al Sr. Dr. Dn. Felipe Santiago Estenós.

Con esta fecha digo al Sr. Presidente del Supremo Tribunal de Justicia lo que sigue: "Siendo el nombramiento de cesantes en los empleos que vacares, o hubieren vacado, tan conforme a principios de justicia, como conveniente al erario nacional, resuelve S. E. que el Sr. Dr. D. Felipe Santiago Estenós pase a servir a ese Tribunal la plaza que hay vacante, con el sueldo que corresponde a sus destinos, cesando en el despacho, el vocal interino que actualmente la obtiene". I de orden de S. E. el Supremo Protector, tengo la complacencia de transcribirlo a V. S. para su inteligencia y satisfacción, suscribiéndome su muy atento servidor (firmado) José Ma Galdiano.

Certifico que el Sr. D. D. Felipe Santiago Estenós tomó posesión, en este día, de su empleo de Vocal de este Supremo Tribunal, en virtud del supremo decreto inserto en esta nota. I para que surtan los efectos que competen al señor interesado doy esta a su pedimento en Lima y octubre 6 de 1836.—(fdo.) Juan Rondón".

del doctor Maraví de la Cueba, quien ocupaba una curul en el Senado de la República; y a partir del 7 de mayo de 1851 por nombramiento que firmó el Presidente General Echenique, en reemplazo del Dr. Miguel del Carpio; y a partir del 6 de agosto de 1853. en reemplazo del Dr. Luis Gómez Sánchez (12). Jurisconsulto notable, hombre de leyes y de estudio, el doctor Estenós puso su profunda versación jurídi-

(12) Los siguientes documentos se relacionan con esos cargos:

—“República Peruana. Ministerio de Gobierno y de Relaciones Exteriores. Casa del Supremo Gobierno, en Lima, a 10 de febrero de 1845.—Sr. Presidente de la Excm. Corte Suprema de Justicia.—S. P. Habiendo el Consejo de Estado hecho la respectiva propuesta en terna doble pa proveer interinamente, mientras yo dure en este Ministerio, la plaza de Vocal que se me ha conferido en esa Suprema Corte de Justicia, S. E. el Presidente del mismo Consejo, Encargado del Poder Ejecutivo, se ha servido, p. dta. de hoy nombrar al Sr. Dr. Dn. Felipe Santiago Estenós que ocupaba el 2º lugar en la primera terna pa el desempeño de dicha plaza. Tengo el honor de avisarlo a Ud. para conocimiento de ese Supremo Tribunal.—Dios güe a V. S. (fdo.) Matías León”.

(firmado) Rudecindo Menacer”.

—“República Peruana. Ministerio de Justicia y Negocios Eclesiásticos.—Casa del Supremo Gobierno, en Lima, a 27 de agosto de 1849. Sr. Presidente de la Excm. Corte Suprema de Justicia. S. E. se ha servido nombrar, con esta fecha, previas las propuestas del Consejo de Estado, al Sr. Dr. D. Felipe Santiago Estenós para que reemplace en ese Supremo Tribunal al Sr. Vocal D. D. José María de la Cuba mientras desempeñe el cargo de Senador. Tengo el honor de comunicártelo a Ud. para los fines consiguientes. Dios guarde a V. S. (fdo.) M. Ferreyros”.

Certificado: que hoy día de la fecha se recibió de Vocal de este Supremo Tribunal el Sr. D. D. Felipe Santiago Estenós, en reemplazo del Sr. Vocal D. D. José Maraví de la Cuba, durante su ocupación en la Cámara de Senadores.—Lima, agosto 31 de 1849. Por ausencia del Secreto (fdo.) Luis Salazar.

El Dr. Estenós sirvió este cargo el mes de marzo de 1851.

—“República Peruana. Ministerio de Justicia y de Negocios Eclesiásticos. Casa del Supremo Gobierno, en Lima, a 7 de mayo de 1851. Sr. Presidente de la Excm. Corte Suprema de Justicia. Con esta fecha ha nombrado el Gobierno previa correspondiente propuesta, Vocal interino de ese Supremo Tribunal al doctor don Felipe Santiago Estenós en lugar del propietario doctor don Miguel del Carpio. Lo que tengo el honor de comunicar a V. S. para conocimiento de esa Suprema Corte y fines consiguientes. Dios güe a V. S. (fdo.) Juan Crisóstomo Torrico”.

—“República Peruana. Ministerio de Justicia, Negocios Eclesiásticos y Beneficencia. Lima, a 6 de agosto de 1853. Sr. Presidente de la Excm. Corte Suprema de Justicia. Por decreto de esta fecha se ha servido S. E. el Presidente nombrar Vocal interino de ese Supmo. Tribunal, durante la permanencia en el Senado, del D. D. Luis Gómez Sánchez, al D. D. Felipe Santiago Estenós, considerando en la terna formada por el Consejo de Estado.—Comunicolo a Ud. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios güe a V. S. (fdo.) José Manuel Tirado”.

ca y su austeridad inatacable al servicio de la administración de justicia en el más alto tribunal de la República.

En 1842 se desencadenó en Guayaquil en proporciones alarmantes, la epidemia de la fiebre amarilla, también llamado "vómito prieto". Se temió entonces, con razón, que el contagio se propagara hacia el Perú y llegara hasta Lima. En tales circunstancias, el Ministerio de Gobierno puso entonces en vigencia el art. 5.º del Supremo decreto del 1.º de setiembre de 1826 que creaba la Junta Suprema de Sanidad, de carácter mixto, integrada por los médicos y los vecinos más notables, para conjurar alguna emergencia pública. Con fecha 11 de noviembre de 1842 se nombró al doctor Felipe Santiago Estenós para que la integrara, en representación del vecindario de esta capital. Merced a las providencias y precauciones dictadas por esta Junta, durante algunos años de activa labor, se logró impedir que la fiebre amarilla hiciera en Lima los mismos estragos que en Guayaquil hacía.

También prestó el doctor Estenós su colaboración y sus luces en otros cargos no menos importantes de la Administración Pública. Fué designado miembro del Colegio Electoral Provincial de la ciudad de Lima, en las elecciones habidas el 29, 30 y 31 de julio de 1842 (13). El 14 de mayo de

(13) Una circular impresa en agosto de 1842 y que tenemos a la vista, dice: "Los Secretarios del Colegio Electoral de la Parroquia del Sagrario de la ciudad de Lima, capital de la República Peruana, certificamos: que consta de las actas de elecciones, que en los días 29, 30 y 31 de Julio y 1.º y 2 de agosto del presente año, fueron elegidos para componer el Colegio Provincial, don Melchor Vidaurre por 943 votos, don Martín Garro por 937, don Manuel O. Zevallos por 877, Dn. Francisco Quirós por 875, Dn. Juan José Pinillos por 858, Mariano Agreda por 855, Manuel Antonio Chávez por 846, Ignacio Merino por 841, Modesto Herce, 822; José Antonio Ugarte, por 818, Dn. Manuel Sagastabeitia por 817, Juan José Landaburú por 687, Manuel Vicente Villarán 655, Manuel Salazar y Baquijano por 647, Feo. de Paula Moreyra por 631, Dn. Felipe Santiago Estenós por 599, Mariano de la Torre, por 591, José Manuel Tirado por 590; Clemente Ramos por 590, José María Corbacho por 571, Manuel Suero por 567, José Fabio Melgar por 566, José María Sotomayor por 564, José Dávila Condemarín por 552; y para Suplentes, José

1843, se le nombró Visitador de los Tribunales y Juzgados de la República. Su misión fué la de anotar los vicios susceptibles de remedio en la legislación vigente y aportar los datos seguros e instrucciones exactas para la reforma que demandaba la opinión pública en esa materia y “teniendo en consideración—así decía el decreto de su nombramiento—que el principal deber del Gobierno es velar sobre la pronta y exacta administración de justicia como la base principal de la tranquilidad pública y bienestar individual; y que para cumplir tan sagrada obligación se hace indispensable corregir los vicios y abusos introducidos en ella, no menos por efecto de las diferentes y continuas revoluciones que han afligido a la Nación, que por la complicación de los Códigos y de las antiguas y varias leyes revocadas, corregidas y de mil modos alteradas, según los diversos sistemas de Gobierno.”

El 6 de mayo de 1843, en la época de la anarquía militar, el Supremo Director creó el Consejo de Estado para que lo asesorase en las arduas tareas del Gobierno. El Dr. Estenós fué designado entonces uno de sus Consejeros (14).

Alto cargo que desempeñó también el Dr. Felipe Santiago Estenós fué el de miembro del Tribunal de los Siete

de la Puente por 590, José Fernando Santiago por 589, Joaquín Jordán por 582, Sebastián Aliaga por 579; y para su constancia y efectos legales les damos el pte. certificado a 3 de agosto de 1842. (fdo.) Melchor Vidaurre, Francisco de P. Moreyra.

(14) República Peruana.—Ministerio de Gobierno, Culto y Beneficencia. Palacio Directorial, en Lima, a 23 de mayo de 1843.

Sr. Dn. Dn. Felipe Santiago Estenós.

Reuniendo V. S. las distinguidas calidades y especiales conocimientos que se requieren para corresponder a las más altas miras que se propuso el Supremo Gobierno al crear el Consejo de Estado, por decreto de 6 del mes corriente, S.°E. el Supremo Director se ha servido nombrarle Consejero, esperando del patriotismo de V. S. que desempeñará tan honroso como delicado cargo, con el celo y contracción absolutamente indispensables para organizar los ramos de la administración pública, para emprender las reformas exigidas imperiosamente por la opinión y para que el Consejo del que V. S. va a ser digno miembro tenga el lustre que le corresponde como al primer cuerpo del Estado.—Dios gúe a V. S. (fdo.) Luis G. Sandoval.

Jueces. Este organismo de casación debía revisar y atender las quejas que los litigantes formularan sobre las funciones ejercidas por los señores Vocales de la Corte Suprema de Justicia, a fin de garantizar su máxima eficacia y de responsabilizarlos en ese ejercicio. Se dispuso por decreto supremo de 16 de mayo de 1848 que los miembros del Tribunal de Siete Jueces fueran elegidos del seno del Consejo de Estado. El 28 de octubre de ese mismo año, la Corte Suprema, representada por los doctores Mariano Alvarez, Justo Figuerola, José Freyre, Benito Lasso y Fco. Javier Mariátegui, expresó su disconformidad con la formación de ese tribunal, ante la posibilidad de que, en lo sucesivo, por los vaivenes de la política, podrían ser miembros del Consejo de Estado y, por ende, del Tribunal de los Siete Jueces, los mismos que, como clientes, patronos o abogados tuvieren pleitos pendientes ante la Corte o esta hubiera fallado ya en forma adversa a sus intereses o a los de sus patrocinados. "Sería esto —decía ese informe— poner la decisión de su honor y de su responsabilidad en manos de los que se creen agraviados y presentarle una ocasión de desquite a sus resentimientos".

Felipe Santiago Estenós, prócer bolivariano de la República, no actuó en la política beligerante. Se mantuvo por encima de todos los enconos y de todas las pasiones en lucha. Su personalidad así cobró mayor prestigio y mereció el respeto de todos los caudillos militares que se sucedieron en el solio presidencial. El Mariscal Castilla quiso captar la voluntad del prócer y Estenós no pudo sustraerse, en 1846, a los requerimientos de los negocios públicos. Fué nombrado Ministro de Gobierno el 26 de mayo de 1846. No pudo ser más enaltecedora para Estenós, la nota que, comunicándole tan honrosa designación, le dirigió el Presidente

del Consejo de Ministros, don José Gregorio Paz Soldán. “Deseando S. E. el Presidente de la República —le dice— nombrar un ciudadano de reconocido patriotismo, honradez y luces para confiarle el Despacho del Ministerio de Gobierno ha fijado su elección en V. S. por creerlo adornado de estas calidades y que hará a su Patria el servicio de aceptar el expresado Ministerio. Decidido S. E. a que la elección que hace no sufra retardo ni dificultades, me previene también que diga a V. S. que es invariable y que mañana se presentará V. S. en el Salón de Palacio a prestar el juramento de posesión, para lo cual se han dado las órdenes correspondientes. Al comunicar a V. S. su nombramiento puedo asegurarle, por mi parte, serme muy grato verme asociado a un patriota que ha prestado servicios a la Nación, desde los primeros días de la Independencia” (14a).

Cinco meses estuvo el doctor Felipe Santiago Estenós ejerciendo con brillante éxito y acrisolado patriotismo, el Ministerio de Gobierno que en hora buena le confiara Castilla. Vivía entonces el país los años promisoros en que, cerrado el trágico período de la anarquía militar que tanta sangre, dolor y luto costara a la República, se abrían, bajo los signos del Gran Mariscal, una era de paz, constitucionalidad, orden, bienestar económico y progreso que al Ministro Estenós le correspondió asegurar.

En el mes de octubre enfermó gravemente Estenós.

(14 a.) La respuesta del Dr. Estenós, fechada el 27 de mayo de 1846 está concebida en estos términos: “Cumpliré con presentarme hoy a prestar el juramento que la Constitución exige a los Ministros de Estado, supuesto que es invariable la resolución de S. E. el Presidente al encargarme el Despacho del Ministerio de Gobierno, según se sirva V. S. comunicármelo en su respetable nota de ayer.

No me creo capaz de satisfacer los bien conocidos deseos de S. E. por el rápido progreso del país y aunque este convencimiento debería excusarme ante S. E. de aceptar la elección que por pura bondad ha hecho en mí, sin embargo me creo también obligado por lo que debo a mi Patria, de servirle hasta donde pueda. Procuraré satisfacer los deseos de S. E. seguro de que si lo consigo habré llenado las exigencias públicas”.

Por eso dejó de concurrir a su despacho y presentó la dimisión de su alta investidura. En la nota, fechada el 16 de octubre de 1856, firmada por el Presidente del Consejo de Ministros, General don José Rufino Echenique y dirigida al Ministro dimisionario, el Gobierno le expresa sus sentimientos por su renuncia y su elocuente aplauso por su gestión ministerial. “Su Excelencia, el Gral. Presidente —dice esa nota— a quien manifesté la muy apreciable nota de V. S., 8 del que corre, me manda contestarle: que habiendo V. S. desempeñado el Ministerio de Gobierno con la más acrisolada honradez y asidua contracción, le ha sido en extremo sensible la separación que solicita; pero que atendiendo a los insuperables motivos en que apoya su renuncia, provenientes del mal estado de su salud, admite la dimisión hecha por V. S. dándole al mismo tiempo las gracias por el acierto y buen desempeño con que ha dirigido el Ministerio durante el tiempo que ha estado a su cargo y asegurándole que el Gobierno queda plenamente satisfecho de su celo y laudable conducta en el cumplimiento de sus deberes” (15).

«Jorge Puccinelli Converso»

Repuesto de su enfermedad, Estenós continuó sirviendo a la República, en el último tercio de su vida. El Gran Mariscal Castilla, que le tenía singular aprecio, desde los días epónimos de Bolívar, lo nombró Vocal del Tribunal de

(15) La dimisión del Ministro Estenós, fechada el 8 de octubre de 1846 y dirigida al Sr. Ministro de Guerra y Marina, está concebida así: “Hoy es el cuarto día que faltó al Ministerio por un fuerte ataque de fiebre que me ha tenido sin acción para nada. Los efectos que me ha producido y los síntomas que la afectan me hacen creer que por muchos días estaré incapaz de contraerme al despacho y como esto perjudica al servicio público y atraería censuras sobre el Gobierno, me es preciso suplicar a S. E. admita la dimisión que hago del Ministerio para que se sirva entregar a otro su Despacho. Muy reconocido a las consideraciones de aprecio con que me ha honrado S. E. he de merecer a V. S. le persuada de mi sincera gratitud y constante respeto”.

los Siete Jueces el 10 de marzo de 1848 (16) y al año siguiente el 27 de agosto de 1849 Vocal interino de la Corte Suprema de Justicia, en reemplazo del Dr. Maraví de la Cuba que desempeñaba entonces una curul senatorial.

El Gobierno creó, en 1848, un Consejo Central Directivo de Estadística, con el objeto de adquirir los datos y noticias administrativas necesarias para la mejor dirección de las funciones públicas. El Consejo se instaló en el Salón de Recepciones del Palacio de Gobierno el 6 de agosto de 1848, aniversario de la batalla de Junín. El Dr. Estenós fué designado uno de sus miembros, “por estar satisfecho—decía la nota trascriptoria de su nombramiento—de que sus conocimientos y patriotismo pueden contribuir a la adquisición de los datos y noticias que en este ramo desea el Gobierno tener para dar mejor dirección a las funciones administrativas, con arreglo al verdadero estado de los pueblos y a sus positivas exigencias”. Al mes siguiente, y en desempeño de su cometido, Estenós hizo un viaje a Arequipa, su tierra natal, a la que no visitaba desde la gira triunfal con Bolívar (17).

(16) “República Peruana. Consejo de Estado. Lima, marzo 16 de 1848. Sr. D. D. Felipe Santiago Estenós.

En sesión de hoy, el Consejo de Estado se ha servido nombrar a V. S. Vocal del Tribunal de Siete Jueces por fallecimiento del D. D. Pascual Antonio Gárate. Lo que me honro en comunicar a V. S. para su inteligencia. Dios güe a V. S. (fdo.) Juan Anto Ribeyro”.

(17). El siguiente es el texto del salvo-conducto, concedido al Dr. Estenós para viajar de Lima a Arequipa: “Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú. N.º 68. FELIPE PARDO, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Concedo libre y seguro pasaporte al Sr. Dr. Dn. Felipe Santiago Estenós, Vocal del Tribunal de los Siete Jueces y Cesante de la Suprema Corte de Justicia, que se dirige a la ciudad de Arequipa. Por tanto ordeno y mando a las autoridades del tránsito no le pongan embarazo alguno en su viaje, sino antes bien le proporcione los auxilios y facilidades que necesitare para verificarlo.—Dado en Lima, a 12 de setiembre de 1848. (fdo.) Felipe Pardo.—Lleva un criado. Una rúbrica”.

Un sello que dice: “Gobierno Políto de la Prov. Litoral del Callao”, a

En enero de 1849, Estenós en unión de otros vecinos notables de la capital, fué nombrado miembro del Jurado de Imprenta (18) y el 28 de setiembre de ese mismo año fué designado Inspector del Instituto Nacional (19) y el 15 de julio de 1850 lo nombró miembro de la Junta Central de Instrucción (20) en cuyo ejercicio emitió un interesante informe sobre el estado y condiciones en que funcionaban los colegios particulares de mujeres en esta Capital. Este informe es uno de los valiosos puntos de referencia en la historia de la pedagogía peruana. Renunció este cargo el 10 de setiem-

14 de setiembre de 1848. Permítasele continuar su viaje a la ciudad de Arequipa. (fdo.) Deustua.

Un sello que dice: "Capitanía del Puerto del Callao", a 14 de setbre. de 1848. Puede embarcarse. (fdo.) Carrasco.

Gobierno Político y militar. Islay, setiembre 18 de 1848. Siga francamente a su destino. (fdo.) Palma.

(18) Una circular impresa en 1849 y que tenemos a la vista dice así: "Los Secretarios del Colejio Electoral de la Provincia de Lima. Certificamos: que consta de las actas de elecciones que en los días 17 y 19 del pte. mes fueron elegidos Jurados de Imprenta en primera votación los señores José Francisco Andraca, Manuel Odriozola, Buenaventura Seoane, Ignacio Alarco, Francisco Chávez, Agustín Fuentes Chávez, General don Mariano Sierra, Vicente Villanueva, Felipe Santiago Estenós, Melchor Vidaurre, Felipe Orellana, Clemente Ramos, Bartolomé Herrera, Antonio Arenas, Pedro Bueno del Rivero, Joaquín Sáenz, Juan José Moreyra, Casimiro Vera Tudela, Faustino Olaya, Lino Mariano Becerra, Juan José Guerci, Lorenzo Vargas, Pedro Ureta, Francisco Zavala, José Alejandro Dávila, José María Seguí, Francisco Carassa y José Jesús Ayllón y para su constancia y efectos legales, les damos el pte. certificado, en Lima, a 22 de enero de 1849. (fdo.) Manuel Carmelino, Francisco de Paula García, Secretarios.

(19) "Ministerio de Gonbo, Instrucción Pública y Beneficencia.—Lima, setiembre 28 de 1849.

Sr. Dr. Dn. Felipe Santiago Estenós.

Admitida por el Gobierno la renuncia que ha hecho el D. D. José Dávila del cargo de Inspector del Instituto Nacional ha tenido a bien nombrar a V. S. con fecha 22 del actual para que lo desempeñe, cierto que lo hará V. S. con el celo que ha mostrado siempre en favor de los establecimientos públicos de la Nación. Lo que comunico a V. S. para su inteligencia y fines consiguientes. Dios güe a V. S. (fdo.) Juan M. del Mar".

—Por decreto supremo del 31 de enero de 1850 se constituyó la Junta de Cesantes, nombrando para integrarla a los doctores José Dávila Condemarin, Felipe Santiago Estenós, Bernardo Muñoz y Fco. Reyna para la revisión de los expedientes de cesantía, a fin de comprobar si están sujetos a ley.

(20) Esta Junta se organizó con el objeto de reformar la instrucción pública, de conformidad con lo prescrito en el artº 14 del reglamento expedido el 14 de junio de 1850.

bre de 1851, en atención a sus recargadas labores como Vocal de la Corte Suprema de Justicia (21).

En 1857, el Ejecutivo, en cumplimiento de la ley de la materia, remitió a la Convención Nacional las ternas—en las que figuraba Estenós—para proveer el alto cargo de Fiscal de la Nación. Eran los días decisivos de la revolución de Arequipa, en la que se había atrincherado Vivanco contra el gobierno constitucional de Castilla. Este salió de Lima y se dirigió hacia el sur para combatir a los revolucionarios y asedió a la ciudad de Arequipa durante ocho meses consecutivos, tomándola, al fin, por asalto, después de haberse combatido en las barricadas más sangrientas que recuerda nuestra historia. En tales trances, en Lima, un piquete del ejército, al mando del Comandante Arguedas y del Teniente Carrión, penetró al local donde sesionaba la Convención y la disolvió, antes de que hubiera elegido al Fiscal de la Nación, cargo creado por el art. 132 de la Constitución vigente entonces y cuya provisión “era tan más necesaria para el pronto giro de los negocios públicos y de los particulares y para que se vigilara sobre el cumplimiento de las leyes”. Las ternas habían sido enviadas el 11 de julio de 1857 y rectificadas el 22 de octubre de ese mismo año. La Convención, empero, no se pronunció sobre ellas. El Consejo de Ministros, encargado del Gobierno por la momentánea ausencia del Mariscal Castilla, expidió el 10 de mayo una resolución, en la que “teniendo en consideración que cada día es más imperiosa la necesidad de que funcione

(21) “Ministerio de Gobierno, Instrucción Pública y Beneficencia. Sr. Dr. Dn. Felipe Santiago Estenós. Lima, 10 de setbre. de 1851. Convencido S. E. de que las graves atenciones de U. S. en la Suprema Corte de Justicia le impiden continuar ejerciendo la Inspección del Instituto Nacional se ha dignado admitir a V. S. la renuncia que por segunda vez ha hecho en su oficio 5 del corriente del expresado cargo, ordenándome dé a U. S. las gracias a nombre del Gobierno por el celo con que se ha consagrado a su gratuito desempeño. Dios güe a Ud. (fdo.) Bartolomé Herrera”.

la Fiscalía de la Nación, por cuanto están paralizadas en el Ministerio del Ramo varias demandas de responsabilidad contra las resoluciones de la Corte Suprema de Justicia, así como otros asuntos diversos de interés general, a los que no puede dárseles ningún giro por falta de aquel funcionario; y que no es posible privar por más tiempo a los ciudadanos de las garantías que se les presenta con el juicio de responsabilidad, que, no ha podido llevarse a cabo por la falta expresada”, se nombró Fiscal de la Nación al doctor Felipe Santiago Estenós, con cargo de dar cuenta al próximo Congreso Nacional.

En ejercicio de sus altas funciones judiciales, falleció el doctor Estenós, en Lima, el 29 de marzo de 1864, en su casa solariega de la calle de Negreiros. Las exequias de cuerpo presente se celebraron en la Iglesia de San Agustín. Y sus restos mortales fueron sepultados en el Cementerio General, Cuartel de San José N.º 258, letra D. (22). “La desaparición de este prócer civil—afirma el Dr. Barrenechea y Raygada en su citado estudio—marcó la pérdida de un elemento que perpetuaba el recuerdo del credo bolivariano, que debía presidir todos los esfuerzos hechos en nuestro país para propiciar la más estrecha solidaridad en los destinos de América.

El Congreso Constituyente de 1931, a iniciativa del parlamentario doctor Gerardo Balbuena, aprobó una ley declarando al doctor Felipe Santiago Estenós prócer de la

(22) En los Libros Parroquiales del Sagrario de la Catedral, donde están asentadas las partidas de defunción que empezaron a correr en mayo de 1858 y finalizaron en abril de 1874, a fojas 139 vuelta se registra la siguiente: -

“En la ciudad de Lima, capital de la República del Perú, en veintinueve de marzo de mil ochocientos noventa y cuatro, en la Iglesia de San Agustín se le exequió con Cruz Alta al cadáver del Sr. Dr. Dn. Felipe Santiago Estenós, Vocal cesante de la Il.ª. Corte Suprema, natural de Arequipa, de setenta años de edad y su cadáver fué conducido al Cementerio General, de que certifico. (firmado) Rudecindo Menecer.

República y ordenando que sus restos fueran exhumados del Cementerio General, donde hasta hoy se encuentran, y trasladados al Panteón de los Próceres, ese santuario laico que la Patria ha erigido para honrar la memoria esclarecida de quienes, como Felipe Santiago Estenós, contribuyeron con las mejores energías de su vida primero a hacerla libre y luego a hacerla grande.

ROBERTO MAC-LEAN Y ESTENÓS.



El naturalismo frente a la fenomenología.

Edmund Husserls, im Jahre seines
Todes, gewidmet.

La obra de Edmundo Husserl (1859-1938) inicia una dirección filosófica de importancia capital en el ambiente cultural de nuestro siglo. Realizada con genial hondura y con una austeridad y una prudencia casi sin pares en la historia de la filosofía, la obra de Husserl ha abierto nuevos horizontes a esta disciplina, que amenazaba involucionar, después de la evolución grandiosa a la que la había empujado la revolución kantiana, precisamente por haberse agotado los motivos impulsores que se habían agitado, señeros, en las *Críticas*. Sobre la importancia de la fenomenología como dirección filosófica del presente, dicen mucho los numerosos trabajos realmente llevados a cabo bajo la inspiración de su método. Y, sobre todo, las figuras filosóficas que le han acordado su adhesión, y cuyas obras de gran estilo están llamadas a estructurar las bases de la filosofía del siglo XX.

A fines de la pasada centuria, la *prosperity* (a la cual Husserl hace una referencia amarga en el último de sus escritos aparecidos) había despojado a la filosofía de

toda influencia sobre la vida, y determinado la ascensión de las diversas ciencias particulares al rango primero en la escala de los valores culturales. “La ciencia mecánico natural, la ciencia positiva, era la disciplina dominante en los espíritus” (1). Esta situación planteaba el problema del derecho a la existencia de la filosofía. Un camino fué el emprendido por Wundt; a saber, la reunión de los resultados de todas las ciencias particulares en una *concepción del mundo*. Otro, el reducir la filosofía a teoría del conocimiento; esta fué la tendencia que cobró mayor auge. No menor fué, sin embargo, el alcanzado por el positivismo, que bajo los títulos de empiriocriticismo o positivismo a secas, pretendió, apoyándose en Berkeley, dar una forma sublimada al realismo ingenuo. Otras corrientes, por su lado, concebían la lógica como una mera psicología del pensar, y pretendían que, en último término, la filosofía era identificable con la psicología. Finalmente, gracias a Nietzsche, Dilthey y Eucken, adquirían pujante importancia las disciplinas del espíritu, y, con ellas, el historicismo. En este ambiente, desorientado y dispar, aparece la obra de Edmundo Husserl. El punto de partida de esta obra es un ataque dirigido contra el positivismo y el psicologismo dominantes.

La influencia de las *Investigaciones Lógicas* se extiende rápidamente. La razón de su rápido apogeo reside, seguramente, en la fatiga que había llegado a producir el neokantismo. Como es sabido, el neokantismo ponía la doctrina del conocimiento *delante* de la doctrina del ser. Esta preponderancia de la teoría del conocimiento trajo como consecuencia una acentuación de los problemas metodológicos y de la importancia misma del método. El pensamien-

(1) Ueberweg, *Grundriss der Geschichte der Philosophie*. Vierter Teil. Berlín, 1923.

to central de la escuela de Marburgo se refería a la unidad del método en la progresiva logización de lo “dado”. El punto cardinal de la meditación de Rickert era la separación entre ciencia cultural y ciencia natural, y la unión de ambas en un conocimiento determinado por las normas lógicas y por la aspiración al valor de la verdad. La fenomenología, en cambio, venía a aseverar que todo conocimiento es una “mirada” hacia la cosa y que debe estar siempre orientado hacia la cosa.

En el presente trabajo nos proponemos examinar las ideas expuestas por Husserl en la primera parte de un largo artículo aparecido en la revista *Logos* (1), en el cual completa y desarrolla el ataque contra el naturalismo que había emprendido en los *Prolegómenos a las Investigaciones Lógicas*. En algunos pasajes hemos debido incursionar en principios fenomenológicos no contenidos en el texto mismo del artículo mencionado, a fin de establecer conexiones de carácter general con la doctrina fenomenológica. En otros, en cambio, soslayamos ideas que hemos debido dar por conocidas. Dada la vastedad de la filosofía fenomenológica, creemos que es inútil empeño intentar aprehenderla dentro del marco reducido de un artículo de revista. Examinemos sólo un problema muy determinado, muy limitado. Valga nuestro examen como una forma de homenaje a la figura ilustre del pensador, a cuya obra relictas nos aproximamos con veneración.

La historia de la filosofía muestra cómo esta disciplina ha pretendido, desde sus comienzos, valer como ciencia ri-

(1) *Logos*. Tübingen, 1911.

gurosa. Ciencia rigurosa, es decir, ciencia capaz de satisfacer las más altas exigencias teoréticas, y de ser apta, en un sentido ético religioso, para brindar las normas racionales puras que hagan posible una vida que igualmente satisfaga las más altas exigencias prácticas. La filosofía no ha declinado nunca esta pretensión de rigurosidad, ni aún durante aquellos períodos en que intereses extraños—religiosos o de otra índole—interfirieron el curso libre de la investigación teorética. A pesar de lo cual la filosofía no ha logrado satisfacer en ninguna época de su desarrollo esta su pretensión original. Desde el Renacimiento hasta el presente, la filosofía ha buscado su camino como ciencia rigurosa, o, para decirlo con el giro kantiano acogido por Husserl en las *Investigaciones*, “el camino seguro de la ciencia”, a través de reflexiones críticas y de investigaciones metódicas severas; reflexiones e investigaciones que estampan su impronta indeclinable en la filosofía de los tiempos modernos, hasta el punto de constituir, aquéllas, el ethos dominante del pensamiento filosófico de la época que preparó el advenimiento de Kant, y, también, el de la época poskantiana hasta nuestros días. Tampoco estos esfuerzos han logrado dotar a la filosofía del carácter de ciencia rigurosa. El único fin realmente logrado por ellos ha sido la fundamentación de las ciencias estrictas de la naturaleza y del espíritu, así como la de las disciplinas matemáticas puras.

La filosofía, pues, parece estar imposibilitada para alcanzar la estructura de una ciencia que verdaderamente puede ser considerada tal. En principio, toda ciencia puede aprenderse y enseñarse; el tejido total de principios, y cada uno de los principios en sí considerados, de las ciencias, muéstrase siempre y para todos en un sentido cuya univocidad impone en el espíritu de los sabios ideas “claras y defi-

nidas”, pensamientos cuya unidad lógica y epistemológica no se destruye por el hecho de ser aprehendidos por una multitud siempre creciente de individuos. Es precisamente esta firmeza lógica, este valer en sí de los pensamientos, la condición que hace posible sean transmitidos incólumes en su pureza contextual de maestro a discípulo y de generación a generación. Muy otra cosa sucede con la filosofía. Kant gustaba decir que la filosofía no puede enseñarse; únicamente puede enseñarse a filosofar. Y si la filosofía no puede enseñarse —dice Husserl— es porque en ella falta aquel modo objetivo de discurrir que procede a través de intelecciones que van de fundamento a consecuencia; y también, porque le falta haber delimitado y llevado a completa claridad de sentido, sus problemas, métodos y teorías. O, para hablar con el lenguaje de las *Investigaciones Lógicas*, en la filosofía han faltado fundamentaciones del tipo de aquellas que hacen posible las ciencias, a saber, fundamentaciones caracterizadas por su acuerdo con *formas* universales de fundamentación, por la *estable complejidad de sus contenidos* y por la “pureza” que les otorga *independencia esencial con respecto a esta o aquella esfera del saber*. Y, por otro lado, ha faltado también una adecuación intuitiva plena entre el mentar de los problemas, métodos y teorías filosóficas, con la realización intuitiva de estos problemas mismos, de estos mismos métodos y teorías.

La filosofía no es una ciencia que aún no ha alcanzado la perfección, como lo son, por ejemplo, las maravillantes ciencias exactas. Todas las ciencias son, en efecto, imperfectas en un doble sentido: en primer lugar, por cuanto alrededor de ellas se abre un horizonte infinito de problemas innombrados, que no conceden reposo al impulso del conocimiento; en segundo lugar, por cuanto los problemas a los que ya puede considerarse dominios conquistados de in-

vestigación, muestran todavéa residuos inexplicados que ensombrecen el orden sistemático de las demostraciones y de las teorías. La imperfección de la filosofía es de una índole completamente distinta. La filosofía no es una ciencia que todavía no ha alcanzado la perfección: *la filosofía no es todavía una ciencia, todavía no ha emprendido el camino de la ciencia*. A diferencia de las ciencias legítimas, toda posición de principio es, en filosofía, cuestión de convicciones individuales, de puntos de vista; hay, pues, hundido en el seno de esta disciplina, un principio virtual de escepticismo, de relativismo.

Se ha agitado reiteradamente, sin embargo, en los últimos tiempos, lo que se ha dado en llamar “la crisis de las ciencias europeas”. Al análisis de esta crisis, análisis emprendido al hilo de un paralelo con la fenomenología, y con el objeto de servir de introducción a la filosofía trascendental, dedicó Husserl un largo ensayo aparecido en la revista *Philosophia*, dos años antes de su muerte (1). Crisis de una ciencia significa que su *cientificidad*, es decir los fundamentos teóricos sobre los cuales reposan sus problemas y sus métodos, se ha tornado insegura y susceptible de ser considerada como interrogación, puesto que del desarrollo efectivo de la ciencia, en las investigaciones y tratados, no alcanza a desprenderse una respuesta que estructure en forma suficiente y legítima el cumplimiento de las condiciones que hacen posible la ciencia en general. En este sentido no puede hablarse seriamente de una crisis de la matemática pura, de las ciencias naturales exactas, ni, tampoco, de las ciencias del espíritu. La *cientificidad* de estas disciplinas no puede ser puesta en duda. La cuestión se ha planteado, particularmente, con respecto a la Física. Pero,

(1) *Philosophia*. Vol. 1. Fasc. 1-4. Belgradi, MCMXXXVI.

en primer lugar, en el período comprendido desde Galileo y Newton hasta Einstein, ¿ha dejado la Física de considerar, como objeto propio que la constituye realidad científica determinada, la medición del universo material? ¿No es la delimitación de un grupo homogéneo de objetos hacia el cual orienta su investigación, aquello que otorga carta de ciudadanía a una ciencia? Y, por lo que toca a su legitimidad, ¿no constituyen patrimonio de nuestro saber científico, en forma de juicios evidentes, los principios formulados por Newton? La física, pues, bajo Galileo y Newton, bajo Planck y Einstein, continúa siendo ciencia exacta (1).

Con lo anterior resalta aún más el contraste entre este grupo de ciencias, de científicidad indiscutible, y la filosofía. En lo que respecta al objeto de la filosofía, un filósofo cuya doctrina se ha movido dentro del círculo de los neokantianos relativistas, Georg Simmel (2), ha establecido que el primero de los problemas filosóficos es, precisamente, la determinación del objeto de la filosofía. Esta determinación es empírica, en cada caso, desde el punto de vista, según el sistema adoptado por cada filósofo. Nicolai Hartmann habla de una consecuencia de los sistemas, y la opone a la consecuencia de los problemas, de las *aporías* mismas, de la consideración e investigación de los proble-

(1) Si bien no puede hablarse de una "crisis" de las ciencias en el sentido aludido, ella resalta en cambio cuando se considera cuán intensamente ha remitido su importancia y significación en la vida de la humanidad de nuestro tiempo. A partir de la segunda mitad del siglo último, la humanidad culta ha levantado su concepción del mundo íntegramente sobre la base de las ciencias positivas. Ciencias que, urgidas por la "prosperity", han alcanzado un asombroso desarrollo técnico; pero que han permanecido alejadas y ciegas para los problemas humanos decisivos. "Las meras ciencias empíricas—dice Husserl—hacen meros hombres empíricos". El trastocamiento de los valores se hizo particularmente agudo después de la última guerra; las ciencias no pueden decir palabra sobre el círculo de peligro vital que se estrecha en torno a los hombres. En ninguna ciencia se considera el problema del sentido o de la falta de sentido de la existencia humana.

(2) G. Simmel, *Hauptprobleme der Philosophie*. Berlín, 1927.

mas mismos considerados como tales (3). Ahora bien. ¿Puede equipararse la cientificidad de las ciencias exactas, donde la consideración de los problemas no está obnubilada por la adopción previa de un punto de vista sistemático, con la filosofía, cuyos problemas no pueden imponer al espíritu investigador una consecuencia fundada en sus propios contenidos, sencillamente porque estos problemas no han mostrado con evidencia sus límites y sentido?

La situación actual de la filosofía invita a reflexionar. La nostalgia de una filosofía auténticamente viviente, como aquella por ejemplo de Descartes, es hoy patente en el espíritu de los filósofos; ella ha conducido al florecimiento de los “renacimientos”. Fué precisamente la época anterior a Descartes, el Renacimiento, la que dotó a la humanidad intelectual de la era moderna de un impulso grandioso que aspira a una filosofía y a una ciencia autónomas. Aunque los motivos que empujaron a aquellos tiempos hacia el establecimiento de esta autonomía han dejado de ser preponderantes para nosotros, es cierto, sin embargo, que el ideal de una cultura estructurada sobre ciencias y filosofía de base estrictamente esclarecida por fundamentos racionales últimos—ideal divisado por casi todos los grandes pensadores de la era moderna—, lo debemos al Renacimiento.

En los comienzos de la era moderna aparece la “revolución” cartesiana. Todas las revoluciones que nos muestra la historia de la filosofía han estado inspiradas por un decidido radicalismo. Radicalismo que ha consistido en que, a través de reflexiones crítico-sistemáticas sobre las condiciones de la ciencia exacta, han pretendido configurar de modo totalmente nuevo el edificio doctrinario de la filosofía. Esta voluntad—voluntad que, diría Husserl, constitu-

(3) N. Hartmann, *Diesseits von Idealismus und Realismus*, Berlin, s/a.

ye el deber ser del meditar filosófico— es patente en la revolución socrático-platónica. Reaparece, con impulso grandioso, en Descartes. La inspiración de la filosofía cartesiana palpita en los sistemas filosóficos de los siglos XVII y XVIII, renovándose con radicalísimo empeño en la *Crítica de la Razón* de Kant y dominando el filosofar de Fichte. Este período impresionante nos ofrece el espectáculo de esfuerzos orientados hacia los verdaderos comienzos de los problemas filosóficos decisivos y hacia el establecimiento de su método adecuado. La revolución cartesiana, pues, fué realizada en virtud de meditaciones prototípicas; prototípicas en el doble sentido de que ellas son indispensables a todo filósofo que comienza su obra, y, por otro lado, porque únicamente meditaciones de su género pueden dar comienzo legítimo a toda filosofía. (1)

Con el siglo XIX, en cambio, y con la aparición de la filosofía romántica, sobreviene una mutación. El valor absoluto que Hegel atribuye a su método y a su doctrina, hace que su sistema carezca de aquella base que abre la posibilidad a una filosofía científica; a saber, la crítica de la razón. Y por otro lado, su filosofía — como toda la filosofía romántica en general— ha operado, sobre el impulso que los tiempos posteriores han tendido hacia una ciencia filosófica rigurosa, tanto un debilitamiento como un falseamiento. Debilitamiento, porque ella preparó el advenimiento del historicismo, al consagrar la tesis de la justificación relativa, con respecto a su tiempo, de toda filosofía. Falseamiento, porque sobre ella se levantó la influencia poderosísima del naturalismo.

El estado de división en que hoy se encuentra la filo-

(1) Edmond Husserl.—*Meditations Cartésiennes. Introduction a la P
nomenologie*. París, 1931.

sofía invita a reflexionar. ¿Cuál es el sentido fundamental de toda filosofía verdadera? Husserl se acoge al ejemplo de Descartes. Las *Meditaciones*, como queda dicho, constituyen un prototipo de indagación filosófica. Hacia ellas se orienta la fenomenología (la que, según declaración de Husserl, podría ser considerada como un neocartesianismo), y busca el punto de partida en el *ego cogito puro*, como fundamento absoluto de todo conocimiento. Y es indispensable, en verdad, que acometamos esta tarea, pues los más altos intereses de la cultura humana exigen sea cultivada una filosofía estrictamente científica. No es extraña de ninguna manera a nuestro tiempo la fundamentación de la filosofía como ciencia rigurosa. Está viva justamente en medio del naturalismo dominante, porque el naturalismo pretende despojar a la filosofía de su jerarquía de ciencia capaz de dar un fundamento último a todas las ciencias, y, en general, a todos los problemas de la razón y de la realidad. Es necesario, pues, como tarea previa, emprender una crítica del naturalismo y del positivismo. El naturalismo proclamó la necesidad de atender únicamente a la experiencia. Pero ¿cuál es el sentido y los límites de la "experiencia"? ¿Cuál el valor de cada uno de los datos por ella proporcionados? En verdad, el naturalismo finca en fundamentos teóricos inadmisibles si se les considera desde el punto de vista de los principios; y, desde el lado práctico, representa un serio peligro para nuestra cultura. Es necesario, pues, referirse en primer lugar a la filosofía naturalista, con una crítica fundamental dirigida contra sus fundamentos y sus métodos.

“El naturalismo —dice Husserl— es un fenómeno que aparece como consecuencia del descubrimiento de la naturaleza, de la naturaleza en el sentido de una unidad del ser espacio temporal regida por las leyes naturales exactas”. En virtud de la serie muy numerosa de conocimientos conquistados por las ciencias naturales, fué ampliándose el círculo del naturalismo, y, consiguientemente, el de la idea (sit venia verbis) de la unidad naturalista de la naturaleza. De modo completamente semejante, el “descubrimiento de la historia” y el auge brillante de la pléyade de genios que fundaron, dentro de la inspiración de la escuela histórica (los hermanos Humboldt, Savigny, Niebuhr; Jacobo Grimm, Mommsen, Ranke, Treitschke; y, finalmente Guillermo Dilthey), nuevas disciplinas del espíritu, condujo al *historicismo*. Actitud filosófica que igualmente cercena la base de una filosofía en sentido estricto, y a la cual es preciso atacar en sus fundamentos, empleando, para ello, argumentos esenciales semejantes a aquellos que Husserl emplea en su polémica contra el naturalismo.

La naturaleza física es, para el naturalista, principio fundamental y exclusivo. Todo lo que es, es ora algo físico que pertenece a la estructura unitaria de la naturaleza física; ora algo psíquico, o, para decirlo con toda claridad, una mera transformación de lo físico, un “hecho concomitante paralelo” de lo físico y sujeto a lo físico. Según Husserl, dos son las notas que caracterizan a todas las formas extremas y consecuentes del materialismo: la *naturalización de la conciencia*, con inclusión de todas las vivencias intencionales inmanentes, de un lado; y de otro, la *naturalización de las ideas*, es decir, de todos los ideales absolutos y de las normas.

Consideremos a la lógica formal como el índice ejemplar de toda idealidad. El naturalista estimará que los prin-

principios lógicos formales no valen sino como leyes del *pensar*, es decir, como leyes *naturales* (fundadas en la naturaleza de la conciencia pensante). Recordemos aquí, brevemente, la actitud de Husserl en los Prolegómenos a las *Investigaciones Lógicas*, e intentamos aproximarnos a ella mostrando sus antecedentes, enraizados en la doctrina lógica de su genial maestro Franz Brentano. Si la validez de los principios lógicos no está supeditada al funcionamiento normal de la facultad intelectual humana, ni, en general, condicionada al modo peculiar de alguna conciencia que podría imaginar una dogmática mística (Dios, ángeles o demonios), es preciso entonces conceder que los principios en cuestión significan idealidades, leyes de contenido puro. El desarraigo de estas idealidades de la conciencia que las conoce, he aquí el tema fundamental de toda aquella argumentación que constituyó el “punto de partida de la fenomenología”. Toda la cuestión estriba en demostrar que estas idealidades existen realmente y de modo puro. La pureza, la aprioridad, no admite condiciones. Ahora bien, Brentano había afirmado que todos los llamados juicios afirmativos universales son, en verdad, juicios existenciales negativos. El juicio “la suma de los ángulos interiores de un triángulo suma dos rectos”, es un juicio negativo, porque él afirma que un triángulo cuyos ángulos interiores sumen más o menos de 180° , *no* existe. De donde se saca la conclusión de que los juicios afirmativos universales son juicios cuya verdad puede ser demostrable, evidente de modo mediato, sin que sea necesario para su formulación, presuponer la existencia positiva de los *objetos* sobre los cuales en aquéllos se predica; es decir, juicios existenciales negativos: el principio, por ejemplo, que enuncia la relación constante π en los círculos, es válida, aunque no existan realmente círculos. Es sabido cómo, a su vez, Husserl ha demostrado que la negación de las

“especies”, o más propiamente de las “esencias”, constituye una “ceguera para las ideas”, para la *objetividad irreal* de las esencias. Si bien pues los juicios afirmativos universales (los principios lógicos supremos incluídos) son independientes de toda posición existencial, *natural*, del objeto-sujeto, su verdad se hace patente, en cambio, en la evidencia que aprehende intuitivamente la irrealidad ideal de las esencias por aquéllas significadas. ¿Cómo puede subsistir, pues, la tesis del psicologismo, a saber que toda aprehensión sea una percepción, interna o externa, de “objetos”? El psicologismo, ya se le ataque en sus fundamentos o en sus consecuencias, es insostenible tanto en la lógica como en la teoría del conocimiento. ¿No envuelve un contrasentido la explicación psicologista de la aprehensión de la idealidad dada en el número 2, por ejemplo? Nó, la aprehensión de esta idealidad no puede darse sino en la intuición correspondiente.

Empero, la separación de objeto del conocimiento y conciencia cognoscente implicaría el ingreso al extremo de signo inverso al psicologismo, a saber, el extremo logicista. Precisamente una investigación llevada a cabo con método fenomenológico, nos muestra que todo conocimiento importa un entrar en relación dos términos fundamentales, la conciencia que conoce y el objeto que es conocido (1). Es preciso pues, en el empeño fenomenológico de superación del psicologismo naturalista y del escepticismo que de él se desprende, rechazar la conciencia psicológica como conciencia cognoscente, y esclarecer el fundamento gnoseológico de la conciencia pura y de los modos apodícticos de conciencia en que son dadas las diferentes regiones de objetos. La apo-

(1) N. Hartmann, *Grundzüge einer Metaphysik der Erkenntnis*. Berlin, 1925.

dicticidad de esta conciencia pura nos ha de brindar la base para establecer la filosofía como ciencia rigurosa.

Los últimos párrafos tocan el problema de la conciencia. Como ya se ha dicho, uno de los errores fundamentales del naturalismo, consiste, según Husserl, en la naturalización de la conciencia. Como la conciencia pura es, precisamente, la noción fenomenológica que nos ha de brindar la base para la explicación de las posibilidades de realización de una filosofía en sentido riguroso, establecer los métodos adecuados a los problemas filosóficos, métodos que han de ser los exigidos por su esencia, es preciso dirigir una crítica radical contra el sinsentido que importa la *naturalización de la conciencia*.

El naturalista considera que la disciplina filosófica exacta por excelencia es la psicología experimental. A esta disciplina nadie podrá negarle el carácter ni el rango de ciencia; élla ha satisfecho el deseo de quienes tan larga y anhelosamente buscaron una psicología estrictamente científica. Ciencia cuya importancia sobrepasa sus propios dominios, pues en élla han de encontrar —y de hecho han encontrado— su fundamento científico, tanto la lógica como la teoría del conocimiento, la ética, la estética y la pedagogía. Por lo demás, la psicología es, como se comprende de suyo, el fundamento de todas las ciencias del espíritu, incluso el de la metafísica. Pero no, en último término, el preferente, pues también las ciencias físicas naturales desempeñan un papel decisivo en la fundamentación de la teoría naturalista de la realidad.

Contra esta tesis, afirma Husserl: la psicología es una ciencia de hechos, y, como tal, inhábil para proporcionar

fundamentos a aquellas disciplinas filosóficas cuyo dominio está constituido por principios puros, por leyes de contenido puro (la lógica pura, la axiología pura). Si así fuera, deberíamos aceptar las contradicciones escépticas a las que ya hemos hecho alusión y que fueron combatidas en el tomo primero de las *Investigaciones*. Debemos decir algunas palabras sobre el psicologismo y el fisicismo en la teoría del conocimiento (a la que separa Husserl de la lógica en tanto que *mathesis universalis*).

Toda ciencia natural está herida, en su punto de partida, de una irreductible ingenuidad. La ciencia natural, en efecto, aplica su investigación hacia algo que considera dado, dado simplemente en su ser allí, y que ora reposa y se muda en el espacio infinito ora fluye en el tiempo infinito (1). La experiencia que originalmente dona el ser allí de las cosas y las destaca de su oscuro horizonte de realidad indeterminada, es la percepción. Describir estas objetividades en "simples juicios de experiencia", plantearlas de modo objetivamente válido y estrictamente científico, he aquí el objeto de la ciencia natural. Es preciso tener presente que bajo ciencia natural, Husserl comprende también a la psicología, por cuanto la naturaleza, en sentido amplio, es unidad psicofísica. En efecto, lo psíquico no es, al igual que lo físico, algo que pueda subsistir en sí y por sí. Lo psíquico, por lo demás en muy diversos sentidos, se da como yo o como vivencia del yo; y, lo que es decisivo, en la experiencia se muestra siempre inseparablemente unido a algo físico que llamamos cuerpo. "Investigar científicamente este algo psí-

(1) Nicolai Hartmann, en su esfuerzo brillante por restituir a la ontología el rango que le corresponde dentro de las disciplinas filosóficas, subraya el hecho de que todas las ciencias naturales presuponen las categorías naturales de espacio, tiempo, materia, movimiento. Lo que sean propiamente estas nociones, he aquí una determinación que ha de llevar a cabo la metafísica. Cf. Nicolai Hartmann, *Zur Grundlegung der Ontologie*. Berlin, 1935.

quico en sus conexiones naturales psicofísicas, determinarlo de modo objetivamente válido, descubrir las leyes que rigen su formación, su transformación, su devenir—he aquí la tarea de la Psicología. Toda determinación sobre lo psíquico es pues *eo ipso* una determinación física, porque en lo psíquico está dada siempre una significación física”.

La cuestión es ahora complementaria de aquélla que había sido abordada en los *Prolegómenos*. Es preciso demostrar, ahora, que la ciencia natural física no puede ser filosofía en sentido específico y que no puede, por lo tanto, servir como fundamento a la filosofía; y, luego, que los fundamentos válidos de la metafísica no pueden ser sino fundamentos de carácter filosófico. Si se logra demostrar lo anterior, quedará demostrada simultáneamente la imposibilidad en que se halla la Psicología para aportar fundamentos a la filosofía, y, también, el carácter no filosófico de esta disciplina “natural”.

Como queda dicho, las ciencias naturales son ingenuas por cuanto toman su punto de partida en la experiencia para terminar siempre en la experiencia. A este respecto, es rotunda la frase con que comienzan las *Ideas*: “El conocimiento natural surge con la experiencia y permanece en la experiencia” (1). La ciencia natural ofrece, sin duda, métodos en los cuales se manifiesta crítica en grado sumo. Pero al lado de esta crítica, es imprescindible emprender otra, que, sin vulnerar la legitimidad que dentro de su dominio asiste a aquélla, plantee el problema de la experiencia en general y el del pensamiento empírico-científico. He aquí dos problemas, destacados de una serie más numerosa, propios de la teoría del conocimiento y que hasta ahora no han podido ser resueltos con claridad y distinción científicas.

(1) Husserl, *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie*. Halle, 1928.

La teoría del conocimiento pretende investigar el problema de las relaciones entre conciencia y ser. Pero el ser, según la dirección trascendental de la fenomenología, sólo puede ser tomado en consideración en el momento mismo de su relación con la conciencia, como correlato de la conciencia, como algo “mentado” por la conciencia (es decir, como algo percibido, recordado, identificada, sospechado, temido, angustiado, amado, etc. etc.). Lo que significa que la investigación debe orientarse hacia un conocimiento científico esencial de la conciencia, hacia aquello que la conciencia “es” esencialmente a través de todas sus formas diferenciables; pero, al mismo tiempo, hacia aquello que “*significa*”, así como hacia los diferentes modos mediante los cuales mienta lo objetivo. Examinemos con algún detenimiento esta cuestión nuclear.

Buscamos una filosofía como ciencia rigurosa; en verdad, nuestro propósito se orienta hacia una *prima philosophia*, comprensiva, también, del concepto de ciencia rigurosa en general. La rigurosidad sólo podrá ser obtenida a través de conocimientos evidentes, apodícticos; la apodicticidad ha de ser para nosotros la categoría lógica sustitutiva de las nociones psicológicas de “claridad y distinción” (*clarae et distinctae perceptiones*) que operaban en Descartes. Acordemos nuestro procedimiento a nuestro propósito, y pongamos, en la base de nuestro indagar, conocimientos de evidencia apodíctica, esto es, un juicio en el cual la cosa no sea meramente “apuntada” de modo lontano e inadecuado, sino presentada *ella misma* a la conciencia inmanente. Únicamente de este modo, renunciando a admitir como válido todo juicio que no tenga respaldo apodíctico en la evidencia

adecuada, podremos obtener “un orden de conocimientos anteriores en sí, relacionados con otros, en sí posteriores” (*Méditations cartésiennes*, § 4).

Las *Meditaciones* han de servir de modelo en este punto decisivo. De acuerdo con nuestro propósito, debemos, a la manera de Descartes, indagar cuáles son las verdades primeras que deben y pueden sostener el edificio de la ciencia universal. Sabidas son las razones por las cuales Descartes propugnaba un punto de partida radical para la filosofía; debemos agregar que este radicalismo del punto de partida debe consultar sobre todo, y en primer lugar, el fundamento racional de las ciencias, y no presuponer que la noción de ciencia rigurosa se confunde con las ciencias real e históricamente existentes. Descartes había incurrido en el error de admitir una ciencia determinada (la matemática) como modelo de conocimiento evidente. Dejemos de lado, pongamos entre paréntesis toda ciencia, incluso la matemática.

Saber cómo Descartes llega a la evidencia del ego cogito, es “ejercicio de niños filosóficos”. Seguida la meditación, y realizada la epoké en ella propugnada, se abre, incontrovertible, la evidencia apodíctica del *sum cogitans*. Sin embargo, Descartes incurrió aquí en una nueva inconsecuencia con respecto a su empeño radical. Si nos preguntamos qué *yo* puso Descartes en la base de todo conocimiento, hemos de reconocer que el yo cartesiano tenía un carácter puramente psicológico, patente en su identificación *mens sive animus sive intellectus*. Pero debemos avanzar todavía, y poner, como ser real que es, entre paréntesis también a la conciencia psicológica, es decir, a la conciencia del mundo real y empírico. Reduzcamos pues la conciencia psicológica.

Aquí se inserta la noción de intencionalidad. *Yo pienso* equivale a *yo pienso en* (ego cogito cogitatum). Con lo cual,

y como residuo de la reducción trascendental, surge la conciencia pura, de estructura bipolar, por cuanto, por uno de sus lados, apunta al objeto y por el otro, al sujeto. Mirada desde el punto de vista de la subjetividad trascendental, la conciencia pura se nos muestra nó como vivencia constante y permanente, nó como "idea fija", sino como algo necesario por principio, puesto que permanece absolutamente idéntica en todos los cambios de la conciencia psicológica y porque de ninguna manera puede ser considerada como trozo real o momento de las vivencias temporales no inmanentes (de la subjetividad empírica). Esta conciencia trascendental proyecta su *mirada a través* de todo cogito actual, a lo objetivo. Por lo mismo, el yo puro debe hallarse en relación o conexión con las vivencias. Lo que quiere decir que, mirada desde el lado del objeto, es válida, con respecto a la conciencia trascendental, el principio kantiano: "El yo pienso debe poder acompañar a todas mis representaciones" (*Ideen*, § 57).

Así pues hemos ganado ya un fundamento absoluto de conocimiento, un primer principio apodíctico que no puede ser tocado por ningún ataque naturalista. Cómo desarrolla Husserl la teoría fenomenológica del conocimiento, partiendo de este "punto de partida indubitable", es tema que no nos compete desarrollar aquí. Dados los límites del presente trabajo, basta subrayar el principio de que la conciencia trascendental es, según Husserl, el fundamento, la posibilidad de todo conocimiento. Pues todo objeto, esto es, todo "algo" susceptible de predicación racional, debe manifestarse en el conocimiento, darse a la conciencia misma: todo conocimiento significa un entrar en relación un objeto y una conciencia cognoscente. He aquí el leit motif de toda la fenomenología trascendental. En una etapa posterior a las

Ideas, Husserl parece haber virado hacia una concepción más y más kantiana. “Todo ser se constituye en la subjetividad de la conciencia”, “nada es para mí sino en un acto actual o potencial de la conciencia”, “yo soy el fundamento intencional de mi mundo”, he aquí algunos principios contenidos en la *Lógica formal y trascendental* (1). La fenomenología en sentido estricto ha de considerar pues como tema capital, la investigación de la conciencia trascendental. Conciencia trascendental que, repetimos, es obtenida como evidencia última, como lo “absoluto” que la filosofía de todos los tiempos ha buscado y que está llamado a dar una base racional última a toda ciencia y a toda filosofía. Este absoluto no designa por cierto ningún ser, sino el fundamento último que hace factible el conocimiento de todo ser posible. E. Fink, en una exposición de la filosofía de Husserl a la que el propio filósofo concedió su venia, aseguraba que la cuestión fundamental de la fenomenología es el problema del origen del mundo (Kantstudien, Band 38).

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Todo objeto susceptible de predicación racional que deba ser aprehendido en un conocimiento científico, debe manifestarse a la conciencia. Todos los actos de conocimiento que corresponden especialmente a las diferentes categorías de objetos, se agrupan en *modos* de conciencia, en grupos de funciones de conocimiento. Aquellas categorías de objetos no podrán ser consideradas sino como contrafiguras intencionales de la conciencia; por lo tanto, deberán estudiarse, en primer lugar, en su manera de darse, es decir, en sus relaciones retrospectivas con las formas de conciencia del ob-

(1) Husserl, *Formale und transzendente Logik*. Halle, 1929.

jeto que a cada una de ellas pertenece; y, en segundo lugar, en su *qué* esencial, en su estructura ontológica y, por último, en las relaciones esenciales de las categorías de objetos (como contrafiguras intencionales de la conciencia, es decir, en su significación para la conciencia) entre sí.

Así, pues, qué sea la objetividad, qué se muestre como existente y como existente así en el conocimiento, he aquí algo que debe hacerse evidente y comprensible sin residuos, puramente de la conciencia misma. Es preciso, luego, estudiar la conciencia en su totalidad, pues cada una de las formas de la conciencia constituye una posible función de conocimiento. Pero este análisis esencial de la conciencia incluye el de los modos fundamentales de las objetividades, pues, como queda dicho, las objetividades puestas entre paréntesis en virtud del método de la reducción trascendental, tornan a encontrarse en la subjetividad pura como contrafiguras intencionales.

Los anteriores análisis muestran el contenido propio de la *fenomenología*. Ciencia de cuya extensión, según frase de Husserl, los contemporáneos no tienen todavía una idea cabal, y que está llamada a erigirse en disciplina filosófica fundamental mediante el trabajo severo de largas generaciones de investigadores. El dominio cerrado de la fenomenología está dado, como se ve, por la conciencia. También la psicología estudia, y desde su punto de vista legítimamente, la conciencia. El punto de vista, el objeto de referencia legítimo de la psicología, es la conciencia empírica, ente que existe incrustado en la ligazón establecida por las conexiones naturales. La fenomenología, en cambio, halla su dominio de investigación en la conciencia pura, en la conciencia en la *actitud fenomenológica*.

En opinión de Husserl, la psicología, al igual que toda ciencia natural, no es, ni puede pretender serlo, filosofía.

Toda teoría del conocimiento psicologista falsea el sentido legítimo de la problemática gnoseológica. Por lo tanto, es preciso guardarse de “naturalizar” la conciencia pura y mantenerla estrictamente diferenciada de la meramente empírica.

La psicología no puede pretender ser la única ciencia de lo psíquico, no es lícito su intento de comprender en su dominio el sentido total de lo psíquico. Quedará siempre fuera del dominio de la psicología el análisis de la conciencia misma. Los pocos psicólogos que en el siglo último emprendieron este análisis inmanente, esencial, en la forma de análisis analítico-descriptivos de las vivencias intencionales, fueron tachados de escolásticos. Husserl hace notar que la voz de orden contra estos escolásticos fué: volvamos a las cosas mismas, interroguemos a la experiencia, pues este es el único medio gracias al cual podemos conquistar, para nuestros principios, un derecho racional y dotar de sentido a nuestras palabras. Muy bien. Pero, dice Husserl, ¿cuáles son aquí las cosas mismas? ¿Acaso la experiencia primaria de lo psíquico no reside en el sujeto mismo, al margen de toda psicología interpretativa? ¿Acaso esta experiencia primaria no constituye una “cosa misma”? Por lo demás, ¿cómo puede ser tachado de escolástico el análisis fenomenológico, que no deriva ningún juicio de conceptos meramente verbales y que preconiza la exposición en la intuición de los conceptos de la experiencia? (Exposición que eleva la experiencia natural a la experiencia eidética, a la *experiencia fenomenológica*. Pues el análisis fenomenológico, por extraño que pueda sonar a los oídos del naturalista esta aseveración, no es absolutamente “*experiencia*”).

El naturalista, en efecto, afirma que todo concepto toma el fundamento legítimo de su uso posible, de la nuda experiencia, es decir, de todo aquello que signifique una percepción o un recuerdo real. De Locke arranca la concepción aún imperante de que toda representación conceptual “proviene” de experiencias anteriores. El psicólogo naturalista usa las palabras percepción, recuerdo, angustia, etc. La consideración es, para él, trascendente, por cuanto mienta hechos desligados y apartados de la conciencia cognoscente y de la conciencia misma en que trascurren. Sin embargo ¡qué plenitud de componentes inmanentes hay en estas palabras, es decir, componentes intuibles en el acto mismo del experimentar, y que pueden ser alcanzados únicamente en virtud del regreso fenomenológico! Tan solo este regreso permite elaborar metódicamente, describir y determinar esencialmente estos conceptos. La psicología no nos dona sino de modo “confuso”, y en experiencia “vaga”, estos hechos. Pero cómo sea esencialmente el ser, cómo sea determinable de modo objetivamente válido, he aquí un grupo de problemas eidéticos que únicamente la fenomenología puede desarrollar.

Únicamente, dice Husserl, el mundo corporal, el mundo espacio-temporal es naturaleza en sentido estricto. El ser psíquico es naturaleza tan solo en un segundo sentido. Esta diferencia determina que los métodos de las ciencias naturales y el que debe ser llevado a cabo en el análisis de la conciencia, sean radicalmente distintos. El ser corporal es por principio aprehensible como individualmente idéntico a través de una pluralidad de experiencias directas—de percepciones,— es decir, como unidad intersubjetiva. Las cosas

son precisamente aquello que son en cuanto están contenidas en la unidad espacio-temporal; lo que permite a cada cosa destacarse como identidad individual es, justamente, su relación causal o su enlazamiento temporal con otras cosas. Las cosas son portadoras de “propiedades reales”; pero toda propiedad corporal-real es causal. Todo ser corporal está bajo las leyes de sus cambios posibles, leyes que conciernen a lo idéntico de la cosa, a su conexión unitaria, real y posible, con la naturaleza una. El término “propiedades reales” designa pues las posibilidades de mutación de algo idéntico, posibilidades que están causalmente predeterminadas. Qué sea esto idéntico, he aquí algo que, en el sentido de la ciencia natural, sólo puede ser determinado por medio de estas leyes. Las cosas son dadas, empero, como unidades de experiencia inmediata, como unidades de fenómenos sensiblemente diversos.

Dirijamos ahora nuestra consideración a lo psíquico. Atengámonos únicamente a los “fenómenos psíquicos”, en los cuales la nueva psicología ve su objeto propio de investigación. Ahora bien. Es innegable que en cada aprehensión de lo psíquico no está dada una objetividad en el mismo sentido que en la percepción de lo corporal. “El ser psíquico, el ser como *fenómeno*” no es, en principio, una unidad que fuera aprehensible en múltiples percepciones concretas como individualmente idéntico, ni aún para el propio sujeto autopercipiente”. Lo que equivale a decir que en la esfera de lo psíquico, ser (naturaleza) y fenómeno se confunden, puesto que el ser aparece en los fenómenos, se da en los fenómenos mismos sin que pueda diferenciársele de ellos. Un fenómeno de la esfera psíquica no es ninguna unidad sustancial en el mismo sentido que lo es una objetividad natural (“Una cosa sensible es aquello que es y permanece para siempre en su identidad”). Es un contrasentido, por lo

tanto, naturalizar aquello cuya esencia excluye el ser como naturaleza. Así, pues, hay, propiamente hablando, sólo una naturaleza, la que se manifiesta en las cosas corporales.

La naturaleza es en cierto modo eterna. Aquello que la cosa natural es, puede determinarse de modo objetivamente válido y puede ser ratificado en una serie, en principio sin término, de experiencias. Por el contrario, un fenómeno psíquico *deviene*, no persevera como ser idéntico que pudiera determinarse de modo objetivo en el sentido de la ciencia natural (que fuera, por ejemplo, objetivamente divisible en componentes, o “analizable” en el sentido de determinar sus causas y efectos).

Lo que sea el ser psíquico no lo puede decir la experiencia, entendida ésta como experiencia natural. Para decirlo con toda claridad, y a fin de evitar todo malentendido: lo psíquico no es experimentado como fenómeno; lo psíquico es “vivencia”, vivencia intuída en la reflexión y que aparece como una *fluencia absoluta*—un *ahora* que inmediatamente *se hunde en un antes*—. En lo psíquico, la fluencia de las vivencias está, por decirlo así, transitada por una línea intencional que a todos los comprende, a saber, la línea doblemente ilimitado del “tiempo” inmanente—tiempo sin comienzo y sin fin que no puede ser medido por ningún reloj— (1). Como vemos, no aparece aquí todavía completamente clara la concepción de la *conciencia pura trascendental*.

Ahora bien. Toda vivencia “tiene” una “significación” y “mienta” algo “objetivo”—que puede ser ficción o realidad—. Cuando en la fluencia inmanente de lo psíquico, la visión, también inmanente, de la reflexión adviene a una

(1) Edmund Husserl *Vorlesungen zur Phanomenologie des Inneren Zeitbewusstseins*. Halle, 1928.

síntesis con la experiencia sensible, entran en relación un fenómeno intuído (el qué eidético) y la cosa corporal experimentada. Esta cosa corporal (la noema) es describible como algo “objetivo inmanente”, como “lo mentado como tal” en esta o aquella forma de conciencia (la noesis). La investigación “pura inmanente” de lo psíquico es pues posible, en contraposición a la investigación psicofísica, la que, desde luego, tiene sus derechos legítimos.

Si lo psíquico inmanente no es naturaleza, sino lo contrario de naturaleza ¿qué es lo que investigamos en él como su ser? Si no es determinable en identidad “objetiva” como unidad sustancial cuya aprehensión puede siempre reiterarse, y carece de propiedades reales que puedan determinarse y ratificarse en el sentido de las ciencias de la experiencia; si no se le puede destacar de su fluencia eterna; y si es inapto para convertirse en objeto de validez intersubjetiva —¿qué es lo que podemos aprehender y determinar en él como unidad objetiva? No se olvide de ninguna manera que permanecemos en la esfera fenomenológica pura y que dejamos fuera de consideración toda referencia al cuerpo y a la naturaleza. La respuesta a la pregunta anterior afirma que si bien los fenómenos (psíquicos) como tales no son naturaleza, tienen en cambio una *esencia* aprehensible de modo adecuado en el contenido de una intuición inmediata. Todos los enunciados que describen a los fenómenos mediante conceptos directos, lo hacen, en tanto que son válidos, mediante conceptos esenciales que deben poder resolverse en la intuición esencial.

La actitud natural es la que nos hace incapaces para desviar nuestra mirada de la naturaleza y la que nos empu-

ja a situarnos en la actitud psicofísica y nó en la pura (en investigación intuitiva); esta es la actitud que ha imepido hasta ahora se abra camino a una ciencia que por un lado es una *psicología plenamente científica*, y, de otro, el campo de una legítima *crítica de la razón*. El naturalismo nos dificulta la visión de las “esencias”, de las “ideas”, el aprehenderlas en la validez que les es propia según su peculiaridad (en vez de naturalizarlas absurdamente). La intuición esencial no encubre ninguna dificultad o secreto “místico”, pues es una percepción. Cuando nos es dado en intuición plena el “color”, entonces lo dado es una “esencia”; y cuando, también en la actitud de la intuición pura, discurre nuestra visión inmanente de percepción en percepción, aprehendemos intuitivamente la esencia de la percepción. “Hasta donde alcanza la intuición, el tener intuitivo de la conciencia, hasta allí alcanza la posibilidad de una “ideación” (ideación era el término empleado por Husserl en las *Investigaciones Lógicas*) correspondiente o intuición esencial”. En tanto que la intuición es una intuición pura, la esencia aprehendida lo es de modo adecuado y se presenta a aquélla como algo absoluto.

Que la esencia aprehendida en la intuición esencial puede ser fijada en conceptos firmes; y que con ello otorgue la posibilidad de enunciar principios absolutamente válidos y objetivos—he aquí algo comprensible sin más para todo aquel que carezca de prejuicios. Estas esencias, absolutamente diferenciables y fijables, no son únicamente aquellas que corresponden a los “contenidos” sensibles, sino también, y no ménos, aquellas que corresponden a lo psíquico en sentido estricto, a todos los “actos” y estados del yo (ejemplos: percepción, fantasía, recuerdo, juicio, sentimiento, angustia, asco, etc. etc.). Toda vivencia, (como percepción o voluntad) constituye un inmenso campo de análisis fenome-

nológicos, de “análisis de conciencia”, es decir, un campo para investigaciones esenciales. He aquí un dominio, en opinión de Husserl, cuya vastedad sólo puede ser comparada a la de la ciencia natural. Dominio llamado a establecer la *conciencia pura* como fundamento absoluto del *conocimiento eidético*. Superadas así las dos tesis naturalistas (naturalización de la conciencia, naturalización de las ideas), se abre el camino al trabajo empeñoso y duradero de la *filosofía como ciencia rigurosa*.

CARLOS CUETO FERNANDINI.



Biblioteca de Letras
«Jorge Icaza y el Universo»



APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

Conferencia pronunciada en la Facultad, por el Dr. Guillermo J. Entwistle, Profesor de Literatura Española de la Universidad de Oxford.

CARACTERISTICAS DE LA LITERATURA INGLESA.

Hace más de una década aquel príncipe de la erudición española, Don Ramón Menéndez Pidal, en una conferencia dada en Francia trazó las características esenciales de la literatura castellana. Hizo así una especie de psicología de su nación a base de documentos aprobados por el consentimiento común como dignos de fé. En estos días se suele seguir una vía más fácil para sacar las psicologías comparadas de las naciones: la vía del epigrama y de la anécdota. Así en algún caso conocidísimo han salido de la prensa unos ingleses, españoles y franceses, tan castizo, que apenas se conocen en sus países respectivos. El punto flaco del método es que todo depende de las afirmaciones escritas; no cabe averiguar científicamente la chismografía. Los documentos literarios, en cambio, son a todos asequibles: cada cual puede comprobar la exactitud de las conclusiones que se sacan de los libros. Yo por mi parte, ni aun aspiro a dibujar las facciones de la que es la más vieja, la más amplia y la más noble de las literaturas que viven. No soy perito de esta materia, ni estoy para tanto. Sólo quisiera ofrecer algunas observaciones que os sirvan de marco para vuestras lecturas, hechas y por hacer, con que podréis ver como sale de ellas un retrato claro y exacto—el autorretrato del pueblo inglés.

No he de caer en la trampa, señores, de suponer que han sido iguales los ingleses de todas las épocas. Si no me hubiera amonestado Voltaire, bastaría la observación para hacer constar las diferencias. Los ingleses de la época de vuestro licenciado Pedro de Oña, por ejemplo, los que acompañaron a Ricardo Aquines en sus

piraterías por las costas de Chile y del Perú, nos parecerían a los modernos, además de piratas no sé si llorones, indisciplinados si bien valientes, prontos a lanzar sonetos y madrigales un tantico inverosímiles delante de la nariz aguileña, la tez blanquecida, y la melena roja de la reina Isabel. Pero hay algo que perdura. Los que acompañaban a Don Felipe II en su viaje de novio creían ver en las florestas inglesas las mismas de sus libros de caballerías, y en la señoritas que montaban a caballo sin dueña ni tutor a las doncellas errantes de los tiempos del rey Arturo. Se encontraban en un país conocido. En todas sus generaciones los ingleses hemos vivido bajo las mismas lluvias, en la isla protegida por las olas y las naves gozando de la maravillosa PAX BRITANNICA, que nos hace concordés y asesegados dentro de los torbellinos más atroces de la Europa guerrera. Nos han endoctrinado nuestros padres, y alguna parte de su espíritu se ha quedado en el nuestro.

Si sigo en las huellas de mi maestro Don Ramón encuentro el rasgo primitivo de nuestro temperamento en las obras más antiguas—en aquella vetusta literatura de los anglosajones. Es la nota elegíaca: nota propiamente poética y que explica el predominio de la poesía en casi todas las épocas de nuestras letras. El siglo VII era un siglo de ruinas. Habían caído los dioses gentiles sin más rastro que las escorias de sus grutas. Los arcos rotos de los monasterios cristianos, manchado por las llamas, atestiguaban el furor de nuevos invasores paganos. La civilización romana no había dejado más que columnas quebradas y anfiteatros abandonados: la erudición irlandesa, después de haber salvado la isla y la cuenca renana, se había refugiado en los escondrijos de las celdas. Toda la literatura anglosajona es una elegía. Algún poeta enumera los desastres para sacar la conclusión de que también son pasajeras las miserias. Otro hace la lista de las grandes dinastías caídas. Otro—el más poeta de todos aunque no escribió versos—nos dice que la vida humana es como una golondrina que pasa de las tinieblas a un salón iluminado; revolotea unos instantes, y se va de pronto a las tinieblas exteriores. El mismo heroísmo se pone elegíaco: no canta la victoria, sino que se encara sin temblores con la derrota. Reza la fórmula de la **Batalla de Maldon**:

El alma será más alta el corazón más fuerte,
el ánimo más duro, cuando las fuerzas desfallecen.

Toda esta época se recoge en la antiquísima epopeya del gíaco: no canta la victoria, sino se encara sin temblores con la de **Beowulf**, única representante completa de las viejas gestas germánicas. De su aislamiento han surgido dos inconvenientes: el uno, que la anexiona la erudición a la epopeya germánica—*Deutsche Hildensagen*—, siendo una obra castizamente inglesa; el otro,

que se la estudia no por sí sino por lo que dice de los poemas perdidos. Ha habido quien le reprocha al autor del **Beowulf** el no haber cantado uno de los temas que se creen más elevados de aquella epopeya: lo que equivale reprochar a Cervantes el no haber escrito las comedias de Lope de Vega! Afortunadamente sabemos lo que era el **Beowulf** continental, ya que nos quedan fragmentos de una gesta danesa: el danés Bjarki es uno de tantos campeones que han guardado la puerta de un palacio contra el poder infinito de los enemigos y que ha muerto dentro de las llamas. Esto es mucho y muy noble, pero no es un **Beowulf**. El autor de **Beowulf** ha querido ofrecernos una interpretación de los misterios de la vida. Surge otra vez la analogía del salón iluminado: el héroe se coloca en el salón de Heorot, único refugio de la civilización, al que rodean las tinieblas pobladas de dragones y urgas. **Beowulf** no busca las aventuras: no es un Siegfried, tan brillante como inútil. Cumple con su deber de vasallo; pero para cumplir con el deber no vacila en nadar tres días y tres noches por los mares procelosos, ni descender a los abismos para luchar contra los monstruos. Por lo demás es un **gentleman** de la época: formal y comedido, que no habla sin que se lo pidan, ni se hace mucho pedir.

La nota elegíaca vuelve a sonar en la poesía inglesa de todas las épocas. Se oye a lo lejos en la obra festiva de Chaucer: es la música de los cantos más exquisitos de Spencer. Los poetas del siglo XVIII son los grandes maestros de la elegía, y en su tipo fúnebre se impuso en España y en todo el occidente europeo. El conquistador del Canadá dijo que le hubiera sido mayor gloria haber escrito la **Elegía en un Campo Santo** que subyugar aquel dominio inmenso. Son elegíacos los románticos sobre todo Shelley. Dijo Shelley que las canciones más bellas son las que encierran pensamientos más tristes. Elegíaco ha sido Matheu Arnold, y en nuestros días—con tono más plañidor y pesimista—el gran Tomás Hardy y el erudito Honsman.

Saltemos algunos siglos, para llegar a otra obra maestra: los **Cuentos de Canterbury** de Geoffrey Chaucer. Es el humorismo inglés que nos sale al encuentro. Alguien ha comparado al castellano Juan Ruiz con nuestro Chaucer. Ha hecho muy bien en cuanto al arte de la carcajada. El **Cuento de la Mujer de Bath** es bastante parecido a las invenciones del regocijado arcipreste de Hita; pero el humorismo de Chaucer va más allá de las picardías de la Mujer de Bath. Ríe pero también sonríe. Sonreímos al ver retratada la Priora melindrosa que se cuida un poquitín más de sus modales que de la religión, aunque es muy religiosa: sonrémnos de puro afecto con el escudero tan ingenuo, tan muchacho. Y Chaucer sabe contener la risa. No se ríe del caballero de Cristo que ha cumplido con su deber en todos los campos de batalla en Europa, Asia

y Africa, y que ahora va con toda humildad a pedir el favor del santo; si se ríe del cura aldeano, a pesar de su sermonear interminable al reconocer su bondad intachable. La perfección del humorismo es saber que hay cosas de que no ríe. Por lo demás se nota el cariño de Chaucer para con todas sus criaturas. Les muestra una honda simpatía. Así más tarde hizo Shakespeare que llega a simpatizar con todos sus personajes, fuera del envidioso Lago y del bruto Caliban: así han sido Oliver Goldsmith y Dickens y Thackeray y Chesterton. El odio implacable que muestra Quevedo al pobre **Buscón** nos parece trágico; la mueca sardónica no excita nuestra ira sino el aborrecimiento. Se ve en los labios del Dean Swift, irlandés, y de Byron, escocés, pero en estos casos el lector inglés o se adhiere a una interpretación más amena de la sátira o bien deja de leer al autor. La carcajada de Gargantúa y del romancero ruso nos queda extraña como también el **esprit** francés que se concentra en algunos autores cómicos, no muy leídos, del siglo XVIII. El humorismo inglés sigue un término medio, pero conoce tanto la exageración como la neiosis. En los días actuales se suele considerar norteamericano el humor exagerado, como se puede ver al comparar **Life a Punch**. Según nuestros hermanos norteamericanos la risa inglesa se ha convertido en sonrisa, la sonrisa en sonrisa, y ésta ya no parece. Sea como sea, nuestro Chaucer es tan maestro del humorismo de más como del de menos: en esto es un compañero de Shakespeare y de Cervantes,—Cervantes, autor muy al gusto de los ingleses por su humorismo, su moralidad, y el cariño que demuestra a todos los hombres. En el siglo pasado el humorismo ha creado nuevos géneros: la parodia y el contrasentido. El que parodia, muestra su admiración por algún autor predilecto ya que se asimila todo lo posible su estilo: así ha obrado Rubén Darío en muchos eneomios dirigido a los autores españoles e hispanoamericanos. Pero al mismo tiempo el parodista revela el lado flaco de su autor: lo revela cariñosa pero claramente. Del contrasentido son maestros insuperados Lewis Carroll (con su **Alicia en el país de las maravillas** Lear, Chesterton y Belloc. El contrasentido se allega al sentido común, desviándose al último instante. La vida seria se desenfoca un tantico, y con eso pierde su seriedad, se parodia, se desentumece, se humaniza. La nada es una fuente nueva de la risa que nos abrió el siglo pasado y que parece tan abundante como lo verdadero.

El humorismo inglés reconoce los derechos del prójimo y conduce al **fair-play**. El **fair-play**—concepto intraducible—se encarna en el héroe predilecto de nuestro romancero, Robin Hood. El Cid del romancero castellano es el símbolo del orgullo español: no teme a rey ni a Papa. Robin Hood es otro expatriado, pero sus aventuras son menos grandiosas. Busca el asilo de los bosques, y se impone a una cuadrilla de entusiastas de la libertad no por su nacimiento ni

por sus bríos, sino por el consentimiento común. Lucha disfrazado contra sus compañeros, y si le vencen ni se queja ni sufre menoscabo de la autoridad. El campo es igual, como lo son las armas, y el mejor contrincante vence. Pero el vencedor por la fuerza de sus brazos no tarda en reconocer el valor del adversario y sus dotes superiores por el mando. Esto es **fair-play**. Así mismo el rey Ricardo Corazón de León se disfraza, toma las armas de Robin Hood y entra en lid igual; y los dos héroes típicos—el mimado de la fortuna y el desgraciado—se respetan y se hacen amigos. El romancero de Robin Hood rebosa el buen humor. Los chistes son infinitos, si bien crudos. Sus enemigos son la gente encopetada que no sabe reír y que se aprovechan de la fuerza para negar la igualdad, el **fair-play** a los humildes. Son el corregidor de Nottingham y los prelados aparatosos, a los que despoja de sus bienes para restituirlos a los oprimidos.

Así es que el humorismo inglés se alia a la moral. Al parecer de algún observador agudo inglés no concibe al hombre sino como un ente moral que debe rendir servicios de reconocida utilidad al bien común. Este observador nos opone al hombre metafísico de los alemanes, al hombre social francés, y al hombre de carne y hueso español, dando a este último su voto de preferencia. Sea así. Pero no extrememos la oposición; porque de hacerlo, resultaría que el manco de Lepanto sería inglés y Shakespeare español, ya que Cervantes no se cansa de aleccionarnos sobre la conducta social mientras que el dramaturgo inglés conserva su impersonalidad. Por lo general, si, suponemos que el hombre vive en alguna sociedad y que cumple o no cumple con ciertos deberes, siendo apremiado o castigado según sus merecimientos sociales. Así nos parece la verdad. Y ¿porqué hemos de creer más hombre aquel que no obedece un instinto tan fundamental de la vida humana como es juntarse con el prójimo? ¿Qué nos induce a creer que el hombre unamunesco, el que no tiene más que carne y hueso, que sea hombre más bien que troglodita? De todos modos, desde la época del remoto Beowulf hasta la señal de Nelson en la batalla de Trafalgar—y más tarde todavía—el inglés tiene un deber social que cumplir bajo las penas correspondientes, sin que la inutilidad le sustraiga en todos los casos nuestra simpatía.

Moral es la **Reina de las Hadas** del épico Spencer. Imitador, como muchos de su época, del gran Ariosto, le desagradó el tono liviano del **Orlando Furioso**. Camoens recalcó el elemento nacional de la epopeya; Ercilla y Pedro de Oña, más prosaicos, convertían la epopeya en crónica; Tasso y Hojeda buscaron en el cristianismo la nota de seriedad que les pareció faltar en la obra ariostesca. Spencer quiso retratar al **gentleman** en doce cantos, describiendo sucesivamente las virtudes que le corresponden, como la verdad, la justicia, el

valor, etc. El otro épico, Milton, trató de explicar a los hombres los caminos de Dios. **El Peregrinaje Cristiano** de Bunyan es una obra maestra de la literatura moral. La literatura del siglo pasado ha ensalzado el ideal del bien público en una muchedumbre de novelas, como todas las de Dickens y Thackeray. Con Dickens nos indignamos más que nos reímos: cubre de ridículo las plagas que azotan la sociedad—los pedagogos tiranos, los hipócritas, los picapleitos, los charlatanes, los rufianes y los usureros. Tackeray se dedica a la caza menor y quiere desarraigar la cizaña no menos dañosa para los buenos modales. Sólo en días muy recientes ha sido tomada una actitud neutral en las novelas de Galsworthy, estudios impasibles de las condiciones sociales. ¿Quién sabrá computar el efecto sobre las costumbres de toda esta literatura moralizante? Las escenas tan terribles como verídicas donde Bunyan retrata a los jueces y jurados implacables de su día habrán purificado todos los procedimientos de nuestros tribunales; y el abogado que siente el atractivo de la tacañería no puede evitar la censura pública porque se identificará inevitablemente con alguno de los tipos castigados por Dickens.

La disciplina moral aplicada por medios humorísticos nos persigue en toda una literatura de obras de áurea mediocridad cuyo tipo es el **Espectador** de Addison y Stule. Del **Espectador** arranca el periodismo de Europa y América. Su función especial era moldear los gustos ingleses por consejos indirectos sobre la estética, los espectáculos, las costumbres, los modales, etc, etc., reforzando su doctrina con el retrato ridículo de todo lo opuesto al buen gusto. Es el método de Larra en su ensayo sobre **El Castellano Viejo**. Resulta, pues, que toda acción nuestra se somete a la auto-crítica. El inglés se critica así para que no lo ridiculizen los demás. Quiere verse, como dijo Burns, como lo ven los otros. Un amigo mío español se espanta de ver la fuerza represiva de la auto-crítica que nos hace el grupo social quizá si el más coherente del globo.

Un paso más allá de la auto-crítica es el famoso **compromise**. ¿Cómo he de traducir al castellano la palabra **compromise**, ya que la cosa no existe en el castellano? ¿**Transacción**? Pero transigir me parece una actitud mucho más pasiva que el **compromise** inglés. Encuentro no del todo malo la palabra **compromise**, porque el que entra en un **compromise** no sólo tolera la opinión de los otros, no sólo transige, sino se compromete a llevar al efecto el acuerdo común; lo sustituye, como el mayor bien practicable, a sus deseos personales. He oído llamar mezquino al espíritu de **compromise**. Algunos extranjeros nos proponen a su vez el modelo del hombre sobrehombre. No por cierto el hombre superior del sabio Confucio—el chüin tzi,—ya que éste se esforzó a conformarse con su medio, sino la magnífica bestia blanca que predicó Nietzsche. Parece que por casualidad la bestia blanca suele llevar pelo negro o ninguno en la actuali-

dad. Pero ¿quién me asegura de la superioridad del hombre superior, ya que en la escritura resulta un imbécil y en la obra un carnicero? La historia nos lo muestra todos acorralados al fin por el acuerdo común de los demás hombres, cansados de dejarse matar a favor de proyectos que no les hacen pro. Yo por mi parte abogo por la aplicación previa del **compromise**, que le deja a cada cual lo más que se puede conseguir. A lo menos veo en él la base esencial de la PAX BRITANNICA interior que nos justificará ante el tribunal de la historia, aun después de acabada nuestra carrera como nación.

Esta presión pudiera convertirse en una tiranía ejercida por la mediocridad, si no fuese por el terco apego a la libertad individual. Esto se nota en todas las épocas de nuestra literatura. Un ejemplo flamante es Ben Jonson, el lumen segundo de nuestro teatro. Fué amigo íntimo de Shakespeare y le alabó como nadie. Sin embargo no se dejó arrastrar, como Tirso de Molina por Lope, a pesar de que la obra Shakespearana es el colmo de toda una tendencia dramática. Ben Jonson mantuvo tercamente su criterio personal, y lo hizo respetar a fuerza de probidad. Escribe con regla: en la comedia corrige las faltas sociales encarnadas en tipos no personales y en la tragedia estudia el crimen y el desorden moral puros. Los grandes escritores ingleses se apartan muchas veces del gusto vulgar de su época para dedicarse durante largos años silenciosos al culto de su arte personal. La fortuna reía sobre Milton en sus días juveniles; llegó la vejez y encontró trastornado su mundo. Pero Milton no vaciló. En el **Sansón Agonista** hizo su protesta profética contra la mezquindad moral del medio, y aún sin querer hacerlo—ya que querría justificar al hombre los caminos de Dios—nos ha dado en el Satanás del **Paraíso Perdido** otro símbolo de la alta desconformidad. Hace poco que murió Tomás Hardy, el más grande de nuestros novelistas modernos. Durante años y años labró su estilo dentro de la indiferencia total del público, hasta que se impuso por fin gracias a su invencible probidad de artista. Y he aquí que surge el problema de lo que es arte en Inglaterra. Se suele repetir en países de habla latina que la inglesa es la nación que no canta, no pinta, no fantasea, a lo que tienen la bondad los alemanes de añadir que es el país donde no se piensa. Recuerdo haber pasado toda una tarde en Oxford con un español distinguidísimo que nos conoció a través de sus lecturas francesas, sin haberse dignado vernos. Se planteó el problema siguiente: ¿Cómo se habrán construído tantos edificios hermosos como lo son estos colegios, sin arte y sin artistas? Bueno, eso es darse mucho trabajo. No falta el arte sino se manifiesta a nuestro modo, que no es el de nuestros vecinos. El artista no lanza programas ni proclama escuelas nuevas. Recibe con frialdad las noticias de los ísmos que se declaran afuera, porque quiere ver la obra que justifica la doctrina. Por su parte busca

su perfección personal en la práctica silenciosa, esperando hasta que le justifique el tiempo. El arte está donde se le ve. El arte es personal. Por eso son de tanta originalidad las cumbres de nuestra poesía, aun las que llevan etiqueta de escuela. Los cinco románticos máximos—Wordsworth, Coleridge, Byron, Keats, Shelley—forman un grupo inconexo, separado por rencores personales y siguiendo cada uno su destino especial. Aún en los países donde el arte se convierte en tema pasa algo semejante; si me dudáis, leed el **Impromptu de Versailles** de Molière que no se acomoda con ninguno de los preceptos del neoclasicismo; releed las obras de Verlaine, el cual se quedó Verlaine a pesar de las fases sucesivas del parnasianismo y del simbolismo.

La libertad del artista no implica la licencia. Uno de nuestros grandes innovadores—el poeta máximo Wordsworth—nos ha dicho que las revoluciones más eficaces son las que se basan en la tradición. En el auto de la **Vida es Sueño**, Calderón nos ha demostrado que el hombre pierde la libertad cuando se entrega a su libre albedrío, y esto por una razón sencillísima: como somos todos tan parecidos el que se entrega a la creación artística o mental sin reconocer maestro ni comparar estilos se hace esclavo de su vulgaridad innata sin saber corregirla. La libertad del escritor inglés es una libertad disciplinada y la literatura nuestra, a pesar de la falta de escuelas abanderadas, se muestra bastante homogénea. El documento fundamental sobre la libertad de la prensa es la **Areopagítica** de John Milton. Con voz de trueno condena toda mena de tiranía y coacción intelectual, pero ni un momento piensa en la licencia ilimitada. Se cree que hay cosas que la naturaleza misma condena—bestialidades y prácticas inímicas a la salud social y del individuo—y cuando se pregonan la libertad se supone que la idea misma de la libertad implica la disciplina y la autocrítica. Ningún inglés disfruta de aquella famosa carta foral de que habló Angel Ganivet, de que “este español está autorizado para hacer todo lo que le dé la gana”.

Con la libertad se junta el gusto de las aventuras. El género aventurero en nuestra literatura es casi tan rico como en la española. Empezó allá en el siglo trece con los Viajes apócrifos de John de Mandeville, que leyó Colón para convencerse de que era viable el globo. Hackluyt y Purchas recopilaron historias de viajes, muchas traducidas del español y algunas originales. Con éstas suplieron la falta de mapas, puesto que los pilotos sevillanos y lisboetas trataban de hacer monopolio de las rutas oceánicas. El **Peregrinaje Cristiano**, los **Viajes de Gulliver** y **Robinson Crusoe** son libros de andanzas, aunque ficticias: los ha leído cada muchacho antes de los diez años, y los ha hojeado aun antes de saber leer. El apogeo del género vino con los grandes descubrimientos africanos

y asiáticos del siglo XIX—descubrimientos en su mayor parte ingleses. Bates conoció la cuenca del Amazonas, y Darwin formuló sus teorías a base de las observaciones hechas en el Estrecho de Magallanes y las Islas Galápagos. Baker vió primero las fuentes del Nilo y Burton penetró disfrazado al fano secreto de la Mecca. Doughty y St John Philby se destacan entre los muchos que han cruzado los desiertos arábigos. Los viajes polares nos han dado libros notables, y en la actualidad tienen mucho mérito los que describen los asaltos al monte Everest. Un libro extraño es **Las Siete Columnas de la Sabiduría** de Lawrence. Por los conocimientos íntimos que tiene de la vida nómada es otro libro de aventuras en Arabia; por los detalles de su campaña contra los turcos es el mejor de los libros de la Gran Guerra; y es una autobiografía, puesto que ilustra el efecto de cada momento en el alma del autor.

Como rasgo final cito el humanismo inglés. Claro que la palabra "humanismo" se presta a muchas interpretaciones, entre las cuales las hay que tienen muy poco que ver con los hombres. Del humanismo libresco no hablo. El término se impone cuando volvemos los ojos hacia la figura de Shakespeare; pero en el caso de Shakespeare es tan amplio que exige tratamiento en otra conferencia aparte. Con respecto a autores de menor categoría pudiéramos emplar la palabra fea, pero más precisa del pragmatismo. Digo que el inglés se muestra en la literatura y en la vida tardo a alejarse de las realidades concretas de la experiencia humana. No se deja llevar por teorías. Reconoce que el análisis y la abstracción sirven para agrupar las experiencias de suerte que adquieran significación más honda; pero no quiere caer en el cerebralismo, intelectualizándolo todo. Muy lejos de nuestro gusto está el hombre metafísico alemán, el soñador inconcluso ruso, y aún el hombre esquemáticamente intelectual de la tragedia raciniana. Pero también se aleja de nosotros el hombre de carne y hueso, si con eso se entiende la ausencia de todo proceso social o intelectual. El hombre se agrupa, el hombre tiene ideas: pero el hombre no pierde su individualismo ante la masa, ni se convierte en una entealequia.

El mismo apego a lo concreto e inmediato creo ver también en todas las artes y las ciencias. Newton nos explicó el movimiento de los astros y la ciencia óptica, pero la teoría abstracta de la relatividad nos viene de fuera. La circulación de la sangre, el cloroformo, la antisepsis y la lucha contra la malaria, son cosas que ilustran el sentido concreto de nuestra medicina: como contraste se puede notar el mérito artístico que sobresale en los trabajos de la escuela madrileña de Ramón y Cajal y Del Río Ortega. En la crítica literaria no formulamos teorías ni admitimos tendencias absolutas: tratamos de fijar el valor de la obra en sí. En la filosofía sobresalimos en la ética, como los españoles, y en la política;

pero la metafísica es alemana, cuando no griega, y la estética es italiana. Los retratistas y paisajistas nuestros son insuperables: faltan en general las grandes composiciones alegórica y religiosas. En la música nos gusta la melodía más que la orquestación y mucho más que la cacofonía moderna. Son muy buenos los músicos de cámara isabelinos. En el siglo pasado, cuando Wagner se preocupaba de sus óperas arquitectónicas, la ópera cómica inglesa llegó a su apogeo en la música exquisita de Sullivan, respirando la gracia de la canción popular. No tenemos un bulevar Hausman ni un Champs Elysés, porque la urbanización no es nuestro ramo; en cambio, ¡cuánto colegio vetusto, cuánta catedral, cuánta iglesita que duerme en la aldea risueña bajo el amparo de cuánta palaceta señorial!

He aquí, pues, el autoretrato inconsciente del inglés a base de los documentos. La vía más fácil del epigrama nos hubiera llevado a la antítesis y la oposición de las características nacionales, puesto que a cada paso tendríamos que demarcar lo inglés y lo no inglés. Pero yo no me opongo, y el inglés como tal no se opone, a nadie. Los rasgos que he indicado pueden pertenecer a otras naciones, y en efecto muchos pertenecen a la raza hispana, haciéndola tan simpática a nosotros. La diferencia si la hay, debe de estar en la suma de las cualidades. La suma inglesa, si no me equivoco, es ésta: a través de doce siglos de su literatura el inglés viene retratándose inconscientemente con las cualidades siguientes: poesía elegiaca, puntualidad al cumplir con el deber, humorismo cariñoso, igualdad y respeto a los derechos del prójimo, libertad disciplinado y gusto de las aventuras, corazón hondamente humano.

GUILLERMO J. ENTWISTLE.



SEMINARIO DE LETRAS

BREVE ENSAYO SOBRE EL SENTIDO DE LA POESIA PERUANA.

EL PERU EN AMERICA.

El Perú, como país hispánico, de antepasados españoles, de herencia castellana, es de breve desarrollo biológico. Sin embargo es uno de los más antiguos de nacimiento en América. España tiene dos hijas viejas en el nuevo Mundo: México y el Perú. Ambos países son el orgullo de nuestro Continente, el antepasado glorioso de la familia, el blasón nobiliario de la raza. Y no digamos que solamente a partir de la conquista de España empieza el lustre de las ilustres ciudades. Ya desde antes: el Anahuac al norte y el Collao al sur, surgían como dos columnas, plintos, sostenes de la gloria del indígena, del hombre rojizo que plasmaba una cultura. América y dentro de América, Perú y México tienen que vivir orgullosas de ser cunas de civilización y de cultura. Y España, que encontró estos pueblos fuertes, vigorosos, jóvenes, también debe enorgullecerse por haber contribuído con su cultura más vieja, madura, a ayudar el desarrollo, que tan bien explica Spengler, de la cultura. En el pasado de nuestros pueblos, como en el pasado de las familias, no caben las lamentaciones. Sabemos que somos la herencia de dos razas, que las dos tuvieron características buenas y malas, como todas las razas del mundo; sabemos que el aborígen americano forjaba una cultura y que tarde o temprano Europa vendría a América o América iría a Europa. Desde el momento en que Europa vino a América mostró su superioridad, el adelanto de todas las ciencias, la mayor visión de sus hombres, la necesidad de nuevas tierras. Además, es innegable y perogrullesco el decirlo, la cultura europea, entre ellas la española, era por entonces antiquísima. Esa Edad Media que tan distintamente se juzga hoy en día. Epoca de cruzamiento entre los pueblos de Europa y en que se realiza ese heroico gesto de conquistar el sepulcro de Cristo—

símbolo, idea, humanidad— sin las fuerzas con que ahora cuenta el mundo civilizado. En Europa ya se había construido la catedral gótica, larga, puntiaguda, rompiendo las nubes y anulando la gravedad de la tierra, como dice Worringer. Alfonso el Sabio había escrito sus célebres y hábiles códices y en la Francia había existido un Carlo Martel y en la España un Cid Campeador. Muy cercana época en que un hombre plasmó todo el refinamiento estético en versos difíciles: Góngora, y Garcilaso iba a comprender el mundo, huyendo de la ciudad al campo relegando a la hermosa mujer de corte, por una fresca campesina, al pié del río y entre apetitosas frutas y olorosas flores. Y España tendría que escribir el Quijote; porque Cervantes es España, porque el Quijote es España y España es Cervantes y es el Quijote.

Indudable e indiscutible es la cultura de España. Se dice que los hombres que vinieron en son de conquista no fueron los hombres cultos; pero diremos que fueron civilizados. Es verdad que Francisco Pizarro y Diego de Almagro no supieron escribir y que lo más que llegaron a hacer fué dibujar su rúbrica. Pero en su sangre traían cultura; en sus ojos venían las imágenes; en sus oídos los sonidos; en sus manos, en las yemas de los dedos, el contacto; en sus vestidos y hasta en sus pelucas que las empolvaban con la tierra de la conquista y en sus espadas que imponían la cruz cristiana o en sus caballos briosos que asustaban al hombre. Venían ellos de pueblos cultos y aunque sin darse cuenta, sin intención, sin voluntad, traían cultura.

América estaba poblada por pueblos que aún no habían completado su cielo cultural. Solamente los pueblos de los territorios peruano y mexicano avanzaban prodigiosamente. Se preparaban a ser grandes naciones, seguramente. Lo hubieran sido si hubieran continuado su camino, pero habrían demorado mucho en ello. Todavía no tenían una escritura completa, a pesar de que cronistas como Cieza de León y otros, aseguran su existencia, y andaban desparramados unos cuantos romances bellos. Se dice que hubo teatro en las plazas públicas; se habla de ciertas comedias como el Ollanta o Ollantay, que tanta crítica ha merecido, y que a pesar de su raíz indígena ha sido, seguramente, arreglo de un español conocedor del quechua. No menos importante por eso, el tema, paisaje y personajes. Existen otras obras para el orgullo de América, como el Popol-vuh, especie de Antiguo Testamento de los Mayas, que tradujo Brasseur de Bourbourg. Ultimamente se han recogido algunos cantares en nuestra sierra y hasta en la montaña; cantares de gran belleza vital, nutridos de imágenes, lozanos, pletóricos; sin el triste ritmo de un yaraví, que siendo muy bello es arte del indígena a través de la Colonia. El hombre americano estaba en la época de la construcción; su mira era la fortaleza, el castillo, el

templo: la conquista, el rey y el dios. Elementos también de españoles y europeos, pero con diferencia de características y de profundidad.

No es querer establecer superioridad ni inferioridad decir lo antes dicho acerca de nuestra raza autóctona. Es únicamente lo que nos parece que es la verdad. Constatación. Lo que España nos trajo y lo que teníamos nosotros. No es solamente Indoamérica nuestro pasado; lo es también España, que de España también venimos y hoy hasta su lengua hablamos y sus rasgos tenemos.

Está demás decirlo y no es aparente para este estudio lo que se ha dicho de la psicología del español; del indio oborígen y del criollo o nuevo indio, como lo quieren algunos. Entre estas opiniones nos basamos en las de Waldo Frank, Unamuno, Salaverría, Vasconcelos, Uriel García, etc. Nos hemos propuesto pasar ligeramente el pasado de nuestro Perú, para poder llegar hasta el sentido de la poética actual. Haremos dos capítulos mas: el uno brevemente sobre la Colonia y el otro sobre la República y después haremos una comparación con la poética de Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, Colombia, Ecuador, para concluir con nuestro parecer del sentido que tiene hoy nuestra poética.

POETICA DE LA COLONIA.

El espíritu indígena es acallado. Se retira de la vida urbana; las ciudades son pobladas por los españoles venidos de Europa, especialmente de Andalucía. El indio peruano es aletargado, lo aletargan; su sangre, tan vital, no sigue palpitando. Es interrumpido el desarrollo de la cultura quechua con la llegada de la cultura hispánica. Durante todo el período colonial no se puede hablar de poética peruana, ni menos aún americana.

Junto con las carabelas, navíos, vinieron también las costumbres, las ideas; todo ello nuevo, flamante. El hombre del mundo descubierto se quedó extasiado, asustado; y sin comprender aceptó, a la fuerza o voluntariamente, guardándose en lo más profundo de su corazón la atávica herencia de los suyos. Y por varios siglos durmió la cultura indígena, tahuantinsuyana, para despertar algún día. Vinieron virreyes, condes y marqueses; vinieron calesas con briosos caballos; vinieron hombres ambiciosos, frailes humanos y se creó la Colonia.

No es del criterio de este ensayo sostener las ventajas y desventajas de la Conquista y del Coloniaje, que es problema sociológico-histórica, aunque un principio eclético se refleje en este estudio. Lo único que debemos hacer es constatar los hechos. Sabido

es que Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque fueron los primeros coloniales en el suelo peruano. Ellos traían a España y la colocaron en ese enorme trozo de tierra; se situaron junto al mar, en un ambiente de niebla y humedad y pusieron a su ciudad el castizo nombre de Ciudad de los Reyes, al pié de un río tranquilo que murmuraba entre sus aguas el armonioso nombre de "Rímac". Sin embargo, ni Pizarro, ni Almagro, traían gran bagaje de cultura; ellos no lo traían pero eran los heraldos, los símbolos. Ya vendrían tras de ellos, Cervantes y Lope; Calderón y Góngora; el Cid y Don Quijote. Aunque don Quijote ya había llegado, un poco ambicioso; un Quijote que sabía valorizar los metales, que su Dulcinea podía ser cualquier mujer española; princesa o plebeya; ñusta o india peruanas.

Y corramos muchos años adelante, hasta llegar por lo menos a media Colonia. O mejor vayamos de principio a fin: totalmente. España surge por todas partes en el nuevo Mundo. Aún no podemos hablar del nuevo hombre, criollo, mestizo, que ya estaba en gestación, que empezaba a manifestarse como espíritu, fuerza. Miremos nuestro campo colonial y veremos surgir la figura del señor Conde de la Granja, manejador estrafalario de una poética que él mismo no entiende, o don Pedro de Peralta y Barnuevo Rocha y Benavides, escritor masacotudo y autor de "varios engendros poéticos", como los bautiza el doctor Riva Agüero. Y todos los demás también. Se salvan unos cuantos nombres dentro de lo gárrulo y disparatado del momento. Pierden su tiempo los señores en reunirse para hacer versos a la fuerza; para dar gusto a un virrey engreído. Se lee mal a Góngora y se le copia peor aún. Si en la propia España los imitadores de don Luis no tuvieron éxito, menos lo tendrían los de ultramar, que llevados solamente por afán de brillo y pasatiempo se ponían a ejercitar la imaginación y la gramática. Todos los críticos están de acuerdo en sacar de este maremagnum literario dos nombres gloriosos: Amarilys y Caviedes. Amarilys, la mujer peruana; Caviedes, el hombre peruano. Ya surge el espíritu propio y nuevo, aunque Amarilys es mas española y Caviedes más peruano. Menéndez Pelayo, como buen crítico y erudito, duda de la personalidad de Amarilys y duda también de buena parte de la obra poética de Caviedes. Sin embargo críticos americanos han probado la existencia de un personaje que vivió en el Perú virreinal y que innegablemente tuvo el alma de Amarilys, llámese como se llamare. Amarilys tiene frescura, originalidad y espontaneidad, mercancia tan rara en tal época, aunque, volvemos a insistir, no es aún representante auténtico de americanidad, ni mucho menos de peruanidad. Caviedes si. Es costeño, con mucho de indio y mucho de español, pareciéndonos un buen lector de Concoloeorbo, otro de los contados espíritus criollos, digamos cholo,

cholo sin desprecio, cholo o eriollo, mezclado, peruano. Nace el espíritu de una nueva raza, la que ahora palpamos, con la herencia de los Reyes Católicos y de los Emperadores del Titicaca. Ni es indio puro porque no tiene los caracteres totales de él; y no es español puro, por idénticas razones.

Veamos su poesía, que es lo que nos interesa en estos momentos. Hacemos constar, como anticipo a las conclusiones de este estudio, que la poética del limeño Juan del Valle y Caviedes, es la puerta de la poética regnicola peruana, del alma de toda la poética que iba a venir después. Es burlón, atrevido, liso y criticón. Critica a la manera del chisme y chisme es una manera de queja. El limeño es quejumbroso, triste como los atardeceres de su ciudad, y suponemos que en toda la costa peruana sucede cosa parecida; pues en toda la parte sur, de Huacho a Tacna, se puede constatar el parecido temperamento, el mar bello y triste en las playas pobres y costas vacías de vegetación, que predispone a la pesadumbre. Si no hubieran sido españoles, y principalmente andaluces, nuestros conquistadores, más bien nórdicos, por ejemplo, quizás si hubieran sido misteriosas nuestras almas. Tiene que haber una notable diferencia entre el paisaje español y el de la costa pacífica de América del Sur. España, Andalucía, quemada de sol, abierta al azul del cielo, invitando a los caminos largos ofreciendo carne sensual y sabrosa; en cambio el paisaje limeño, pongamos por caso, apenas acariciado por el sol y por un sol veleidoso que juega a los escondidos con las nubes enormes y que predisponen a la pereza, a la sensualidad del olor y del sonido más que a la sensualidad sabrosa de la fruta en sazón. En las costas peruanas nos hacen falta los fiords noruegos—pincelada ibseniana—y un hombre como Ibsen que fabrique hombres de sus tonalidades. Pero españoles fueron los que vinieron y se asustaron de nuestro paisaje al que no comprendieron nunca, como lo demuestra Terralla y Landa (Simón Ayanque) en su virulento libro en desprecio de Lima. Y se meció esa alegría con esa tristeza; se desbordó el buen humor pero así, solapado, chismoso. Chismoso es también ser alegre, pero por lo bajo, sin risa ruidosa. Todos los hombres de la Colonia fueron así; ninguno rió como Quevedo ni como el Arcipreste; ninguno fué truhan como Guzmán de Alfarache o como Lazarillo; ninguno fué andariego como don Quijote o valiente como Ruy Díaz de Vivar. Es que España, además, era pueblo viejo y como uva madura daba buen vino; el americano, peruano en este momento acababa de nacer, engendrado por la España poderosa en la tierra vigorosa y ubérrima del Nuevo Mundo.

Es por ello que en si la poética colonial no vale nada. Es decir, no vale nada cada poeta, ni vale nada cada poesía. La metáfora no tiene ninguna originalidad ni el poeta ninguna personali-

dad. Pero todo el conjunto si es interesante. Se nota la intención de crear; se conoce lo traído del viejo mundo y las calles de las ciudades coloniales tienen en el ambiente la cultura que mas tarde, siglos mas tarde, se cimentará. No nos importen las reuniones sosas del Virrey Castell-dos-Rius, ni los cantos de alabanza de don Pedro de Peralta y Barnuevo; ni las ilusiones sendo-ultraistas del Conde de la Granja, del Lunarejo o del Padre Ayllón. Impórtenos si el alma, el espíritu, fuerza; impórtenos si la risa de Caviedes o el suspiro de Amarilys; impórtenos si, la coquetería de Miquita Villegas, que más limeñamente nos suena, Perricholi. Allí, en todo ello, está el alma de nuestra alma nacional.

POST COLONIAJE.

Cuando termina el Coloniaje; cuando San Martín ha muerto en Europa y Bolívar también se ha ido del mundo de los vivos, sin materializar su ideal de una América única, es cuando empieza a asomarse, cual una tapada indiscreta, que arroja manto y saya, el rostro pícaro, zalamero y romántico del alma nacional.

Pero el alma nacional peruana no va a estar en los versos de los románticos solamente. Va a estar también en las letrillas politiqueras, en las sornas sociales, en los escritos de las paredes callejeras, en los pregones de los vendedores de golosinas y tan fuertemente allí que hasta nuestros días ha durado.

Dos aspectos tiene la poesía en la iniciación republicana: una oficial y otra oficiosa, si se permite la división. Nos llegan los versos de los románticos; nos cuentan el suicidio escenográfico de Larra ante el espejo; nos leen las páginas, digamos cinematográficas, de Werther, y nuestros poetas se sienten invadidos de una nostalgia importada de occidente. No les vamos a negar a nuestros vates el volumen poético; nacieron poetas y seguramente pudieron hacer he hicieron magníficos versos, pero no llegaron a donde hubiéramos querido que llegaran. Les habían puesto por delante un modelo: vidas y obras: biografía y bibliografías. El sentido de la poética en la iniciación republicana es sabido que pertenece al género romántico. Nuestro pueblo joven copiaba la escuela francesa sin ser un pueblo parecido al francés; copiaba a la España romántica. No tenía remedio ese venir de libros de poética quintanesca. Se endulza el espíritu de palabras tristes, de amores prohibidos, de cantos a la patria nuevecita, chillando de nueva; se canta al progreso, a la máquina, al vapor, como lo hiciera el maestro Quintana. No se imita a los clásicos; cada época con su época. Y tenemos de este modo un largo proceso de lírica, en el sentido es-

tricto de la palabra: el lirismo, el primer “ismo” peruano que bien se puede decir “cursilismo” y “sensibilismo”. Otro aspecto es el de la letrilla popular, ingenio del vulgo, gacetillero, panfleto, humorismo callejero, de invenciones y burlas políticas y sociales. Este aspecto poético del Perú necesita un especial estudio y no está lejano el día en que uno de nuestros eruditos se decida a hacer un ensayo de papeles tan valiosos de los cuales muchos existen en nuestra vieja Biblioteca Nacional y en nuestros periódicos y hasta en el recuerdo de muchos hombres de antaño. Es una época de montonera, de militares audaces y de mujeres ambiciosas y valientes, como la Mariscala; época en que a veces teníamos un gobierno en el sur, en Arequipa por lo general, y otro en Lima. Los periódicos decían la vela verde, como vulgarmente se dice, al partido o grupo o caudillo que no era de sus simpatías.

Es justificado el carácter poético de la época republicana. El Perú, país de gran importancia en el transcurso de la Colonia, ciudad Luz que fué Lima de todos los virreynatos; quedaba el sedimento de maternidad de España y creció el hombre de la patria libre llevando la herencia, no ya del conquistador, sino del colonial. El conquistador había terminado su cometido aunque viviera dentro del mismo español, pues éste se sentía en el Perú como en su propia patria y muchos mestizos viajaron a Europa, como el Inca Garcilaso de la Vega, donde escribió en prosa maravillosa sus obras que pueden figurar en cualquiera antología castellana.

El peritano nació en el fragor de las guerras de la independencia; ama a su patria, la quiere noble y respetada y en ese afán empieza a luchar para conquistar su ideal, pero la lucha la dirige contra el mismo, sacando por resultado todo lo contrario de lo que se propusiera. El hombre peruano había encontrado su propio hogar y no el prestado, regazo de madre, calor y ternura propia y sueña. Sueña románticamente, como únicamente se puede soñar. Pero pide prestado el ensueño que viene a una tierra triste y perezosa como la nuestra. Se vuelve terrible el romanticismo de los románticos. Son ellos los padres de toda la poesía peruana del siglo pasado. Pero no se puede negar en nuestros poetas el amor a la tierra, aunque muchos cantaron a la madre España, a sus Reyes y a sus glorias. No los podemos acusar; España, como dice Amado Alonso, era una herencia como lo es ahora y lo será siempre.

Mariano Melgar es un primer poeta republicano; de raza indígena y española. Construye su verso a la medida de los que vió, pero agrega el alma de nuestras tierras, sobre todo de nuestros Andes. Quizás es el primer poeta de estro andino. Romántico sin conocer el romanticismo como escuela. No importa que no sea un gran poeta como lo juzga el doctor Riva Agüero; es suficiente que su obra marque una etapa digamos inicial en la poesía peruana. Con

Mariano Melgar se puede empezar a catalogar una lírica, se puede seguir un desarrollo. Murió muy joven y no podemos calcular hasta donde pudo llegar con su poesía en una tierra como la suya, siempre alumbrada de sol, pintada de verde y envuelta de frío seco, agradable y tónico. Melgar pudo haber seguido tejiendo aquel verso andino, musical y triste. Amarilys y Caviedes habían señalado la puerta, estando dentro ellos; Melgar se asomó a la ventana y Olmedo sale hasta mucho mas de la puerta. Olmedo es un poeta de muy alto vuelo; canta a la América y a la Raza como lo hicieron los rapsodas griegos.

Y triunfalmente fuimos una República; una República que se peleaba todos los días, pero una República al fin y al cabo. Como se deseaba, con gobierno propio e idea propia aunque siempre siguiéramos pidiendo prestado todo. Transcurren los años y entre esos años nacen y mueren las figuras de Pardo y Aliaga, quien sufre mucho para despojarse de lo "muy español" que le sobra; Manuel Asencio Segura, que sabe reír y criticar, que sabe pintar mujeres y hombres de su tiempo con sus vicios a flor de piel y entre carcajada y carcajada. Y otros muchos desfilan por el escenario poético de nuestro país: Arnaldo Márquez y Clemente Althaus, románticos de mucho adorno; Carlos Augusto Salaverry, de mayor espontaneidad, franqueza y sensibilidad; Luis B. Cisneros, con el entusiasmo de la nueva época; Juan de Arona, el buen hablista del Perú nuevo, que tenía siempre una chanza y una sonrisa para los acontecimientos y personajes de su época; don Ricardo Palma, ilustre desenterrador de la Colonia, un poquitín mentirosillo, pero con un alma curiosa de todo lo criollo; amor a lo suyo y conocimiento y manejo del idioma con indiscutible maestría.

Hasta aquí el alma pos colonial. Algo de laberinto, bullanguera, llena de ensueños y a pesar de sus tristezas, encendida de fé

BOHEMIA LIMEÑA.

Después de la guerra con Chile asoman dos nombres importantes en la poesía peruana: José Santos Chocano y José María Eguren. Chocano es el poeta que quiere dominar la América con su verso exuberante; él mismo se titula poeta de América. Chocano es, indudablemente, uno de los poetas que mas brillo ha dado al Perú. Su nombre llegó a la Europa y se pronuncia con admiración en los países de habla castellana. Eguren, mas ignorado, apenas si es conocido en el ambiente literario de nuestro país y desconocido en países tan cercanos como la Argentina y Chile. Bien

vale decir que Chocano y Eguren son poetas opuestos. Chocano ha sido un poeta popular, de verso hermoso y fácil al oído. Se encendía prontamente, era violento y gustaba de los públicos y del réclame. Eguren ha sido el poeta de la incógnita, del verso bello pero difícil, sin violencias vitales; más bien débil; enemigo de las multitudes y de que su nombre se lea en los escaparates. La poesía de Chocano se puede aprender y repetir a cada momento; la de Eguren es para meditarla y repetirla a media voz. Pero ninguno de los dos poetas es representante fiel de nuestro medio, de nuestra raza. Chocano canta a la patria, al indio, a la sierra, a la quena, al pasado y sin embargo no logra ese carácter de poesía que iba a venir años mas tarde. Y es que Chocano era solamente un espectador que gustaba saborear las cosas raras y exóticas de un pueblo que tenía delante como si llegara de visita. Eguren mas lejos aún, nos lleva por las tierras de las walkirias y se esconde entre las espesas nubes de nuestro cielo cerrado. Pero Eguren rompe con el tradicionalismo; sin darse cuenta, como buen poeta, hace la revolución poética en el Perú. Chocano es mas amante del pasado; ya lo coloca un crítico dentro de lo Colonial. Chocano continúa siendo el mismo hombre de la Colonia, de la Revolución y después, de la guerra con Chile. Eguren ni se dá cuenta de estas cosas que pasan a su alrededor. Tan solo sabe de sus princesas de nieve meterlinianas y de sus torres de humo. Si alguna vez se acuerda de la Colonia y del indio peruano no es sino como un medio de estética pura. Chocano se va del Perú y no regresa nunca; Eguren vive en el Perú pero sin saberlo. Los dos grandes poetas merecen mas atención de nuestra crítica y cariño de nuestro pueblo.

Y viene don José Gálvez, la simpática figura del hombre de Lima y que a pesar de ello nos parece un intelectual español. No sabemos por qué nos sugiere su imagen la imagen de ese don Ramón del Valle Inclán, el de las bellas Sonatas, muerto recientemente. La prosa de Gálvez elegantemente se dedica a contarnos la vida de esta vieja Lima. Es un fino cantador de las costumbres; mira a través de sus anteojos curiosos y narra incansablemente los detalles de esta Lima que se vá. Gálvez representa un momento de nuestra vida costeña. No tiene el mismo empuje político o político de Abelardo Gamarra (El Tunante), ni tampoco la chispa zamba de Manuel Asencio Segura; pero en cambio es de más finura, de mayor conocimiento del idioma y si hubiera estado su alma con don Ricardo Palma habría escrito las tradiciones peruanas más sinceras. No digamos que es un colonialista; ama el color local, lo que vieron sus ojos niños y lo que le contaron las viejas. Ansiaría conservarlo todo no porque todo tiempo pasado sea mejor sino porque es amoroso del recuerdo y del alma de su pueblo. Gálvez es nuestro limeñismo anticuado y que a pesar de todo el refina-

miento actual y sin haber paladeado esos tiempos idos, sin embargo hay en nosotros un no sé qué de añoranza.

Momento criollísimo para el Perú es aquel en el cual pasa por nuestro ambiente la figura de Abraham Valdelomar y toda su bohemia. Valdelomar si que tiene alma criolla, temple criollo; alma y cuerpo. Su obra no es tan interesante como los momentos de su vida. Veleidoso como buen limeño tan pronto imita a Oscar Wilde como tan pronto a Gabriel D'Anunzio. Protestaba a gritos de los cholos y de los zambos, con aire despreciativo miraba las costumbres de los suyos y sin embargo muchas veces embelleció su ya bella literatura con motivos locales como en su célebre cuento "El Caballero Carmelo". El criollo es así: charlatán y crítica de lo suyo. La huachafería solo existe en los demás y parece que procurasen no mirar jamás los espejos. Valdelomar se ríe de los universitarios y de los académicos como en tiempos lejanos se rió Caviades de los médicos. Se ríe porque él es un perezoso. Jamás estudiaría un curso universitario y si él entró a la Universidad de San Marcos no fué por aprender sino por otros motivos. Pedantemente entraba a los salones de clase, concurriendo de vez en vez, a la hora en que iba a terminar el profesor su explicación. Su poesía se formaba en las calles, en las tertulias, en los cenáculos y en los cafés. Era el Walt Whitman peruano. Valdelomar no tuvo escuela; no perteneció a esos terribles "ismos" en que se empeñan en colocar los críticos a los escritores de hoy. Valdelomar nunca fué un erudito. Su literatura es un tanto epidérmica, se asemeja mas que ninguna al carácter del costeño peruano, principalmente del limeño. Sensualidad festiva, bromista de la gaya-ciencia y a pesar de esto, es bueno hacer constar, y nos remitimos a los artículos publicados en "El Tiempo" de Lima, que es uno de los que introducen el surrealismo, (ya lo tenemos en un "ismo"), sin conocerlo. Allí en esos artículos vemos la personalidad de los muebles, y dá rienda suelta al subconciente, con un algo de Proust barato. Es una de sus tantas facetas en la corta vida que tuvo. Leonidas Yerovi es el complemento de esta bohemia limeña. Sin ser vital, es varonil, valiente, también anti-académico, anti-colonialista. Sensual y travieza su imaginación disparata rubendarianamente. Ama las princesas pálidas de Golconda, las porcelanas y las japerías en las lindas y pispiretas limeñas. Elegante y trasnochador, pero no como el europeo, sino limeñanamente criollo, digamos si se nos permite la palabra sin ningún insulto, huachafosamente. Desde luego cuando se quiere ser parisiense y se sigue siendo limeño es una huachafería. Se vive con intensidad la vida limeña; se crítica el Arte, la Política, los asuntos internacionales. La poesía tiene la decadencia pintoresca del espíritu costeño; adormida y afiebrada sensualmente combate los tiempos pasados usando las mismas ar-

mas pasadistas. Estos criollos no quieren ser criollos y nos dejan una época la más criolla de todas.

Desaparece este grupo que es sin duda uno de los mas simpáticos representantes de nuestra tierra costeña y el Perú se entrega al estudio de la Historia y de la Economía: Riva Agüero y Mariátegui. La poesía también gira. Por no alargar este estudio veamos brevemente las ramificaciones que toma la poesía.

NUESTRO TIEMPO.

Podemos dividir el territorio peruano en cuatro sectores importantes de poesía: Norte, Trujillo, principalmente; Centro, Lima, principalmente; Sur, con dos subdivisiones, Arequipa, principalmente, y Puno y Cusco.

En el norte surge la figura de César Vallejo, muerto hace poco en París, y la figura de Alcides Spelucín; en el centro por una parte la escuela de Eguren aunque no sean precisamente egureñanos los poetas: Enrique Bustamante y Ballivián, Alberto Ureta (iqueño) hasta llegar a los Peña Barrenechea, Emilio Wespffalen, José Torres de Vidaurre y José Varallanos (Huánuco). En el sur tenemos en Arequipa: Percy Gibson, César A. Rodríguez, Alberto Guillén y Alberto Hidalgo; en Puno, Alejandro Peralta.

Estos son a nuestro juicio los que sostienen y dirigen el movimiento poético de nuestros días en el Perú.

Por un lado César Vallejo, revolucionario desde París y Moseú, plasmó un hermoso libro antes de emprender viaje a Europa, con un recuerdo y sabor al verso de Chocano en "Los Heraldos Negros". Más tarde enriquece su fortaleza y se contagia de ultraismo y escribe "Tricle". Marcadamente se ve en su poesía la rebeldía del hombre americano. Es el cholo-indio costeño con añoranza de la sierra. Alcides Spelucín es atildado, magnífico buscador de motivos bellos, queriendo hacer poesía revolucionaria en su "nave dorada". No tiene el empuje de la poesía de Vallejo, no creemos que sea una poesía de la tierra peruana. Enrique Bustamante y Ballivián empezó con los cantos azules, pavanas y minués, y acaba escribiendo un libro serrano "Junín". Bustamante y Ballivián si puede entrar en la escala de los poetas de la sierra peruana. No tiene el empuje, ni el grito de Vallejo, ni el virtuosismo de Spelucín; pero sí la sencillez elegante, fácil y sutil de los amaneceres andinos, de los paisajes tranquilos y de los colores serranos. Mas tarde continuará con éxito esta poesía Luis Fabio Xammar. Alberto Ureta es lírico con remembranzas de Becquer. Su verso puede representar el alma fina y sensible de la costa, pero sin ten-

dencia regnicola. Martín Adán es el mas lejano de los poetas limeños de Lima. Verdad que es laberintoso, festivo varias veces, más también es clásico; nos recuerda esa melodía de Garcilaso. Enrique y Ricardo Peña Barrenechea tienen un aroma nobiliario de noche colonial, pero sin Colonia, sin calles, sin virrey. Sus poemas son pequeñitos, breves, suaves y sùtiles. Quizás no dicen nada aunque hacen decirse mucho. Emilio Westphalen, a quien los críticos peruanos consideran un gran poeta, es sumamente difícil y en ningún momento podemos decir que sea de Lima o de nuestra costa. Es una poesía torturante, aniquiladora, hace sufrir intelectualmente. No se le puede negar, pero se le quisiera sentir. José Varallanos (de Huánuco) ha escrito los poemas cholos, cholos serranos, andinos del centro. Bustamante y Ballivián es el paisaje; José Varallanos es el hombre. Bustamante y Ballivián es la paleta; José Varallanos es el pincel. Varallanos es más social; Bustamante y Ballivián más artista. Varallanos quisiera cambiar el orden de las cosas serranas; Bustamante y Ballivián las contempla extasiado. José Torres de Vidaurre se pelea con Varallanos o Varallanos con José Torres de Vidaurre el estro criollo, cholo, zambo. Varallanos es el poeta del indio serrano; Torres de Vidaurre del indio costeño, principalmente del limeño, que más que indio es el zambo. Torres de Vidaurre es religioso de costumbres, más tradicionalista, más ciudadano; Varallanos es radical y campesino. La poesía de Torres de Vidaurre se siente en las calles de las ciudades coloniales, en las iglesias, en los zaguanes; la de Varallanos, en la choza de totora, en las ciudades indígenas, amor de ayllu. Y así nos quedamos con este sentido poético capitolino y de sus alrededores.

Vayamos a Arequipa. Percy Gibson no ha dado una obra completa como lo reclama su verso. Tiene cierta hermandad con la poesía de José Gálvez; galanura, ironía distinguida. Gibson si es arequipeño, poeta de su tierra y de sus individuos de la marineray, del tipismo de su ciudad que ama tanto el hombre. César Atahualpa Rodríguez en verdad que es un dilema. El, tan serrano espiritualmente, con un nombre o sobrenombre tan incásico, tan fugado de la ciudad y de los hombres modernos, tiene la reminiscencia de los decadentes franceses, Samain, Ronsard y Nerval. Ama la música selecta, florida y melódica de Mozart; interrumpida, rota, de Chopin; ama la armonía arquitectónica de Atenas y los rostros prerafaelista. Piensa mucho más y su vuelo poético está sobre las cumbres del Misti y del Chachani. Alberto Hidalgo y Alberto Guillén han sido estudiados tanto que tendríamos que repetir lo dicho. Guillén si es criollo, de los vanidosos, de los que hablan mal

del prójimo, de los autoendiosados. Pudo ser caudillo en lugar de poeta, pero se disciplinó en lo segundo y lo logró. Tiene de Chocano su politiquería, aunque Chocano la hacía a lo florentino y Guillén a lo peruano. Y también tenía algo del Pombo de don Ramón Gómez de la Serna. Se repite mucho en su verso que es un tanto forzado. Sus últimos Hay Kay lo acercaban más a su origen, a la tierra que lo vió nacer. Alberto Hidalgo es de mayor fuerza. Con su figura mongólica lo conocimos en su alojamiento sibarita de un barrio bonaerense. A veces no parece un peruano. Su poesía es rebelde, callejera, con tonalidades de Walt Wihtman como bien lo dice John Englekirk. La región incáica, digamos mejor que serrana, tiene la insurgencia del indio, rezago de señorío, herencia de raza privilegiada, en Alejandro Peralta. Hasta los nombres de sus libros tienen la presencia del Incario: "Kollao" y "Ande". Poesía marcial que orienta a una raza desorientada. No tiene el sentido folklórico que puede tener la poesía costeña de Torres de Vidaurre. Ni los colores hermosos de Bustamante y Ballivián. Ni la galanura y lisura de Gálvez y de Gibson. Quizás un algo del empuje serrano de Vallejo y más pequeño aún de Varallanos. Peralta es más rebelde que ellos. No se acuerda para nada del español, ni siquiera protesta de la Colonia ni de lo colonial. Su protesta es puramente económica. Representa al Mesías del que nos ha hablado tanto Valcárcel y el nuevo indio anunciado por Uriel García y por Vasconcelos.

No se puede creer que los poetas anteriormente señalados sean los únicos representantes del valor poético nacional. Existen otros muchos nombres que brillan en nuestra poesía pero por conveniencia de estudio hemos tomado los más típicos, los más conocidos también. Lo mismo pasa en las regiones. En esa forma orientamos mejor y sin llegar a una definición y clasificación concreta, que está lejos de nuestra idea, sin embargo podemos calcular hacia donde creemos se dirije nuestra poesía.

BREVISIMO PAISAJE DE LA POESIA AMERICANA.

Veamos los países más cercanos al nuestro: Chile, tiene una poesía de ternura, de amor y color marino como su larga costa en el Pacífico. Gabriela Mistral, maternal; Pablo Neruda, amoroso primero, rebelde después; Vicente Huidobro, retorcido y difícil como sus hermanos. Chile es un pueblo que ha tenido por eso su poesía es siempre rebelde y de protesta, aún en la tierna de la Mis-

tral y en la amorosa de Neruda. La Argentina es de gran avanzada; país rico, próspero, de enormes pampas y gigantescas ciudades, ha podido dedicar su tiempo a los ensueños puros. Sin embargo tienen a Ricardo Güiraldes, el autor de don Segundo Sombra, cantor de la pampa y de los potros indomables; de los gauchos valientes, criollos y dueños de una raza. Por otro lado Jorge Luis Borges, menos pampero, más ciudadano, amador de los suburbios de Buenos Aires; con una gran cultura adquirida en Europa y traída para trabajarla en América. La Argentina y el Uruguay tienen formado una poesía a base de su raza gaucha que ha entrado en las ciudades; el hombre auténtico, nativo como lo canta Fernán Silva Valdéz, en la campaña uruguaya o en la ciudad. Paraguay, tan cerrado al mundo, sin embargo ha gestado una poesía plena de belleza selvática, también de raza. Juan O'Leary, emocionante, rudo y hasta agitador o López Decaud, con el pulimento de una poesía a lo Gabriel Miró, a quien "un adjetivo mal empleado le causa dolor físico", como dice Pastor Benítez. Bolivia también tiene un verso indio, exaltado y de fantasía desde Ricardo Jaimes Freyre hasta Fernando Diez de Medina. El Ecuador es el más rebelde literariamente de todos nuestros vecinos. No digamos nada de su novela. Ese grupo "América" que tantos nombres notables está dando como Augusto Arias, Alejandro Carrion, Ignacio Lasso, etc. Colombia ha seguido con sus laureles de lingüista, parladora del idioma de Castilla, en el verso triste de Rafael Maya, de Valencia, etc.

La Historia Poética de los países de América es similar a la del Perú. Un desarrollo un tanto parecido. Siempre dos aspectos: el yo de la tierra y el yo universal; siempre Geografía y Geografía.

FINAL.

Expuestas brevemente las épocas e influencias de la poesía peruana, podemos sacar en limpio las conclusiones siguientes:

Primera.—En el Perú han habido dos fuentes fundamentales de inspiración poética: a) Perú incáico: más que una literatura poética, un pasado poético, un paisaje poético y una historia capaz de producir poesía; b) Perú hispánico. La Conquista trajo consigo el conocimiento de los valores poéticos de España. Vinieron sus hombres y dejaron su sangre en nuestra raza, su idioma, religión, etc.

Dos herencias, las cuales no podemos desechar jamás.

Segunda.—Posteriormente, después de la Independencia, por ley natural vinieron las corrientes poéticas de Europa. Francia, principalmente. Casi no podríamos titular fuentes poéticas, porque más se limitó a servir de imitación que de inspiración.

Tercera.—Existe una poética peruana, de criollo raigambre, desde los tiempos de Cavides (poesía en verso) y Concolocorbo (poesía en prosa) hasta Abraham Valdelomar y Leonidas Yerovi, tuvieron una inspiración amante de lo suyo, resaltando el valor de lo nacional.

Cuarta.—Comparativamente nuestra poética y la de los pueblos que nos rodean, contando también a la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Colombia, etc., es más o menos parecida. El juego es igual, quizá el sistema es distinto. El paisaje de la pampa no es el mismo que el de la puna; la costa peruana es distinta de la costa argentina y que buena parte de la costa chilena.

Quinta.—La poesía actual fuga. Se sale en nuestros días del marco de la tierra. Queda dividida en **dos posiciones**.

Es de advertir que un movimiento poético, literario en general, de gran madurez aún no existe en nuestros pueblos americanos. Es el proceso lógico el que se está realizando. Gestación de una gran cultura y que un día dará el resultado que se espera. (La novela lo está diciendo).

Primera posición de la poesía peruana: De la tierra. No digamos propiamente criolla, porque este término está refundido y quizá con mucha razón más que en la poesía en la vida del escritor costeño. Llamemos a esta posición: regnicola, porque está arraigada a la tierra, porque canta las glorias y desventuras de la criatura, en su suelo, especie de **mamapacha**. Poesía de historia, de raza, de paisaje local. En esta posición existe también el poeta que canta como motivo fundamental la belleza, como Enrique Bustamante y Ballivián; o la ironía y la sonrisa, como Gálvez y Gibson, o rebelde y de protesta como Alejandro Peralta.

Segunda posición: Posición de fuga. Ageográfica, sin ubicación en los continentes de la tierra, que no se refiere a ningún paisaje determinado, ni a una raza fija, ni una historia propia. Puede ser como la de José María Eguren, señorial, azul, feudal; como la de Alcides Spelucín, marina y como la de César A. Rodríguez, de expresivismo terrible; como la de los Peña Barrenechea, sutil, primorosa; o como la de Emilio Westphalen, difícil o intrincada.

Dentro de estas dos posiciones se orienta la poesía en el Perú y descarguémonos de tantos y tantos "ismos" que quieren colo-

carnos los críticos de laboratorio. La poesía es asunto de alma-alma de individuo o de raza o de pueblo, pero siempre alma-consuelo del hombre, orientación también, pero nunca elementos de química que combinados den reacciones fijas. El porvenir poético del Perú está indudablemente en la fuerza de su raza (sin hacer distingos de colores de piel ni de paisajes; que cada uno en su marco puede colaborar); pero también está en lo universal, en lo que no se ubica, pero que se ansía.

EMILIO CHAMPION.



ANDRES CHENIER

AMBIENTE Y PERSONIFICACION

Esa tristeza nostálgica que envuelve a París, según han apuntado, ya, muchos oteadores de panoramas urbanos, halla personalidad y carácter en los bordes del Sena, donde los puestos de venta de libros nos traen la figura apostólica de Anatole France. Reviviendo el recuerdo, Notre Dame esboza un sigiloso cuento gótico; y mirando al río, que tiene todas las historias, está la Conciergerie, con sus originales torrecillas envueltas en el vaho del París de todos los tiempos. La tradición nos habla en ella de Felipe, el Hermoso o de Luis XI—singularizaciones opuestas, dos caminos abiertos a la fama—y nos encontramos después como ante multitudinario arribo con la Revolución Francesa, cita inevitable, estación forzosa. La prisión de María Antonieta, las horas martiriológicas de esta ya desdibujada figura romántica: las matanzas de Septiembre: la celda de los girondinos donde fabricó su historia Valazé al escapar con su puñal del trágico espectáculo de la guillotina. Y allá arriba en cuarto diminuto, los últimos intentos líricos de Andrés Chenier. El guía parisién que debe saber sólo lo externo de los acontecimientos, el detalle glorificado o novelado, y que pormenoriza los momentos angustiosos de los que fueron a morir, se ha aprendido, también, con emocionado acento, algunos versos de “La Joven Cautiva” y los repite a diario, entre las húmedas paredes de piedra de la Conciergerie. Es un diario homenaje. Perennización o inerustamiento de la lírica de Chenier. Y ante la cansada percepción del turista, queda un nombre, así, vago, relacionado con una débil escalera de madera, una puerta siempre cerrada y unos versos de presidio que traen la imagen de María Antonieta humillada, de Vergniaud pronunciando la última de sus disertaciones y de Robespierre en la implacable oscuridad de su postrera noche. Y el turista ha pasado su hoja en el diario. Pero para detenerse en Chenier hay que seguir los caminos que fueron hacia él, como presentación o encuadramiento del personaje.

La época de la decadencia de una cultura, la etapa de crisis social, se caracteriza por una pobre manifestación de las formas poéticas y una exaltación de la crítica y de la filosofía históricas. Así como hoy en que el mundo se debate frente a extremas ten-

dencias—polarizaciones de un momento—la sociedad del siglo XVIII, y especialmente Francia, percibía idéntico fenómeno. Para el siglo XVIII, el pensamiento enciclopedista y descartiano representó la exégesis del individualismo—ya en Rosseau, ya en Voltaire—de acuerdo con el planteamiento económico y social de la época. La poesía en tanto atravesaba un momento de sombra. El verso retorcido, cortesano era expresión de un mundo viejo. Decadencia churrigueresca del barroco en ocaso.

Si la filosofía, la economía, la oratoria y la política—Montesquieu, Quesney, Mirabeau, Vergniau, Sieyès—alcanzaban rotundas afirmaciones dentro del proceso histórico, la poesía, desarticulada, no respondía ni al momento, ni a la necesidad.

La conciencia estaba llena de “crisis económica y política”, y la poesía sonaba a cosa lejana; a un mundo que no era la tempestad y el girar violento de los acontecimientos. Porque mucho antes que existiese el Terror y la guillotina, la lucha, el choque de dos sistemas, dominaba el mundo.

Las barreras que seguían imponiéndose al insurgimiento de la economía del burgo, debían desaparecer. El libre cambio la libre competencia; la carrera industrial, y el Estado meramente guardián, se pensaba que eran bases indispensables para la evolución y el progreso. Ya Inglaterra había sufrido las conmociones de los movimientos industrialistas, burgueses. Francia, camino viejo de cortesanía y realeza, fué el campo propicio para el combate agudo y la pasión extrema.

Tal vez si sólo la poesía satírica, la musa popular, pudo entonces comprender auténticamente el papel literario que correspondía. El cancionero que recoge los cantos de las barriadas de París, de las aldehuelas vecinas es el que trascibe más certeramente la emoción de la hora. Allí está el grito subversivo y la acusación de las muchedumbres. Y también está el cuento anecdótico y el chisme palaciego. En ellos hay algo de lo prohibido y lo buscado. La cosa dicha entre las cuatro paredes del suburbio, antes que la guardia real invada los compartimientos de la casa vieja, para arrastrar a los cantores a la Bastilla; angustiosa y lejana perspectiva de la lucha de entonces.

Dejando a un lado esta poesía anónima, estas letrillas recogidas más tarde en cancioneros de lujo, la poesía presenta un aspecto por demás decadente. Sólo la figura de Andrés Chenier constituye la esperanza y el enlace a través de este vacío grande.

Los poetas de las marquesas, de las visitas palaciegas. Los poetas de las cacerías reales. El baile en los salones recargados de espejos y de candelabros; y el poeta “tierno” que sueña a la amada entre las muselinas del palacio Luis XV.

Desde Longepierre y de Rousseau—principios del siglo

XVIII—pasando por el “hijo” de Racine y por Gresset—el autor de Vert-Vert—, la poesía lírica francesa terminó en el siglo XVIII por Saint Lambert, “que pasó dormitando su vejez en los sillones de su amiga la señora de Houdedot”, según dicen los comentadores; y por Silvano Marchal, que representó la antítesis del anterior: un soñador pastoral que terminó en cantos detonantes y que pretendió ser el “poeta” de la Revolución. Encerrado en la Bastilla y libertado por el movimiento demoliberal, Marchal quiso ser lapidario, y de acuerdo con el pensamiento racionalista, produjo una serie de obras de tono enfático y declamatorio: “Diccionario de Ateos”; “La Fiesta de la Razón”; “El juicio final de los reyes”; etc.

Merece citarse entre la poesía cortesana a aquel abate, Caballero de Malta y coronel-gobernador, que fué Boufflers. Frívolo y muy siglo XVIII. El que dijera alguna vez a Madame Stael, la auténtica iniciadora del romanticismo en Francia:

“Je vois l' Académie où vous êtes présente.
Si vous m'y recevez mon sort est assez beau.
Nous aurons à nous deux de l' esprit pour quarente,
Vous comme quatre, et moi comme zero”

Centenares de poetas mediocres figuran en las antologías líricas de este siglo. Podría hacerse un ligero aparte citando al descriptivo y sencillo Delille, y aquel ingenio trunco que fué Gilbert.

—“Salut, champs que l'aimais, et vous, douces verdure
Et vous, riant exil des bois!
Ciel, pavillón de l'homme, admirable nature,
Salut pour la dernière pois!”—

Y al capitán Florián, y al inmortalizado, capitán también, Rouget de l'Isle.

El sobrino de Voltaire: “Florianet”; como le llamaba éste, constituye el auténtico tipo de transición. Influenciado por las dos corrientes en pugna, desvía su acción hacia el campo, hacia el mundo pastoril o hacia personajes hogareños, y adquiere rotunda personalidad dentro de un sentido que Claretie llama de “gente honrada”. Para la buena burguesía. Para esa clase que él defendió más tarde desde su parapeto girondino.

Es de estimar la época y la lucha interior de entonces, para comprender a Florián y explicarse esa evasión suya hacia el campo. Ese no querer mostrarse íntegro. Ese doble deslizarse de sus obras, que ha servido para que el mencionado autor francés dijera: “Florián es un falso pastor que oculta un sable bajo su ca-

yado, y un gorro frigio bajo su tricornio adornado con follaje y que, en un madrigal a Cloris, envolvía un juramento de artillero provenzal”.

Florián resulta así el más “intelectualizado” de los poetas de su tiempo, el más envuelto en las contradicciones del siglo, y su “arlequín” de ciudad, tal vez sea más digno de estudio que muchos de los arquetipos de entonces.

Rouget de l’Isle, es tan conocido que se presenta por sí mismo. “La Marsellesa”—aquel su “Canto del Ejército del Rhin”—que todos hemos tarareado alguna vez, representa fielmente el aspecto marcial y guerrero del nuevo contenido ideológico, nacido en las clarinadas de la gente de la ciudad. Compuso además el “canto del 9 de Thermidor” y “Rolando en Roncesvalles”.

Es éste, a grandes pinceladas, el aspecto incoloro, el ambiente poco afortunado de la lírica del siglo XVIII. En sus postrimerías dos nombres valen por el siglo todo y resumen la historia política de entonces; son los hermanos Chenier.

En aquel enorme colapso que significó la crisis política y social del mundo con la Revolución Francesa, la sociedad experimentó el vuelco de imágenes “ya hechas” y el despertar de una nueva conciencia política. Conciencia que se hizo estable cuando el poder económico de la burguesía recalcó la nueva fisonomía social. Pero durante aquella época imprecisa, en que la “Revolución, como Saturno, devoraba a sus propios hijos”, según expresión del jefe girondino Vergniaud, la causa política llevó a la guillotina a valores más o menos cotizables dentro de aquel mundo en crisis. Y es que como ya dijimos, en aquella etapa histórica, tal vez solo comparable a la actual la acción política ocupó totalmente todos los estratos y todas las esferas. Es verdad que la vida es política. Y ahora lo comprendemos más intensamente que nunca. La lucha “por existir” se resuelve diariamente en fórmulas y posiciones políticas. Esto ya lo han dicho muchos. Spengler también expresaba que “toda la vida es política, en el menor rasgo instintivo, como en la médula interna. Lo que solemos llamar hoy energía vital, vitalidad, ese *quid* en nosotros que a toda costa quiere ir arriba y adelante, el impulso cósmico y añorante hacia la preeminencia y la prepotencia impulso vegetativo y racial que va unido a la tierra, a la patria, orientación dirección, necesidad de acción, eso es lo que entre los hombres superiores busca, como vida política, las grandes decisiones, para resolver si ha de serse sino o si ha de sufrirse el sino. Pues se crece o se muere. No hay una tercera posibilidad”.

Debe decirse, además, que la necesidad y el desenvolvimiento económico de la sociedad necesitan servirse de concepciones políticas que resuelven los problemas fundamentales de la existencia. Pero en ciertos momentos adquiere la vida una mayor tensión y el

factor político-social absorbe totalmente el momento. Así, Andrés Chenier, gran poeta perdido en la vorágine de la guillotina, entregó también su parte de emoción lírica a la hora vivida por la Historia.

Llevado a la crítica y a la polémica, monárquico constitucionalista, Andrés Chenier de Bizancio, como él se firmaba, fué ejecutado en 1794 como enemigo de la Revolución.

Andrés Chenier constituye una excepción dentro de la poesía decadentista del siglo XVIII. De madre griega, sentía una notable atracción hacia la cultura y forma helénicas. Fué así que se personificó en el yambo y en las hodos pindáricas. Pero su vuelo conceptual y el cielo de cultura que le tocó vivir infundieron a su poesía imaginación y sensibilidad, factores que producirían más tarde el movimiento romántico del siglo XIX. Su amor a la naturaleza; la espléndida sensación de un infinito ansiado, lo colocan totalmente dentro del pensamiento faústico, del que no podía evadirse pese a sus intenciones y a su exquisita vista del pasado.

“Je ne vaux pas morire encore
Mon beau voyage encore est si loin da sa fin

.....

Magnífico puente de enlace entre las sucesión de pasados y el porvenir abierto por sobre los escómbros de una Revolución, Andrés Chenier es un símbolo, y un momento de la lírica universal. Así lo han reconocido los críticos y los que lo inmortalizaron en la ópera que lleva su nombre.

Lleno de aquella suprema gracia que Aristóteles condensara en “equilibrio”, Chenier ponía en contraste la vehemencia de su siglo, el pensamiento científico filosófico de Descartes y de Condorcet, y resulta así el poeta de la Enciclopedia, como se le ha llamado muy justamente.

Se ha querido ver en Chenier un heredero de la estirpe griega; un cantor de “su” raza. Claretie también lo deja entreveer. Pero aquello no es sino un motivo. Un viaje más de su lirismo, y un espejo de las proyecciones de su poesía. Influenciado por un sentido nostálgico, amante de tradiciones de belleza, Chenier crea un movimiento poético pero tiene que acamparlo inevitablemente dentro de los postulados de su época y dentro de las tendencias de la etapa histórica que **trascurría**.

Su postrer canto a la “Joven Cautiva” escrito en la antecámara de la guillotina muestra así los primeros escauceos del romanticismo y constituye un jalón en el devenir poemático. En él se ins-

piraron aquellos poetas franceses del siglo XIX. Tras de su obra están Millevoye, Lamartine y Víctor Hugo.

Sólo que el proceso romántico del siglo pasado lleva hasta sus últimas posibilidades la expresión: amor.

“Que le vent qui gèmit le roseau qui soupire.
Que les parfums légers de ton air embaumé,
Que tout ce qu'on entend, l' on voit ou l' on respire
Que tout dise: Ils ont aimé!”

Ese sabor melancólico que más tarde Alfredo de Musset dejara tras su desesperado amor por Jorge Sand. El romántico sentido musical de Chopin en Francia; de Schubert en Alemania.

La figura de Andrés Chenier cobra prestigio a través del tiempo y ha opacado definitivamente la prestancia lírica de su hermano María José Chenier. En ambos hay la belleza rítmica del Languedoc, y la expresiva tradicionalidad del barrio de Galata.

Dentro de las obras de Andrés Chenier cabe destacar por su valor histórico, “La Oda al Juramento del Juego de la Pelota”; por su sentido profundamente emotivo habría que señalar esa su “Joven Cautiva”; y como una delectación de buen gusto: las Elegías.

En todo ello, Andrés Chenier destaca una arrogante figura de poeta vivido en horas de positiva tragedia.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli González» AUGUSTO TAMAYO VARGAS.



ESTUDIO EN LAS CATEGORIAS DE ARISTOTELES.

LO UNIVERSAL ESCUDRIÑADO EN LA CATEGORIA DE SUSTANCIA

Es indudable que el existir de la sustancia segunda es un existir propio y a través de. Quizás con sólo decir que es un existir a través de, se explica todo y puede eliminarse el existir propio. Porque el existir a través de elimina de hecho todo existir en o todo existir como puro nombre.

Sin embargo, podemos comprobar que esta afirmación del existir de, es verdadera. Brentano al explicar lo teoría de lo universal en Aristóteles dice: “no puede existir lo universal fuera de los particulares correspondientes, y por consiguiente, no puede haber, verbigracia, fuera de los varios leones un león en sí, como Platón había creído. En efecto, ¿qué había de entenderse por ese león general sino algo a lo que convendría lo que conviene a todos los leones y nada de lo que conviene a uno diferentemente de los demás? Ahora bien, a todos los leones conviene en común ser un león particular. Por consiguiente el león general, no puede ser sino un león particular.

Puede verse claro que cuando decimos que la sustancia segunda existe a través de, interpretamos fielmente el pensamiento del autor.

Pero avanzando encontramos algo más: en el fondo el existir a través de, es una forma necesaria. Así pues para constituir lo universal abstraemos la ley común a los particulares. Una comparación aclarará esto: Heráclito afirma que la esencia del ser es el cambio originado por la lucha, la guerra. Pero cuando Heráclito agrega que lo único que no cambia a través de la fugacidad y del devenir es la ley dialéctica de la oposición de los contrarios, entonces halla un elemento inmutable. Un elemento formal necesario que se impone desde el mismo momento que se afirma la primera proposición: es decir que a la materia, que es el contenido mutable, se agrega, así espontáneamente, la forma de la ley.

Algo análogo ocurre con lo universal aristotélico: Si lo que

conviene a todos los leones en general, es ser un león particular, es claro que el león general es un león particular. Si hay varios individuos que tienen algo en común, simplemente ese tener algo en común, esa forma es lo universal.

Este considerar lo universal como forma y los particulares en conjunto no creo que sea excesivo. En primer lugar, supone una simultaneidad porque forma y materia no existen jamás separadamente: una de las proposiciones aristotélicas dice que una parte de una cosa real está imposibilitada de ser ella misma real; así forma y materia no existen en realidad. Sólo existe en realidad el compuesto de ambas. Ahora, si la simultaneidad es evidente encontramos que está en completa armonía con la realidad actual de las cosas: ahora, tal como vemos, no hay animal sin animales particulares, ni animales particulares sin animal. Desde el mismo instante que existen animales particulares, ya existe el animal, porque los animales particulares son todos animales y coinciden en ser animales, de manera que esto constituye aquel algo que tienen en común, y que es algo así como una especie de sentido que trasciende lo particular centripetamente, es decir, volviéndose sin embargo a lo particular.

Sin querer hemos caído en la entelequia. Ese sentido que trasciende lo particular centripetamente, no es más que la esencia que no puede realizarse sino en lo particular, de manera que sólo existe porque existe lo particular.

Además este considerar los particulares en conjunto como materia, tiene algo parecido en otra consideración de Aristóteles mismo, a propósito de la fecundidad del silogismo. En efecto, para el la conclusión es como una forma que actualiza una materia contenida en las premisas no separadamente, sino en conjunto. La conclusión no puede desprenderse (en el sentido de desconocerse) de las premisas en conjunto, ni de estas puede obtenerse otra cosa que la conclusión, exactamente como la forma y la materia se completan mutuamente y son inseparables. Y entonces dice: si se niega la conclusión hay contradicción entre ésta y las premisas juntas, y no entre ella y cada una de las premisas, por que en las premisas, por separado, no se conoce ni se juzga lo que se encuentra en la conclusión.

Así lo universal es una forma, y como forma no es invención del espíritu, sino existe en tanto que existan las cosas particulares. Por eso el fundamento de las sustancias segundas está en las sustancias primeras.

Concluimos en que lo universal es una forma obtenida de un tener algo en común; que este algo que se tiene en común es un sentido trascendente centripetamente; y que este sentido es lo que Aristóteles llama entelequia.

La interpretación en este sentido tiene mayor confirmación en lo que sigue.

ANVERSO Y REVERSO DE LA SINONIMIA

Anverso

Si lo universal es una forma necesaria, que no existiría a no ser por la existencia de las sustancias primeras, y si llamamos a estas últimas, sinónimas en tanto que determinada sustancia universal, por ejemplo, buey y hombre, sinónimos en tanto que animales, es evidente que la sinonimia no es una consecuencia de lo universal como podría creerse cuando se lee el párrafo en que Aristóteles habla de los sinónimos. Es decir, que cuando se dice que buey y hombre son sinónimos, en tanto que animales, no lo son porque sean animales: la sinonimia se da primeramente en ellos.

O sea que la sinonimia está en las cosas mismas. Pero entendiéndose que la sinonimia no abarca la totalidad de las cosas; si fuera así las cosas serían sinónimas en tanto que ser. Pero esto lo rechaza terminantemente Aristóteles y dice: el ser no es el género común de todo; todo no es homogéneo relativamente a un sólo término, que sería el género más elevado, sino que es preciso admitir que las diez categorías son como diez primeros géneros generalísimos, por encima de los cuales no hay otro género que sea superior a ellos, y bien que se les puede dar a todos el nombre de ser, esto se hace por homonimia y no sinonímicamente. Y esto es claro, porque lo que hace que sean ser cada una de las categorías es diferente. Y así la sustancia es ser de un modo distinto a como es ser la cantidad, etc. (1). Tampoco la sinonimia se refiere a accidentes físicos de las cosas. La sinonimia se funda en algo que conviene a las cosas en común.

Ese algo es, como hemos visto, un sentido trascendente centripetamente.

Reverso.

El carácter del párrafo aludido, en que Aristóteles especifica lo que son cosas sinónimas, es normativo. He aquí el reverso de la sinonimia. Aristóteles da una como a modo de regla para conocer los sinónimos, y por eso, repito, podría pensarse que la sinonimia de varias cosas proviene de la conformidad de la denominación y definición de lo universal, con dichas cosas. Esto no es así, como

(1) *Metafísica*, lib. V, cap. XXVIII—a través de una cita de Porfirio en su introducción a las Categorías.

acabamos de ver. En el anverso hemos estado en las cosas mismas. Ahora, normativamente, nos colocamos exteriormente a las cosas. La dirección varía fundamentalmente. Aquí vamos de lo que se aplica sinonímicamente hasta las cosas sinónimas, como si las cosas sinónimas fuesen aparentemente un resultado de predicar de ellas una sustancia universal.

Sin embargo no hay contradicción. Puesto que abordamos el asunto desde un punto de vista diferente.

Esto queda claro así:

Cuando se predica una sustancia universal respecto de una sustancia primera, estamos como aplicando una forma a una cosa. Si el predicado conviene a la cosa en denominación y definición, ese predicado es un predicado de atribución y la cosa un sujeto de atribución.

Cuando la misma forma se aplica a otra sustancia primera y le conviene igualmente en denominación y definición, es también, de hecho, un predicado de atribución con relación a dicha cosa.

Comparando lo sucedido una y otra vez, observaremos que la forma, de por sí rígida, no ha variado en lo mínimo, ni en definición ni en denominación, al ser aplicada a una y otra cosa.

Es decir, la forma permanece idéntica a sí misma.

Entonces sucede que este permanecer idéntico de la forma, nos da un dato, nos indica que tales cosas son equivalentes en cierto modo y de ahí concluimos que esas cosas son sinónimas.

De manera que aquí, es claro que no conocemos directamente la sinonimia de las cosas y además no conocemos esta sinonimia como si estuviera presente frente a nosotros, sino que, podría decirse, la sospechamos necesaria en vista de que la forma ha permanecido idéntica a sí misma.

Desde este punto de vista normativo es forzoso comparar las cosas con la forma. La comparación entre las cosas no nos daría inmediatamente, y como caso más próximo, más que una igualdad sensible de las cosas. Por ejemplo, un buey igual a otro buey.

Igualmente, desde este punto de vista, siempre que al aplicar la forma a varias cosas nos encontremos con que la forma varía, estamos ante cosas sin punto de contacto, desemejantes, o sea homónimas. En realidad no es la forma la que varía, porque la forma es rígida, sino que hallamos dos formas diferentes pero muy próximas. Por ejemplo, la forma animal aplicada a un hombre es diferente de la forma animal aplicada a un hombre de madera. La proximidad a que hemos aludido se da fundamentalmente en la denominación.

Se ve pues que es necesaria la confrontación de las cosas con la forma. Y así, aparentemente las cosas sinónimas, reciben el nombre de sinónimas en vista de la forma y no de ellas mismas.

Esto no es contradictorio con lo que hemos dicho en el anverso de la sinonimia. Y todo se explica por los ángulos diversos desde donde hemos enfocado el problema.

En el primer momento hemos visto la sinonimia en sí.

En el segundo momento vemos la sinonimia ya hallada, y expresada en forma de regla, que permite el hallazgo de las cosas sinónimas en cualquier momento.

He dicho que en el segundo momento la sinonimia está hallada ya, y esto es evidente. Si la norma se basa en comparar las cosas con la forma, supone la forma ya hallada. Y así es. La forma ha sido hallada por una evidencia previa de aquel tener algo en común las cosas, que es un sentido que las trasciende centripetamente.

Además esto es claro, porque todo procedimiento normativo invierte el proceso de determinación: Puramente tomamos las cosas y nos elevamos a la forma; normativamente de la forma descendemos a las cosas

Más de la sinonimia, puede verse en lo que sigue.

SUSTANCIA UNIVERSAL Y PREDICADO DE ATRIBUCION

Aristóteles dice que hay ciertas cosas que pueden decirse de un sujeto sin estar, sin embargo en ningún sujeto.

Ahora bien, hay una tácita diferencia entre el poder decirse y el decirse de hecho.

Aquellas cosas que no existen en ningún sujeto y que pueden decirse, sin embargo, de un sujeto, son las sustancias universales. Pero cuando estas mismas sustancias, no ya pueden decirse, sino se dicen efectivamente, se transforman en atributos, esto es, en predicado de atribución.

O sea que las sustancias pueden ser atributos, pero fuera de ser atributos son sustancias, y así sustancia universal y atributo son inconfundibles.

Esto es confirmado por el mismo Aristóteles, cuando al hacer su división de las cosas dice expresamente: "División de las cosas según que sean sustancias y atributos".

Caben dos sentidos:

Primero, que las cosas son una parte sustancias y otra parte atributos, lo que supondría una división desde puntos de vista diferentes, exactamente como si las cosas se pudieran dividir en rosas rojas y rosas chinas.

Segundo, que esté enunciando precisamente los puntos de vista diferentes, y por tanto, significando que las mismas cosas pueden clasificarse considerándolas como sustancias o como atributos.

En realidad es esto último, y sustancia y atributo que son los dos puntos de vista quieren decir: "división de las cosas según que no existan en ningún sujeto y según que se digan de un sujeto".

En seguida Aristóteles obtiene:

1.—Cosas que no existen en ningún sujeto y que pueden decirse de un sujeto.

2.—Cosas que no existen en ningún sujeto y que no pueden decirse de un sujeto.

3.—Cosas que existen en un sujeto y que pueden decirse de un sujeto.

4.—Cosas que existen en un sujeto y que no pueden decirse de un sujeto.

Desde el primer punto de vista (que no existan en un sujeto) encontramos dos grupos que son sustancias y otros dos que son accidentes.

Desde el segundo punto de vista (que se digan de un sujeto) hallamos dos clases de cosas que no son atributos y dos clases de cosas que tácitamente son atributos, pues si se dice que pueden decirse de un sujeto, es claro que se dicen efectivamente.

Otra confirmación a lo expuesto se puede ver en el p. 3. c. V., que después de interpretado y coordinado resulta refiriéndose, no ya a los atributos, sino más ampliamente, a los predicados en relación con los sujetos: es decir que habla de las cosas que se pueden predicar de los sujetos, o sea de las cosas, no ya que pueden decirse, sino diciéndose de hecho.

En resumen, entre atributo y sustancia (con más amplitud entre predicado y sustancia) hay gran diferencia. Como atributo y sustancia son puntos de vista que bajo de sí contienen una división, seremos más claros, si decimos que está ampliamente probado que entre el poder decirse y el decirse de hecho, hay gran diferencia.

Esto es lo que queríamos poner en claro, y vamos a ver ahora su importancia en la sinonimia. Sucintamente es esta:

Los atributos, y en general los predicados, son sinónimos en tanto que lo universal de que proceden. O sea, que lo universal se aplica sinonímicamente a los predicados que provienen de él (2).

Por ejemplo, animal es una sustancia universal. Los atributos que salen de él son animal y no animal, y con más propiedad: es animal y no es animal. Ambos atributos son diferentes como conviene a las cosas sinónimas, pero tienen sin embargo un punto de

(2) Pueden tomarse los predicados que provienen de una sustancia universal (éste es principalmente el caso examinado). También pueden tomarse los que provienen de los accidentes universales y de los accidentes particulares.

contacto. La diferencia está en la positividad y negatividad. Y aquello que tienen de común está en su decir animal. Así pues, y coherentemente con todo lo sostenido hasta ahora, estos atributos son sinónimos.

Y es aquí donde podemos establecer un paralelo entre la teoría de Aristóteles y la teoría de los objetos moderna. Según ésta, la positividad y negatividad de los objetos son determinaciones del ser-así de estos objetivos y no se refieren a su ser, de manera que el objetivo en sí no es positivo ni negativo, sino existencial. Lo cual concuerda con este principio del Organum: "Las palabras, cuando se toman aisladamente, expresan una de las cosas siguientes: sustancia, cantidad etc. . . y ninguna de ellas lleva consigo y por sí sola la idea de afirmación o de negación". Esto en relación inmediata con el párrafo precedente. (3)

Pero de un modo más extenso y en relación con toda la teoría de la sinonimia, la teoría de los objetos dice que las determinaciones del ser-así del objeto general, se encuentran en el ser-así de los objetos concretos, pero no recíprocamente; y así, las determinaciones del ser-así de los objetos particulares que no se encuentran en el objeto general, son determinaciones ocasionales del cómo, que individualizan a cada objeto particular.

Sólo en virtud de la comunidad de aquellas determinaciones que se encuentran en todos los objetos particulares es que se establece que ellos son objetos coordinados. Dentro de la teoría de la sinonimia esto es lo mismo que decir que son sinónimos.

Y de aquí no resta más que un paso para descubrir nuevamente, que aquella misma comunidad de determinaciones elevada a la categoría de la ley, de forma, constituye el objeto general dentro de la teoría de los objetos, y lo universal dentro de la teoría de la sinonimia.

EXAMEN DE LA CATEGORIA DE RELACION

Designación legítima y cosa legítima.

Cuando los relativos son ciertos, es decir, cuando la relación es verdadera, podemos distinguir en ella dos elementos, que mutuamente se completan y son los que dan verdad a la relación. Estos elementos son:

1—Designación legítima.

2—Cosa legítima.

Esta separación es arbitraria. En realidad la designación es

(3) Erdmann al examinar el principio de no contradicción encuentra que en realidad siempre se afirma y nunca se niega.

siempre legítima, pues se la toma en relación con la cosa que debe ser su objeto. Sólo que puede aparecer falsa, no por ella misma, sino porque tomada la cosa que es su objeto, se prescinde de ella y nos dirigimos a sus accidentes.

Por ejemplo, cuando hablo de hijo, e implícita o explícitamente me refiero al padre, sucede que hijo con relación al padre es una denominación legítima. Más si hijo lo refiero a un accidente de la cosa que es su objeto, y en lugar de considerar a padre, me refiero a hombre que es un hecho accidental del padre, entonces la denominación es ilegítima. Al menos aparentemente. En realidad ilegítima es la cosa, porque hemos sustituido la cosa misma por su accidente.

El conocimiento de las designaciones y cosas que son legítimas es importante, puesto que por ellas se determina la verdad de los relativos, y se puede decir cuales relaciones están bien construídas y cuales no.

A esto alude esencialmente la tercera propiedad que dice que los relativos deben ser recíprocos respecto de otro término.

Esta reciprocidad no siempre es clara y por eso, puede distinguirse dos grupos:

1) Cosas cuya reciprocidad es notoria y se puede expresar con palabras especiales. Por ejemplo, lo doble es doble de la mitad.

2) Cosas cuya reciprocidad es difícil ver, y se expresa con palabras nuevas derivadas de las primitivas, aplicándolas a los objetos que corresponden a estas primitivas. Por ejemplo, es imposible referir a la ave, porque recíprocamente no se podría decir que el ave es el ave de una ala, pero sí puede referirse ala a animal alado.

Determinados estos grupos, veamos como aplicando lo que sabemos de las designaciones y cosas legítimas, podemos hallar los casos de error.

Los errores se producen siempre por cosa ilegítima, cuando la denominación se hace en vista de cualquier accidente y no de la cosa misma; entonces, estamos aplicando la palabra a algo que con razón no puede aplicarse la palabra. Este error se produce tanto en los casos notorios como en los equívocos.

Ejemplos: el hijo es el hijo de un hombre—el ala es el ala de un ave.

En donde hombre es una cosa secundaria respecto de padre, que es la cosa verdadera a la que se aplica hijo. Igualmente secundaria es ave respecto de animal alado.

En resumen, la relación es perfecta (y hay por tanto reciprocidad) cuando la denominación es legítima y la cosa también. Entonces la aplicación es procedente.

Y la relación es imperfecta (y no hay reciprocidad) cuando

siendo la denominación legítima, la cosa es ilegítima (por tomar accidente en lugar de cosa, a por falta de palabra adecuada). Entonces la aplicación de una a otra, no es natural.

Relata secundum dici y relata secundum esse.

“Se llaman relativas las cosas, de que se dice que son cosas de otras cosas, o que se refieran a otra cosa de esta o de aquella manera”. (p. l. c. VII). (4)

‘Esta definición es insuficiente. Relativos son las cosas cuya existencia se confunde con la relación de ellas a otras cosas (p. 24. c. VII), es decir que son lo que son en cuanto se dicen de otra cosa’.

Esta nueva y más perfecta definición que da Aristóteles nos permite probar dos cosas:

1) Por un lado la simultaneidad de los relativos (cuarta propiedad). Por ejemplo, doble y mitad existen a la vez, porque existiendo la mitad, el doble existe igualmente. Asimismo, en los casos ambiguos de ciencia y cosa sabida, y sensación y objeto sensible, en los que la cosa sabida parece existir antes de la ciencia, así como el objeto sensible antes que la sensación, la simultaneidad se verifica.

En efecto, si distinguimos cosa sabida de cosa conocida, y de la misma manera objeto sensible de objeto existente, es claro que la cosa sabida en cuanto sabida, y el objeto sensible en cuanto sensible, coexisten con la ciencia y con la sensación, respectivamente. Luego, si hay simultaneidad.

2) Nos prueba también que la sustancia jamás entra en los relativos. En primer lugar, es evidente que este hombre no es un hombre de algo, ni que esta mano es esta mano de algo, porque las sustancias primeras y sus partes se bastan a sí mismas y no tienen necesidad de complemento; y así, no son relativos.

En segundo lugar, también es cierto que el hombre no es el hombre de alguna cosa, ni el buey es el buey de alguna cosa, y lo mismo con todos los casos parecidos, porque las sustancias segundas también se bastan a sí mismas.

Sin embargo hay confusión respecto de las partes de las sustancias segundas. Por ejemplo, se dice que la cabeza es la cabeza de alguno; esto no es falso, y desde que la cabeza es una cosa de

(4) Esto quiere decir que en los relativos se emplea el genitivo (cosas de otras cosas) o cualquier otro caso (de esta o aquella manera). Ejemplos: el ala es ala de un animal alado, y, la cosa sabida se sabe por la ciencia.— Como veremos más adelante esta definición es equívoca, porque, usando genitivo, puedo decir: el ala es ala de un ave y el relativo es falso.

otra cosa, conforme a la primera definición, estas partes de las sustancias segundas entrarían en los relativos.

Mas la segunda definición dada, supone que si uno conoce de una manera precisa un relativo, también precisamente conocerá la cosa a que este relativo se aplica. Y entonces, puedo saber que la cabeza es la cabeza de alguno; esto es evidente; puedo saber precisamente qué es la mano, y sin embargo no es necesariamente y no puedo conocer de ningún modo, a quien pertenece la mano. Es decir, no hay simultaneidad entre los términos de la relación y por tanto ésta, está mal construída.

Luego, las sustancias primeras y segundas, y sus partes están excluídas de toda relación.

Los primeros que son los únicos y verdaderos relativos, eran llamados por los escolásticos, *relata secundum esse*.

Ejemplos: el doble es el doble de la mitad.
la cabeza es la cabeza de una cosa acabezada.

Los segundos, que ninguna manera son relativos, pero que aparentan serlo por la forma, se llamaban *relata secundum dici*.

Ejemplos: la cabeza es la cabeza de alguno (o del hombre).
la mano es la mano de alguno (o del hombre).

Relativos puros y aplicados.

En todos los relativos reales podemos distinguir dos momentos: uno en el que expresan la pura relación; y otro en el que la relación está aplicada a objetos. Por eso es que los relativos son puros y aplicados.

Ejemplos: el doble es el doble de la mitad.
la cabeza es la cabeza de una cosa acabezada.

En ello vemos sólo una relación que está fuera de nosotros porque se halla libre de nuestra opinión. Estos relativos son puros.

Pero cuando los aplicamos a objetos y los relativos se convierten en relativos aplicados, puede suceder dos cosas: mientras que unos se caracterizan por su claridad, de manera que conociendo precisamente un término se conoce también precisamente el otro; otros no muestran nada definido y carecen de claridad:

Por ejemplo, si esto es el doble, se que es el doble de aquello y, así, conozco simultáneamente aquello; más, si ésta es la cabeza, se que es la cabeza de una cosa acabezada, y es evidente que no puede haber cabeza sino en las cosas acabezadas, y que todo lo que no es

acabezado carece de cabeza, pero no puedo saber, ya más concretamente, qué es o quién es esa cosa acabezada.

Como se ve en este caso, el relativo es relativo en toda su pureza, pero aplicado a cosas más particulares muestra entonces una imprecisión que lo hace susceptible de formar un grupo de relativos reales diferente del grupo que encerraría a los relativos reales, que si son claros al ser aplicados.

Respecto a esto, Aristóteles tiene una rápida referencia en el p. 27 c. VII donde dice que al aplicar los relativos a cosas particulares ha de hacerse uso de aquellos que resulten claros, porque así entonces conociendo positivamente uno de los términos de la relación, se sabrá también positivamente el otro. “En igual forma, si alguien sabe que una cosa es más bella, debe necesariamente saber sobre la marcha y de una manera determinada la cosa en comparación con la cual es aquella más bella. No sabrá de una manera indeterminada que es más bella que una cosa más fea; porque en este caso tendría sólo una concepción vaga. Ni aun sabría exactamente que era más bella que una cosa más fea; porque podría suceder que en realidad no hubiese cosa menos bella que ella”.

Todo esto quiere decir que si alguno piensa que esto es más bello que algo más feo, y si cree él mismo que la relación es indeterminada, la concepción es pues vaga de hecho; y si cree que la relación es exacta haciendo un esfuerzo de imaginación, puede resultar, como que la relación se ha fundado en una opinión, puede resultar digo que en realidad aquello no sea tan bello. Luego, hay inseguridad objetiva frente a lo que el sujeto puede creer.

Así, resumiendo este caso:

- la inseguridad será inseguridad
- la seguridad será inseguridad

En conclusión, hay relativos reales puros que pueden aplicarse a las cosas concretas; y hay relativos reales puros que no pueden aplicarse a las cosas concretas, porque de hacerlo resulta la imprecisión (quinta propiedad), la falta de simultaneidad (cuarta propiedad).

Hay sin embargo, casos excepcionales, como los de poco-mucho, alto-bajo, y otros del mismo género, que siendo relativos que expresan una pura relación se aplican a cosas concretas, no en conjunto; sino independientemente, produciéndose la imprecisión. Por ejemplo, se dice “esto es mucho”, o, “esta mesa es alta”.

En estos casos hay implícitamente una relación que escapa a la claridad. Así, cuando digo que “esto es mucho”, he supuesto o me imagino, como segundo término de la relación, una cantidad menor que la que contemplo. Entonces ésta en relación con aque-

lla es “mucho”. El carácter del “poco” implícito es difuso. Por eso, y como poco y mucho se usan separadamente, parece que se trata de cosas contrarias y no relativas. Pero no es así.

Examen de la tercera especie de cualidad.

“La tercera especie de cualidad es la de las cualidades afectivas y afecciones, como la dulzura, el amargor, la acritud y todas las cosas del mismo orden; así como también el frío, el calor, la blancura, la negrura” (p. 8. c. VIII).

En este párrafo podemos encontrar dos cosas: la dulzura, la acritud, el calor, la blancura son cualidades afectivas y afecciones. Cualidades afectivas en cuanto afectan a otros cuerpos; afecciones en cuanto están en el cuerpo mismo.

Pero hay que advertir que son afecciones no en cuanto están en sí mismas sino en cuanto están en el cuerpo que percibe. Y por eso es que Aristóteles dice que un cuerpo dulce no se llama dulce, porque él sea afectado de cierta manera, sino porque en relación a las sensaciones que nos causa, produce en nosotros una afección particular.

Asimismo hay que advertir que las cualidades afectivas no existen en el cuerpo realmente fuera de nuestras impresiones. La cualidad afectiva es un poder de suscitar en nosotros determinadas sensaciones y afecciones; y sólo en cuanto las provoca, el cuerpo es realmente coloreado o amargo, dulce o caliente; de otro modo sólo en potencia (Brentano). Entonces pues la existencia de la cualidad afectiva sólo es posible con nuestra percepción de ella. La cualidad afectiva es una potencia inherente al cuerpo que posee la cualidad y sólo se actualiza en función nuestra.

Si continuamos hasta el párrafo 13 inclusive, encontramos una tácita división de las cualidades afectivas en dos clases:

Unas que se dan desde el principio con el cuerpo mismo y que son inmutables. Por ejemplo, un cuerpo dulce será siempre dulce y jamás será otra cosa que dulce.

Otras que se dan como resultado de una afección y que, teniendo el cuerpo disposición para recibir nuevas afecciones, resultan ser variables aunque a veces más o menos permanentes. A este respecto y para aclarar su idea, hace Aristóteles una comparación: los cuerpos se ponen rojos o pálidos a la manera que nos ponemos nosotros rojos de vergüenza o pálidos por el temor. Saint-Hilaire dice “las cualidades naturales del cuerpo resultarían como las emociones morales”. Así, estas cualidades serían mudables y por ejemplo lo negro podría trocarse en blanco, etc.

Las primeras son cualidades afectivas cualitativamente irre-

ductibles; las segundas son cualidades afectivas cuantitativamente irreductibles.

Las segundas pueden darse en el cuerpo y en el alma y según su mayor o menor permanencia Aristóteles halla tres grados:

1) Unas que dependen de la constitución natural y se dan desde el origen. Ejemplos: el haber nacido blanca una persona o el ser colérica una persona.

2) Otras que no son naturales y dependen de un accidente o un largo hábito. Ejemplos: el ser negra una persona por enfermedad o por un calor abrasador; el ser melancólica una persona por algún traumasíquico.

3) Estas últimas no son cualidades afectivas, porque las afecciones de que podrían haber provenido, son muy bruscas y pasajeras. Estas son las afecciones propiamente dichas y de ellas no deriva ninguna calificación para el individuo. Ejemplos: no se dice que somos rojos, porque en un instante dado nos hayamos ruborizado; se dice más bien que fuimos afectados de tal o cual manera; que nos pusimos rojos, que nos ruborizamos, etc. Igualmente no se califica a una persona de colérica porque se haya mostrado arrebatada por algún disgusto momentáneo.

Así pues, dentro de las cualidades afectivas cuantitativamente irreductibles hay unas cognoscibles perceptivamente y hay otras cognoscibles intuitivamente, por intuición emocional. Las unas se encuentran en el cuerpo, las otras se encuentran en el alma.

En conclusión, hallamos que las cualidades afectivas son potencias inherentes a las cosas; su origen y permanencia es diverso; pero su percepción por los sujetos que perciben se realiza de la misma manera, es decir, a la manera como lo interpreta Brentano cuando dice que la verdad de la percepción sensible en cuanto lo propio perceptible consiste en que obtenemos "una señal, todo lo desemejante que se quiera pero constante en circunstancias normales, de algo que existe fuera de nosotros". (5)

Para terminar, puede pensarse que la división de las cualidades afectivas en cualitativamente irreductibles y cuantitativamente irreductibles, tiene su fundamento en la observación; pero en una observación imperfecta para la actualidad.

En efecto, si se ve que el agua de este vaso es dulce sólo cuando disuelto en ella algo dulce, es claro que lo dulce no es propio del agua sino del cuerpo disuelto. Y así la cualidad de dulce es propia de este cuerpo y su ser dulce es inmutable.

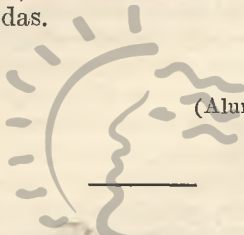
(5) Este problema de las cualidades se relaciona con estos otros puntos tratados por Aristóteles: la percepción como hecho inmediatamente evidente; lo sensible y la sensación; doctrina de las cualidades primeras y segundas de la materia.—Brentano cita además algunas partes de la *Metafísica*, y los escritos *De partibus animalium* y *De coelo*.

Y si se ve que las ojas nacen verdes y caen amarillas, y que por enfermedad o por hábito se adquiere este o aquel otro color, permaneciendo el sujeto uno y el mismo, idéntico a sí mismo siempre, hay que pensar que el color es mudable y que puede pasarse de uno a otro, de tal manera que sólo son cuantitativamente irreducibles. Lo mismo, si se ve que un cuerpo caliente se enfría, puede pensarse que el calor. "se hace él" frío. Es decir, que entre estas cualidades no hay irreducibilidad cualitativa.

Y así es lógico establecer la división que hemos examinado.

Pero esto no puede sostenerse ahora. Porque es cierto que el calor no se hace frío, sino que el calor, sin dejar de ser calor, se irradia. E igualmente, un calor es sustituido por otro, pero el primero no se ha transformado en el segundo, sino que conserva su naturaleza.

En último término, las cualidades afectivas son cualitativamente irreducibles todas.



W. J. PEÑALOZA.

(Alumno del Curso de Lógica.—
Seminario de Filosofía.)

BIBLIOGRAFIA

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

Las Categorías	Aristóteles.
Aristóteles	Franz Brentano.
Historia de la Filosofía Antigua	Karl Vorlander.
Compendio di storia della filosofia greca	Zeller.
Introducción a la Filosofía	Brightman.



CONVERSANDO ACERCA DEL PERU.

El Instituto Ibero-Americano de Berlín funciona en un magnífico edificio que fuera dependencia del Palacio Imperial. Su frontis da a uno de los costados de la antigua residencia de los Hohenzollern. Varios pisos resumen la intensa vida del Instituto. Vida de intento y plasmación continua. Su Biblioteca posee alrededor de 200 mil volúmenes, relacionados con España y con Latino-América. En uno de sus gabinetes trabaja, coleccionando y compilando antiguas páginas o dando nuevo color y personalidad a sus estudios, el sabio Max Uhle, intensamente vinculado a la historia y a la arqueología peruanas. Después de atravesar algunos corredores y el salón de actuaciones, donde destacan las figuras de los libertadores: Bolívar, San Martín, O'Higgins, y del acucioso de América: Humboldt, se llega a la Oficina de la doctora Edith Faupel, Directora de la Sección Peruana del Instituto. La oficina es menuda. Todo su interior delata a América. Un cuadro peruano de Cota Carvallo; producciones en tela, de México; mapas del Continente y un calendario argentino. La doctora Faupel está ahí, alegre, entusiasta, movediza. Ha salido a recibirnos hasta la puerta y nos abraza como peruanos y como estudiantes de la Universidad Mayor de San Marcos. Sabemos del cariño intenso que la doctora profesa a los estudiantes peruanos, su desvelo por ellos y su entusiasmo por mantener una intensa reciprocidad de relaciones entre los elementos de la Colonia Peruana y diversos organismos universitarios. Conocemos su interés por mantener establecida la Casa Peruana en Munich, hogar nuestro en el corazón de la Baviera.

“Siéntense, siéntense—nos dice—y fumen de estos cigarrillos un tanto fuertes que se parecen a los “nacionales” de Uds.”

El timbre del teléfono suena insistentemente. La doctora Faupel es un caso raro de dinamismo. Puede decirse que no se está cinco minutos quieta. Busca pretextos para levantarse. Nos alcanza producciones del Instituto, y nos muestra su detallado directorio de los estudiantes peruanos residentes en Alemania.

“Ya sabemos el cariño que tiene por el Perú—le decimos—y se le agradecemos muchísimo”.

“Nada tienen que agradecer. Me interesa todo lo de Uds. Yo fuí estudiante de San Marcos y me siento entre Uds. como entonces, como cuando era alumna de la Universidad. Y eso que me hicieron pasar allí serios momentos en el grado. Pregúntenle al doctor León Barandiarán . . . nos dice sonriendo.

“¿Y que principales aspectos le interesan de nuestro país?”

“En general, todo lo que se relaciona con el bienestar y la felicidad de su población. Pienso que el Perú, como todos los otros países, tiene que integrar a sus masas dentro de la nacionalidad. Esa es la lucha de hoy. O para mejor comprender, la tarea. Asimilar a toda la población dentro de la vida activa del país. Uds. tienen 4 millones de indios que viven siempre fuera de las condiciones en que se desarrollan sus otros 2 o 3 millones de hombres blancos y mestizos. Amalgamar esta población, realizar una acción que responda a todo el país y no a parte de él es lo que toca hacer en el Perú. ¿Cómo llevarlo a la práctica? Es necesario confrontar la realidad de otros países, estudiar los aspectos de las nuevas formas que se adoptan hoy, y escoger lo aparente para la psicología nacional. Ya les digo, es cuestión de incorporar a las masas dentro de la nacionalidad”.

“Entonces . . . ¿tenemos que esperar el mestizaje?”

“¿Esperar . . .? Hay que ayudarlo. Fusionarse. Y entonces se presenta en el Perú un problema racial. Porque toca a la gente de mayor cultura orientar, en lo que se pueda, la estructuración de la raza, evitando así los daños del futuro. Pero, Uds. me están haciendo hablar como peruana”.

“Eso es lo que queríamos. Y a propósito doctora ¿que impresión guarda de su estada en el Perú?”.

“Los más gratos recuerdos

“Ud. me entiende, doctora Faupel, y sabe que le pregunto sobre ideas generales. ¿Cómo se le presenta el Perú?”

“El porvenir lo está esperando con las manos abiertas. Todo está en camino de cumplimiento. Pero les toca a las generaciones de hoy el difícil papel de consolidar el nuevo espíritu de trabajo social y de abandonar los viejos idealismos románticos que a nada conducen. La realidad trunca toda clase de aspiraciones hechas a base de fórmulas abstractas. En el Perú, como en todas partes, se debe vivir de “hechos”. Yo pienso que la Universidad Mayor de San Marcos puede ser uno de los grandes laboratorios del pensamiento y por eso creo que será conveniente que de ahí salgan al exterior los más capacitados, o mejor dicho los más trabajadores, para que vuelvan luego con una visión comparativa. Y que no sea para copiar, sino para asimilar”.

“¿Le parece entonces interesante esta afluencia de estudiantes peruanos a Alemania?”

“Interesantísima, y debe ser acrecentada. La Casa Peruana en Munich es la gran base, que hay que sostener a toda costa, para la supervivencia de ese núcleo de jóvenes peruanos que han de volver al Perú con las pupilas abiertas. Además, el Instituto Ibe-

ro-Americano realiza, en todo momento, labor en ese sentido, y a eso se debe la invitación hecha a Uds.”

“Que nosotros le agradecemos profundamente”

“No es cuestión de agradecimiento, sino de aprovechamiento. El mes que estén Uds. acá debe ser de estudio y de observación. Uds. verán!”

“Y ¿regresará Ud. al Perú?”

“Así pienso. Tengo enormes simpatías por él. Yo siento que en ese país flota una tradición, una historia. Es decir, que el Perú mantiene una vitalidad de siglos, que asegura su posibilidad en el porvenir. Los pueblos se mantienen arriba cuando sus raíces están incrustadas hondamente en el suelo. Por eso las naciones que deben su grandeza a transitorios triunfos comerciales, no perduran. Son los países de acentuada personalidad los que echan sus puentes al futuro”

Sobre la mesa la cajetilla de cigarrillos es un juguete en manos de la doctora Faupel, que sonríe a cada frase con su eterna risa de **buena madre alemana**. “Freude und arbeit” es un lema para ella.

Al frente el Palacio severo de los kaiseres; más allá el paseo “Bajo los Tilos”, y el “Tiergarten”, corazón de la ciudad, que está palpitando el mediodía de Berlín.

AUGUSTO TAMAYO VARGAS.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»



BIBLIOTECA DEL SEMINARIO DE LETRAS.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS:

- 1.—Libros de Cabildos de Lima. (Tomos: I, II, III, IV y V).—Lima, 1935.
- 2.—“El Perú”.—Itinerarios de Viajes.—Por Antonio Raimondi.—Lima, 1929.
- 3.—Monografías Históricas sobre la Ciudad de Lima. (Tomos: I y II).—Lima, 1935.
- 4.—El Pabellón de Porcelana.—Copilación de poesías chinas (2 ejemplares). Por Carlos Enrique Telaya.—Lima, 1938.
- 5.—Sociología.—Por Roberto Mac Lean y Estenós.—Lima, 1938.
- 6.—Las leyes psicológicas de la calificación.—Por el Prof. Walter Blumenfeld.—Buenos Aires, 1938.
- 7.—Mapas y planos referentes al Virreinato del Plata.—Por José Torre Revello.—Buenos Aires (Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad.) 1938.
- 8.—Panorama actual de la poesía peruana.—Por Estuardo Núñez.—Lima, 1938.
- 9.—El Desempleo Problema Internacional.—Por Francisco Ducasi Mendieta.—Matanzas, (Cuba), 1938.
- 10.—Evolución del Pueblo Brasileño.—Por Oliveira Vianna.—Buenos Aires, 1937.
- 11.—El gobierno mexicano, su organización y funcionamiento.—Por el general D. José Mijares Palencia.—México, 1936.
- 12.—Ensayos de Geografía Política del Perú.—Por Carlos Nicholson.—Arequipa, 1935.
- 13.—Defensa de la Paz.—Por B. Checa Drouet.—Lima, 1937.
- 14.—Por la Cooperación Interamericana.—Por Alberto Sayán Vidaurre.—Buenos Aires, 1936.
- 15.—Historia de las Relaciones entre Buenos Aires y el Paraguay, 1810-1813.—Por Julio César Chávez.—Buenos Aires, 1938.
- 16.—Estudios históricos y fisonomías colombianas.—Por Laureano García Ortiz.—Bogotá, 1938.
- 17.—Monumentos, estatuas, bustos, medallones y placas conmemorativas.—Por Roberto Cortazar.—Bogotá, 1938.

- 18.—El Strombus en el Arte Chavín.—Por Julio C. Tello.—Lima, 1938.
- 19.—J. F. Sánchez Carrión: su historia, su ideología y su obra organizadora.—Por Toribio Guerra Vereau.—Lima, 1938.
- 20.—Sociología General (2 tomos).—Por M. H. Cornejo.—Madrid, 1908.
- 21.—Evolución Mítica en el Imperio Incaico del Tahuantinsuyo.—Por Recaredo Pérez Palma.—Lima, Mayo de 1938.
- 22.—Estudios de Historia Colonial Venezolana.—Por Héctor García Chuecos.—Caracas, Venezuela, 1937.
- 23.—Tierra y Población en el Perú.—Por el Ing. Rómulo A. Ferrero.—Lima, 1938.
- 24.—Un Episodio Eclesiástico en Cuyo, 1824.—Por Enrique Martínez Paz.—Córdoba, Argentina, 1938.
- 25.—Historia del culto a María y de sus Santuarios en la América Hispana.—Por Rubén Vargas Ugarte.—Lima, 1938.
- 26.—Contribución al estudio de la guerra federal en Venezuela. (Tomo II).—Por el Dr. José Santiago Rodríguez.—Caracas, Venezuela, 1938.
- 27.—Archivo del General Miranda.—Viajes Diarios: (Tomos I y II).—Caracas, Venezuela, 1929.
- 28.—Arte Inca.—Por H. Trimborn y P. F. Vega.—Madrid, 1935.
- 29.—Discusión.—Por Jorge Luis Borges.—Buenos Aires, 1932.
- 30.—Cabildos de Lima (3 volúmenes: 1.^a, 2.^a y 3.^a parte).—Descifrado y anotado por Enrique Torres Saldamando con la colaboración de Pablo Patrón y Nicanor Boloña.—Lima, 1888.
- 31.—Historia de la Filosofía Moderna.—Curso dictado por el señor Catedrático de la Universidad Mayor de San Marcos, Dr. Mariano Iberico Rodríguez.
- 32.—La Organización Judicial en el Imperio de los Incas y en la Colonia.—Por el Dr. Horacio H. Urteaga.—Lima, 1938.
- 33.—Documentos relativos a la ejecución del tratado de límites de 1750.—Montevideo, 1938.
- 34.—Repatriación de los restos de Juan O'Brien, guerrero de la Independencia Americana.—Buenos Aires, 1938.
- 35.—Apuntes acerca de la Filosofía de Bertrand Russell.—Tesis presentada a la Universidad Mayor de San Marcos, por W. S. Rycroft, para optar el grado de doctor en Filosofía.

REVISTAS Y BOLETINES RECIBIDOS:

- 1.—El Estudiante, No. 2.—Lima.
- 2.—El Libro Americano, Tomo I, No. 3.—Washington, mayo, 1938.

- 3.—El Correo Escolar, No. 6.—Caracas, 1938.
- 4.—Revista de la Escuela Militar, No. 149.—Chorrillos (Perú), Mayo de 1938.
- 5.—Plan Trienal. (Ministerio de Educación Nacional).—Caracas, 1938.
- 6.—Primer Congreso Internacional de la Enseñanza de la Literatura Ibero-americana.—México, 1937.
- 7.—Péñola, No. 2.—Buenos Aires, 1938.
- 8.—Perú.—Museo Arqueológico.—Publicación del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.
- 9.—Cultura Nacional, Nos. 4-5 y 5-6.—Bogotá.
- 10.—Revue des Etudes Grecques, No. 240.—Paris, 1938.
- 11.—Boletín del Instituto de Cultura Latino-Americano, No. 10.—Buenos Aires.
- 12.—Boletín de la Academia Nacional de la Historia, No. 82.—Caracas.
- 13.—Trópico, No. 2.—Quito, 1938.
- 14.—Tegucigalpa. Nos. 602 y 603.—Tegucigalpa, 1938.
- 15.—Sur, No. 46.—Buenos Aires, 1938.
- 16.—Intercambio Universitario, No. 9.—La Plata, Argentina, 1937.
- 17.—L'Offensive fasciste en Amérique Latine.—Paris, 1938.
- 18.—Letras, No. 64.—México, junio de 1938.
- 19.—Informaciones Sociales, Año II, Nos. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7 y 8.—Publicación de la Caja Nacional del Seguro Social.—Lima, 1938.
- 20.—Rumania, No. 255.—Paris, 1938.
- 21.—Universidad Católica Bolivariana, No. 6.—Medellín, Colombia, 1938. «Jorge Puccinelli Converso»
- 22.—Boletín del Cuerpo de Ingenieros de Minas del Perú, No. 120.—Lima, 1937.
- 23.—Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Nos. 322 a 324.—Bogotá, Colombia.
- 24.—Epoca, No. 8.—New York, 1938.
- 25.—Boletín del Museo de Historia Natural, Nos. 4 y 5.—Lima, 1938.
- 26.—Handbook of Latin American Studies.—Editada por Lewis Hanke, Ph. D.—Cambridge, Massachusetts, 1937.
- 27.—Bulletin de la Société des Americanistes de Belgique, No. 26.—Bruselas, 1938.
- 28.—Universidad de los Andes, No. IV.—Mérida (Venezuela), 1938.
- 29.—Bolletino della Regia Università Italiana per Stranieri, No. 5.—Perugia, 1938.
- 30.—Perú.—Riquezas de la selva.—Publicación del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, 1938.
- 31.—Giornale Storico e Letterario della Liguria.—Génova, 1933.

- 32.—Revista de la Universidad de la Libertad, No. 12.—Trujillo, 1937.
- 33.—Informaciones Cooperativas, No. 9.—Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra.
- 34.—Perú.—Santa Rosa de Lima.—Publicación del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú.
- 35.—Bolletino della Regia Università Italiana per Stranieri, No. 6.—Perugia, 1938.
- 36.—Boletín del Instituto Nacional Mejía Nos. 43 y 44.—Quito, 1938.
- 37.—Tierra Firme, Nos. 3 y 4.—Madrid, 1938.
- 38.—Vida Correntina, No. 130.—Corrientes (Argentina), agosto de 1938.
- 39.—Jurídicas y Sociales, Nos. 3 y 4.—Buenos Aires, 1938.
- 40.—Ultra, No. 25.—La Habana (Cuba), julio de 1938.
- 41.—Revista de Historia de América, No. 2.—México, junio de 1938.
- 42.—Revista Hispánica Moderna.—Boletín del Instituto de las Españas, No. 4.—New York julio de 1937.
- 43.—Revista Cubana, Nos. 32-33.—La Habana (Cuba), 1938.
- 44.—Universidad de Antioquía, No. 24.—Medellín (Colombia), 1938.
- 45.—Boletín de Historia y Antigüedades Nos. 282-284.—Bogotá, 1938.
- 46.—Revista bimestre cubana, Nos. 1 y 2.—La Habana, Cuba, 1938.
- 47.—Archivum Historicum Societatis iesu.—Roma, julio-diciembre, 1938.
- 48.—Universidad de Panamá, No. 11.—Panamá, enero de 1938.
- 49.—Boletín del Archivo General de la Nación, Nos. 1 y 2.—Trujillo (Haití), 1938.
- 50.—Gaceta Histórica, No. 4.—San José de Cucuta (Colombia), 1937.
- 51.—Universidad de la Habana, No. 15.—La Habana, (Cuba), 1937.
- 52.—Boletín del Archivo Nacional, No. 86.—Caracas, (Venezuela), 1938.
- 53.—The National Geographic Magazine, Vol LXXIV, Nos. 3 y 4.—Washington D.C, 1938.
- 54.—Boletín de la Unión Panamericana, Vol. LXXII, Nos. 7, 8 y 9.—Washington.
- 55.—Homenaje a César Vallejo.—Asociación de Escritores, Artistas e Intelectuales del Perú.—Lima, agosto de 1938.
- 56.—Plan de Reconstrucción Económico-Social.—La Habana (Cuba), 1938.

- 57.—Arte Peruano.—XXVI Congreso Internacional de los Americanistas, Sevilla, 1935.
- 58.—Physis, No. 14.—Buenos Aires, 1938.
- 59.—Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales, Nos. 1 y VI.—Tegucigalpa, (Honduras), 1938.
- 60.—Revista de Derecho y Ciencias Políticas, No. III.—Universidad de San Marcos, Lima, 1938.
- 61.—Boletín de la Dirección de Asuntos Indígenas.—Publicación del Ministerio de Salud Pública, Trabajo y Previsión Social.—Lima (Perú), 1938.
- 62.—Los Nuevos, No. 1.—Lima, 1938.
- 63.—Revista de las Indias, Nos. 9 y 10.—Bogotá.
- 64.—Revista de Arte, No. 19-20.—Universidad de Santiago de Chile, 1938.
- 65.—Boletín de Estudios Históricos, No. 82.—Pasto (Colombia), 1938.
- 66.—Revista de la Lengua Quechua (En Español, peruano e inglés), No. 1.—Lima, Perú, 1938.
- 67.—Mentor, No. 1.—Montevideo, agosto de 1938.
- 68.—Perú.—Monedas del Coloniaje y de la República.—Publicación del Ministerio de RR. EE. del Perú, 1938.
- 69.—Por Nuestro Idioma, No. 18.—Buenos Aires, 1938.
- 70.—Trópico, No. 2.—Quito, (Ecuador), 1938.
- 71.—Sur, Nos. 47 y 48.—Buenos Aires, 1938.
- 72.—Revista del Archivo Nacional del Perú (Tomos: IV, V, VI, VII, VIII, IX y X).—Lima (Perú), 1926-37.
- 73.—Segunda reunión de la Junta de Rectores de las Universidades oficiales del Perú.—Arequipa, 1937.
- 74.—Universidad de Arequipa, No. 13.—Arequipa, 1938.
- 75.—Revista Universitaria, No. 74.—Cuzco, primer semestre de 1938.
- 76.—Servicio Meteorológico Nacional.—Resumen mensual.—Observatorio central de Lima (Perú), julio-diciembre, 1937.
- 77.—Boletín oficial No. 1 de la Confederación Sudamericana de Atletismo.—Lima, agosto de 1938.
- 78.—Boletín de la Unión Panamericana, No. 10.—Washington, octubre de 1938.
- 79.—Catálogo de la Biblioteca del Club Nacional.—Lima, 1938.
- 80.—Boletín de Información de la Comisión Interamericana de Mujeres (3 números: a) Homenaje tributado a la Presidenta srta. Doris Stevens; b) Discurso de la misma; c) Discurso de la srta. Minerva Bernardino.—New York, 1938.
- 81.—Bollettino della Regia Università Italiana por Stranieri, No. 8.—Perugia, agosto de 1938.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

SOCIOLOGIA.

Por el doctor Roberto Mac-Lean y Estenós, Catedrático Titular de Sociología, de la Universidad Mayor de San Marcos.—Un tomo, 554 págs.—Editado en los talleres de la Imprenta y Librería “Ariel”.—1938.—Lima, Perú.

El doctor Roberto Mac-Lean y Estenós ha publicado, en el presente año académico, su obra “Sociología”, científicamente estructurada, con un contenido que interesa, por su fondo y por su forma, no sólo a sus alumnos y a las personas vinculadas al claustro sino también a todos aquellos que siguen la trayectoria de los múltiples problemas sociales que preocupan a la civilización.

En el capítulo inicial de su libro, el autor delimita las fronteras de la disciplina sociológica, analiza las causas de su incertidumbre, estudia los métodos adecuados haciendo la crítica de sus diversos ensayos, define las principales leyes comprobadas en el vasto campo de la experimentación social y examina las principales escuelas que, desde la Antigüedad hasta nuestros días, han ensayado interpretaciones diversas al fenómeno social, dividiéndolas en tres etapas—precomtiana, comtiana y postcomtiana—analizando su contenido científico, coordinando sus distintos puntos de vista, tratando de armonizarlos hasta donde sea posible hacerlo, sin pretender poner un denominador común a todas las divergencias doctrinarias y adoptando una actitud ecléctica que le permita usar todos los datos ciertos de cada una de las distintas escuelas para ensayar una interpretación propia de la génesis y de la tésis social. Esa interpretación va a ensayarla en el segundo capítulo de su obra que resulta de esta suerte el corolario lógico del primero.

Figuran en esa sistematizada exégesis de las escuelas sociales, el análisis y la crítica de la interpretación religiosa del fenómeno social en la Antigüedad y en la Edad Media; la explicación metafísica de la sociedad y la concepción libero-racionalista de la filo-

sofía griega; la afirmación apriorística, trifurcada en el finalismo de Kant, en el dialectismo de Hegel y en la acción del inconciente que patrocina Hartmann; la escuela histórica del siglo XVIII con las teorías de Gibbon, Montesquieu y Vico y luego con el aporte de Rousseau, de Gumpłowicz, de Spéncer, de Turgot y de Condorcet, considerando a estos dos últimos como los precursores inmediatos de la Sociología. Analiza luego la obra de Augusto Comte, fundador de la disciplina sociológica y cuyo nombre llena una época. En el ciclo postcomtiano ubica a las escuelas que, aun cuando tienen antecedentes en épocas anteriores, sólo alcanzaron auge después de la muerte del gran filósofo. Analiza detalladamente el doctor Mac-Lean, en esta parte de su obra, la esencia, la trayectoria, el contenido y las conclusiones de la sociología biológica que plantea una pretendida identidad entre la sociedad y el organismo; de la sociología psicológica, cuyos más genuinos representantes son Tarde y Wundt; las concepciones bio-sico-sociológicas que tienen su expresión en la teoría conciliadora de Fouillé y en la orientación de Oswaldo Spengler; la antroposociología que exalta la influencia decisiva de la raza, pretende descubrir una relación entre el índice cefálico y los problemas sociales, trata de explicar por medio de ella todos los accidentes de la historia y tiene viva actualidad en Europa con la política racial adoptada por algunos estados; la sociología geográfica que anota la influencia del medio físico—clima, agua, accidentes topográficos—en el proceso de las culturas; y la interpretación estadística de la sociedad que aspira a establecer, por las matemáticas, las normas generales que presiden y rigen el desenvolvimiento de la vida colectiva. Dedicó el doctor Mac-Lean páginas interesantes y serenas al estudio histórico del socialismo, en las distintas etapas de su evolución. Esta parte de su obra constituye un alegato elevado y ecuánime, en armonía con su posición magisterial, sobre las escuelas socialistas, exageradamente execradas por unos, exageradamente encumbradas por otros, todavía sin ubicación fija en la historia. Examina el doctor Mac-Lean la trayectoria socialista desde la Antigüedad hasta nuestros días y desfilan en ella el socialismo utópico que representó Platón; el socialismo cristiano, con su profundo sentido ético, compendiado en la acción de los primeros padres de la Iglesia y en las distintas encíclicas pontificias, en especial las de León XIII y las del actual Papa Pío XI; el socialismo “radical” del siglo XVIII con Owen, Fourier, Blanc y Sculze—Delizch; el socialista científico, cuya partida de bautismo la redactaron Marx y Engels en el Manifiesto de 1848, su teoría y su táctica, su programa máximo y su programa mínimo, sus acciones y sus contradicciones en la revolución social; la teoría de la evolución, en sus distintas formas y la teoría de los círculos culturales,

en sus antecedentes, en su contenido y en el análisis y la crítica de cada uno de los complejos culturales. Termina este capítulo de "Sociología" con una visión panorámica sobre el movimiento sociológico contemporáneo en Francia, Alemania, Norte América y el Japón.

Todo el material precedente, hábilmente seleccionado y aprovechado por el doctor Mac-Lean y Estenós le sirve de base sólida para, ya en el segundo capítulo de su obra, intentar una explicación de la génesis y de la tétesis social. Analiza el proceso cosmogónico desde el origen de la vida hasta la aparición de la especie humana. Dedicar un subcapítulo especial a la sociología zoológica, estudiando las múltiples especies de sociedades animales, desde las más embrionarias hasta las más perfectas. Establece las analogías entre estas sociedades y los primeros agregados humanos. Y estudia luego la evolución social en la humanidad, descubriendo un doble proceso: el objetivo que se inicia con la horda primitiva, prosigue con la tribu en sus múltiples formas hetairica, frática y gentilicia y se perfecciona cuando surge la ciudad y el estado con sus trascendentales problemas. En este punto analiza el autor, con ideas precisas y frases cáusticas, el fenómeno de la crisis contemporánea del parlamentarismo, del partidismo y de la democracia. El proceso subjetivo comprende el estudio de los distintos temperamentos sociales, el régimen de las castas y de las clases y su evolución. Cierra este capítulo un conceptuoso análisis sobre el significado y la crisis de la civilización contemporánea.

Subraya el doctor Mac-Lean la trascendencia de dos fuerzas sociales: el sexo y el espíritu colectivo. Dedicar al sexo un estudio amplísimo, fundamental y profundo, algunos de cuyos fragmentos, publicados como una anunciación en 1936, merecieron el Primer Premio que la Revista Argentina de Buenos Aires otorga anualmente a las mejores obras editadas en Hispano América. Hace el doctor Mac-Lean la valoración social del sexo: describe su ficha biológica, puntualiza los nexos existentes, desde la Antigüedad, entre el problema sexual y el fenómeno religioso; sigue la trayectoria prehistórica e histórica del sexo desde la promiscuidad primitiva hasta la aparición de los regímenes monogámicos, estudian-do prolijamente los distintos tabús e instituciones sexuales; analiza el curso prehistórico e histórico de la prostitución, desde sus orígenes hasta nuestros días, resaltando su trascendencia social; plantea y resuelve la cuestión eugenésica en sus tres capítulos, la limitación científica de la concepción, la esterilización de los tarados y el aborto; analiza luego la desigualdad de los sexos y su trascendencia social; aborda el problema del sexo, de la locura y de la criminología sexual; concluyendo esta interesante parte de su

obra con un análisis de la crisis sexual contemporánea, en sus causas y en sus proyecciones.

El estudio del espíritu colectivo constituye el último capítulo de la "Sociología". Plantea el doctor Mac-Lean la distinción entre psicología individual y colectiva, analiza los diversos signos fundamentales del espíritu colectivo y, siguiendo la escuela de Wundt, afirma la existencia de una inteligencia colectiva que crea el lenguaje, un sentimiento colectivo que crea el mito y una voluntad colectiva que engendra la costumbre, fuente de la moral y del derecho.

Hace el autor, en este último capítulo de su obra, la sociología del lenguaje. Estudia los orígenes de todos los medios de expresión humana y animal; afirma la imposibilidad de la existencia de un período en que el hombre, ya en posesión de los caracteres físicos y síquicos que lo diferencian de otras especies, careciese del lenguaje solamente; sigue la evolución del lenguaje, a través de las múltiples teorías que intentan explicarla y de los diversos factores de conservación, renovación y equilibrio que intervienen en ella; puntualiza la influencia del lenguaje en la cultura, en el arte y en la ciencia y la fuerza solidaria que, en el interior de cada grupo representa la comunidad de la lengua.

Contiene luego la obra que estamos glosando, el estudio más completo, a la par que sintético, sobre el Mito, expresión del sentimiento colectivo. Comprende las diversas teorías que tratan de explicar el origen del Mito; el curso de su desenvolvimiento y los factores sociales que lo determinan y las distintas manifestaciones míticas, siendo las principales el animismo, la brujería, el canibalismo, el demonismo, el fetichismo, el totemismo, cada una de las cuales son detenida y profundamente estudiadas; y la evolución de la fantasía colectiva en el mito, a través del cuento, de la tradición heroica, de la cosmogonía y de la leyenda. Complementan los estudios míticos, las referencias al arte, en sus distintos períodos y en sus diversas formas, conexionando las orientaciones del proceso síquico con las influencias sociales que lo determinan.

La costumbre, expresión de la voluntad colectiva, génesis del derecho y de la moral, finaliza la "Sociología". Estudia el doctor Mac-Lean, en forma amplia, la génesis prehistórica del derecho que se crea en el gigantesco laboratorio de la experiencia social; analiza las diversas clases de homicidio, en favor de la sociedad los unos, repudiados por ella los otros; investiga el origen y el desenvolvimiento del derecho a la propiedad, puntualizando siempre el carácter social del fenómeno jurídico. Termina la obra con una valoración social de los ideales éticos, examinando los conceptos fundamentales a los que da un valor ético la psicología colectiva.

La obra del doctor Roberto Mac-Lean y Estenós es la más seria contribución a la Sociología que se ha producido en los últimos veinte años en el Perú.

J. A. CH.

Del folklore peruano.

COSTA, SIERRA Y MONTAÑA.

Por Aurelio Miró Quesada Sosa.

Somos un país de inagotables perspectivas. Rico en paisajes, en culturas pretéritas, en historia, en posibilidades económicas. Los Andes constituyen nuestra mayor paradoja. Impulsan y retardan nuestro progreso. Nos enriquecen y nos empobrecen. Nos invitan a la brega y nos impiden realizarla. Los Andes nos han dotado de todas las latitudes, de todos los climas y, por ende, de todos los productos; pero también nos han puesto un recio obstáculo para las comunicaciones, para el intercambio espiritual entre los distintos pueblos, para la unidad nacional, debilitada tanto tiempo por los sentimientos regionalistas.

Vivimos en un país que no conocemos. Conocerlo es una obligación que prelude la comprensión mutua y la mejor simpatía entre los distintos agregados sociales que lo integran. Las costumbres de Chichilayo se ignoran en Tacna. El folklore de Iquitos no se conoce en Lima. Los tonderos de Piura se ignoran en el Cusco. Las brujerías de Lambayeque son distintas de las de Puno. Nadie hasta ahora había emprendido la obra magnífica de darle un sentido unitario a esos distintos estados de la conciencia colectiva en el Perú. Esa obra la acaba de realizar, con rotundo acierto, el doctor Aurelio Miró Quesada Sosa, catedrático de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, viajero infatigable que después de dar la vuelta al mundo, dió una vuelta al Perú y que ha escrito "Costa, Sierra y Montaña", libro todavía fresco de tinta de imprenta, exornado con ilustraciones pictóricas de Julia Codedido, José Sabogal, Camilo Blas y Enrique Camino Brent.

Trujillo con su colonialismo y sus contornos rurales de ciudad

ubicada dentro del campo, sus templos y sus casas señoriales; Chanchán, ese gran cuerpo de barro que tiene un alma; Huanchaco con su fisonomía pueblerina; Lambayeque con sus abolengos y sus costumbres típicas, el criollismo de Chiclayo, sus brujos y sus danzas, su haciendas y sus ruinas, sus “pesas” y sus cantares desde el “Juyupe” que tuvo su momento de gloria durante la revolución de Balta en 1868 hasta la “chongoyapana” que eterniza su sentimentalismo; Piura, con sus héroes, sus poetas, sus pintores, sus arenales y sus algarrobos, su luna de Paita y su sol de Colán, sus ostras, sus tonderos y sus ricashembras; Tumbes, la tierra extranjerizada, del petróleo, los caminos asfálticos, las grandes plantas eléctricas, las destilerías, los altos castillos de madera en que las bombas ayudan a surgir el oro negro y viscoso del petróleo y sus miles y miles de metros de tubos que corren y se entrecruzan como telas de araña; Ica, con sus signos de pueblo trashumante, sus médanos, palmeras y huarangos, con la Chirana y con Huacachina, con su Señor de Luren y su Padre Guatemala, y sus racimos los más jugosos del Perú; Huancavelica, con la historia de sus minas y sus procesiones; Ayacucho, con sus barrios viejos y evocadores, sus leyendas, su pampa histórica, sus ferias y sus “morochucos”, sus guitarras y sus coplas; Cajamarca, “inventario del verde”, con sus danzas campestres, el clarín, la trilla y la “chochocha”; y, al fin, el océano gigantesco de la Amazonia, el pleno dominio de la selva, “una montaña sin montañas”, donde se yergue Iquitos, la “ciudad del agua” que vive la vida del trópico y la “ciudad de selva” paraíso verde, “gentil escenario para el diálogo antiguo y siempre nuevo de la selva y el río”.

El libro de Aurelio Miró Quesada Sosa, es, como salido de su pluma, magnífico. Medio Perú vibra en sus páginas, llenas de color, de emoción y de luz .

R. M. E.

“LOS NUEVOS”.

Imp. “Ariel”.—1938.

Bajo la dirección de J. S. Abugattás, ha salido a luz la revista bimensual “Los Nuevos”.

El número de presentación trae el sello de una inquietud creadora.

La sección “Notas bibliográficas y valoraciones” está hecha con alguna precipitación. Existe en sus apreciaciones cierto tono paternal,—con intermitentes descortesías— que resulta intolerable.

Pero la imperfección es acicate cuando el anhelo —como en el caso presente— tiende a un plano superior.

C. D. V.

“TRABAJADORES DEL CAMPO”.

De Augusto Mateu Cueva.—(Ilustraciones de Camino Sánchez).—Taller gráfico de P. Barrantes.

Laureado con el primer premio en el “Día del Indio” —Concurso Literario 1937—, acaba de ser publicado un libro de cuentos de comunidad, bajo el título de “Trabajadores del Campo”.

A través de “El Riego”, “Trabajo Asociado”, “Escuela de Comunidad” y “La Noche de San Sebastián”, se desarrollan sucesos, en los cuales el hombre y la tierra son vistos en unidad funcional.

Contenido desbordante, rebasa la esfera de un puro regionalismo, superando personajes y motivos locales, llevándonos a intuir las específicas maneras de una raza, su telúrico sentir del ritmo y su sentido de cooperación en el trabajo gozoso de la tierra; y luego, ampliado el horizonte sico-social, flora indirecta la visión de la angustia del hambre y la injusticia en personajes tan negativos como “la señorita doña Serafina”, o los “campesinos ricos” que acaparan las aguas de regadío y que odian secretamente a los “grandes” y desprecian al pueblo.

En sus páginas de crítica sutil, existe, tácita, la invitación a soluciones esenciales.

Su arte nos habla del ímpetu creador de la vida y de la importancia de saber canalizarla para floraciones estatales superiores, a la manera hábil de los viejos políticos inkas.

Estilo claro, matizado de interjecciones que presentan vivos a los personajes, parco en expresiones autóctonas, este libro de Au-

gusto Mateu Cueva es un valioso aporte al cuento peruano —bastante descuidado—, y una promesa de futuras y superiores producciones.

C. D. V.

“VALORES HUMANOS EN LA OBRA DE LEONIDAS YEROVI”.

Luis Fabio Xammar.—Editorial Antena.—Lima.—1938.

Adoptando un apropiado método de investigación, Luis Fabio Xammar abstrae los valores humanos de la obra de Leonidas Yerovi. Se solaza en estudiarlos, para llegar a establecer claridad en torno a las manifestaciones anímicas que caracterizan al poeta. Y descubre su fondo emocional, la desadaptación e inadaptación que lo inducen a la bohemia, su amargura, el risueño humorismo en que vierte sus amables visiones de la vida. Descubre el diálogo de su intimidad, el ingenuo simbolismo en que da vida a las imágenes de su mundo interior, su “gula verbal”. Roza, ya, las lindes de la poética, pero no traspasa sus umbrales; y mantiene la vigencia de su propósito, la voluntaria y sistemática circunscripción de su análisis.

Luis Fabio Xammar llega así, a un ajustado conocimiento de la personalidad de Leonidas Yerovi, y eleva su caracterización hasta las causas. Dice :

“Sin compromisos sociales, familiares, ni intelectuales que lo ataran, pudo decir con absoluta independencia la visión alegre o dura de la realidad. Es en esta **independencia** donde radica uno de los factores más fundamentales de la sustantividad de Yerovi; porque su independencia fué triple: independencia ante la tradición, ante los escrúpulos intelectuales y ante la vida”.

Y también nos hace ver que Leonidas Yerovi coincide con la consolidación de nuestra burguesía —comercial y burocrática— pero no una burguesía triunfante, sino un sector angustiado y económicamente inestable.

Precisamente, la sonrisa burlona de Leonidas Yerovi —así co-

mo la socarronería de don Ricardo Palma y el aliento que exuda la euforia progresista de Luis Benjamín Cisneros— coincide con un momento de nuestra historia en que la burguesía insurge y pugna por consolidarse. Su ideología renueva las orientaciones gubernativas e impregna el espíritu de nuestra cultura. Pero Leonidas Yerovi no perteneció a la burguesía “comercial y burocrática”, sino a “un sector angustiado y económicamente inestable”: por eso era independiente, por eso se inspiró en los motivos populares e hizo una literatura festiva de pura estirpe criolla.

Este estudio de Luis Fabio Xammar sobre los “Valores humanos en la obra de Leonidas Yerovi” da una complaciente impresión de integridad, y, simultáneamente, se aleja de la visión total. En el fondo, sólo escruta en los valores humanos de Leonidas Yerovi, abstrayéndolos de su obra y de su vida; pero roza y desenvuelve airoosamente los temas que sorprende al realizar su propósito, y lo hace para destacar la importancia fundamental de dichos valores, para ubicarlos entre los demás aspectos de la personalidad de Yerovi, y para diferenciarlos de aquellos valores más o menos semejantes que pudieran existir en otras personalidades afines. Un doble acierto alcanza en esta forma: realzar los valores humanos de Leonidas Yerovi, como cúspide y síntesis de su compleja fisonomía personal; y sugerir temas a otros estudiosos, sin que ellos lesionen el conjunto armónico de su propio estudio.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

A. T.

EVOLUCION DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA.

Amanda Labarca H.

Es un magnífico estudio de nuestra conocida autora de “Mejoramiento de la vida campesina”. Estudia la forma educacional de los tiempos anteriores a la Gran Guerra y la posterior también; las ideas que priman en estas evoluciones. Tráe datos estadísticos sobre el movimiento educativo en los principales países europeos, como Alemania, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Considera la influencia que ha tenido la guerra en el proceso educativo de los países y llega al final a los estados modernos que tienen caracterizados métodos que priman sobre los demás países.

Amanda Labarca ha desarrollado su estudio en clarísimo lenguaje y sobre documentaciones que pueden servir mucho a nuestra educación. Anuncia un estudio sobre el proceso educativo en Chile.

E. CH.

ANTOLOGIA DE BHARTRIHARI.

Por Fernando Tola Mendoza.—Lima.—1938.

Fernando Tola Mendoza, el joven y acucioso filólogo, ha editado, recientemente, la Antología de uno de los más discutidos poetas indios: Bhartrihari. Es la primera vez que se publica en el Perú y posiblemente en América, una traducción directa del sanscrito al castellano acompañada del texto sanscrito mismo. Tola Mendoza ha tomado para su trabajo estrofas de "La Centena de la Conducta", de "La Centena del Renunciamiento" y de "La Centena del Amor." Tres temas que constituyen tres actitudes del pensamiento indio frente a la vida en general: tres actitudes quizás si contradictorias entre sí, pero que por esa misma contradicción muestran la complejidad del espíritu indio. Así podemos ver que no sólo hay belleza en el poema mismo sinó un vasto conocimiento de la vida que, no sin razón, afirma Tola en la breve introducción, nos ha de sorprender muchas veces.

Cuidando celosamente la fidelidad de la traducción, Fernando Tola Mendoza, ha logrado plenamente, mantener esa línea cualitativa que se encuentra en los poemas. Hay tal grado de belleza palpitante y fresca que no parecen haber sido escritos hace trece siglos. Veamos una muestra en "La Centena del Amor":

"Descansó, descansó, de los árboles del bosque en la sombra, una mujer esbelta; luego salió, con la túnica de su pecho, sostenida por su mano, protegiéndose de los rayos de la luna".

Obra de indudables méritos es la labor de Fernando Tola Mendoza. Para los demás, entre ellos sus alumnos, es un fuerte estímulo y para la cultura peruana obra de positivo beneficio, pues marca,

nada menos, que el culto a las disciplinas lingüísticas y filológicas por mucho tiempo postradas en el más lamentable abandono.

J. CH.

EL PABELLON DE PORCELANA.

Carlos Enrique Telaya.

Este libro se compone de una bella colección de poesías chinas, seleccionadas y traducidas del francés, inglés y alemán, por Carlos Enrique Telaya. El autor dice que no es propiamente una antología su obra; más bien una presentación de un arte tan fino y tan antiguo.

Precede a las poesías un verso de Rubén Darío y vienen después, en capítulos apartes, los diferentes autores chinos. Para traducir el verso hay que ser poeta, ser sensible a esa intuición hermosa y el autor de este volumen ha sabido captar el delicado matiz de la poesía oriental.

«Jorge Puccinelli Converso»

E. CH.

“CRUZ Y EXTASIS DE LA PASION”.

Por Esther de Cáceres.—Buenos Aires, 1937.

Veamos a Esther de Cáceres, quieta, entre la angustiada desazón de la vida; sola, en medio de la total inquietud; y contemplativa, en la hora de la acción inevitable. Crédula admiradora del prodigio que el simbolismo y la superstición hicieron superior a la inteligencia del hombre; y cultivadora de una ingenua filosofía

del devenir, que se representa en la fugacidad del viento o se expresa en un místico desprendimiento de todo interés corpóreo.

Dice:

Islas del sueño me llaman,
pero está quieta mi barca.

esta voz que Esther de Cáceres siente resonar en su quietud, no es otra que la contenida en la vocación mística que impera sobre su pensamiento. Es la voz de su soledad, la que sincroniza su contemplación extática, la que surge en la apacible quietud de la noche:

Tu voz a través del aire
paloma de soledad
tranquila sobre mi alma.

Es la voz que surge en la noche, cuando el alma puede pensar a quien la entona, y dibujar en las tinieblas sus transparentes contornos. Y, a manera de imprecación, dolorosamente germinada, apostrofa el alma:

Oh. Tú el que está envuelto en noche,
alejado en la noche,
te persigue mi sueño en la noche.

Porque sus misterios, o su mística quietud, hacen de la noche un "rincón de sueños", o un "rincón de cantos". Y, tal es el amor que el alma pone en sus creaciones, que las abstrae de toda noción que les sea ajena; y, desde la abstracción, el alma se eleva hasta el blando delirio, hasta la pura forma mental.

De igual manera se va abstrayendo Esther de Cáceres, al evocar la pasión y la muerte de Jesús. Y ha llegado al éxtasis, cuando contempla la muerte como "sueño lento en cielos de tormento", como "ardiente soledad en cielos lentos"; o cuando se deleita imaginando la taumatúrgica resurrección:

ríos y ríos huyendo como sombras,
transfigurado en sombras todo un bosque de llamas,
¡Tú, río de los desiertos, libre y puro,
tranquilo en soledad por mares blancos!

Y así, blandamente, describe Ester de Cáceres el éxtasis vivido por su alma. Con ritmos de lenta ensoñación, con imágenes que entrañan un íntimo simbolismo. Enmarcado dentro de una forma libre, que a veces se acerca al asonante y que sólo defectuosamente incide en la consonancia, por repetición final de una misma palabra; y preponderantemente libre en cuanto al metro, pues a veces se acerca al endecasílabo y al octosílabo. Pero no hay hondura en “Cruz y éxtasis de la pasión”; y sólo aparece una emocionada mimesis del alma, que sueña, en la quieta soledad de la noche. Sólo aparece como imploración o ansia del alma que busca su luz en la pasión que divinizó al hombre.

A. T.

“22 DE DICIEMBRE”.

Lorenzo Turrent Rozas.—Editorial “México Nuevo”,
México.—1937.

Biblioteca de Letras

Realizada como «diario de un estudiante», esta novela de Lorenzo Turrent Rozas nos hace creer en una lenta y progresiva conquista de la técnica adoptada. Porque las primeras páginas son de adentramiento manifiesto, lentas en su desarrollo y cuidadosamente trabajadas; se desenvuelven con evidente premeditación, y sus palabras parece que persiguen un efecto determinado. Luego se va esfumando la aparente dificultad del comienzo, para convertirse en un sereno sondeo de intimidad. Conquista soltura y sencillez en la expresión. La fluencia del sentimiento se hace simultáneamente ligera y profunda, espontánea e inquieta. Y el diario del estudiante se nos presenta dotado de un sano idealismo, como una sincera declaración de fé.

Es historia de la formación de una conciencia y, sin embargo, “22 de diciembre” no puede ser estimada como un fruto puramente individual: antes que eso, es brote consecuente de una renovada condición ambiental; es un retazo de cualquiera vida anónima, donde aparecen los nuevos y continuos requerimientos con que las fuerzas sociales atraen a participar en su desarrollo. Es una

manifestación de la simpatía con que hoy vamos hacia la solución de los problemas humanos, una prueba ostensible de la creciente comunidad entre los intereses sociales e individuales.

A. T.

“MENSAJE DE POESIA”.

**Juan Negro.—Librería e Imprenta “Artes y Letras”.—
Santiago de Chile.—1936.**

Joyel de voces íntimas y esencias odorantes, e índice de la renovada orientación tonal de nuestro verbo, este “Mensaje de poesía”, tiene la seducción de un fruto maduro. Es deleitoso en su sensibilidad, juncalmente grácil en sus ritmos, alado y sugerente en su imaginismo. Es revelación de una indiscutible maestría poética.

Hay maestría poética en el sazonado cultivo de las formas clásicas y en el parejo empleo de los nuevos moldes. Allí están: el soneto endecasílabo escrupulosamente rimado, el verso de cuatro sílabas como pie quebrado del octosílabo, el verso alejandrino, el romance octosílabo. Y, a su lado: el verso libre, las estrofas de construcción irregular, la greguería.

También hay maestría poética en la lograda disciplina de la inspiración. Pues, si Juan Negro realiza poesía nueva, lo hace forjando un fundamental ordenamiento de imágenes e ideas, de tal manera que todo encamina al desenvolvimiento del tema propuesto. Se acerca, pues, a la manera clásica; se aparta de aquella anárquica y desequilibrada sucesión de imágenes en la cual quisieron hallar algunos la clave para una novación de la poesía; y, gracias a esta disciplina, elabora con igual facilidad el poema de inspiración popular—“Chueca”—o la confesión de intimidad.

Validado por esta maestría, Juan Negro convierte el arte poético en un puente que lleva al lector hacia el poeta, o en un instrumento de reposada satisfacción espiritual. Y, para comprobarlo, no resisto a la tentación de transcribir su “Verano”:

Tras un largo descanso las hoces se preparan
para cortar el rubio cabello a los trigales.
Bermejas amapolas dan su fuego a los días
y viajan mil vilanos por las sendas del aire.

Mensajera del huerto la avispa primorosa
resalta sus azules sobre el jazmín sin mancha
el arroyo le dice piropos cristalinos
a la niña que hunde las manos en el agua.

Poetas de la yerba, los grillos le recitan
villancicos sonoros y baladas silvestres.
La brisa bruñe el cielo con hilaza de nubes
y al cielo le sonríen las pupilas celestes.

Alegremente castos los duraznos exhiben
la mejilla granate de sus rostros de felpa.
El ciruelo ilumina un millar de farolas
y mueve el girasol sus pausadas veletas.

Las trenzas de la tarde tienen olor a rosas
y a melones maduros y a poleos sencillos.
Y la luna, en las noches, parece que empollara
al caliente verano en su huevo amarillo.

Como se podrá juzgar por la muestra, son hartas las razones
que inspiraron al municipio de Santiago de Chile, para otorgarle a
este libro el premio de poesía correspondiente a 1936.

A. T.



REVISTA DE REVISTAS

(ARTICULOS DE INTERES)

HISTORIA

- ABAD, Plácido.**—El General Soler en el Uruguay.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 134-136.—Santiago del Estero, 1938).
- ALBA, Pedro de.**—El panamericanismo clarividente y generoso de Bolívar.—(Boletín de la Unión Panamericana, Vol. LXXII, No. 7; págs. 377-382.—Washington, agosto de 1938).
- AREAL, P.**—Un héroe de la Conquista.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 174-184.—Santiago del Estero, 1938).
- BERRUTTI, José J.**—Sarmiento, 1811-1888.—(Boletín de la Unión Panamericana, Vol. LXXII, No. 10; págs. 565-573.—Washington, octubre de 1938).
- BOSCA SEYTRE, A.**—La momia americana del Museo Paleontológico de Valencia. (Rev. "Tierra Firme", Nos. 3-4; págs. 539-540.—Madrid, 1936).
- BRUMAN, Henry J.**—Crítica de las investigaciones rusas sobre Genética vegetal en la América Latina y el significado de esta última para la Historia de la Civilización.—("Universidad de Arequipa", No. 13; págs. 49-62.—Arequipa, julio de 1938).
- CANDIA, Enrique de.**—El Destino de la Historia.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 163-165.—Santiago del Estero, 1938).
- CERECEDA, J. Dantín.**—Primeros contactos entre los tipos de alimentación antillano y mediterráneo.—(Rev. Tierra Firme, Nos. 3-4; págs. 383-412.—Madrid, 1936).
- CORNEJO BOURONCLE, Jorge.**—Garcilaso Inca de la Vega.—("Revista Universitaria", No. 74; págs. 120-127.—Cuzco (Perú), 1er. semestre de 1938).
- E. G. S.**—La paz entre Bolivia y el Paraguay.—(Boletín de la Unión Panamericana, Vol. LXXII, No. 10; págs. 584-591.—Washington, octubre de 1938).
- GARGARO, Alfredo.**—Una pretendida civilización Chaco-Santiaguense.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 193-201.—Santiago del Estero, 1938).
- GENNERO, Segundo.**—Cantos y danzas de Santiago del Estero.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 190-192.—Santiago del Estero, 1938).
- GOMEZ, Hernán F.**—Interpretación de los primeros pactos interprovinciales.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 129-133.—Santiago del Estero, 1938).
- GOMEZ RESTREPO, Antonio.**—Bogotá, 1538-1938.—(Boletín de la Unión Panamericana, Vol. LXXII, No. 9; págs. 511-525.—Washington, 1938).

- GSCHWIND, Juan Jorge.**—Apuntes históricos sobre el desarrollo de la Instrucción Primaria en la provincia de Jujuy, 1810-1884.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 137-151.—Santiago del Estero, 1938).
- HERNANDEZ DE ALBA, Gregorio.**—Investigaciones arqueológicas en Tierra dentro.—(Revista de las Indias, Vol. II, No. 9: págs. 29-32; y No. 10: págs. 91-101.—Bogotá, 1938).
- J. D. B.**—Documentos relativos del Obispo de Trujillo (Perú) don Baltasar Jaime Martínez Compañón.—(Rev. "Tierra Firme", Nos. 3-4; págs. 544-559.—Madrid, 1936).
- LARREA, Juan.**—Un vaso peruano del Museo de Madrid.—(Rev. "Tierra Firme", Nos. 3-4; págs. 515-534.—Madrid, 1936).
- LARREA, Juan.**—Algunos datos sobre etnografía de Túmbez.—(Rev. Tierra Firme, Nos. 3-4; págs. 543-544.—Madrid, 1936).
- LAZCANO COLCERE, Godofredo.**—Romance de la fundación.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 168-173.—Santiago del Estero, 1938).
- NADAL, Emilio G.**—Un valenciano, compañero de Grijalba y Cortés.—(Rev. Tierra Firme, Nos. 3-4 págs. 535-538.—Madrid, 1936).
- ORTIZ, Fernando.**—Garibaldi por Cuba libre.—(Revista bimestre cubana, Vol. XLI, No. 1; págs. 121-140.—La Habana, Cuba, Enero-Febrero, 1938).
- OTS, José María.**—El régimen municipal hispanoamericano del período colonial. (Rev. Tierra Firme, Nos. 3-4; págs. 353-381.—Madrid, 1936).
- PATTEE, Richard.**—Hacia la autonomía de Jamaica.—(Revista bimestre cubana, Vol. XLI, No. 1; págs. 141-154.—La Habana, Cuba, 1938).
- RODRIGUEZ MONINO, A. R.**—Cómo se publicaba un libro en Indias a principios del siglo XVII. (Rev. Tierra Firme, Nos. 3-4; págs. 413-437.—Madrid, 1936).
- RODRIGUEZ MONINO, A. R.**—Una crónica dominicana del siglo XVI?—(Rev. Tierra Firme, Nos. 3-4; págs. 538-539.—Madrid, 1936).
- ROMERO, Carlos Gregorio.**—Ensayo sobre la religión primitiva de los autóctonos del Tucumán.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 187-189.—Santiago del Estero, 1938).
- ROSENBLAT, Angel.**—Los otomacos y taparitas de los llanos de Venezuela. (Rev. Tierra Firme, Nos. 3-4; págs. 439-514.—Madrid, 1936).
- SILVA, Rafael Euclides.**—Socorro que la Audiencia de Quito envía al Reino de Chile, con motivo de la sublevación de los araucanos.—(Revista Trópico, No. II; pág. 19.—Quito, Ecuador, mayo-julio de 1938).
- SILVA, Rafael Euclides.**—La Prehistoria en América.—(Rev. Trópico, No. II; pág. 27.—Quito, Ecuador, mayo-julio de 1938).
- TATE LANNING, John.**—Cortés y su primera remisión oficial de tesoro a Carlos V.—(Revista de Historia de América, No. 2; págs. 5-29.—México, junio de 1938).
- TEJERA, Humberto.**—Bolívar en México.—(Boletín de la Unión Panamericana.—Vol. LXXII, No. 7; págs. 383-389.—Washington, julio de 1938).
- URIEL GARCIA, J.**—La América Mestiza.—(Revista Universitaria, No. 74; págs. 139-148.—Cuzco, primer semestre de 1938).

- VAQUERO DAVILA, Jesús.**—El Arte en la Colonia.—(Rev. Trópico, No. II; pág. 4.—Quito, Ecuador.—Mayo-julio de 1938).
- YEPEZ MIRANDA, A.**—Indigenismo y serranismo.—(Revista Universitaria, No. 74; págs. 87-100.—Cuzco, 1er. semestre de 1938).
- ZAVALA, Silvio.**—Los trabajadores antillanos en el siglo XVI.—(Revista de Historia de América, No. 2; págs. 31-67.—México, junio de 1938).

FILOSOFIA

- AZCARATE y ROSELL, Rafael.**—La filosofía en la historia.—(Revista Universitaria Jurídicas y Sociales, Nos. 3 y 4; págs. 133-157.—Buenos Aires.—Marzo-junio de 1938).
- BLANCO, Julio Enrique.**—Diálogo sobre Haeckel.—Juicio crítico sobre el célebre profesor.—(Rev. Universidad de Antioquía, No. 24; págs. 505-538.—Medellín, Colombia.—Abril-mayo de 1938).
- BORDA, M. Lizondo.**—Alberdi y la Filosofía.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 166-167.—Santiago del Estero, 1938).
- CARLOS, M.**—Objeciones del positivismo (Economía Política).—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 207-209.—Santiago del Estero, 1938).
- JARAMILLO BORDA, Carlos.**—Los valores y una teoría sobre ellos.—(Revista de las Indias, Vol. II, No. 9; págs. 12-13.—Bogotá, Colombia, abril de 1938).
- MOSCOSO, Juan Luis.**—Vida, Muerte e Inmortalidad.—(Universidad de Arequipa, No. 13; págs. 3-22.—Arequipa, julio de 1938).
- ORGAZ, Raúl A.**—La Filosofía en la Cultura Argentina.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 123-128.—Santiago del Estero, 1938).
- PEREZ DE BARRADAS, José.**—Psicoanálisis y etiología.—(Revista de las Indias, Vol. II, No. 10; págs. 67-79.—Bogotá, agosto de 1938).
- PITTALUGA, Gustavo.**—La risa y la sangre.—(Revista Cubana, Vol. XI, Nos. 32-33; págs. 131-146.—La Habana, Cuba, Febrero-marzo de 1938).
- RAMIREZ, Joaquín G. (Traductor).**—La quiebra de la inteligencia.—Los valores intelectuales en nuestro tiempo.—(Rev. Universidad de Antioquía, No. 24; págs. 539-558.—Medellín, Colombia, Abril-mayo de 1938).
- VECCHIO, Giorgio del.**—Primeras líneas de una filosofía del humorismo.—Fundamento psicológico de la risa y la sonrisa.—(Revista Universitaria, Jurídicas y sociales, Nos. 3 y 4.—págs. 133-137.—Buenos Aires, marzo-junio de 1938).

LITERATURA

- BERNANOS, Georges.**—Georges Bernanos escribe para "Sur".—(Rev. "Sur", No. 48; págs. 7-19.—Buenos Aires, Argentina, setiembre de 1938).
- BOTI, Regino E.**—De Re Martiana.—(Revista Cubana, Vol. XI, Nos. 32-33; págs. 175-186.—La Habana, Cuba, 1938).
- BRION, Marcel.**—Un drama del Renacimiento.—(Revista de las Indias, Vol. II, No. 10; págs. 106-111.—Bogotá, agosto de 1938).

- BRUNET, Richón.**—La Escuela de Artes Aplicadas.—(Revista de Arte, No. 19-20; págs. 15-21.—Universidad de Chile, 1938).
- CHACON y CALVO, José María.**—Sánchez Albornoz, medievalista y hombre actual.—Revista Cubana, Vol. XI, Nos. 32-33; págs. 225-232.—La Habana, Cuba, 1938).
- CANAL FEIJOO, B.**—Escorzo del “Doctor Montonero”.—(Rev. “Sur”, No. 47; págs. 57-63.—Buenos Aires, Argentina, agosto de 1938).
- CASTRO, Alfonso.**—Presente y futuro.—(Rev. Universidad de Antioquía, No. 24; págs. 567-594.—Medellín, Colombia, abril-mayo de 1938).
- CASTRO, Américo.**—En torno al “Facundo” de Sarmiento.—(Rev. “Sur”, No. 47; págs. 26-34.—Buenos Aires, Argentina, agosto de 1938).
- CASTRO LEAL, Antonio.**—Un día de sol en otoño.—(Revista “Sur”, No. 48; págs. 37-47.—Buenos Aires, Argentina, setiembre de 1938).
- COLL, Jorge Eduardo.**—Universidad y Sociedad.—(Revista Universitaria Jurídicas y Sociales, Nos. 3 y 4; págs. 158-163.—Buenos Aires, marzo-junio de 1938).
- CURREA RESTREPO, Aníbal.**—Orígenes de la Imprenta.—(Revista de las Indias, Vol. II, No. 9: págs. 33-50; No. 10: págs. 41-66.—Bogotá, Colombia, 1938).
- ELIOT, T. S.**—Miércoles de ceniza.—(Rev. “Sur”, No. 48; págs. 20-29.—Buenos Aires, Argentina, setiembre de 1938).
- ESTENGER, Rafael.**—Sonata patética.—(Revista Cubana, Vol. XI, Nos. 32-33; págs. 187-220.—La Habana, Cuba, 1938).
- FIGUEROA, Marcos.**—El azar de las coplas. (Nuestro folklore).—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 152-157.—Santiago del Estero, 1938).
- GANDIA, Enrique de.**—La expansión de la lengua castellana.—(Rev. “Trópico”, No. II; págs. 17.—Quito, Ecuador, mayo-julio de 1938).
- G. A.**—María Elvia Rojas.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 185-186.—Santiago del Estero, 1938).
- GALVEZ, José María.**—Varios discursos.—(Revista bimestre cubana, Vol. XLI, No. 1; págs. 45-120.—La Habana, Cuba, enero-febrero, 1938).
- GANANGLA FONTANILLES, José.**—José María Gálvez, formidable polemista satírico.—(Revista bimestre cubana, Vol. XLI, No. 1; págs. 5-28.—La Habana, Cuba, 1938).
- GARCIA HERNANDEZ, A.**—Gálvez, en la sociedad patriótica y en la política.—(Revista bimestre cubana, Vol. XLI, No. 1; págs. 29-44.—La Habana, Cuba, enero-febrero de 1938).
- GRILLO, Max.**—Ismael Enrique Arciniegas.—(Revista de las Indias, Vol. II, No. 9; págs. 3-6.—Bogotá, 1938).
- HENRIQUEZ UREÑA, Pedro.**—El español en México, los Estados Unidos y la América Central.—(Revista Cubana, Vol. XI, Nos. 32-33; págs. 147-160.—La Habana, Cuba, febrero-marzo de 1938).
- HERNANDEZ CATA, A.**—Casa de Novela.—(Revista Cubana, Vol. XI, Nos. 32-33; págs. 161-174.—La Habana, Cuba, 1938).
- JARAMILLO MEZA, J. B.**—Epifanio Mejía.—Una visita al poeta en la cel-

- da del manicomio.—(Rev. "Universidad de Antioquía", No. 24; págs. 559-566.—Medellín, Colombia.—Abril-mayo de 1938).
- LASTRA, Bonifacio.**—Problemas universitarios.—(Revista Universitaria Jurídicas y Sociales, Nos. 3 y 4; págs. 164-172.—Buenos Aires, marzo-junio de 1938).
- MALLEA, Eduardo.**—Aseveración sobre Sarmiento.—(Rev. "Sur", No. 48; págs. 30-36; Buenos Aires, Argentina, setiembre de 1938).
- MUTCHLER, Luis.**—La exploración del talento musical.—(Revista de Arte, No. 19-20; págs. 22-29.—Universidad de Santiago de Chile, 1938).
- OCAMPO, Victoria.**—Sarmiento.—(Rev. "Sur", No. 47; págs. 7-25.—Buenos Aires, Argentina, agosto de 1938).
- PORTO, Lobos.**—Soneto del bien perdido.—(Rev. Ensayos, No. 6; págs. 186.—Santiago del Estero, 1938).
- RODRIGUEZ EMBIL, Luis.**—Los silencios de Gabriela Mistral.—(Revista Cubana, Vol. XI, Nos. 32-33; págs. 221-224.—La Habana, Cuba, 1938).
- SANCHEZ REULET, Aníbal.**—La generación de Sarmiento y el problema de nuestro destino.—(Rev. "Sur", No. 47; págs. 35-46.—Buenos Aires, Argentina, agosto de 1938).
- SOLER, Sebastián.**—Lección de actualidad.—(Rev. "Sur", No. 47; págs. 47-56.—Buenos Aires, Argentina, agosto de 1938).
- TORRE REVELLO, José.**—La Biblioteca Nacional de la República Argentina.—(Revista de Historia de América, No. 2; págs. 69-92.—México, junio de 1938).

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»



ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

HOMENAJE A MARCOS JIMENEZ DE LA ESPADA EN LA FACULTAD DE LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS, EL DIA DE LA RAZA.

El 12 de octubre se realizó en el salón de sesiones de la Facultad, como acto conmemorativo del Día de la Raza, el homenaje organizado para honrar la memoria del ilustre historiógrafo español y peruano don Marcos Jiménez de la Espada y colocar su retrato en uno de los salones de la referida Facultad.

Concurrieron a esta actuación, que fué presidida por el Decano, doctor Horacio H. Urteaga, todos los catedráticos de la Facultad y numerosos alumnos.

A la hora indicada, el Dr. Horacio H. Urteaga, inició el acto manifestando que la Facultad de Letras conmemoraba el Día de la Raza con una actuación muy sencilla pero muy significativa, en la que se honra la memoria de un hombre que durante su vida se consagró al servicio de la ciencia y de la historia, especialmente de la ciencia e historia peruanas. Marcos Jiménez de la Espada, agregó, fué un español ilustre que vino al Perú en misión científica. Botánico esclarecido se dedicó al estudio de nuestra flora y de nuestra fauna. Regresó a España a publicar el resultado de sus observaciones, pero, encariñado con nuestra patria, dedicó todas sus energías al estudio de nuestro pasado. A él le debemos—prosiguió—el conocimiento de las fuentes históricas más valiosas. Era un paleógrafo documentado que hizo conocer el glorioso pasado del Perú y de esa manera dió a conocer preciosas fuentes históricas.

A continuación enumeró las obras escritas por el eminente historiógrafo español, entre ellas su libro sobre Cieza de León, sus Tres Relaciones de la Antigüedad Peruana y una multitud de documentos que forman un verdadero acervo histórico y geográfico de Indias. Así pasó toda su vida trabajando para el Perú, honrando al Perú y haciendo justicia a la cultura antigua del Perú. Los juicios críticos de Jiménez de la Espada—prosiguió—pasan co-

mo autoridad de cosa juzgada; las biografías de sus personajes puede decirse que son completas. Muy poco hay que agregar a las investigaciones minuciosas de Jiménez de la Espada, para poder conocer las grandes figuras históricas de su época.

En seguida el Dr. Urteaga dijo que el Gobierno del Perú, reconociendo los altos méritos de Jiménez de la Espada le otorgó una medalla de oro, que es la única que orló su pecho y que exhibió con orgullo. Murió pobre y casi olvidado, pero dejando un caudal de ciencia, que ha servido para ilustrar a las generaciones del porvenir.

El Decano, después de expresar otros conceptos relacionados con el significado de la actuación, terminó invitando al señor Carlos Daniel Valcárcel a hacer uso de la palabra.

Al concluir el Dr. Urteaga fué muy aplaudido por el auditorio.

En seguida, el señor Carlos Daniel Valcárcel, alumno del 4.º año de la Facultad de Letras, pronunció el discurso siguiente:

Señor Decano

Señores Catedráticos.

Señores:

Amablemente designado por el señor catedrático del curso de “Fuentes Históricas” y Decano de esta Facultad, doctor Horacio H. Urteaga, voy a decir simplemente lo que he podido alcanzar de esa gran figura del mundo científico español que fué don Marcos Jiménez de la Espada.

“Dios tiene como alma la verdad y como cuerpo la luz”, según el inmortal y bellísimo simbolismo persa.»

Guiado por este pensamiento arquetípico, es decir, considerando la Verdad como la norma suprema de la Vida, diré que, para admirar es necesario comprender, pero diré de manera específica que, al referirme a la auténtica admiración, me dirijo no a aquella coactante, en que la naturaleza nos subyuga con su inmensidad y casi se nos impone, sino a la admiración libre, que nos eleva, nos dignifica porque emana de un esfuerzo humano, pleno, haciéndonos capaces de penetrar en el significado esencial de los fenómenos circundantes.

Por eso, a medida que la Cátedra, siguiendo un plan racional, nos ha hecho penetrar gradualmente en el vasto campo de los Cronistas de las cosas de Indias, la figura del señor Jiménez de la Espada ha ido dilatando sus contornos; se han despejado las sombras que ocultaban su perfil y hemos podido, por medio de una intuición intelectual, valorar la importancia y verdadera significación de ese infatigable obrero de la ciencia.

De allí que, el valor fundamental del homenaje que a la memoria del ilustre hombre de ciencia español, rinde la Facultad de

Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, EN ESTA FECHA DECISIVA EN LA EVOLUCION DEL MUNDO CIVILIZADO, radique en su espontaneidad.

Ocuparse de un hombre es ocuparse de una época, es decir, referirse al molde estático-intelectivo que dúctilmente delimita en el tiempo una esfera de esa continuidad dinámica y creadora que es la Vida

En consecuencia, al estudiar la cultura de un momento determinado aplicaremos el concepto griego de inmovilidad, que no tiene significación estática, sino más bien, eliminación de distancia, de separación, donde el término de la jornada es principio de plenitud—movimiento interno y profundo. ¡Quizás si es una representación lejana y sutil de “Eros y la comedia humana”, donde el ser, al no desplazarse fatigosamente, logra, desarrollando el más grande movimiento de su actividad creadora, y a despecho del tiempo: permanecer inmortal!

Así, nosotros, partiendo de un todo estructural “como sí” estuviera inmóvil, llegaremos en última instancia al personaje, motivo vital de este momento.

Para conocer la personalidad de don Marcos Jiménez de la Espada es necesario, previa y de manera suscita, referirnos a la situación del Mundo de Europa, de España, incidiendo luego en su individualidad que es síno, es decir, momento contensivo y sintético de lo universal y lo particular, a manera de la gota marina que en su aparente pequeñez lleva los elementos todos del vasto océano.

Por eso, de manera preliminar, nos referiremos al marco total del mundo en el siglo XIX, desarrollando una concepción ciclico-centripeta.

La realidad social del mundo en el siglo XIX se caracteriza por una influencia preponderante de la cultura europea—en su lato sentido—, y, si algo sustraese a su influencia, ese “algo” es insuficiente.

El movimiento americano de ese siglo, no es sino una promesa hacia una nueva aurora de la Humanidad

América—en especial latina—, despertando de su letargo, debía todavía debatirse en el caos fructífero de su propio acontecer.

Europa desembocaba de la gran experiencia francesa hacia el cesarismo y ambos acontecimientos daban por resultado hacer penetrar a la Humanidad en el mundo de la política.

El cesarismo bonapartista tenía el aspecto tradicional, aunque en realidad, frente a la herencia política de los reyes, significaba una posición de eficiencia, de capacidad, que contrastaba con el espectáculo de los monarcas precedentes y concomitantes. Pero la supremacía francesa era imperativa, coactante, y en nombre de la libertad se alzó la "Alianza"—que después se llamara "Santa"—, y con tenacidad inquebrantable logró, a través de la lucha, elevarse de su mediocridad y, en contacto continuo con el genio: vencerlo.

La Europa entraba con este triunfo, a un molde que le era estrecho ya. El pasado volvía potente, pero con el desgarbo risible del anacronismo.

1830, 1848, son momentos sintomáticos de un nuevo espíritu en Europa.

Más tarde. . . Bismarek . . . Cavour . . . ¡Naciones se transforman en Estados!. Guerras: felices para unos, adversas para otros. . . ¡NEFASTAS PARA TODOS!.

Junto con esta forma externa, que podíamos denominar de yuxtaposición, trayendo un matiz distinto a la estructura social de Europa, se contempla un movimiento intususceptivo pleno de hálo creador.

Las ciencias físicas y metafísicas —por estar más allá— abren al campo de la cultura un radio insospechado e imprimen rumbos nuevos al movimiento asintótico-cultural.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

España —la extensa de Carlos I— se recogía lentamente; más aún, conquistadora pretérita, sufría a su vez el martirio de la imposición invasora, pero en contacto con la fusta humillante surgía el ancestro luchador.

Dos monarcas daban la ocasión y un advenedizo aprovechó el instante.

El hombre español —hablo del siglo XIX— tiene un fuerte sentido de su individualidad, es un hombre orgulloso de ser, pero de ser específicamente él, de allí su resistencia a toda presión social igualitaria, aunque, por otra parte, es ciegamente obediente hacia aquello que sabe superior, que está colocado por encima de manera simbólica; pero esta adhesión incondicional no es absoluta, sino que subsiste, solamente, en cuanto aquel poder se mantenga en un plano superior. Por eso, un rey es algo místico; más que un hombre es un símbolo, aunque capaz así mismo de desvanecerse.

En la "Vida es Sueño" de Calderón, existe un verso clásico, que retrata la individualidad sociológico-ancestral del español:

En lo que no es justa ley
no há de obedecer al rey.

Se explica la continuación monárquica del pueblo, a pesar de la conducta servil observada por Fernando, considerando que este sentimiento, estaba impregnado de un nuevo espíritu de matiz leve, casi desconocido—liberal—, que principiaba lentamente a germinar, y que daría lugar a una concepción monárquico-intencional distinta.

La monarquía no podía desaparecer, la sostenía el impulso del pasado del cual un pueblo no puede sacudirse repentinamente. Además, la presencia de Napoleón, enemigo común de ambos—rey y pueblo— no permitía al patriota español conocer el verdadero perfil espiritual de su monarca. Mas, algo quedó: era la duda.

La Historia de España así vista, es “la historia de la reconstrucción”.

Sin rey, el pueblo se irguió magníficamente, luchando heroico contra el invasor; y, cuando acontecimientos posteriores le devolvieron el poder, ofreciéronlo nuevamente a quien consideraban todavía su legítimo dueño, pero Fernando traicionó sus esperanzas, y aún más, trajo—para asentar su poder en forma tradicional—a los mismos hombres contra quienes tan épicamente se había luchado. Entonces sucedió un fenómeno interesante: los liberales, carentes de apoyo en el pueblo, tuvieron necesidad de una base firme, y el militarismo adquirió una gran influencia política.

El reinado de Isabel II es un gobierno de sombra. Su ministro Mendizábal nos muestra un momento interesante al secularizar los bienes de la Iglesia y venderlos a un precio tentadoramente bajo, convirtiendo a los compradores acomodados en liberales, hecho que demuestra la sutilidad política del hombre de Estado español.

España estaba cansada de luchar: había luchado contra el enemigo externo, y consigo misma; esta lucha ardua trajo su agotamiento de manera que, cuando llegó el momento de obrar “los que debían dirigir: eran intrigantes o inexpertos; y el pueblo: indiferente o ignorante”.

Los intentos de fortalecimiento basados en la intriga, única arma de Isabel II, trajeron su caída. Vacante el poder, antes que el ilegítimo, fué preferido el extranjero: Amadeo de Saboya subió al gobierno para, poco tiempo después, abdicar voluntariamente, hecho tenido por tan raro en aquel tiempo, que le valió el mote de “rey caballero”.

1873, las Repúblicas que murieron en menos de un año y luego el advenimiento de la Casa de Borbón, son los acontecimientos más importantes de su historia.

El nuevo sentido cultural penetraba en España. Inglaterra

dominaba en el mundo económico, aunque teniendo el “punto negro” de un competidor peligroso en el naciente Imperio Alemán.

El progreso industrial, debido al desarrollo de la máquina y a la creciente aplicación de fuerzas motrices nuevas, llevaba a los hombres hacia rutas hasta entonces desconocidas, canalizaba sus esfuerzos hacia nuevas actividades, ¡a las actividades fecundas de la paz!. Frente a sus beneficios los hombres se daban cuenta que en “el debe y el haber” de las guerras civiles había un balance netamente desfavorable.

En este mundo de transición, de reconstrucción, de lucha y de renovación, de fuerte sentido social, es donde nació, el 5 de Marzo de 1831, en Cartagena, un niño que tendría la misma denominación que nuestro personaje, pero que aún, por mucho tiempo, no sería todavía él.

Barcelona, Valladolid, Sevilla fueron lugares de sus estudios elementales.

Son años estos, primeros e ingenuos

Fué en la Universidad de Madrid donde efectuó sus estudios superiores, matriculado como alumno de la Facultad de Ciencias Físicas y Naturales.

Tenía 22 años—en 1853—cuando ganó las plazas de ayudante de la Facultad y del Museo de Ciencias.

Durante 9 años explicó cursos completos de Mineralogía, Anatomía Comparada y Zoología en la Universidad de Madrid, ya como ayudante, profesor auxiliar u honorario, sin alcanzar, a pesar de sus condiciones, los honores del titularato.

Son tiempos de prueba, donde el hombre en contacto con el obstáculo manifiesta su “clase”. Años de perseverancia, de esfuerzo hacia el ideal:—quizás lejano, pero no menos tentador—comprender cual es el sentido de la Vida, descocer el velo de la naturaleza animada, he ahí los motivos primigenios de su acción.

En el Museo, como ayudante en la conservación de las colecciones vivas fué infiltrándose el gusto a las ciencias propiamente naturales, afición que le acompañó siempre y en la que desarrolló sus condiciones de observador paciente a la par que sagaz.

Pero el mundo en que vivía—al parecer estrecho—era una amplia promesa .

¡Cuántas veces vagaría mentalmente por los países originarios de su fauna, y el deseo iría prendiendo en el pecho!

De allí que, cuando el marqués de la Vega y Armigo, ministro de Fomento, en 1862 inició la expedición científica al Pacífico para continuar los estudios largamente interrumpidos desde la épo-

ca de Malaspina, solicitó un puesto en la expedición —cosa no muy deseada— y fué encargado de estudiar la fauna americana.

Este momento se de importancia decisiva en su vida de intelectual. Es un momento potencialmente fecundo,— y por eso importante— puesto que los hechos no valen por el aspecto más o menos aparatoso que tengan, sino por la riqueza de sus consecuencias.

La expedición militar-científica estaba al mando del general don Luis Hernández Pinzón. Su composición refleja el espíritu imperante de la España de aquel entonces.

La delegación científica estaba compuesta por 6 profesores:

PRESIDENTE: don Patricio M. Paz y Menbiela.

GEOLOGIA Y ENTOMOLOGIA: don Fernando Amor.

PECES, MOLUSCOS Y ZOOFITOS: don Francisco Martínez y Sáez.

MAMIFEROS, AVES Y REPTILES: don Marcos Jiménez de la Espada.

BOTANICA: don Juan Isern, y

ANTROPOLOGIA Y ETNOGRAFIA: don Manuel de Almagro.

La expedición partió, rumbo a América, de Cádiz, a bordo de la fragata de guerra "Triunfo", bajo el comando de don Enrique Croker, el 10 de Agosto de 1862.

Biblioteca de Letras
"Jorge Puccinelli Converso"

Después de larga tutela, poco tiempo hacía que América había emancipado.

Por una natural reacción sico-sociológica existía un espíritu hostil a la Metrópoli, existía ambiental sentimiento de inseguridad debido al temor de algún intento por parte de los antiguos dominadores.

Los Estados Unidos de América del Norte, habían manifestado por intermedio de Monroe un nuevo principio que era una esperanza para las débiles y anárquicas repúblicas sud-americanas; y para Europa: un aviso y un repudio.

La anexión de Santo Domingo a España —aunque por ellos solicitada— contribuyó a incrementar la desconfianza de los nacientes estados, aumentando su anti-españolismo reaccionario.

Contra toda suposición lógica, en este panorama hostil y exitado, los expedicionarios fueron cariñosamente recibidos, y aún— en los primeros momentos— con gran entusiasmo.

Tenerife, Brasil, Uruguay, La Plata fueron hitos de un más largo recorrido.

En La Plata la expedición científica se dividió en dos partes: una que salió por tierra rumbo a Valparaíso en el mes de Diciem-

bre, compuesta por los señores Paz y Membiela, Amor, Almagro e Invern; y otra por la vía del Estrecho —a bordo ya de la “Covadonga”—donde iban los otros miembros señores Martínez Sáez y Jiménez de la Espada.

La expedición científica volvió a reunirse en Valparaíso, enriquecida con las muestras recogidas en su peregrinaje. Luego siguieron rumbo hacia el Norte, deteniéndose en los países de la costa del Pacífico. Su llegada incidental al Callao—aunque no para nosotros—fué sintomática.

(Los motivos fundamentales de este momento histórico, dicen los historiadores de ambos bandos haberlos esclarecido, y a ellos remitir a los que deseen conocer el aspecto genético de la llamada cuestión con España, de principios de la segunda mitad del siglo XIX).

América, para Jiménez de la Espada fué un contacto directo con hombres y cosas: “trató a Lacerda y Wucherer en Bahía de los Santos; Nadeaus, Martin, Kreisler en Río de Janeiro; Monteiro, Fritz, Müller en Destierro; Alves dos Santos en Río Grande; Gilbert, Giralt, Besnes en Montevideo; Phillipi, Domeyko, Paulsen, Leybold, en Santiago de Chile; Raimondi, en Lima; Villavicencio, García Moreno, en Quito; etc. etc.”

Ascendió a grandes alturas “como el Chimborazo, o activos volcanes como el Izaleo y Cotopaxi descendió a otros, no aún extinguidos, como el Pichincha y en su inmenso cráter, el deseo de investigar le puso en peligro de perder la vida, porque al extrañarse en aquellos lugares, nada menos que tres días se tardó en encontrarle, lo cual consiguió un indio, algo conocedor de tales precipicios, que pudo calcular la dirección que tomara en ellos y sus nieves, resquebrajaduras y azufrosas humaredas, siéndole necesario para reponerse del quebranto el descansar en Quito, capital tan admirable por su suave temperatura en razón de estar a 9,350 pies de altura, cerca de la línea ecuatorial”.

Durante este tiempo llevó una vida dinámica en grado sumo.

Dice uno de sus comentadores: “Nuestro viajero, conocedor de aquel continente por descripción ajena, no sintió marcada simpatía hasta haberlo recorrido en mucha parte. Entonces juzgando las diferencias de lo vivo a lo pintado, en la selva y en el mar. en la cordillera y la pampa, trepando a los volcanes, salvando páramos, admirando doquiera la vegetación incomparable a cuyo abrigo viven aves e insectos, rivales en brillo y colorido de las flores y de las piedras preciosas; registrando curioso la variedad de razas, juntamente con los vestigios de la civilización sorprendente en alguna

de las primitivas; los cerros con entrañas de metal que hicieron famosos en el orbe los nombres de Potosí y Guancavelica; los lugares acotados por la sabiduría para conocer las dimensiones de nuestro planeta con la medición de un grado del arco de meridiano; sufriendo a veces el rigor del sol, el enojo de los parásitos y la furia de los aguaceros; siguiendo los huellas señaladas por Solís, Sarmiento, Pizarro y Valdivia; corriendo como Orellana el larguísimo curso del Marañón en liviana balsa; observando que la bóveda celeste allá no más se parece a la que cubre a nuestro suelo europeo, que las flores y las aves y los reptiles; mirándolo todo, en fin, sintió nacer en su ánimo el deseo de escudriñar de que modo, con que recursos rasgaron los españoles el velo en que se ocultaban tan grandes y pobladas regiones”.

Con escasísimos recursos llevó a cabo investigaciones amplias, y junto con sus ideas enriqueció día a día sus colecciones que debía llevar a España. Durante sus viajes recolectó 3 especies nuevas de mamíferos, un tipo de familia, 9 géneros y 26 especies desconocidas. Esto en cuanto a descubrimientos.

Venciendo la falta de recursos llevó a España “88 especies y 249 ejemplares de Mamíferos; 1,117 especies y 3,478 ejemplares de Aves, además de 249 huevos; 150 especies y 687 ejemplares de reptiles y 49 huevos de 12 especies; y 786 ejemplares de 139 especies de anfibios”.

Especializándose en Zoología rectificó la forma de reproducción del *Rhinoderma Darwini*, y descubrió notables fenómenos fisiológicos, como consta de los “Anales de la Sociedad Española de Historia Natural”.

Regresó a España en Diciembre de 1865, cruzando el continente sud-americano desde Guayaquil al Pará, pasando los Andes por Papallacca, en difícil y penoso viaje de más de 4,000 kilómetros de recorrido.

De regreso a España, después de una ausencia de más de 3 años una lesión interna adquirida durante sus largas andanzas en estas tierras, le había restado agilidad; y entonces, nuevamente acudió al Registro de Archivos y Biblioteca, donde durante más de 30 años se dedicó a una labor fructífera, matizada de un fuerte americanismo a la vez, de un deseo reivindicacionista-histórico de su país.

Esta etapa de su vida es la más fecunda.

En contacto con América, las bellezas de su ubérrimo suelo despertaron su cariño amplio de hombre de ciencia, de ese amor que rebasa las fronteras y que lleva a considerar como suyo cualquier rincón distante del globo, si encierra elementos y nuevas formas de la ciencia predilecta. Pero la realidad habíale presentado una situación paradójica al espíritu. Venido con designio amplio de

acercamiento, el momento político de la época lo señalaba como enemigo, contrastando este juicio epigónico con su intencionalidad espiritual.

Era el momento propicio a la exageración chauvinista. La constatación de la injusticia presente despertaría el deseo de estudiar el pasado en los viejos papeles cuando volviera a su patria; porque la sospecha de que mucho injusto se había dicho contra los conquistadores españoles la induciría del momento presente, cuyas manifestaciones —aunque atenuadas por sus vastas y selectas relaciones— no pudo menos de sufrir.

Por entonces, su nombre rebasaba ya los límites de su Universidad.

La Real Academia de la Historia le otorgó el sillón vacante del duque de Osuna. El gobierno español lo nombró representante en los congresos americanistas de Bruselas, Turín, Berlín y París. Fué vocal de la Comisión encargada de informar en la disputa de límites entre las repúblicas de Venezuela y Colombia, resolviéndose gracias a los informes por él aportados, las principales dificultades en la señalación fronteriza.

Obtuvo también otros cargos y nombramientos honoríficos; como: Oficial de la Academia de Francia (Palmas de Oro); socio fundador de la Sociedad Geográfica de Madrid —a cuya Junta Directiva perteneció—; fué premiado por la Sociedad Francesa de Aclimatación con medalla de oro “por haber introducido por vez primera en Europa algunas especies útiles y curiosas de animales, como el pausí, el cóndor, los cisnes de cuello negro, la liebre de Patagonia o de las pampas, el huanaco etc”.

Siendo presidente del Perú el coronel don Remigio Morales Bermúdez, y por decreto Supremo de 5 de Diciembre de 1892, nuestro gobierno acordó premiarlo con medalla de oro, como manifestación del alto aprecio a su labor intelectual y americanista.

“El decreto consta de un breve preámbulo, y de los dos siguientes artículos:

1.º—Concédese una medalla de oro al señor don Marcos Jiménez de la Espada, por sus importantes trabajos históricos y geográficos relativos al Perú, al cual se le entregará con el diploma correspondiente por el Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en Madrid.

2.º—Dicha medalla tendrá 45 mm. de diámetro, 96 gramos de peso y la inscripción correspondiente”.

Y a pesar de todo esto, vivía el señor Jiménez de la Espada, desempeñando un modesto cargo, con el muy pequeño sueldo de 1,500 pesetas anuales.

Esta constatación es muy sugerente, indicando el ínfimo apoyo que recibe el hombre de estudio en países donde se cree que la

acción significa resultado —aunque sea mediocre— inmediato, hecho que en países progresista-científicos tiende a eliminarse. Por otra parte, el criterio actual de pobreza es sinónimo de insatisfacción de las necesidades, y en consecuencia, ella es vista como un obstáculo en la tendencia de un armonioso desarrollo del espíritu,—poniendo de lado interpretaciones románticas y vacuas—, y un factor negativo en esa labor titánica en la que el hombre frente al libro y a la vida trata de utilizarlos como materiales con el arma formidable de la meditación, permitiéndose a la vez que esculpir su espíritu, ser útil a los demás, dando un aporte particular a la estructura pueblo, y otra, universal a la Cultura.

De allí que el viejo Mecenas, signifique en la historia del mundo un momento de luz.

Desde el año 1866 en que arribó a España hasta la última década del siglo XIX la vida de Jiménez de la Espada se caracterizó por una dedicación constante y una acción paciente y tenaz.

Fué paleógrafo consumado. La historia pre e hispánica, la arqueología, etnología, historia natural, folklore, crítica y polémica, etc., recibieron el aporte vivificante de su esfuerzo.

“Entre las grandes o simpáticas figuras de la Historia, cuyo contorno ensanchaba, corrigiendo narraciones biográficas o suministrando material con que aderezar las que no existen, ganan mucho las del cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, de Juan de Ovando, Juan López de Velasco, Fr. Juan de Zumárraga, Francisco López de Gómara, Pedro Sarmiento de Gamboa, Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, y no quiere decir esto que cuantos se ofrecían a su consideración le merecieran elogios.

Con equidad y comprobación de instrumentos, así como convence de plagiarios descarados a Fr. Pedro Simón, historiador de Venezuela, y al acreditado cronista general Antonio Herrera; así como de codicioso y desleal tilda a Francisco de Orellana, censura sin miramientos a cuantos en alta o baja posición le parecía que se torcieron moralmente. Del Rvdo. Fr. Bartolomé de las Casas, apóstol o abogado de los indígenas americanos, tan estimado en general, pensaba que en el ardientísimo celo, su paternidad sufría intermitencias oportunistas: “la humanidad del gran padre y mediador de los indios no llegaba al negro ni alcanzaba al blanco”, dice textualmente en el prólogo de la obra “De las antiguas gentes del Perú”.

Cercano a su muerte tuvo intención de escribir sobre la influencia femenina en Indias, y también un estudio largamente meditado sobre la fisonomía de los monos, según nos cuentan sus co-

mentadores—señores Gonzalo Reparaz, Cesáreo Fernández Duro y Francisco de Paula Martínez y Sáez.

Escrupulosamente exacto en fechas y nombres propios, la muerte le sorprendió sereno en un día 3 de Octubre del año 1898.

Tenía 67 años, 6 meses y 28 días.

Su vida como se vé presenta tres momentos bastante diferenciados.

El primero es de captación académica, de preparación intelectual un tanto autodidáctica. “La instrucción que con despacio y solidez iba adquiriendo estudiante, acabó por determinar su carrera siguiendo la senda—acá poco trillada de la contemplación de la Naturaleza en sus varias manifestaciones, con avance descubridor de vocación verdadera; de aficiones progresivas hasta la pasión rayana en culto”, dice el señor Fernández Duro.

Venido al mundo un poco antes, no tuvo la suerte de desarrollarse en aquel ambiente propicio que llegara a formar el gran educador don Francisco Gínger de los Ríos, gracias a cuya elevada labor penetró en España la concepción formativo-integral de Krause, aunque posteriormente no le sería extraña.

¿Cómo explicar entonces la formación espiritual de don Marcos Jiménez de la Espada? Referirse a la disposición inmanente de la individualidad es dirigirse hacia un concepto obscuro, a una explicación deficiente.

¿Cómo llegan a estructurarse, en medios hostiles, hombres superiores? Toda contestación presente, ante la consideración crítico-superior toma el cariz de una antinomia.

Por eso, emitiremos simplemente alguna opinión que pueda servir para una estructuración necesaria y suficiente de fundamentación futura con respecto a la solución de este problema.

Hay en los hombres que nacen herencias biológicas, y en consecuencia, diferencias energéticas, materiales que las ciencias encuentran como elementos genéticamente explicativos de la multiplicidad tipológica. Con el desarrollo del ser se dan mutaciones sutiles y la energía primitiva se transforma en una intención positiva o negativa frente al mundo circundante.

Cabría preguntar, ¿por qué se toma una de estas dos sendas? Para contestar esta pregunta es necesario considerar previamente, como norma fundamental del ser humano en vías de estructuración la “ley del menor esfuerzo en la satisfacción de las necesidades”; y, si entonces volvemos la mirada al mundo social encontraremos que la cultura es disciplina, es método con el cual el hombre domina la variedad heterogénea del mundo de las sensaciones—entonces contemplamos la posición de la cultura actual con respecto a los problemas del bien y del mal en su íntima relación con el es-

fuerzo y el goce justo y proporcional—ahora, a medida que es mayor la energía del ser es más imperioso el deseo de satisfacción de la necesidad; y frente a las dos leyes—natural y positiva—, el ser en formación, deficientemente dirigido, puede sucumbir ante la natural, que en la mayoría de los casos será negativa; por eso, y he ahí la grandeza sublime del educador

Además, en el caso específico de nuestro personaje, debemos recordar que era un estudiante de Ciencias Físicas y Naturales

Es sabido que en el mundo cognoscitivo-científico existe una mayor libertad para el individuo a medida que su objetivo se aleja de las llamadas “ciencias sociales”; y en consecuencia, fué éste un factor favorable en su formación, prohiendo una actitud independiente que le acompañó siempre.

El segundo aspecto de su vida es corto, pero de una gran riqueza intuitiva.

Está formado por su estada en América durante más de tres años. El conocimiento directo de nuestro mundo físico y social enriqueció sus ideas despejando sombras lejanas.

América, ¡la estupenda América! era un vasto horizonte de promesas, y él, ávido, coleccionó cosas y coleccionó ideas, y así potenciado, rico en virtualidades creadoras y rectificante, partió con su bagaje fecundo rumbo a la patria de origen.

El tercer momento nos trae al hombre ya pleno, mostrándose en todo su valer.

Su contacto con un mundo físico-social nuevo; su paradójica situación mientras estuvo en nuestro continente; la riqueza y novedad de sus formas biológicas le acercaron a las polimorfias actividades científicas de sus últimos años fecundas por más amplias.

El valor de la Historia, ha dicho alguien es hacernos conscientes de ser los actores de un gran drama que principió antes que nosotros y que, así mismo tiene en nosotros su continuación.

Un pueblo sin Historia, sería una mera agrupación zoológica.

Pero toda ciencia debe ser un conocimiento y una fundamentación, a la vez que un urgar crono-genético. Es aquí donde la labor de don Marcos Jiménez de la Espada destaca de manera singular. Más de 40 obras sobre América, que pueden considerarse desde un aspecto puramente científico con respecto a la Historia, y Ciencias Naturales, hasta el literario, puesto que no debemos olvidar que por su forma es uno de los escritores más castizos de la España del siglo XIX.

Las obras de Pedro Cieza de León, Juan de Betanzos y del clérigo don Fernando de Montesinos—dada imperfectamente por Ternaux-Compan—bastarían para dar a su memoria un relieve

imperecedero; pero él, yendo aún más allá, nos hizo conocer aquellas “Informaciones de los Quipocamayos a Vaca de Castro” bajo el título de “Una antigualla peruana”; “Tres relaciones de antigüedades peruanas” (Santillán, el Anónimo y Santa Cruz Pachacuti); la valiosa Historia del padre Bernabé Cobó; las Informaciones acerca del Señorío de los Incas, hechas por mandato de don Francisco de Toledo, además de otras que la índole de este trabajo no me permite mencionar, cerrada con broche de oro por las célebres “Relaciones Geográficas” que le hicieron merecedor de grandes homenajes.

Juan Jacobo Tschudi, en ese admirable prólogo de sus “Contribuciones a la Historia, Civilización y Lingüística”, que corre inserto en la primera serie, tomo noveno de la Colección de los doctores Urteaga y Romero, escrito no sólo para el estudioso sino también para el hombre de Estado de nuestro país, llama a don Marcos Jiménez de la Espada “el incansable”, haciendo constar la importancia de la rectificación hecha por el investigador español al devolver la paternidad de la obra el “Señorío de los Incas” a Pedro Cieza de León—erróneamente atribuida a don Juan de Sarmiento, presidente del Consejo de Indias; y rindiendo tributo a su sentido crítico, al estar de acuerdo con la denominación de “Príncipe de los cronistas” que diera a dicho cronista

Los hombres de estudio más prestigiosos, tanto europeos como americanos, han estado unánimes al considerarlo en todo tiempo como un investigador efectivo y serio, digno de toda confianza, incapaz de afirmaciones maliciosas y una de las figuras científicas más puras y de mayor relieve de la España de la segunda mitad del siglo XIX.

Nuestro tradicionista don Ricardo Palma, nos cuenta de la enorme simpatía y distinción de su figura, cuando joven tuvo oportunidad de conocerlo en una tertulia en casa de un periodista limeño,—cuyo nombre no especifica—: y nos cuenta asimismo, como volvió a verlo 28 años más tarde en Madrid, viviendo una pobreza orgullosa y endulzada por la compañía reconfortante de sus hijos.

Sus obras de esta última etapa no muestran ese “su estilo castizo, sobrio y vigoroso, sobre todo claro; humorista a veces, preciso siempre”.

A través de su exposición, y en ráfagas, se nota al hombre de gran elevación espiritual, cuando moteja de “mezquino y antipático” el estilo arquitectural incaico porque no tenía ventanas.

La afirmación puede pasar desapercibida y a primera vista ser considerada como vanal y caprichosa, pero no lo es, si tenemos en cuenta la significación del motivo en la penetración de la luz,

y la repercusión sublime y elevante, en el espíritu de la contemplación de la bóveda celeste.

Existe un prejuicio acerca de la vida del erudito en general. Se le asigna, por los epigónicos, una estrechez de alma que está muy lejos de la verdad, y que no es, en última instancia, sino una forma de aversión perezosa y sutil.

La fase de la erudición es un momento apodítico para quien aspire a realizar una obra seria,—Flaubert es un ejemplo para una objeción pseudo-literaria.

Quien no tenga un rico contenido espiritual, plenamente consciente, no hará una obra sino una pompa de jabón.

El señor Jiménez de la Espada, erudito paciente, con una vida poco espectacular durante sus últimos años, llevó, sin embargo, una existencia altamente dinámica en el mundo infinito, vario y microscómico de su propio espíritu.

Frente a la realidad fluctuante, frente a la vida: cambio continuo, trató de dejar algo estable, ¡eterna lucha humana!, y para ello tuvo, en la última etapa de su vida que rebasar el campo de sus primitivas aficiones.

¡Humano! no fué perfecto, pagando —como todo hombre— su tributo a la época.

Por eso, viéndolo hoy en la lejanía aclaradora del tiempo lo encontramos cerca a nuestro espíritu; y contemplando al grande hombre, nosotros —los estudiantes americanos— sentimos optimistamente el poder imitarlo, por que su figura de perfil netamente humano, nos habla prohijante de una aurora de las promesas.

¡Vida hermosa, callada, silenciosa!, multiforme, variada y rica en su interioridad, como son la vida de los grandes hombres, que no necesitan de la aparatosidad ampulosa de las formas para disimular la oscuridad inconsistente del ser.

¡Vida de sabio! en ese medio tranquilo y armoniosamente surrante de los hermosos versos de Fray Luis de León, ¡quizás si único para comprender el secreto de la vida . . . el misterio de las cosas!

Estatura más bien alta; frente amplia y gananciosa; cabellos cortos y peinados hacia adelante; rostro alargado y algo enjuto; cejas pobladas y distantes; nariz prominente; ojos grandes de mirar lejano—como despreciando la mezquindad estrecha del medio circundante ante la visión del ideal—; barba poblada y cana, he ahí la figura,—en el hermoso crepúsculo de una vida superior y fecunda—, de don Marcos Jiménez de la Espada.

Señores:

Estraiamos de esta ceremonia una enseñanza; y así, cuando todo haya terminado; cuando todo esto pertenezca ya al pasado; cuando estemos solos con nosotros mismos, tendremos un recuerdo amable y un noble deseo de triunfar.

CARTA RESPUESTA DEL Dr. ALEJANDRO O. DEUSTUA, A LA INVITACION QUE LE HICIERA NUESTRO DECANO PARA ASISTIR A LA CEREMONIA EN HOMENAJE A SARMIENTO.

Lima, 7 de Setiembre de 1938.

Sor. D. D. Horacio H. Urteaga, Decano de la Facultad de Historia, Filosofía y Letras.

He recibido, con mucho agrado, la atenta comunicación de Ud. en la que se sirve invitarme a la actuación, que, en homenaje al insigne educador argentino Domingo Faustino Sarmiento, ha organizado esa Facultad y el Instituto Cultural Peruano-Argentino, conmemorando el 50° aniversario del fallecimiento de tan destacada figura americana.

Los términos muy afectuosos de su invitación y su muy elevado objeto, eran causas poderosas para acceder a ella asociando mi sentimiento de admiración hacia el insigne patriota y educador, al que está dedicado el homenaje a su memoria.

Desgraciadamente, el estado de mi salud y las prescripciones de mi médico, me imponen el duro sacrificio de abstenerme de concurrir a ese acto solemne, en el cual el valor moral va a colocarse en la posición dominante que le corresponde, como factor principal de la civilización universal.

Sírvase Ud. aceptar las demostraciones de mi gratitud por los bondadosos términos de su nota que contesto, suscribiéndome su afemo. amigo y colega.

(Fdo).—A. O. Deustua.

UN CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE LETRAS EN COLOMBIA.

Con motivo de las fiestas en conmemoración del Cuarto Centenario de Bogotá, se realizó en la capital de Colombia un interesante certamen intelectual, la Exposición del Libro, a la que concurrió en representación del Perú el Catedrático de Elocución y Composición Castellana, doctor José Jiménez Borja, a quien solicitamos algunos datos respecto de su viaje. El doctor Jiménez Borja nos expresó lo siguiente:

Concurrí como Delegado peruano a la Exposición del Libro que se realizó en Bogotá, entre el 20 de julio y el 27 de agosto últimos. Colombia quiso celebrar efemérides tan grata no solamente con fiestas sociales y deportivas y con inauguración de obras públicas—que sí las hubo en número excepcional y brillante—sino también con una fiesta de la inteligencia como fué la Exposición del Libro. El marco de dicho acontecimiento fué el Palacio de la Biblioteca Nacional, edificio que se inauguraba en esos días y que es orgullo de Colombia por su modernidad, belleza arquitectónica y adecuación a la técnica de estos grandes y generosos albergues de la cultura. El primer piso es un amplio anfiteatro para conferencias. Hay salas de muestras para cuadros, conciertos, lectura, investigación, etc. La Sala del Perú exhibía una muestra completa de la literatura nacional, desde los primeros volúmenes de la imprenta de Ricardo, hasta las obras publicadas en el mes de julio de 1938. La lista de libros, por ser problema de ciencia bibliográfica, corrió a cargo del doctor Jorge Basadre. No se excluyó ninguna época, ninguna tendencia. Los libros fueron clasificados por géneros literarios: Poesía, Medicina, Novela, Geografía, etc., y expuestos en apropiados anaqueles, en mesas proclives o en vitrinas. Admiré, como es natural el ángulo en que estaba el primer libro impreso en Sud América, el primer periódico y la primera revista, joyas bibliográficas que como muchas otras fueron facilitadas por la Biblioteca Nacional de Lima y que han sido escrupulosamente devueltas.

Exceptuando aquellos libros raros que constituyen tesoro único de nuestra Biblioteca, todos los demás fueron ofrendados para formar la Sección Perú de la Biblioteca Nacional de Bogotá. Por la cantidad, la calidad y la selección, constituyó el mejor regalo hispanoamericano. Nos faltó, y ello hubiese sido un éxito extraordinario, telas y cerámica precolombinas, cuadros antiguos y modernos; pero es de hacer notar que los países que hicieron exhibiciones de arte no las hicieron de libros.

Ofrecí en el anfiteatro de la Biblioteca Nacional una conferencia sobre “Evolución de las Letras Peruanas”, y en las dos Universidades de Bogotá, así mismo sobre “El hombre, el Paisaje y la Cultura en el Perú” y sobre “Algunas Figuras de nuestra Historia Espiritual”. Me vinculé, además, al medio intelectual, tan sugestivo, de Bogotá. No obstante el apresuramiento de la vida moderna y su evidente gravitación a los valores prácticos, Bogotá sigue conservando su ambiente de interpelación literaria. Los cafés y los salones dan beligerancia a los poetas, artistas y escritores. Hay un exquisito comedimiento para el que trae un mensaje de cultura. Y esto no es privilegio de las clases cultas: las exhibiciones de la Biblioteca Nacional estaban constantemente recorridas por una marea de gentes humildes que se aproximaban reverencialmente a los libros. Pude, además de este grato comercio intelectual, empaparme de la Educación Pública en Colombia.

Existe en Colombia un movimiento de reorganización de la instrucción muy novedoso y amplio. Se trata de erigir la escuela colombiana sobre bases muy sólidas, de inspiración decrolyana y con un plan que comienza con la preparación de maestros apropiados en dieciseis escuelas normales. La edificación escolar es intensa y moderna. La cinematografía es un departamento fecundo gracias a la abundancia de los equipos y al sentido didáctico y estético con que se importan los films. Las escuelas climáticas están muy divulgadas y se desenvuelven con un plan científico. Sobresale en toda esa labor un maestro particular: Agustín Nieto Caballero, Director del Gimnasio Moderno de Bogotá. El Estado considera que esta institución es un laboratorio de ensayo intenso y respetable y ha llamado a Nieto Caballero para que durante un tiempo sea Director General de Enseñanza de su país. Pasé dos días en el Gimnasio Moderno observando el método desde la mañana a la noche y pude admirar su eficacia desde la lectura ideo-visual hasta los trabajos de laboratorio. El edificio es de una belleza y confort educacional admirables. Los alumnos hacen tan pronto cultivos de invernadero como debates, excursiones, como programas literarios, en un ambiente de espontaneidad, naturaleza y amor a la tarea que los mantiene trabajadores y contentos. Nieto Caballero recuerda con cariño su viaje al Perú y demuestra simpatía por nuestro país.

**INFORME ELEVADO AL DECANO POR LOS EX-ALUMNOS
DE LA FACULTAD, DE SU GIRA A ITALIA Y ALEMANIA**

Señor Decano de la Facultad de Filosofía, Historia y Letras de la
Universidad Mayor de San Marcos.

Señor Decano:

La Comisión de exalumnos de la Facultad de su digno Decanato, que viajara a Italia y que estuvo integrada por los suscritos, se dirige a Ud. con el objeto de informarle sucintamente sobre las actividades desarrolladas durante su viaje de estudios. Al presentar este informe, la Comisión agradece a Ud. la credencial que nos otorgó certificando nuestra calidad de exalumnos de la Facultad, y que dirigida a los Rectores de las Universidades italianas, nos sirvió en todo momento para que fuéramos tratados con especial deferencia y para que pudiéramos cumplir sin dificultad los fines que nos habíamos propuesto.

En Génova, la Comisión visitó la Universidad de dicha ciudad, siendo recibida por su magnífico Rector, quien designó a un empleado a fin de que nos acompañara en nuestra visita a las diversas Facultades de la Universidad. La Comisión pudo apreciar con todo detenimiento la organización y la moderna instalación de la Biblioteca de la Universidad, recibiendo luego detalladas informaciones sobre los métodos de trabajo de los Seminarios de las Facultades de Letras y Derecho.

La Comisión visitó después la Universidad de Pisa. Al lado del viejo edificio conventual, se levanta un nuevo pabellón, cuya arquitectura, de moderna inspiración, presta eficaz auxilio, pedagógico y metodológico, a la enseñanza universitaria. La Comisión recibió de parte de la Secretaría de dicha Universidad informes sobre su plan de estudios y organización administrativa.

En Roma, la Comisión fué inmediatamente acogida por el Centro Italiano de Estudios Americanos y por el Instituto Interuniversitario. Gracias a las gestiones de este último Instituto, nos fué posible el acceso a diversas organizaciones de carácter cultural y social.

En el Centro Italiano de Estudios Americanos se nos otorgó toda clase de facilidades para que pudiéramos emprender los estudios en que cada uno de nosotros estábamos empeñados. El día 27 de junio, cumpliendo uno de los objetivos de su viaje, la Comisión hizo entrega, en ceremonia oficial, de la colección de libros peruanos

de que era portadora. Hemos creído así contribuir modestamente al conocimiento en Italia de la moderna producción bibliográfica peruana, dentro de la cual destaca la importancia de las publicaciones universitarias. Los libros y revistas expuestos en un salón del Centro, fueron revisados por profesores universitarios y alumnos de la Universidad de Roma, a la vez que por estudiosos especialmente interesados en cuestiones culturales americanas.

En la ciudad universitaria de Roma, visitamos la Facultad de Filosofía y Letras, donde fuimos recibidos por el Profesor de Filosofía de dicha Facultad, doctor Giovanni Gentile, a quien entregamos la revista "Letras". El profesor Gentile se manifestó vivamente interesado en el intercambio con nuestras publicaciones universitarias.

Visitamos luego la Facultad de Derecho en la cual fuimos acogidos por el Presidente de la Facultad, Profesor Giorgio del Vecchio. El Profesor del Vecchio nos proporcionó una muy interesante y puntualizada información sobre el Seminario de su dirección, el Instituto de Filosofía del Derecho de la Universidad de Roma. Gracias a sus informaciones nos fué posible conocer sobre el terreno no solamente la organización y los métodos con que el Prof. del Vecchio orienta la enseñanza en su cátedra, sino también apreciar los resultados mismos de estos trabajos a través de las monografías y los libros que los alumnos han redactado bajo su dirección. El Instituto de Filosofía del Derecho es, tanto en su organización como en su funcionamiento, similar a los restantes seminarios que existen en la Universidad de Roma. A este respecto, la Comisión ha podido apreciar la importancia siempre creciente que se concede en las Universidades italianas al método de enseñanza cumplido en los seminarios; todos los cursos de especialización se desarrollan dentro de la orientación marcada por estos métodos.

La Comisión se interesó igualmente por el estudio de la organización y los sistemas de catalogación de diversas Bibliotecas. Con este objeto, realizamos varias visitas a la Biblioteca Nacional de Roma, a la de la Universidad, a la del Instituto para la unificación del Derecho Privado, y, más tarde, a la Nacional de Florencia. Aún cuando la Biblioteca de la Universidad se halla actualmente en reorganización, de su visita la Comisión pudo derivar útiles enseñanzas. Instructivas en alto grado fueron también las informaciones que se nos presentaron en las Bibliotecas Nacionales de Roma y Florencia; en ambas Bibliotecas propusimos el intercambio del Boletín que ellas editan con el de la Biblioteca de nuestra Universidad, intercambio que fué aceptado. Finalmente, la Comisión estudió con todo detenimiento la organización de la Biblioteca del Instituto Internacional para la unificación del Derecho Privado, la que puede

ser considerada como modelo de organización de bibliotecas especializadas.

En nuestra gira por Italia, tuvimos oportunidad de conocer igualmente las Universidades de Nápoles y Bari. En ambas, como en las anteriores que visitamos, se nos manifestó reiteradamente el deseo de inaugurar un intercambio de publicaciones con la Universidad de San Marcos.

La Comisión recibió en Roma una invitación especial del Instituto Ibero Americano de Berlín para extender su viaje a Alemania. Gracias a esta invitación—cuya iniciativa se debió a la directora de la Sección Peruana de dicho Instituto y exalumna de nuestra Universidad, intensamente vinculada al estudio de la cultura peruana, doctora Edith Faupel—nos fué posible permanecer un mes en Berlín, por cuenta del Instituto, y aproximarnos al conocimiento de centros culturales e institucionales de Alemania .

De acuerdo con los fines que nos habíamos propuesto, buscamos ser introducidos, por intermedio del Instituto, a la Biblioteca del Estado Prusiano que funciona en Berlín. Allí pudimos apreciar la organización de sus diversas dependencias y comparar instructivamente esta Biblioteca con las que habíamos conocido en Italia. La Comisión visitó también la Biblioteca del Instituto de Derecho extranjero y Derecho Internacional de Berlín..

Asimismo pudimos estudiar la organización del Servicio de Trabajo, del Frente de Trabajo y visitar el Consultorio Jurídico Obrero y la organización llamada "Fuerza por la Alegría".

A nuestro paso por Muenchen, nos fué dado observar la organización de la Casa Peruana (Peru-Haus). Es de subrayar la importancia de esta organización en cuanto posibilita la estadía a precio módico de los estudiantes peruanos en Alemania, ayudando eficazmente a quienes desean realizar estudios especializados o continuar los iniciados en el Perú.

A este respecto, debemos informar a Ud. señor Decano, que cumpliendo otro de nuestros propósitos, consultamos, tanto en Italia como en Alemania, las posibilidades de intercambio estudiantil de estos países y el Perú. En Italia, nuestra sugerencia fué acogida con particular interés por el Prof. Giorgio del Vecchio, quien manifestó que realizaría gestiones en este sentido ante las autoridades universitarias. En Alemania, la Fundación Humboldt tiene establecidas varias becas anuales para estudiantes peruanos que deseen realizar estudios en ese país. Por lo demás, el Instituto Ibero Americano se halla empeñado en incrementar las relaciones estudiantiles entre el Perú y Alemania.

Finalmente, en París nos fué dado apreciar la forma como se formó y desarrolló la ciudad universitaria. También pudimos asis-

tir al comedor estudiantil de la misma ciudad, que al igual que los de Alemania e Italia, presta inapreciables servicios a los estudiantes. Creemos que todas estas instituciones—la ciudad universitaria de París incluida—constituyen ejemplos cuya organización sería viable en el Perú.

Es cuanto tenemos que informar a Ud. señor Decano.

Dios guarde a Ud.

Lima, 12 de setiembre de 1938.

ALBERTO TAURO DEL PINO.—AUGUSTO TAMAYÓ VARGAS.—CARLOS CUETO FERNANDINI.

CONFERENCIAS.

El Dr. Guillermo J. Entrewistle, Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Oxford, sustentó el 25 de agosto del presente año, una conferencia en nuestro Salón de Actos sobre las "Características de la Literatura inglesa", cuyo texto insertamos en la sección "Apreciaciones y Juicios Críticos" del presente número.

El 16 de noviembre último, el Dr. H. Ubbelohde Doering, Catedrática de la Universidad de Munich, sustentó en la Facultad una conferencia sobre "Los resultados de la Expedición Alemana al Perú en el año de 1932".

HOMENAJE EN CONMEMORACION DEL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE DON DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.

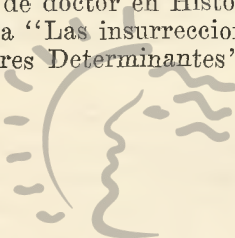
Este homenaje, que revistió caracteres solemnes, se realizó en el Salón de Actos de la Facultad, el 12 de setiembre del presente año. En las primeras páginas de este número damos detallada cuenta de su desarrollo e insertamos los discursos pronunciados en esa ocasión.

GRADOS DE DOCTOR.

El 28 de setiembre del año en curso, el Bachiller señor Toribio Guerra Vereau, obtuvo el grado de doctor en Historia, para cuyo efecto presentó una tesis titulada "José Faustino Sánchez Carrión", que fué aprobada por unanimidad.

El 28 de octubre último, el Bachiller señor Luis F. Xammar, se graduó de doctor en Literatura, habiendo presentado con tal objeto la tesis titulada "El signo de Abraham Valdelomar en la Literatura Peruana del presente Siglo", tesis que fué aprobada por unanimidad con la nota de sobresaliente.

El 28 de noviembre pasado, el Bachiller señor Hildebrando R. Sotelo, obtuvo el grado de doctor en Historia, habiendo presentado al efecto la tesis titulada "Las insurrecciones y Levantamientos en Huarochiri y sus Factores Determinantes", estudio que fué aprobado por unanimidad.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»



Indice Onomástico del Tomo IV

Nos. 9, 10 y 11 — Año 1938

A

	Pág.
Alonso Amado. —Castellano, Español, idioma nacional	98

B

Beltroy Manuel. —Los Cursos Sudamericanos de verano en Montevideo y la Delegación Universitaria de San Marcos	13
„ „ Discurso en homenaje a Domingo Faustino Sarmiento	386
Blanco Fombona Rufino. —La evolución de las ideas en Venezuela durante la Revolución de la Independencia	216
Blumenfeld Walter. —Sobre el concepto de inteligencia y su perfectibilidad metódica	26
Bustamante y Ballivián Enrique. —Agua Fuerte.—Ruinas del Monasterio de Guía. (Sonetos)	214

C

Colombres Mármol Eduardo. —Discurso en homenaje a Domingo Faustino Sarmiento	378
Cueto Fernandini Carlos. —Fenomenología y naturalismo	421
„ „ „ Informe al Decanato sobre el viaje de los ex-alumnos de la Facultad a Italia y Alemania	541

CH

Champion Emilio. —Los Cursos de Verano de Montevideo	112
„ „ Breve ensayo sobre el sentido de la poesía peruana	459

S

Pág.

Santibañez Salcedo Alberto. —Nazca y Chimú centros principales del arte indo-peruano en el litoral	243
Spengler Oswaldo. —La edad de las culturas sudamericanas	60

T

Tamayo Vargas Augusto. —André Chenier	475
” ” ” Informe al Decanato sobre el viaje de los ex-alumnos de la Facultad a Italia y Alemania	541
” ” ” Conversando acerca del Perú.—Un reportaje a la señora Faupel . .	505

U

Urteaga Horacio H. —Hipótesis sobre las culturas sudamericanas	5
” ” ” Discurso en homenaje a Domingo Faustino Sarmiento	357
” ” ” Discurso en homenaje a don Marcos Jiménez de la Espada	523

Biblioteca de Letras
«Jorge Pucunelli Converso»

Valcárcel Carlos Daniel. —Discurso en homenaje a don Marcos Jiménez de la Espada	524
---	-----

X

Xammar Luis F. —Margen a la eternidad	116
” ” ” Noticia para la anti-biografía de Leonidas Yerovi	193

Actividades del Claustro	170-347-523
Grados	170-349-545
Nombramientos de Catedráticos	170-348
Notas Bibliográficas	156-336-503
Revistas de Revistas	167-344-518

Indice Onomástico del Tomo IV	547
---	-----

ADVERTENCIA

LA CORRESPONDENCIA Y CANJE DE LA REVISTA DIRÍJASE A LA SECRETARÍA DE LA FACULTAD DE LETRAS. UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN MARCOS, CALLE DE SAN CARLOS No. 931.

LAS INSTITUCIONES A QUIENES ENVIEMOS LA REVISTA LETRAS SE SERVIRÁN ACUSAR RECIBO DE LOS NÚMEROS QUE LLEGUEN A SU PODER, A FIN DE CONTINUAR ENVIÁNDOLES NUESTRA PUBLICACIÓN. LA FALTA DE ESTE ACUSE DE RECIBO DETERMINARÁ LA SUSPENSIÓN DEL ENVÍO DE LOS NÚMEROS POSTERIORES.

ESTE ACUSE DE RECIBO NO ES NECESARIO SI LA INSTITUCIÓN DESTINATARIA, NOS FAVORECE CON EL CANJE DE SUS RESPECTIVAS PUBLICACIONES.